ANTONOMASIA
ISAAC VIERA

Homenaje a Isaac Viera

Vidas Ajenas

ORGANISMO
AUTÓNOMO DE
MUSEOS Y CENTROS

CABILDO DE TENERIFE

Vidas Ajenas

Homenaje a Isaac Viera

CEDOCAM

CENTRO DE
DOCUMENTACIÓN
DE CANARIAS Y AMÉRICA

Vidas Ajenas

Isaac Viera

HOMENAJE A ISAAC VIERA

VIDAS AJENAS

Santa Cruz de Tenerife
MMVIII

EDITA
Organismo Autónomo de Museos y Centros
Excmo. Cabildo Insular de Tenerife
Centro de Documentación de Canarias y América, CEDOCAM.

PRESIDENTE DEL EXCELENTÍSIMO CABILDO INSULAR DE TENERIFE
Ricardo Melchior Navarro

PRESIDENTE DEL ORGANISMO AUTÓNOMO DE MUSEOS Y CENTROS
Francisco García-Talavera Casañas

EDICIÓN AL CUIDADO DE
Carlos Gaviño de Franchy
Gaviño de Franchy Editores S. L.
Amador Luis

RETRATOS
Carmen Cólogan

CUBIERTA
Héctor Pinto Campos / Lope de Clavijo

CORRECCIÓN DE PRUEBAS
Eliseo C. Izquierdo

© de la presente edición, Organismo Autónomo de Museos y Centros

AGRADECIMIENTOS
Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife
El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria
Archivo Histórico de Teguise. Lanzarote
Juan Gómez-Pamo Guerra del Río
Francisco Hernández Delgado
José Hernández González
Manuel Poggio Capote
María Dolores Rodríguez Armas

FOTOMECÁNICA E IMPRESIÓN
Negami S. L.

ENCUADERNACIÓN
Jose Luis

Depósito legal: M-38682/2008

I.S.B.N. 13: 978-84-88594-57-0
10: 84-88594-57-7

Santa Cruz de Tenerife, 2008

Introducción

por

Francisco García-Talavera Casañas
Presidente del Organismo Autónomo de
Museos y Centros del Cabildo de Tenerife

La edición de un libro es siempre motivo de satisfacción, y más aún cuando se trata de la recuperación de unos textos del escritor canario Isaac Viera, sólo conocidos indirectamente por referencias bibliográficas y que, en gran medida, se daban por desaparecidos.

La labor ingente de los canarios en el exterior, principalmente en América, hizo oportuna la creación —por el Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo de Tenerife— del Centro de documentación de Canarias y América [CEDOCAM], que con su dedicación específica permitiera agilizar la recuperación de la memoria de las actividades y vivencias de nuestros paisanos en el nuevo continente, su conservación, investigación y la difusión de todo ese rico patrimonio común, que constituye un sustrato indispensable para el reconocimiento de las señas de identidad del pueblo canario. Conocer ese patrimonio es conocernos a nosotros mismos, y es esa una importante labor a desarrollar por el CEDOCAM.

Parte principal en las actividades de un Centro de Documentación de cualquier índole es la difusión, las actuaciones para llevar hasta los usuarios la información que elaboran. Y en este marco resulta oportuna la edición de los textos merecedores del conocimiento de los ciudadanos. Es por eso que el CEDOCAM se ha propuesto la elaboración de diversas bases de datos y la edición de una colección de los textos más representativos.

La publicación de *Vidas Ajenas* de Isaac Viera sólo ha sido posible tras la aparición, en la edición bonaerense, del desconocido último volumen. A las dificultades de la búsqueda, se sumaron la obtención de imágenes para la mayoría de las personas biografiadas, fechas, y tantas otras, sólo resueltas después de un pormenorizado trabajo de investigación, que ha permitido incorporar desde vidas y semblanzas diseminadas en periódicos, revistas y algún pró-

logo, hasta la estupenda galería de dibujos con retratos de línea recreados por la mano diestra de Carmen Cólogan.

Por todo ello queremos expresar nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que, de una forma u otra, han contribuido con su esfuerzo y trabajo a la recuperación de la obra y a la mejor presentación de esta edición: el personal del CEDOCAM, el investigador y bibliófilo Carlos Gaviño de Franchy, autor del más completo estudio biobibliográfico realizado sobre el autor, así como el reconocido biógrafo lagunero Eliseo Izquierdo, y el investigador palmero José Eduardo Pérez Hernández y su estudio sobre la etapa juvenil de de Isaac Viera.

Los avatares de la historia bibliográfica del último volumen de *Vidas Ajenas* y su final aparición entre los libros de la colección de David Fernández, descritos a continuación más detalladamente, han permitido al CEDOCAM iniciar su política de publicaciones con una obra única, nunca editada conjuntamente hasta la actualidad, y de la que sólo se tenían referencias indirectas. Su autor, Isaac Viera, el lanzaroteño durante años residente en América, es el ejemplo claro del devenir de tantos isleños por las tierras del nuevo continente.

Esta edición debemos considerarla, además, como la primera piedra de lo que será una fructífera política de ediciones que fomente el conocimiento y la difusión de la ingente y a veces épica labor desarrollada por tantos canarios fuera de su patria, en gran parte ignorada por propios y extraños.

Felicidades a todos, pues creo que este es un buen camino para hacer justicia a la memoria histórica de nuestra gente.

PROEMIO

por

Javier González Antón

COORDINADOR DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN DE CANARIAS Y AMÉRICA

La edición de la obra *Vidas Ajenas* de Isaac Viera inaugura el capítulo de publicaciones del CEDOCAM; para ello se ha escogido a uno de los autores canarios más en sintonía con la misión del Centro, no sólo por la azarosa vida de emigrante del lanzaroteño por Argentina, Cuba, Uruguay y Venezuela, sino también por la publicación de obras de difícil circulación con el riesgo de pérdida, y la consiguiente necesidad de tareas de búsqueda e investigación para su recuperación, como es el caso de la obra que nos ocupa.

Aunque en estos casos suele ser habitual glosar las virtudes del autor de las obras, en lo que Isaac Viera llegado el momento era un maestro, y dado que ese apartado está cubierto con brillantez por trabajos tan cualificados como el de Carlos Gaviño, que se incluyen en la actual edición de *Vidas ajenas*, voy a referirme a un aspecto no menos importante, que en algunos casos como en éste hacen posible los otros, y sin cuya presencia sería inviable la edición. Aspectos como la historia bibliográfica de algunas obras, y la labor de recuperación y organización documental de bibliotecarios y documentalistas.

Desvelar lo oculto. Hacer posible lo que ha permanecido desconocido, en este caso entre las brumas oceánicas. El sueño del bibliófilo, la aspiración del documentalista, el afán del profesional de los libros por recuperar lo que se daba por perdido o no aparecido. Lo que puede parecer una exageración, a veces es también realidad, y lo que es el objeto básico de los centros de documentación en algunos casos, aunque modestamente, puede hacerse presente.

El supuestamente perdido y sólo conocido por referencias bibliográficas, último de los volúmenes de *Vidas ajenas* de Isaac Viera, el que hacía posible completar y redondear la hasta entonces inconclusa galería de personajes canarios y americanos, a modo

de modesto diccionario biográfico de notables contemporáneos, es también realidad por la actuación de recuperación llevada a cabo por el CEDOCAM. Aunque ciertamente su aparición no resultara sencilla, pese a los esfuerzos, demandas y advertencias de investigadores, fallidas las pesquisas realizadas por los catálogos de las principales bibliotecas de todo el mundo, en un primer momento no se pudo encontrar el volumen supuestamente editado por Viera, hasta el punto de que durante algún tiempo y pese a las referencias que se habían publicado sobre su próxima aparición se pensase que en realidad nunca se hubiera llegado a editar. El hecho de que su autor residiera en América por entonces, tampoco facilitaba ni la edición ni, llegado el caso, la conservación de la misma. Los tres primeros volúmenes se habían publicado en las Islas pero no había ningún ejemplar del cuarto y último que completaba la obra. Cabía la posibilidad de su edición en América, como finalmente así resultó, en la imprenta de Buenos Aires. Ese supuesto implicaba el añadido de la dificultad de conservación y recuperación para el patrimonio bibliográfico canario, salvo una búsqueda expresa por librerías de viejo en el nuevo continente.

El celo recolector de David Fernández, y el rigor, y quizás también el azar del documentalista, permitió finalmente confirmar la edición. Cierta y desdichadamente para la búsqueda, prácticas inadecuadas, posiblemente marcadas por la economía, han llevado durante mucho tiempo a la costumbre de encuadernar más de dos obras en un sólo volumen, con la habitual desaparición documental de las que no aparecen al principio de la colección facticia. Fue lo ocurrido con el ensayo de Isaac Viera, escondido detrás de la también obra suya *La Casa de la Señora*, la leyenda en verso que glosaba el destierro en Fuerteventura de Elvira, hija del conde de Sandoval, para librarse del brazo armado del Tribunal de la Inquisición, poema impreso el año 1891 por Abelardo Bonnet, en sus talleres de la santacrucera calle de San Francisco, y posteriormente encuadernada pero no de manera independiente,, sino adjuntando detrás y ocultando con ello otra obra del autor, la más preciada y la nunca vista. Oculto y desterrado permaneció también el título de referencia hasta que la perseverancia del documentalista obtuvo recompensa, confirmando de paso la existencia del último de los volúmenes que el autor dedicó a personajes relevantes de su época, completando la obra y haciendo posible ésta la primera edición completa del trabajo.

La recuperación de la edición bonaerense de Viera se inscribe plenamente en los principales objetivos del CEDOCAM. El Centro tiene como misión principal la salvaguarda de la memoria docu-

mental de Canarias y los canarios en América. Para ello ha llevado a cabo diversas actuaciones, entre las que se encuentran la adquisición de libros y colecciones y el establecimiento de convenios de colaboración con las Bibliotecas Nacionales de Cuba y Venezuela, que han permitido la recuperación de importantes títulos y periódicos editados por los canarios al otro lado del Atlántico.

Por ello, además de la adquisición de obras de interés, como las de Vasconcellos, o Beretari sobre el Padre Anchieta, se propuso la salvaguarda de las colecciones bibliográficas de eruditos canarios que pudieran albergarse en el Nuevo Continente, como era el caso de la colección del periodista y bibliógrafo palmero David W. Fernández, que en su periplo por Uruguay, Argentina y Venezuela, reunió periódicos, revistas, libros, documentación manuscrita y todo rastro documental canario-americano, para formar en Caracas una importante biblioteca.

Conocido su riesgo de pérdida o dispersión, después de una laboriosa gestión fue adquirida por el Cabildo de Tenerife y trasladada a la isla, donde pasó a engrosar y formar la colección fundacional del naciente Centro de Documentación Canario-Americano. Aunque los aproximadamente 15.000 volúmenes que conforman la colección exigieron un arduo esfuerzo de organización, que retrasó la aparición del ejemplar que aquí presentamos, hoy está adecuadamente organizada y ha permitido encontrar valiosas obras editadas en América por los canarios, como es el caso de la que nos ocupa.

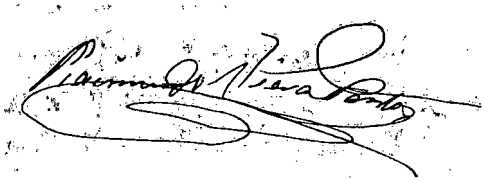
Notas para una bio-bibliografía de Isaac Viera Viera

por

Carlos Gaviño de Franchy

1832

Nace en Arrecife de Lanzarote, el 22 de septiembre, Raimundo Viera y Santos[1], padre del escritor, y fue bautizado al día siguiente en la parroquia de San Ginés obispo. Llegaría a ejercer como zapatero y comerciante con tienda abierta en el puerto de su naturaleza en 1863. Fueron sus padres, Raimundo Viera y Viera y su mujer, María Gregoria de los Santos Álvarez, naturales, vecinos y casados en la citada localidad el 14 de febrero de 1831[2]. Abuelos paternos, Domingo Viera y Antonia Viera. Maternos, Juan Andrés de los Santos [Álvarez] y Juana Padrón.



Casó en Yaiza, el 22 de noviembre de 1857, con doña Tomasa Viera y García del Corral, natural de dicho pueblo, e hija de don José Viera Curbelo y de doña Tiburcia María García del Corral y Curbelo, con quien tuvo tres hijos:

I. Isaac Cornelio Viera y Viera, n. en Yaiza el 16 de septiembre de 1858.

II. Leonor Regina Viera y Viera, n. en Yaiza el 2 de septiembre de 1861.

III. Felipe Viera y Viera, n. en Yaiza el 7 de noviembre de 1865.

---

[1] Raimundo Viera utilizó indistintamente como segundo apellido los de Santos o Álvarez. Falleció en Arrecife, a los 48 años de edad, enfermo de elefancia, el 14 de agosto de 1854. Libro III de Defunciones, f. 11v. Parroquia de San Ginés obispo.

[2] Libro I de Matrimonios, f. 78. Parroquia de San Ginés obispo. Arrecife de Lanzarote.

1838

Nace en Yaiza, Lanzarote, el 22 de diciembre de 1833, Tomasa Viera García del Corral, madre del escritor, que fue bautizada dos días después en la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios. Fueron sus padres, don José Viera Curbelo y doña Tiburcia María García del Corral y Curbelo, casados en dicho pueblo el 20 de abril de 1823. Abuelos paternos, don Rafael Viera y doña Catalina Curbelo. Maternos, el teniente de Milicias don Domingo García del Corral y doña Isabel Curbelo.

Casó en el pueblo de su naturaleza, el 22 de noviembre de 1857, con don Raimundo Viera Santos [o Álvarez].

1846

Según el padrón del pueblo de Arrecife[3], levantado ese año, habitaban en la calle de las Amarguras, sin que se especifique el número de la casa, Raimundo Viera, casado, de 39 años; su mujer, María de los Santos, de 30, y sus hijos: Raimundo, soltero, de doce; María Dolores, de 10; Miguel, que contaba 8 años de edad y Carolina, de 3.

1858

Nace el escritor el día 16 y es bautizado con los nombres de Isaac Cornelio en la parroquia de Nuestra Señora de Los Remedios de Yaiza, el 18 de septiembre de 1858[4]. Fue su padrino don Francisco Espínola, natural de la villa de Teguise.

> «En la Yglesia Parroquial de Nuestra Señora de los Remedios de este Pueblo de Yaiza en Lanzarote á dies y ocho de setiembre de mil ochocientos cinquenta y ocho años, Yo el infrascrito Beneficiado Servidor en dicha Yglesia, Bautisé solemnemente puse oleo y crisma, á Isacc Cornelio que nació á dies y seis del Corriente hijo lejítimo de Don Raymundo Viera y Doña Tomasa Viera vecinos deste Pueblo. Abuelos paternos Don Raimundo Viera y Doña María de los Santos Álvares vecinos de Arrecife. Maternos Don Jose Viera y Doña Tiburcia Garcia, fue su padrino Don Francisco Espinola natural de la Villa y vecino deste Pueblo, á quien advertí la cogna-

[3] *Padrón del pueblo del Arrecife en la Ysla de Lanzarote practicado en setiembre de 1846.* Archivo Histórico Diocesano del Obispado de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria.

[4] Libro VII de Bautismos, f. 56. Parroquia de San Ginés obispo. Arrecife de Lanzarote.

ción espiritual y obliga*ciones*. Doy fe y lo firme.=Adrian Ramírez=. Al margen Isacc [*sic*] Cornelio».

En un caserón vetusto
de un pueblo de Lanzarote
mi madre dio a luz al trote
un monicaco robusto.
Nací el día veinte y tres
de Agosto, el cincuenta y siete [*sic*],
pero estoy hecho un vejete
de la cabeza a los pies[5].

1861

Nace Leonor Viera y Viera en Yaiza el día 2, y es bautizada en la parroquia de Nuestra Señora de Los Remedios el 16 de septiembre de 1861. Hermana de Isaac, fue su padrino don Manuel Espínola Aldana.

Estudió con doña Concepción Medina Rosales, a quien dedicó, más tarde, una de sus traducciones. Maestra nacional. Directora de las Escuelas graduadas del 5º Distrito [El Cabo], de Santa Cruz de Tenerife. Vicepresidenta de la Asociación provincial del Magisterio de esta provincia. Escritora y traductora. Pronunció una conferencia sobre *Gramática y Fisiología* en el Ateneo de La Laguna el 4 de septiembre de 1928. Colaboradora habitual de *La Gaceta de Tenerife*.

1865

Nace Felipe Viera y Viera, en Yaiza, el día 7 de noviembre.

1878

Por el año de 1878 vivíamos en la ciudad de Ortiz, capital del Estado Guárico, Venezuela[6].

En italiano bajel
partí un día de estas peñas,
acariciando risueñas
ilusiones de oro y miel.
Después de un penoso viaje
arribé a Puerto Cabello,

[5] Isaac VIERA: *Palotes y perfiles*, p. 1. Santa Cruz de Tenerife, 1895.
[6] Isaac VIERA: *La Casa de la Señora*, p. XV. Santa Cruz de Tenerife, 1892.

en donde de un atropello
fue víctima mi equipaje,
compuesto de un cofre viejo
que contenía una camisa
y un libro roto de misa
escrito en latín añejo.
Casi mi baúl destroza
al registrarlo un anciano
General venezolano
de esos que cogen la boza.
Después en tono zumbón
me dijo: «tenga usted joven,
a fin de que no le roben,
mucha, mucha precaución».
Tuve un bazar en Valencia
de objetos de fantasía,
más ni un alfiler vendía
por carecer de paciencia.
Cabalgando en potro overo
que lucía ricos arneses,
guiando un hato de reses
llegó a mi puerta un llanero*.*
Lo recibí muy jovial,
diciendo para mi sayo:
«con dos cocos y un balayo
voy a hacer un capital».
Pues en Caracas oí
decir a los comerciantes
que era muy buenos marchantes**
las gentes de garrasí***.
Le vendí mis baratijas
a plazos, como es frecuente
el vender siempre a esa gente
que guarda el oro en botijas.
Todo mi lindo bazar
al fiado compró el llanero,
y partió en su potro overo
caminito de su hogar.
Pasan meses y más meses,
pero el feligrés no pasa
por las puertas de mi casa
luciendo ricos arneses.
Demandé al del garrasí*,*
y en su choza halló el Juzgado
un caimán embalsamado
y un rabo de manatí.
En todo eso consistía
el caudal del buen marchante.

¡Desgraciado el comerciante
que por vender caro fía! [7].

---

* Así se llaman en Venezuela los hijos de la provincia del Guárico.
** Esta voz se emplea en aquella República en la acepción de feligrés o cliente.
*** Traje que visten los habitantes del Guárico y especialmente los que se ocupan de faenas pecuarias, que son por lo general, los más ricos de aquella región.

Conoció en una humilde zapatería al presidente de la República de Santo Domingo, general Damián, al que llama *ignaro machetero*[8].

1880

Publica el poema «Melodía» en un periódico de la capital de la República de San Salvador, donde vivió algún tiempo.

1883

Reside con su madre, y su hermana Leonor, que ejerce de maestra, en Los Llanos de Aridane, La Palma.

Con el cofre de aire lleno
arribé a las patrias rocas
llorando esperanzas locas
que abrigó un día mi seno.
Del paludismo el veneno
traje en mi sangre infiltrado,
y escuálido, demacrado
por la fiebre contumaz,
buscaba la eterna paz
bajo mi cielo adorado.
Pero al respirar ansioso
de La Palma el dulce ambiente,
mi débil cuerpo se siente
con más salud, vigoroso;
y al ver aquel suelo hermoso
matizado de verdura
y el agua entre la espesura
saltando en copos de espuma,

---

[7] Isaac VIERA: *Palotes y perfiles*, pp. 3-4. Santa Cruz de Tenerife, 1895.
[8] Isaac VIERA: *Vidas Ajenas [Semblanzas]*, p. 7. Buenos Aires, 1911.

recogí la tosca pluma
que arrojé en mi desventura.
Escribí en La Asociación,
en El Faro *y* La Defensa,
haciendo en aquella prensa
la más ruda oposición,
a esos partidos, que son
una oprobiosa amalgama,
que no tienen más programa
que aquel que encierra esta frase:
«el poder es nuestra base,
y la idea una camama»[9].

Él mismo, bachiller en Filosofía y profesor normal de instrucción primaria, se ofrece en un anuncio de prensa para dar clases a particulares. Permanecerá en la Isla hasta 1884, periodo que ha estudiado de manera exhaustiva el investigador José Eduardo Pérez Hernández[10].

1886

Dirige el periódico *Aseró* de la capital palmera.

1887

El día 16 de febrero de 1887 casa, en la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios de Yaiza, con Dominga Viñoly, de dieciséis años de edad, hija natural de doña Rosalía Viñoly Curbelo, propietaria, natural y vecina de dicho pueblo[11], en el que también había nacido Dominga el 11 de enero de 1870.

Isaac Viera, maestro de instrucción primaria, manifiesta, en el preceptivo expediente matrimonial, ser vecino de Santa Cruz de La Palma y residente en Yaiza. Su padre, don Raimundo Viera, propietario, lo es de Los Llanos de Aridane y estante asimismo en Yaiza.

Todos saben leer y escribir correctamente.

---

[9] Isaac VIERA: *Palotes y perfiles*, pp. 9-10. Santa Cruz de Tenerife, 1895.

[10] José Eduardo PÉREZ HERNÁNDEZ: «El lanzaroteño Isaac Viera, literato, periodista y educador. Su etapa vital en la Isla de La Palma [1883-1887]». *IX Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*. Servicio de publicaciones de los cabildos de Fuerteventura y Lanzarote. Puerto del Rosario, 2000.

[11] Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios. Libro VIII de Matrimonios, f. 69. Yaiza, Lanzarote.

1888

Se publica una carta autobiográfica de Leandro Serra y Fernández de Moratín, en el *Diario de Tenerife*, dirigida a Isaac Viera y Viera, quien había solicitado datos al ilustre patricio tinerfeño para su libro *Vidas ajenas*.

Publica esta obra en la imprenta Isleña de Hijos de Francisco C. Hernández, a cargo de Manuel F. García, calle del Castillo, número 51, con una carta-prólogo de don Patricio Estévanez fechada el 6 de octubre de 1888, en la que el ilustre periodista dice:

> [...] *Aunque dentro del país no responda a una verdadera necesidad, puesto que todos nos conocemos, —y a muchos valiéranos más no haber caído nunca en la mala tentación de darnos a conocer— podrá, en cambio, sacar del olvido a alguna personalidad, oscurecida por su propia modestia o por la ingratitud ajena; estimular a algún joven, llamado, acaso, a brillar en día no lejano, si no lo achicamos a fuerza de coscorrones, como aquí es costumbre con cuantos pretenden sacar un punto la cabeza por encima del nivel del vulgo; y, sobre todo, contribuirá usted poderosamente a que fuera de nuestras aisladas peñas se sepa que existe en ellas algo más que una naturaleza exuberante y rica, paisajes admirables, un cielo de pureza sin igual, y flores y perfumes y armonías..., que es también exuberante y rica la vida intelectual; que se piensa, se siente, se estudia y se trabaja; y que las letras, las ciencias y las artes tienen cultivadores, y el Progreso obreros incansables y entusiastas.*
>
> *Publiqué* Vidas Ajenas
> *y ahora pregono la mía,*
> *aunque el público se ría*
> *de oír contar tantas penas*[12].

En un artículo manuscrito que lleva por título «Bibliografía. *Vidas ajenas* por Isaac Viera y Viera. Santa Cruz de Tenerife. 1888. Primer cuaderno», de Luis Maffiotte, firmado con el seudónimo *Félix de Valladares*, y fechado *Entre Pozuelo y Vallecas, 2 de diciembre de 1888*, que se conserva en el fondo que lleva el nombre del erudito bibliófilo en El Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, del que no sabemos si llegó a publicarse alguna vez, se establecen las siguientes consideraciones a propósito de esta entrega inicial del libro:

---

[12] Isaac VIERA: *Palotes y perfiles*, p. 10. Santa Cruz de Tenerife, 1895.

Llegaron a nuestras manos, a un tiempo mismo, el primer cuaderno de la obra, cuyo título encabeza estos renglones, y el número 58 del periódico político *Las Canarias*, en el que se inserta un durísimo artículo contra el libro y su autor; el cual, se nos antoja que pudiera quejarse con sobradísima razón de que se llame a su obra *fruto de la osadía y del mal gusto*, sin que este aserto, disparado a quema ropa, se pruebe plenamente. A nuestro juicio, el articulista debió emplear en razones todo el tiempo que dedicó, por el gusto pueril de hablar de sí mismo, a decirnos que hace pinitos en la prensa, y ha bebido en las aguas de la fuente Castalia, y ha subido más de una vez en el alado Pegaso a la cumbre de Helicona; todo lo cual, amén de otras cosas, pudo haberse dejado en el tintero, a cambio de media docena de razones que nos demostraran claramente que las *Vidas ajenas* del señor Viera es un libro malo.

No creemos nosotros que sea bueno ni mucho menos; pero nos proponemos probar, Dios mediante, todo aquello que aseguremos, dejando a un lado la personalidad del señor Viera; para nosotros tan respetable como desconocida, y hablando de su libro con toda imparcialidad de que nos sentimos capaces.

Hecha esta aclaración, debemos añadir que sentimos muchísimo que nuestra opinión acerca de ciertas personas no coincida con la opinión del autor de *Vidas ajenas*, sobre todo en materia de poetas, los cuales nos perdonarán seguramente si afirmamos que cometen faltas, puramente literarias, que el señor Viera no ha tenido en cuenta al retratarlos, no sabemos si por ser de natural blando y generoso, o porque sólo acierta a ver grandes cualidades, donde otros, menos fáciles de contentar, no hallan más que imperdonables defectos.

Sea lo que fuere, nosotros a la vez que examinaremos en conjunto el primer cuaderno de *Vidas ajenas*, señalando algunos defectos que hemos notado, en su fondo y forma, damos de paso nuestra opinión acerca de los poetas que el señor Viera tanto encomia y que no creemos que sean todo lo buenos que él se figura y nosotros quisiéramos. Y no se nos tache de quisquillosos y descontentadizos, pues como verá el que tuviere paciencia, aún pudiéramos hablar más de lo que nos hemos propuesto, por figurar en el libro personas que nunca han manejado la lira y que ocupan lugar en él por otras circunstancias.

Empecemos, pues, y Dios con todos.

* * *

La publicación de un libro en Canarias es siempre una novedad, porque como nadie vive en nuestro país de escribir, se pasan años sin que de los establecimientos tipográficos de la provincia salga otra cosa que periódicos y más periódicos. Mas, dar a la estampa una colección de semblanzas de personas que viven a nuestro lado y que, ya sean nuestros amigos, ya nuestros adversarios, son siempre conocidos de todos, muchas veces hasta en las

inviolables interioridades de la vida privada, es empresa que nadie acometió jamás en nuestro país, hasta que señor Viera la llevó a cabo, por cierto con tan buena intención como mala suerte.

Sí es raro que salga a la luz un libro en Canarias, no lo es tanto que este libro sea malo, pues para desgracia de autores y desesperación de lectores, casi todos lo son; pero ¡qué demonios! si los libros no son buenos, en cambio son escasos, y váyase lo uno por lo otro.

De esta regla general no podemos exceptuar la obra del señor Viera, ni aún cuando tuviéramos la conciencia literaria tan ancha como la suya propia; porque si la idea es buena, aunque no nueva, se necesita emprender su realización con oportunidad y llevarla a feliz término con acierto, dándole forma adecuada y conveniente, para que todo esto de por definitivo resultado un libro apreciable y digno de ser leído.

¿Lo ha conseguido así el señor Viera? Creemos que no; creemos que todo su trabajo ha resultado estéril; creemos, en fin, que el señor Viera ha errado el camino, y que sólo a fuerza de constantes estudios y auxiliado por el convencimiento del propio valer, podrá algún día, si aún es joven, hacer algo de provecho.

Por ahora ha demostrado claramente que la empresa era demasiado grande para sus fuerzas; y esto es lo que vamos a ver, haciendo una rápida análisis de su trabajo.

* * *

Sólo con los defectos que llenan la obra en cuestión pudiera escribirse varios artículos; pero también es cierto que puede hacerse una breve síntesis que los abarque todos.

La que nosotros hemos hecho se reduce a lo siguiente: bajo una forma impropia y desigual, con un discurso pobre y mezquino; con un estilo vulgarísimo, y sin que del conjunto de todo ello resulte absolutamente nada digno de aplauso, ha colocado el señor Viera un montón de elogios desmesurados, cuando no inmerecidos, debajo de cada uno de los veinte y cinco o treinta nombres que figuran en el primer cuaderno de *Vidas ajenas*, estropeando de paso el patrio idioma. Eso es, ni más ni menos, lo que ha hecho el señor Viera, quien ha preferido escribir de este modo, que es el más fácil, a dar a cada uno lo suyo, con toda la finura y todo el tacto que suelen emplearse en esta clase de trabajos, en los cuales debe brillar siempre y en primer término la imparcialidad y la gramática.

Si mal parada ha salido la primera, no es menor el daño que ha sufrido la segunda, y estas dos pobres víctimas bien merecen público desagravio.

Supongamos que el lector no ha nacido en las islas Canarias, ni sabe de este país otra cosa que lo que saben generalmente los buenos españoles, a saber: que en Canarias hay muchos pájaros canarios, en lo cual no andan del todo equivocados, y

que las tales islas están muy apartadas de España, en lo que ya se sabe que sí se equivocan. Pues bien; este lector, como buen español, amante de las cosas de su tierra conocerá al dedillo las obras de Pérez Galdós, ya sean los *Episodios Nacionales*, ya las *Novelas españolas contemporáneas*. Bueno; pues supongamos ahora que este lector tiene paciencia suficiente para leer las setenta y pico de páginas de que consta el primer cuaderno de Vidas ajenas, y díganos el señor Viera, con la mano puesta sobre su corazón, si este pobre hombre no ha de quedarse como quien ve visiones, admirado de que haya en el mundo un libro, escrito casi en castellano, en el cual se haga de *Gloria* y de *El amigo Manso*, el mismo elogio que de *Aventuras de un converso*, *Miel y acíbar*, y otras novelas, a cuyos autores deberá halagar muy poco el verse a la altura del insigne autor de *Marianela*, sin haberlo soñado jamás; díganos por su vida el señor Viera, si él cree que esto está bien; síganos en fin, si así se gana el cielo, y si no es justo que nos veamos obligados, aunque no sea más que por esto, a poner en duda todas las demás afirmaciones que en su libro ha hecho.

Aún hay más, y es que para el autor de la semblanzas, todos los poetas de que nos habla son excelentes, inspirados, muy dignos de figurar sin desdoro junto a otros antiguos y modernos, que cita con envidiable aplomo, sin tener en cuenta que si tal cosa fuese posible no hubiera sido el señor Viera ni el único ni el primero en hacer tan maravilloso descubrimiento; y no será del todo inoportuno que, con este motivo, hagamos algunas observaciones encaminadas a demostrar la primera parte de nuestro aserto, esto es, la falta absoluta de imparcialidad que en el libro se nota.

Los poetas, cuya personalidad literaria intenta bosquejar el señor Viera, componen la mayoría de los retratos que figuran en el primer cuaderno de su libro; porque, aparte de algún médico, un par de farmacéuticos, tres o cuatro abogados y otros tantos hombres políticos, los demás son poetas, y poetas en toda la extensión de la palabra, según el autor. Pues bien; si en nuestro país hay algún poeta enteramente original, con estilo propio y enemigo declarado de los estrechos moldes en que se encierra siempre la poesía canaria [que algún nombre le hemos de dar], otro, bastante instruido en los secretos del arte, hasta el punto de brillar como ninguno, sin ajeno auxilio, y otro, en fin, que, sin tener completas estas cualidades tan necesarias, sepa dar a sus versos una forma sencilla y agradable, los demás, a nuestro juicio, auxiliado en esta ocasión por el de todos cuantos en Canarias entienden de la materia, no pasas de ser meros fabricantes de versos, cuando no imitadores, conscientes o inconscientes; pero nunca poetas, ni menos poetas inspirados. Y si esto es verdad, como lo afirman personas graves y sesudas, que aunque no hacen versos, tienen sentido común, ¿no es un mal tercio el que a esos señores les ha hecho el autor de *Vidas ajenas*, poniéndolos a todos a igual altura? ¿No valía más, mucho más, haber di-

cho la verdad, sin atribuir a ninguno cualidades que ellos saben muy bien que no tienen? ¿No comprende el señor Viera que esos señores habrán de quejarse, y con razón sobrada, de que se les presente en público vestidos con trajes que no les sientan bien, porque mientras que estos trajes están cortados por un mismo patrón, los poetas son unos grandes y otros chicos, unos gordos y otros flacos?

Pero sin duda el señor Viera no ha querido herir el amor propio de nadie; y en esto consiste precisamente su principal error, porque si alguien se considera ofendido porque de él se diga que no hace buenos versos, con pedirle que no los haga malos, se acaba el pleito. Y aún le hubiera sido mucho más fácil al autor del libro no decir nada, y de este modo todos estaríamos en paz como hasta ahora. Mas ya que se determinó a hablar, muy bien pudo haber reflexionado, muy bien pudo haber procurado ser imparcial, y sin maltratar a nadie ni poco ni mucho, decir del poeta que es poeta, y del que pasa por poeta sin serlo, que no lo es.

He aquí, pues, como el señor Viera, por el empeño de querer estar bien con todos, él sabrá porqué, ha sido injusto; y veamos ahora cómo ha sido cruel con nuestra pobre lengua.

* * *

Ignoramos si el señor Viera, antes de escribir su libro, hizo lo que todo escritor cuida de hacer siempre, esto es, si se trazó un plan; pero todos los indicios nos hacen sospechar que no pensó en semejante bagatela. Olvidóse de este detalle y procuró no más que reunir fechas de nacimientos, títulos de dramas y novelas y algunos insignificantes detalles de la vida íntima de sus biografiados, para una vez dueño de todo este material, irlo embutiendo en las cuartillas, como pudiera un labrador llenar de trigo el granero de su casa. De aquí nace la desigualdad de la forma a que antes aludíamos; de aquí las frecuentes repeticiones; de aquí, en fin, el que advirtamos cómo tratando el autor de un asunto determinado, suele abandonarlo por otro u otros, para volver sobre el anterior cuando menos debiera hacerlo. Todos estos defectos, de que hemos de dar alguna muestra, además de otros no menos importantes, quitan a la obra el escaso mérito que pudiera haberle dejado la falta de imparcialidad.

Hablando de un célebre naturalista, dice el señor Viera: *Es antropólogo; sus escritos basados en las doctrinas del darwinismo, han merecido plácemes de eminentes publicistas de Europa.*

Más abajo añade: *El estudio de la Naturaleza y en particular el de la raza humana es su ocupación favorita.*

Y luego: *Trabaja en la solución del problema más espinoso que la filosofía puede proponer: el origen de la especie hominal.*

Y después: *Sigue las leyes tan magistralmente desarrolladas por Darwin.*

Y a renglón seguido: *Con gigantescos alientos acomete la ardua empresa de buscar al hombre de los largos siglos prehistóricos.*

Y, por último: *Trabaja incansablemente sobre antropología.*

El señor Viera, pues, en una biografía que no ocupa una página entera de su libro, repite hasta seis veces una misma idea.

Como este ejemplo pudiéramos citar algunos más de que hacemos gracia al lector; veamos otros de diferente género.

Al retratar a un pintor canario, recuerda que fue subvencionado por la Diputación provincial, y que pasó a Madrid a estudiar los distintos géneros del arte. Pues bien; después de decir en que se distinguen sus producciones; qué estilo es el suyo; qué toques tiene su paleta; cómo es notable paisajista; cómo alcanzó uno de los primeros premios en la Exposición de pinturas de la Corte; cómo trabaja por la gloria y por la necesidad; cómo ha viajado por Europa y América, visitando los grandes museos y a eminentes artistas; cómo hizo oposición a la cátedra de dibujo de paisaje de la Academia de San Fernando, en la capital de Cuba, y cómo ganó las tales oposiciones; cómo vive en La Habana; qué carácter es el suyo, y hasta cómo ronca, el señor Viera vuelve pie atrás y nos recuerda cómo demostró el pintor su gratitud a la Corporación que le pensionara. De esto último pudo haber hablado el señor Viera antes de hacer viajar a su biografiado por Europa y América; pero si no lo hizo, será porque al autor de *Vidas ajenas* no le importan gran cosa la oportunidad y el orden.

Como el señor Viera abusa grandemente del estilo cortado, tan apropósito para decir grandes cosas como para llenar muchas páginas con poca sustancia, pero siempre monótono y cansado, la lectura de su obra trae a nuestra memoria, sin que podamos remediarlo, aquella *Vida del hombre malo*, regocijo de los chicos de escuela. Esto se verá claro y patente, copiando algunos renglones:

En una semblanza dice:

Maneja hábilmente el sofisma.

Su voz, aunque poco luminosa, tiene timbre simpático.

Su oratoria es sencilla, pero elegante y persuasiva.

Ha sido varias veces diputado provincial y lo es actualmente.

Y en otra semblanza:

Está versado en literatura antigua y moderna.

Es escritor clásico.

Jamás da un solo instante al ocio.

Las bellas letras le dominan por completo.

Desde joven se distinguió en el campo literario.

Dígase si esto no es muy parecido a aquellos de:

Juega y pierde. Se escapa por una ventana. Va al paseo con su novia. Hace burla del maestro; y otras frases por el estilo que ponen a igual altura las *Vidas ajenas* del señor Viera y la *Vida del hombre malo*, de ignorado autor.

No anda tampoco muy acertado que digamos el señor Viera en su manera de discurrir, porque diciendo que *a pesar de su extremada flacura, revelaban las líneas de su semblante extraordinaria imaginación*, hará creer al vulgo que casi siempre para que el rostro muestre alguna buena cualidad, se necesita andar sobrado de carnes.

En otro lugar el señor Viera coloca juntas estas dos frases:

Es de antiguo Presidente del Comité central republicano de este Archipiélago y uno de los más entusiastas amantes del progreso del mismo.

Si se hubiera dedicado al teatro hubiera sido un actor de nota.

No parece sino que efectivamente la política es cosa de teatro, y el amor al país en que se nace o se vive largo tiempo, cosa de teatro también.

Alguna vez intenta hacer un elogio y le resulta todo lo contrario:

Gusta de manejar la cosa pública sin aceptar sus responsabilidades.

Y no nos diga el señor Viera que no quiso hacer un elogio, porque entonces aquella sería la única censura que se hallara en uno de los retratos.

No hemos podido averiguar en qué profundas investigaciones científicas, inviolables para el vulgo de los mortales, se funda el señor Viera para decir de un personaje: *En sus labios un poco abultados se descubre al hombre de sentimientos religiosos.* Pero señor ¿qué tienen que ver los labios con nuestra santa religión?

Tampoco entendemos, por más vueltas que le damos, aquello de *goza de gran fama como abogado de recursos*; ni se nos alcanza cómo prefirió decir *ojos de águila*, como pudiera de besugo o salmonete, en vez de mirada de águila, con lo que hubiera dejado en mejor lugar la parte física del original que intentó copiar; ni porqué llama *nuestro héroe* a un *hijo de su padre*, hombre a la verdad poco dado a heroicidades. Además ¿qué tiene de particular que *ruja como el león en la selva* un señor que pierde unas elecciones, cuando generalmente todo el que las pierde hace otro tanto? Y, en fin, ¿a qué propósito trae el señor Viera otras muchas cosas raras, como el pincel de Tácito, y lo de que la fantasía sobre motivos de un *Un ballo in maschera* pertenece *al género de Beethowen*, si por mucho que el lector se devane los sesos jamás ha de topar con el ignorado sitio en que el señor Viera halló cosas tan estupendas y peregrinas?

De gramática se encuentra tal cual el señor Viera; apenas hay una página en su desdichada obra que no contenga un par de faltas, que el autor podrá achacar a errores de imprenta, pero que se repiten tanto que esta repetición da lugar a fundadísimas sospechas.

Solía asistir por las noches al Café Universal, donde formaban tertulia algunos paisanos, y amigos suyos. Se retiró del café y se la pasaba *leyendo...*

Si se consagrara de lleno al cultivo de las letras, llegaría a ser un literato de alto renombre; pero como está revuelto *entre sublimados corrosivos...*

Su estilo esculpe *como el de los grandes maestros.*

Ronca *como un lirón.*

Es doctor en filosofía y letras, orientalista, demócrata y da clase *en la Universidad.* Es decir, que el biografiado además de ser demócrata, orientalista y doctor, es *da* clase.

Y por último: *En sus ojos centellea esa mirada penetrante que* ausculta *a primera vista al paciente.* Mirada que ausculta es lo mismo que *oído que ve.*

Las anfibologías abundan también que es un primor, como por ejemplo: *Guzmán Blanco ocupó el solio presidencial de la República y le confirió el cargo de Gobernador.* ¿A quién, al biografiado, o al solio presidencial?

Otra: *Es defensor ante los tribunales de los periodistas canarios,* y no parece sino que los tribunales son los señores periodistas.

Y otra: *Contrajo matrimonio con una bella señorita de Tenerife, que es la cuna de sus hijos.* ¿Tenerife o la señorita?

Como muestra de mala construcción hallamos lo siguiente: *Sus primeros estudios los hizo en la Escuela normal de León, como alumno pensionado por la Diputación provincial de dicha ciudad, por el partido judicial de Valencia de Don Juan.*

* * *

También el señor Viera se echa a inventar, pues según él, hay en Canarias un poeta que envuelto en sus románticos vestidos, se dirige a las tumbas a evocar sagrados recuerdos, y no es posible que haya tal cosa, porque un hombre que escribe en prosa y en verso, que hace repartos municipales, y que desempeña una cátedra, además de una secretaría del Ayuntamiento, no tiene el tiempo tan de sobra que pueda dedicarlo a este género de excursiones de mal gusto y de peores resultados.

No nos quedaremos tranquilos del todo, si no copiamos a continuación un párrafo que parece, no revuelto entre sublimados corrosivos, sino fabricado con miel rosada y jarabe simple: *Comenzó a derramar en armoniosos versos el sabroso néctar de*

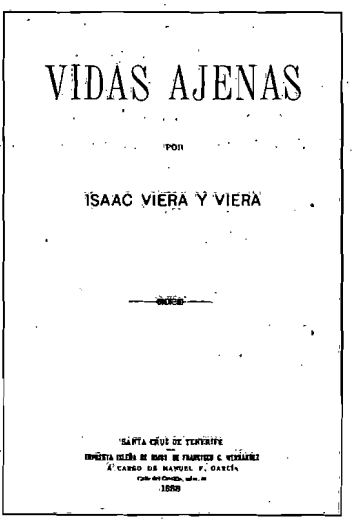
su alma; cantó en su juventud como el ruiseñor enamorado de las patrias florestas esmaltando los primorosos ritmos que brotaban de su galana pluma con las vistosas perlas de la rica vena de su musa.

Y conste que nada queremos decir de otro párrafo, lleno de escondrijos y tropezones, en que se habla de la novela española.

* * *

En resumen; el libro del señor Viera no nos parece digno de aprecio por ningún concepto. Como habrá observado el lector, hemos señalado multitud de faltas que por su índole unas y por su gravedad otras, demuestran la certeza de nuestra afirmación. El discurso, la forma, el estilo y el lenguaje valen tan poco, que el conjunto resulta de lo peor que en este género de libros se ha hecho en castellano.

Y aquí daremos fin a nuestro trabajo, no sin declarar antes de un modo público y solemne que de las setenta y cuatro páginas de que consta el primer cuaderno de *Vidas ajenas*, hay nueve en las cuales no hemos hallado ni el más insignificante defecto: están en blanco.



VIDAS AJENAS

POR

ISAAC VIERA Y VIERA

SANTA CRUZ DE TENERIFE

1889

1889

El 7 de junio de 1889, el *Diario de Tenerife* incluye en sus planas las *vidas ajenas* de Bernabé Rodríguez, Antonio Domínguez Alfonso, Tomás Zerolo y Agustín E. Guimerá.

El mismo periódico inserta el 27 de julio del mismo año, un anuncio en la página 4, en el que se informa que están a la

venta las dos primeras series de *Vidas ajenas*, al tiempo que se reproducen en el mencionado diario los poemas leídos en el *Gabinete Instructivo* por José Tabares Bartlett, Federico Lloret, Ramón Gil-Roldán, Isaac Viera y José Manuel Pulido.

1890

El *Diario de Tenerife* de fecha 14 de abril, informa *que hoy ha llegado a esta Capital nuestro estimado amigo el director de* El Independiente *de Lanzarote, don Isaac Viera*, y al mes siguiente, el 22 de mayo, da cuenta de que *desgraciadamente parece que se ha confirmado la noticia que, como rumor, dio hace días un colega, del cual la tomamos nosotros, de haber sido bárbara y cobardemente atropellado un redactor de* El Independiente, *de Arrecife, y que éste ha sido el joven don Isaac Viera, muy conocido en esta Capital.*

En mi peñascal nativo
redacté El Independiente,
y de esa campaña, vivo
salí milagrosamente.
Era una noche del mes
de las auras y las flores,
para mí de los clamores;
¡bien lo sabe San Ginés!
Al revolver de una esquina,
dos Cides *enmascarados,*
de membrilleros armados
me dieron una tollina.
Esos valientes de raza,
sin duda por apreciarme,
trataron de colocarme
con empeño una mordaza.
Como gato panza arriba
me defendí, más no obstante
recibí un palo aplastante
que me duele mientras viva.
Palo que siempre recuerdo
por que lo llevo en mi ser,
queriéndo reverdecer
en el hipocondrio izquierdo[13].

[13] Isaac VIERA: *Palotes y perfiles*, pp. 10-11. Santa Cruz de Tenerife, 1895.

1891

El 11 de marzo, en *Diario de Tenerife*, publica «La encina del olvido. Una mañana en América», poema, dedicado *a mi amigo don Fernando Martínez. Diario de Tenerife.*

El mismo diario informa, el primero de agosto siguiente que: *La vista de la causa instruida en Arrecife con motivo del atentado de que fue objeto don Isaac Viera, y que como dijimos hace días estaba señalada para el 6 del corriente mes, ha sido suspendida.*

El día 7 de agosto, con el título «La casa de la señora», escribe un artículo en el citado periódico Claudio Francisco Sarmiento —firmado con las iniciales S. F. C.—, que comienza diciendo:

> *La impresión y publicidad de un libro en las islas Canarias, y especialmente en esta Capital, es una verdadera novedad literaria.*
>
> *Ayer saludamos la aparición del tomo de poesías del vate canario José B. Lentini*[18]*, que hace años bajó al sepulcro en la flor de su edad; hoy saludamos también la leyenda en verso que con el título* La casa de la señora, *está publicando nuestro amigo Isaac Viera Viera, ventajosamente conocido en la república de las letras.*

El prospecto, que incluye las condiciones de publicación, se dio a conocer en el mismo diario el 19 siguiente, y en él se especifica *que la obra constará de un tomo de regulares dimensiones, conteniendo un prólogo en prosa por el mismo autor. Cada semana se repartirá a domicilio un cuaderno de 16 páginas, en buen papel y bajo cubierta. Precio del cuaderno* cuarenta *céntimos de peseta. Se suscribe en esta Capital, Librería de A. Delgado Yumar, en la casa Editorial, San Francisco 24, y en los principales centros de suscripción de esta Provincia.*

Este año, según Alejandro Cioranescu, da a la imprenta *Males y remedios*, breve antología de artículos de prensa, que no hemos logrado consultar.

---

[18] *Poesías de José B. Lentini*, fue impreso en Santa Cruz de Tenerife, en los talleres de Abelardo Bonnet, calle de San Francisco, 24, en 1891. La introducción, de carácter biográfico, se debe a la pluma de Isaac Viera, y no hemos dudado en incluirla en *Vidas ajenas*, porque reúne todos los elementos propios a las semblanzas que bajo este título realizara el autor.

1892

El 3 de enero publica «Hojas al viento», en *Diario de Tenerife*, poema para *el álbum de una poetisa de mi tierra*, que fue de nuevo impreso en la revista *El Guanche* de Buenos Aires en mayo de 1945.

El 4 de enero se inserta en *Diario de Tenerife* «Un buen libro», artículo en el que hace hincapié en la recomendación del *laureado poeta y distinguido catedrático del Instituto General y Técnico de esta provincia, don Antonio Zerolo*, a sus alumnos para que leyeran las *Nociones de Gramática práctica* del señor Navarro Ledesma, profesor del Instituto de San Isidro de Madrid.

El 5 de marzo aparece en *Diario de Tenerife*, «La gota y la flor», poema para *una niña*.

El cuaderno 6º de *La Casa de la Señora* se repartió el 11 de agosto de 1892, según informa el citado rotativo.

Se estampó la cubierta de esta leyenda en verso en la imprenta de A. J. Benítez, calle de San Francisco número 8, su regente, F. S. Molowny, en 1892. Por error se hizo constar en ella que se trataba del 6º cuaderno, cifra que en el ejemplar de la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife está tachada a lápiz. Resulta extraño que en la portada figure como pie de imprenta la de Abelardo Bonnet, en la calle de San Francisco número 24, y año 1891. La obra fue, al parecer, impresa por Bonnet, sin que sepamos muy bien porqué en la cubierta de la misma figura el pie del establecimiento tipográfico de Anselmo Jacinto Benítez.

En la dedicatoria *al distinguido poeta y jurisconsulto don José Manuel Pulido*, declara su autor: *Espero que su benévola crítica dispensará los mil defectos que posee esta humilde leyenda, escrita precipitadamente* pro pane lucrando, *como usted no ignora*.

1894

Da a conocer en el *Diario de Tenerife*, del 26 de febrero, el poema titulado: «En el álbum de la señorita Manuela Hardisson».

El día 9 de marzo aparece en el mencionado rotativo un texto en prosa: «Charla literaria», dedicado *a mi apreciable amigo, el distinguido escritor don Pedro G*[onzález] *Perera*.

El mismo diario publica en su edición del 20 de julio: «Recuerdos de Maracaibo».

1895

El 4 de enero el *Diario de Tenerife* reproduce un texto suyo titulado: «Un certamen escolar», en el que el periodista y pedagogo da noticia de su asistencia a dicho acto, al que fue invitado por la señorita de Robayna, directora de un prestigioso centro de enseñanza establecido en Santa Cruz de Tenerife.

Sale de prensas *Palotes y perfiles* [*Autobiografía*] en el establecimiento de Félix S. Molowny, calle de San Francisco, 32, en Santa Cruz de Tenerife. Obra dedicada al médico don Agustín Pisaca, con introducción de su amigo y paisano Miguel Pereyra de Armas, fechada el 28 de marzo de 1895, quien comenta, entre otras apreciaciones, que:

> *Canta las vicisitudes de su no larga vida, que apenas ha rebasado la edad de las desilusiones y de los desengaños, y, burla burlando, nos relata en fáciles y espontáneas redondillas, en bien acabadas décimas, con gracioso y chispeante humorismo, las miserias y los peligros de su triste existencia allá lejos, muy lejos de la patria, en remota región del continente sud-americano. Dejos de amargura notará quizás el lector en algunos de sus versos —que no es dado recordar angustias acerbas y grandes sinsabores sin que suban a los labios y de ellos destilen gotas de la hiel que aún resta decantada en el fondo del corazón— pero, son tan leves esos dejos, de tal suerte los envuelve el poeta en la miel de su poesía humorística, que nos tragamos la píldora sin que deje apenas en el paladar huellas de su paso.*

Un anuncio en el *Diario de Tenerife* del 11 de abril de 1895 explica: *Palotes y perfiles* por Isaac Viera. Un folleto: 40 céntimos de peseta. Se vende en la librería de Delgado Yumar y en la cervecería «Las cuatro naciones». Quedan pocos ejemplares.

Publica «El indiano», texto en prosa, en el *Diario de Tenerife* de 19 de mayo. Dedicado *a mi querido amigo don Manuel Rallo.*

Han nacido ya dos de sus hijos.

> *Me casé, tengo dos hijos,*
> *y el cariño del hogar*
> *me alienta a sobrellevar*
> *mis tristes males prolijos*[15].

[15] Isaac VIERA: *Palotes y perfiles*, pp. 12. Santa Cruz de Tenerife, 1895.

1897

El 7 de abril escribe, desde *Granadilla de Tenerife* a don Miguel Maffiotte:

Mi distinguido amigo:

Con fecha 11 del próximo pasado marzo la Dirección General de Instrucción Pública tuvo a bien conceder al Colegio de Segunda Enseñanza de este pueblo, de que soy profesor, una Biblioteca, y como usted es persona competentísima en materias literarias, me permito suplicarle se ponga al habla con los señores Ruiz de Aguilar, don Ricardo; García Beltrán, don Lorenzo y don Victoriano Suárez, librero, Preciados, 48: los dos primeros reciben por este correo cartas a fin de que entre los libros de la expresada Biblioteca figuren obras que traten de Matemáticas, Agricultura, Comercio, Bellas Artes, Filología, Historia Natural, Geografía, Historia, Artes y Oficios, Astronomía, y especialmente necesitamos diccionarios de varias lenguas vivas y un enciclopédico. El señor Suárez es el encargado de recoger los libros y enviarlos con dirección a don A. Delgado Yumar, de Santa Cruz.

Como usted es además de escritor concienzudo bibliógrafo notable creo innecesario indicarle aquella clase de libros que prestan señaladísimos servicios en un establecimiento docente que carece de todo material científico y en un pueblo como este, cuya principal fuente de riqueza es la agricultura y que está alejado de los centros del saber por su posición geográfica.

A su hermano don Miguel, querido amigo mío, lo vi en meses pasados en La Laguna y hace pocos días he sabido de él.

Consérvese bueno, siga escribiendo sabrosas cartas bibliográficas para el Diario de Tenerife, *demostrando que usted labra el castellano de pura cepa española y mande a su amigo que besa su mano. Isaac Viera*[16].

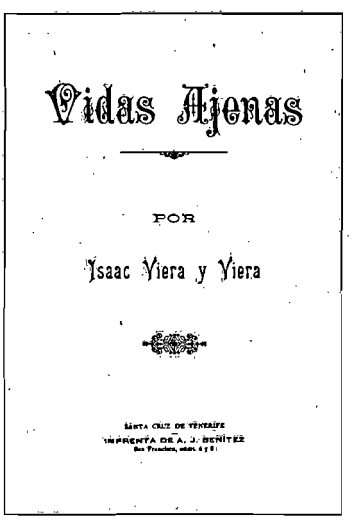
1898

Diario de Tenerife de 9 de agosto de 1898 informa que *dentro de breves días verá la luz el tercer tomo de la obra* Vidas Ajenas *de que es autor nuestro amigo don Isaac Viera*, y el 31 del mismo mes y año acusa recibo de ella y la denomina tercer cuaderno, *contiene las semblanzas de don Imeldo Serís, marqués de Villasegura; don Juan y don José Reyes Martín; don Augusto Cuevas*

[16] Fondo Luis Maffiotte. El Museo Canario. Agradezco el conocimiento de esta carta a mi buen amigo don Juan Gómez-Pamo Guerra del Río, bibliotecario de dicha institución.

Camacho; don Benito Pérez Armas; don Juan de León y Castillo; don José Mora y Berüff; don Elías Santos Abreu; don Pedro González Perera; don Manuel Mendoza Morales; don Mario Arozena; don Lorenzo García Beltrán y don José Tabares Bartlett, algunas de las cuales las conocen ya nuestros lectores por haberlas publicado el DIARIO.

El 14 de septiembre, un anuncio inserto en este mismo diario manifiesta que el *tercer cuaderno de esta obra, publicada recientemente, se halla en venta; en esta Capital, Librería de don Antonio Delgado Yumar; La Laguna, don Próspero Martín; Orotava, don Adolfo Herrera* [*sic*, por Herreros]*; Puerto de la Cruz, don Luis Rodríguez; Santa Cruz de La Palma, don Augusto Cuevas Camacho; Arrecife, don Enrique Sáenz.* Especifica que ha sido impreso en los talleres de A. J. Benítez, y corresponde al que tenemos publicado sin fecha, ya que coincide el índice de biografiados. Sigue sin aclararse porqué comienza este tomo en la página 123, siendo así que las que consideramos primera y segunda serie concluyen en la 154.


Vidas Ajenas

POR

Isaac Viera y Viera

SANTA CRUZ DE TENERIFE
IMPRENTA DE A. J. BENÍTEZ

1899

Interviene en la sesión extraordinaria celebrada en El Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife donde leyó unas estrofas dedicadas *a la memoria del artista, mi inolvidable amigo don Gumersindo Robayna,* que fueron publicadas por el *Diario de Tenerife* en su edición del 20 de abril siguiente.

María Dolores Viera y Viñoly nace en San Miguel de Abona el día 15 de dicho mes y año, a la una de la madrugada, *hija de don Isaac Viera y Viera y de doña Dominga Viñoly y Viñoly* [*sic*], *naturales de Yaiza en Lanzarote*. El 23 inmediato fue bautizada en la iglesia del Arcángel San Miguel; se le puso por nombre «María Dolores Teodora Casilda» y actuaron como padrinos don Francisco Gómez y Gómez y doña Dolores Reyes González[17].

En 19 de julio de 1899 regentaba un colegio en San Miguel de Abona, según *Diario de Tenerife*.

Desde el puerto del Arrecife remite al mismo diario una nota necrológica que lleva por título: «Doña Emilia Infante», con fecha del día primero y publicada el 10 de octubre.

1900

Aparece publicada en el *Diario de Tenerife*, en su edición del 13 de enero, la semblanza de «Rafael Ramírez Vega», firmada en Arrecife en diciembre del año anterior.

La misma publicación, el 17 de marzo de 1900 nos informa que: *El tan entendido como infatigable profesor* don Isaac Viera regenta un Colegio en Arrecife.

El 26 de abril publica «Página suelta», poema dedicado a su hija Carolina, en el *Diario*.

El 17 de septiembre remite al director de dicho rotativo dos composiciones poéticas tituladas «Melodía» y «Abanico», y aclara: *Como el señor don José Franchy y Roca, director de* Las Efemérides, *se ha permitido decir en carta reciente dirigida a un amigo de él, residente en esta ciudad, que una de las poesías adjuntas, según cotejo que había hecho, es obra del esclarecido ingenio de don Manuel del Palacio, me veo en el deber de rechazar, como lo hago, con todas las energías de mi carácter, tan insidiosa aseveración.*

El 24 de septiembre, en su sección «Perfiles lanzaroteños», publica el *Diario* la semblanza de «Gonzalo Molina Pérez».

El 26 de octubre vuelve a insistir sobre la acusación de plagio que había formulado don José Franchy y Roca, esta vez, al parecer, en el contexto de un artículo aparecido bajo el rubro *Charla literaria* en el citado periódico de su dirección, añadiendo:

[17] Dato que me ha sido amablemente proporcionado por el historiador don Octavio Rodríguez Delgado.

Le juro a usted por lo más sagrado, y declaro invocando mi honor, que siempre he procurado sacar incólume en las rudas contiendas del periodismo, que la composición citada la publiqué el año 1880 en La Juventud Salvadoreña, *revista quincenal de Literatura que veía la luz en la capital de la República de San Salvador por los años en que en dicho país estuve. El número a que me refiero de dicha revista literaria, lo conservo en mi poder, y a disposición del público y del señor Franchy y Roca, que aunque me llame con burlona sonrisa, poeta de pega, yo continuaré admirando las lucubraciones luminosas del ingenio esclarecidísimo del simpático director de* Las Efemérides.

1901

El 2 de enero publica el *Diario de Tenerife* «Al siglo que fenece», composición poética dedicada *a mi distinguido amigo, el ilustre escritor y letrado don Francisco Penichet y Lugo.*

El 8 de febrero participa en la sesión conmemorativa de El Gabinete Instructivo de Santa Cruz en honor de José Manuel Pulido, en la que leyó un poema titulado «A la muerte de mi amigo del alma», firmado en Arrecife el mes de noviembre de 1900, que verá la luz al día siguiente en la mencionada publicación.

Diario de Tenerife, de 15 de febrero de 1901 inserta la siguiente noticia: *A la edad de 95 años ha fallecido en Caracas doña María de los Santos Álvarez Falcón, oriunda de La Laguna y abuela de don Isaac Viera.*

1902

El *Diario de Tenerife* publica «Garafía» poema dedicado *a mi antiguo y querido amigo don Augusto Cuevas Camacho*, el 5 de noviembre.

El 20 de noviembre, aniversario de la muerte del poeta, publica en dicho rotativo «Don José M. Pulido», nota necrológica en la que reclama al ayuntamiento de Santa Cruz que ponga el nombre del escritor a una de las calles del municipio:

Nosotros —dice— *cumplimos con el deber santísimo de evocar el recuerdo de nuestro mejor amigo, del cariñoso maestro, cuyas atinadas y discretísimas lecciones, fueron, digámoslo así, la forja en donde templamos nuestras armas para los batallares de la vida social y política.*

1903

Publica en *Diario de Tenerife* el 16 de enero, «La fuente de las lágrimas», poema dedicado a su hermano Felipe.

En abril, el célebre violinista de raza negra, *chevalier* Brindis de Salas, actuó en la Sociedad *Democracia* de Arrecife de Lanzarote. Aparte los naturales elogios al prodigioso instrumentista, dedica un elocuente párrafo a una pianista local:

> *Pero, verdaderamente, la novedad simpática, atrayente de la fiesta que reseñamos, fue la encantadora y distinguida señorita Reyes Díaz Navarro. La presentación en el palco escénico de la discreta joven, acompañando magistralmente al piano al señor Brindis de Salas, fue saludada con estruendosa y delirante ovación. La señorita Reyes Díaz, rompiendo con viejas preocupaciones que pugnan con el espíritu moderno de los pueblos cultos, se prestó gustosa y espontáneamente a compartir con el inspirado violinista los aplausos del público; poniendo de ese modo muy alto el nombre del terruño patrio.*

La crónica de este acto fue publicada por el *Diario de Tenerife* el 5 de mayo, con el título «Acontecimiento artístico», y concluye con una improvisación poética «A Brindis de Salas».

En las planas del *Diario de Tenerife* de 4 de septiembre de 1903 se inserta la siguiente noticia: *Llamado a prestar declaración en la causa que se le sigue a* La Opinión, *llegó ayer de Lanzarote nuestro querido amigo don Isaac Viera.*

1904

El 7 de mayo el *Diario de Tenerife* publica «Puerto de Cabras», poema del *libro próximo a publicarse titulado* Por Fuerteventura, pueblos y villorrios.

Edita en la imprenta y litografía de Martínez y Franchy de Las Palmas el citado libro, con prólogo de José Franchy y Roca, oriundo de aquella isla, quien afirma en él:

> *Amigo Viera: Usted, recorriendo los pueblos y villorrios de Fuerteventura, describiendo sus paisajes, pintando las costumbres de sus habitantes, recordando su pasado y dejando entrever un porvenir mejor, ha hecho más por esa isla que muchos señores que en Madrid han podido ufanarse con su representación en el Congreso de los diputados, sin conocerla, sin amarla, ni quererla oír.*
>
> *El libro de usted enseñará a muchos que Fuerteventura no es el país miserable de que han oído hablar, sino el país*

empobrecido por el rutinarismo y la sumisión de los unos y las ambiciones y el desvío de los otros.

Como puede apreciarse, no hubo resentimiento por la acusación de plagio que el periodista y político de origen majorero había formulado contra Viera años antes.

El 5 de octubre publica en el citado diario, «A los marinos del *Presidente Sarmiento*», poema fechado en Santa Cruz de Tenerife.

1905

Publica en dicho periódico, en su edición del 17 de abril, «Notas tristes», poema dedicado *a la memoria de mi inolvidable amigo don Claudio F. Sarmiento*, escrito en Arrecife.

El referido diario que dirigía su amigo don Patricio Estévanez da cuenta, el 6 de junio de 1905, de la llegada a Tenerife de don Isaac Viera, en compañía de los alumnos del colegio que tenía establecido en Arrecife para que fueran examinados en el Instituto de Canarias.

La noche del 16 de junio lee en el Ateneo de Tenerife «Siempervivas», poema que fue publicado al día siguiente por el mismo rotativo.

El día 8 de junio, la revista *La Semana* publica «Antonio Zerolo», cuyo texto coincide, a excepción del primer párrafo, con el que figura con el mismo título en *Vidas Ajenas*, en su edición de 1888.

Los días 22 y 28 de julio da a la estampa dos crónicas de carácter pedagógico tituladas «Reformas en nuestro Instituto» y «La institución moderna».

Dirige *El Porvenir*, diario de la tarde. Órgano del Partido Liberal Democrático de Canarias. Santa Cruz de Tenerife[18].

A poco de su aparición escribe un editorial titulado «La prensa» y una semana después otro con el título «Una salvajada», que *no de otro modo puede calificarse el vandálico hecho llevado a cabo ayer tarde en la plaza de la Constitución, en la hora en que en este sitio había bastante concurrencia, por el director de* La Opinión, *Policarpo Niebla, atacando por la espalda a mansalva a nuestro querido amigo Isaac Viera*, quien al parecer había acusado a Niebla de estar a sueldo del alcalde[19].

---

[18] Primer número el 1 de agosto, finaliza el 3 de enero de 1906. Dirección: San Francisco, 30 y Callao de Lima, 34. Imprenta de Camilo Guimerá, Plaza del Teatro, 5. Colaboran: Gumersindo Echevarría, el propio Viera, José Sánchez González, Manuel Alejo Franchy, Juan María Cabañas, *Abel Imart, Faquín*, etc.

[19] GALÁN GAMERO, Javier: *Historia del periodismo tinerfeño. [1900-1931]*. Aula de Cultura de Tenerife. Cabildo de Tenerife. 1997.

1906

«Ráfagas», poema dedicado *a la memoria del vate palmero Domingo Carmona*, figura en las páginas de la edición del 10 de marzo del *Diario de Tenerife*, y el 15 de junio da la noticia de su vuelta de Lanzarote.

¿1907?

Ha tiempo di a la estampa en esta capital una autobiografía, bajo el título de Palotes y Perfiles, *con un prólogo del finado escritor, don Miguel Pereyra de Armas, y aunque ha llovido mucho desde ese tiempo acá, muy poco tengo que añadir a aquel trabajo escrito* pro pane lucrando. *No quiero recordar las penalidades sufridas en las bóvedas de La Guaira, bajo la dictadura de aquel Calígula de levita y de sombrero de copa que se llamó Antonio Guzmán Blanco, cuyo espíritu debe morar en la mansión que tiene en su puerta escrito el* Lasciate ogni speranza *del cantor gibelino.*

Sólo diré a los lectores que por causas de todos conocidas tuve que emigrar con mi numerosa prole a la República Argentina, con poca plata, como dicen por allá, en el bolsillo, pero con muchísimo coraje en el corazón.

En el vapor alemán Mendoza, *que según mis noticias yace sepultado en los abismos del océano, me embarqué en esta ciudad una mañana de noviembre de un año sin gracia para mí, de cuya fecha no quiero acordarme, con rumbo a Buenos Aires. En ese día había en el horizonte tinerfeño negruras y relampagueos, anunciadores de tormentas. También bajo mi cráneo se agitaba una tempestad más espantosa que la del personaje de* Los Miserables *de Hugo.*

Pasé de mis adoradas rocas a regiones para mí desconocidas, llevando en estrecho camarote el hogar, el dulce nido que en canaria tierra había formado el amor, entre risas y balbuceos infantiles.

Las lágrimas gotean sobre el papel en que trazo estas líneas al volar de la pluma, recordando el adiós a las pobres peñas de mis amores, el momento en que vi desaparecer ante mis húmedas pupilas la silueta del Teide entre cortinajes de grisáceas nubes, pensando que a las faldas de la vieja montaña quedaban los pueblos, las pintorescas aldehuelas que inspiraron mis mejores versos de trasnochado romántico.

A las dos o tres singladuras de zarpar de Añaza, extintas las bascas del mareo, todo era júbilo, no en la gran Toledo, sino en mis pobres hijos al ver los peces voladores que, en bandadas, saltaban sobre las olas, estremeciéndolas ligeramente con su contacto.

Sólo yo vivía en la noche negra del desterrado en la que no brillan las estrellas, ni siquiera se percibe esa oscuridad luminosa que en las borrascas nocturnas se nota desde la cubierta de un trasatlántico, fenómeno que se conoce con el nombre de ardentía o fuego marino; sólo yo, repito, permanecía taciturno, sombrío, sintiendo golpear en mis sienes la siniestra idea del hambre y del desamparo de mi familia.

Después de una feliz travesía, arribé a Montevideo, en una de esas mañanas cuyos matices vivirán por siempre en mi retina.

A la vista de la bellísima ciudad, que los vates aficionados a poner motes llaman Coqueta del Plata, *escribí una décena de espinelas, saludando a la patria heroica de Artiles y de Lavalleja.*

De esas décimas recuerdo la primera y la última.

Allá van:

Bella cual sueño de Egeo
de una nave sobre el puente,
en los mares del Oriente
contemplo Montevideo.
Hermosa como el deseo
de tropicales amores
de ancho río, a los rumores
la patria de Lavalleja,
ante mi vista asemeja
una sultana entre flores.

* * *

Lejos del nativo hogar,
pueblo libre, te saludo,
en ese lenguaje rudo
que distingue a mi cantar.
Todo el amargor del mar
que he atravesado hasta aquí
en mi corazón sentí
al dejar el patrio nido,
y ese amargor se ha extinguido
tan sólo con verte a ti.

* * *

La composición literaria a que me refiero se publicó en casi todos los diarios de la metrópoli uruguaya.

Y a los pocos días de la inserción de mis humildes versos de salutación al país a donde acababa de arribar, esos mismos periódicos, en sendos artículos, anunciaban una conferencia del que estos renglones escribe, excitando al público a que concurriera a dicho acto.

En el teatro Solís
di mi pobre conferencia;
el tema: la independencia
del uruguayo país.
Leoncio Lasso de la Vega
hizo mi presentación,
encomiando en su oración
mi periodística brega.

Salí con doce duros de Santa Cruz de Tenerife, y llegué a Buenos Aires con mil pesos argentinos, que me produjo la conferencia que di en Montevideo.

Ese milagro, que yo sepa, no lo ha hecho ni la virgen de la Buenaleche[20].

1908

Desde Buenos Aires envió, el 16 de enero al *Diario de Tenerife*, el artículo que lleva por título «Aspiración justa», en el que reclamaba al Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife que diera el nombre de *Francisco María de León* a la calle de La Noria, donde vivió el notable jurisconsulto hasta su muerte, y aprovecha la ocasión para ensalzar a su nieto, don Luis Sansón y de León, *ya que nuestro paisano se desvive por auxiliar con sus decisivas influencias y hasta con su propio peculio a todos los compatriotas que tocan a sus puertas en demanda de trabajo.*

1911

Se imprime en Buenos Aires, en el Establecimiento Tipográfico de Julio Ghio, el tercer volumen [cuarta serie] de *Vidas ajenas*, con el subtítulo: *Semblanzas*, y con prólogo de Antonio R. Zúñiga.

1912

Diario de Tenerife, de 12 de julio de 1912, da cuenta de que don Isaac Viera se encontraba en Santa Cruz de Tenerife y meses después, su hermana Leonor remite a dicha publicación «El canto de los pájaros», poesía de Latour traducida expresamente para este periódico, *dedicada a la ilustre literata, la gentil señorita Carmela Eulate* y firmada en Telde el 18 de septiembre.

---

[20] *Autobiografías. Escritores y artistas.* Biblioteca Canaria. Librería Hespérides. Santa Cruz de Tenerife. S/f., pp. 121-127.

1913

Por las noticias que da el *Diario de Tenerife* sabemos que el día 31 de mayo había llegado de Lanzarote, y el 23 de septiembre volvía a estar en Santa Cruz de paso para Buenos Aires.

Tres días más tarde aparece en sus planas «Un poeta canario. Don José Tabares Bartlett», artículo en el que Viera afirma que *el nombre del ilustre vate tinerfeño es ventajosamente conocido en las florecientes Repúblicas del Plata*, y reproduce un fragmento del periódico bonaerense *La Argentina* que se había ocupado de su obra, y cita a *La Razón, El Diario Español* y *La Tribuna Popular* de Montevideo en que aparecieron publicados algunos poemas suyos.

¿1914?

En la imprenta García Cruz, calle de San José, 36, de Santa Cruz de Tenerife, se edita el libro *Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera con semblanzas y notas biográficas de los respectivos autores, escritas por el mismo.* En el prólogo se hace referencia a un artículo aparecido en el periódico *El Progreso* que dice:

> *El viejo escritor Isaac Viera es incansable. Su devoción a las letras, mantiénela todavía como en los más entusiastas años de su vida. A las varias producciones que ha hecho, pronto sumará otra, tanto o más valiosa que las anteriores.*
>
> *Isaac Viera se propone dar a conocer, haciendo labor de cultura patriótica, en el mundo intelectual, a los escritores canarios, la mayoría de los cuales son desconocidos porque sus producciones, sin firma, andan diseminadas en las columnas de la prensa diaria.*
>
> *El propósito es de los que merecen loa, pues además del fin que con el mismo persigue, supone un trabajo sumamente laborioso para el que se requiere los entusiasmos del viejo lanzaroteño.*
>
> *En ese nuevo libro —consagración pública de los que a la literatura, en sus variados aspectos, han dedicado los mejores años de su vida—, Viera recopilará la producción de cada escritor con las necesarias acotaciones sobre la personalidad intelectual del biografiado.*
>
> *Será un libro hermoso, de intensa palpitación regional, que habrá de ocupar espacio preferente en la biblioteca de todo buen canario.*
>
> *En ese libro habrán de figurar, sin restricciones, porque él no las admite para las concepciones del intelecto, todos los*

escritores que en Canarias laboran pro cultura. Al efecto, para mejor ordenar su trabajo, el viejo poeta se propone hacer una excursión por las islas, esperando que todos los que tengan el deber de ayudarle en su patriótica empresa, no le negarán el apoyo que ha menester para la realización de la misma.

El semanario *Vida Nueva* [creemos que se refiere al periódico *Vida Moderna*] comenta:

Biblioteca de escritores canarios. *Tal es el título del nuevo libro que, por cuadernos de treinta y dos páginas, con nítidos fotograbados de sus autores, verá la luz pública brevemente.*

Los trabajos literarios que figuran en dicha obra y las noticias biográficas acerca de los escritores que de la misma formarán parte, son escogidos por nuestro amigo, el viejo poeta don Isaac Viera y escritas por éste.

Dada la importancia que en sí entraña dicha obra, la que viene a llenar un verdadero vacío en la república de las letras regionales, no dudamos que el libro en cuestión tendrá favorable acogida del público y el decidido apoyo de las corporaciones y centros oficiales de la provincia.

Como casi todos los literatos del país son poco conocidos en el extranjero y particularmente en las repúblicas hispanoamericanas, debido a que en nuestras islas no existen periódicos que traspasen los límites de la pequeña patria, la obra de Viera responde a una necesidad hondamente sentida, pues en ella se darán a conocer a los que en nuestras aisladas rocas oceánicas se ocupan en las lucubraciones del ingenio.

Es necesario que se sepa que en Canarias no sólo hay paisajes bellísimos, cielo de imponderable hermosura y clima de proverbiales cualidades, sino que también aquí es exuberante y rica la vida intelectual, que tenemos inspirados vates y prosadores clásicos que regocijan con los primores de un estilo brillante.

Ya se ha comenzado a imprimir los primeros pliegos del libro que nos ocupa, en el que admiramos una vez más el numen de poetas como Pulido, Gil-Roldán [padre], Dugour, Tabares Bartlett, Zerolo, y otros que no mencionaremos por no hacer interminable la lista, junto con las filigranas en prosa de Fernández de Béthencourt, de Villalba Hervás, de los hermanos Millares y del padre de éstos, el insigne historiador canario, don Agustín, y tantísimos otros literatos, que son orgullo y prez de las letras canarias.

Lo cierto es que sólo hemos alcanzado a ver un ejemplar, conservado en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, con 96 páginas —tres cuadernillos, sin continuidad— inte-

rumpiéndose la obra en la nota biográfica de Domingo Cabrera Cruz —*Carlos Cruz*—. Los seleccionados en esta primera entrega del libro, al parecer, mútilo, fueron por este orden: José Tabares Bartlett, Juan Béthencourt Alfonso, Manuel Verdugo, Bernardo Benítez de Lugo, Maximiliano Hardisson y Domingo Cabrera Cruz.

Este año figura como director de *El Autonomista*.

1914

A bordo del correo *León y Castillo*, firma la introducción para el libro *Adelfas y Cardos* del poeta y marino lanzaroteño, antiguo alumno suyo, Francisco Jordán, impreso en Santa Cruz de Tenerife por Félix S. Molowny.

1916

Se edita en Santa Cruz de Tenerife, *Costumbres canarias*, en la imprenta y litografía de Anselmo Jacinto Benítez, calle de San Francisco, números 6 y 8.

1918

Asume la dirección de *El Heraldo de Lanzarote*.

1919

El caricaturista Manuel Barrera —*Pilf*— incluyó una caricatura suya en un álbum publicado en fecha cercana a marzo de 1919, según *Amaro Lefranc* quien dice: *y la del vate isleño don Isaac Viera, [éste con una chalina y unos pantalones un tanto más impolutos que los que el señor Viera acostumbra usar]*[21].

1921

Edita en La Laguna, en la imprenta de Sucesores de M. Curbelo, San Agustín, número 47, *Aires isleños*, con prólogo del autor, fechado el 12 de agosto de dicho año, acaso su edición más cuidada:

---

[21] *Amaro Lefranc* [Seudónimo de Rafael Hardisson Pizarroso]: «Notas de arte. La exposición del Ateneo». *La Prensa*. Santa Cruz de Tenerife, 19 de marzo de 1919.

La humilde roca, a cuyo oceánico oleaje hemos templado nuestra pobre lira de andariego cantor —de bohemio impenitente, en la genuina acepción traslaticia de dicho vocablo—, es para nosotros el tabernáculo de todos nuestros amores y de los sentimientos más puros de nuestro corazón, en el que llevamos la levadura de aquella tierra, risueño oasis de mujeres hermosas, semillero de hombres ilustres, y en la que hasta las arenas son fértiles, en frase del poeta.

Adolescentes, casi un niño, abandonamos el hogar paterno en busca de más amplios horizontes donde desplegar las alas de la fantasía, y allá, en remota región sudamericana, formamos nuestro gusto literario de trasnochado romántico y adquirimos, a fuerza de privaciones y desvelos, el pequeño caudal de conocimientos que nos ha servido para la lucha por la existencia, de que nos habla Darwin.

Apenas rebasamos la edad de las ilusiones, vagando por países del Nuevo Continente, sentimos infiltrarse en el alma el absintio de los desengaños, y retornamos al nativo solar quebrantada grandemente la salud, pero no dimos paz a nuestra pluma, tan pronto como el clima incomparable de estas edénicas islas nos devolvió el vigor perdido en aquellos pantanos y lugares insalubres de la América latina.

No tenemos que reseñar nuestros sacrificios por el terruño patrio: de sobra son conocidos en el Archipiélago las campañas periodísticas que hemos sostenido en pro de la moralidad administrativa de los municipios de Lanzarote y del progreso de aquella isla, y los centros docentes que fundamos en la simpática Arrecife, en donde del forasterismo se hace pagano culto, en la ciudad de los castillos desartillados, de los magníficos puentes tendidos sobre pequeños mediterráneos, sonoros y dormilentos, que le dan veneciano aspecto.

Ahí está la brillante juventud arrecifeña formada por nosotros para los rudos batallares de la vida, pregonando coram populo *desde los escaños municipales y desde los bancos del Cabildo insular, que saben honrar nuestras canas, al defender con la influencia de sus luces y con acrisolado patriotismo los sacratísimos intereses del acervo común, siguiendo la senda trazada por el viejo maestro, que es pobre, porque su pluma no ha sido jamás débil ni tornadiza.*

* * *

Los que no contemplan los mansos reflejos de la aurora ni se conmueven ante la ternura de una lágrima ni ante la elocuencia de un suspiro, ni comprenden ese sublime lenguaje que murmuran las ondas ni ese lirismo que llevan las aves en su garganta, motejan de inútiles o de imbéciles a los que escribimos renglones cortos y esgrimen su sátira contra nosotros hasta el extremo de tomar el tinte del sarcasmo, porque esos

egoístas que sólo viven apegados a un frío positivismo, únicamente están atentos a la prima *y al agiotaje: rinden pleitesía a las letras de cambio y miran con olímpico desprecio las otras que no cotizan en el mundo del* Debe *y el* Haber.

* * *

Nuestros paupérrimos versos están tomados al azar de esos periódicos isleños —algunos de los cuales han desaparecido del estadio de la prensa— que están medio apolillados en los anaqueles de las bibliotecas públicas. Consignamos en estas líneas nuestra gratitud al celoso bibliotecario municipal de Santa Cruz de Tenerife, don Pablo González, por haber puesto a nuestra disposición, con la amabilidad que le caracteriza, las colecciones de aquellas hojas diarias, a fin de que pudiéramos dar cima a la ímproba labor que nos propusimos realizar, buscando en ellas los trabajillos que constituyen el pequeño volumen que, a insistentes requerimientos de nuestros coterráneos, amantes de la patria literatura, damos hoy a la estampa, sin que nos mueva el afán de exhibicionismo ni mucho menos el deseo de notoriedad y gloria.

La vegetación lujuriosísima de aquellos pueblos desparramados entre el río Colorado y el Cabo de Hornos, y el modo de ser de esas jóvenes nacionalidades de aquella verdadera tierra de promisión, en la que se respiran auras de libertad, han influido, como comprenderá el que los leyere, en la estructura o arqueológico lirismo de nuestras desmedradas producciones, las que se distinguen por su estilo barroco.

Como la antorcha de la inspiración no nos ha guiado al escribir nuestros ritmos, éstos están exentos de cadencia y armonía. Carecemos de ese quid divinum, *de ese fuego sagrado que las musas, a la manera de las antiguas vestales, mantienen inextinguible en su brasero de oro; pero a falta de aquel musical ornato y de atavíos esplendorosos, hemos procurado que en nuestras estrofas se albergue el sentimiento del amor al pedazo de tierra canaria, en donde parece flotar el leve polvillo de los huesos de nuestros antepasados sobre las alas de los insectos multicolores que se ven revolotear sobre los campos lanzaroteños, cuando verdeguean las sementeras. Sabemos, además, que nuestros versos adolecen de enormes defectos, los que no hemos querido corregir, porque esas faltas rítmicas evocan en nosotros dulcísimas remembranzas de aquellos tiempos*

en que lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas,

como dice el clásico; y porque esas mismas incorrecciones, como asevera el príncipe de los ingenios españoles, Miguel de

Cervantes Saavedra, son defectos que embellecen la obra literaria, al igual que los lunares hermosean el rostro de la mujer.

Hemos procurado sacrificarlo todo a la claridad en la elocución, hasta las exigencias del metro, porque sostenemos que esa cualidad es la primera, es la más soberana e indispensable de todas; opinión que también sustenta un insigne preceptista contemporáneo, de acuerdo con lo que dice Quintiliano en esta frase: Summa virtus orationis est perspicuitas.

La mayor parte de nuestro renglones cortos están saturados de un espíritu esencialmente isleño: llevan en su lírica el perfume de las rosas selváticas de Tenerife; el azahar de los naranjos de La Palma; las blandas emanaciones del patrio terruño impregnadas de olor a marisco y el reflejo de la viva luz de su cielo tan despejado como el de Chipre. También nos ha inspirado un cántico la típica prenda de vestir de aquellas mujeres airosas y de complexión robusta de la fértil tierra, en donde se levantan el Nublo y el Saucillo, hasta ocultar su frente entre nubes opalinas. [...]

* * *

Trasladémonos al mundo de los recuerdos: traigamos a la mente del lector los nombres ilustres de los preclaros hijos de Lanzarote, que en todos los ramos de la actividad humana rayaron a gran altura, dejando de su paso por esta efímera vida huellas luminosas, que el poder del tiempo respeta. Clavijo y Fajardo (José) que fue periodista notabilísimo en Madrid, habiendo fundado en aquella capital El Pensador*; concienzudo traductor de Buffón y redactor del* Mercurio Histórico Político *de la coronada Villa.*

Blas Curbelo, eminente hijo de Esculapio, llamado en la Sorbona de París, en cuyas aulas cursó la carrera, el petit *Orfila, por sus vastos conocimientos químicos; Leandro Fajardo, jurisperito de extraordinaria estatura intelectual y escritor castizo que, siendo estudiante, colaboró en* La Democracia, *que dirigía Castelar; Fernández Béthencourt, que en los estudios heráldicos llegó a ser una verdadera autoridad mundial, y ocupó puesto distinguido en la Academia de la Historia y en la de la Lengua, dio gallardas pruebas de ser también orador elocuentísimo y prosista elegante; Morales Lemus, periodista de batalla, abogado de nota y miembro de la Junta cubana en Nueva York, durante la década sangrienta y representante del Gobierno revolucionario en los Estados Unidos; Alfonso Spínola, insigne médico y compositor-músico inspiradísimo, conquistó alta nombradía en la República del Uruguay.*

También Arrecife, la pequeña urbe en donde se mezclan los gritos del barquero con los ecos de la zampoña del pastor, es patria de los hermanos Zerolo. Tomás, talento enciclopédico, Galeno de ojo certero, operador quirúrgico notable, y publi-

cista didáctico, obtuvo uno de los primeros premios con su obra sobre climatoterapia, en un concurso celebrado en Barcelona; Elías, con su valioso libro Legajo de varios, *publicado en París, en donde con su brillante pluma se abrió paso entre los literatos de la ruidosa ciudad del Sena, conquistó renombre en ambos mundos, y Antonio, eximio catedrático del Instituto general y técnico de Canarias, admirado por loa universalidad de los conocimientos que posee, y egregio poeta, ha sido laureado en varios torneos artísticos celebrados en esta provincia y en la Península. Sus odas, sonetos y quintillas son ricas joyas de la literatura castellana.*

Y entre la brillante pléyade de jóvenes lanzaroteños que hoy se distinguen en el cultivo de las letras y de las ciencias, descuella el sabio catedrático de la Universidad Central, doctor Blas Cabrera Felipe, cuyo nombre constituye legítimo timbre de gloria para estas atlánticas playas.

Generosa tierra, antigua Tite-roy-gatra; permite que en tu frente de gentil nereida depositemos un ósculo enamorados de esos rasgos de heroísmo y por ser madre fecunda de hijos eminentes que han colocado a tus plantas, inmarcesibles laureles, ganados en las lides de la intelectualidad.

El más modesto de los cultivadores de las letras isleñas te saluda, madre querida, con noble orgullo, porque tu espíritu es elevado y caballeroso, y porque en tu seno encuentra el sosiego y la placidez para su alma, cansada del mundanal ruido.

La grandeza y la generosidad constituyen la característica de esa tierra tan pródiga en varones conspicuos como en ricos y sabrosísimos frutos. [...]

1923

Colabora en el homenaje a Patricio Estévanez, celebrado en Santa Cruz de Tenerife en el mes de mayo[22].

Reedita en Madrid, en la prestigiosa editorial Renacimiento, calle de San Marcos, 42, *Costumbres canarias.*

Publica en La Laguna «Ofrenda. Homenaje a don José Tabares Bartlett».

1925

En junio el periódico *Lanzarote* que se imprime en Arrecife inserta «Lanzarote a vuela pluma».

[22] RODRÍGUEZ, Leoncio: *Perfiles.* Santa Cruz de Tenerife, 1970, p. 134.

Gabriel Yánez publica el artículo «Un libro del Maestro» en dicho periódico, el 12 de julio.

1926

La impecable editorial Espasa Calpe publica, en su *Enciclopedia Universal Ilustrada*, la voz:

> VIERA [Isaac]. *Biog.* Escritor español, n. en Lanzarote [Canarias] en 1858. Siendo aún muy joven marchó a Venezuela y allí se dedicó al periodismo y a la enseñanza, pasando luego a Colombia, donde dio varias conferencias. Posteriormente estuvo en Montevideo y colaboró en varios periódicos; después se trasladó a la República Argentina, donde fue periodista y profesor y dirigió el diario *La Voz de Lanús*, en el que hizo enérgicas campañas a favor de la independencia municipal de dicha población, que consiguió segregar de Avellaneda. Vuelto a Canarias, fue redactor de varios periódicos y colaborador de otros muchos. Ha publicado: *Vidas ajenas. Semblanzas hispano-argentinas; Vidas ajenas; Costumbres canarias*, de la que se han hecho varias ediciones; *Por Fuertevenrura; Aires isleños*, versos; *Palotes y perfiles* y *La farsa política en Canarias*. En Buenos Aires estrenó la comedia criolla *El hábito hace al monje*.

1930

Según Eliseo Izquierdo, intervino en la fugaz y fallida experiencia del trisemanario tinerfeño *La Patria*[23].

1931

Su hermana Leonor Viera y Viera publica en la Tipografía de *La Provincia*, de Las Palmas de Gran Canaria, *Esbozos literarios*, con prólogo de Francisco Cañellas. La autora figura en portada como maestra Nacional y ex directora de las Escuelas graduadas de Santa Cruz de Tenerife. La obra consta de dos ensayos concebidos a modo de disertaciones titulados «Importancia de los estudios filológicos en las Escuelas Nacionales» y «Conferencias pedagógicas». Se completa el volumen con traducciones de John Howard Payne, Washington Irving, Daniel Webster, J. Madison Walson, Donald G. Mitchell, Richard Greene y otros.

---

[23] IZQUIERDO, Eliseo: *Periodistas canarios. Siglos XVIII al XX*. Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias. La Laguna, 2005.

1933

En el diario *Acción* de Arrecife de Lanzarote, el 4 de mayo, publica los poemas «La Inspiración» y, el 17 de junio, «Muchas gracias».

El 22 de julio, y en el mismo periódico, publica Casto Martínez González, este torpe soneto con un retrato de Isaac Viera:

Luzco orgulloso en la Comedia humana,
bajo un chaleco que nunca abotona,
una panza, que, en verdad, os abona,
la recia salud que mi ser emana.
Soy orador de estirpe dantoniana,
cuya frase, satírica, o burlona,
ora mordaz, sutil o bravucona,
de entre mis labios a raudales mana.
Odio los fueros de las Casas Grandes,
luché con los tigres allá en los Andes,
narro aventuras, gesticulo y chillo,
nada en el mundo me causa sorpresa,
como gallina, la musa me besa...
Y vivo así alegre, como un chiquillo...

El mismo día y en dicho periódico se inserta una «Carta abierta» dirigida al director del mismo por Isaac Viera, que viene a decir:

Mi joven amigo y compañero: En el último número de su popular semanario, un atildado periodista que se oculta bajo el seudónimo de Arganilla, para darnos a saborear rasgos felices de su fértil ingenio, dice con imperdonable ligereza, que don Felipe Viera, luchando por la libertad del suelo patrio, se suicidó en la cárcel, en la que había ingresado por mandato de aquel ciego y dócil instrumento del leonismo, que fue juez de instrucción de este Partido, y que se llamó don Juan Moreno y Naranjo. Y la encarcelación de mi pobre hermano obedeció a que éste se declaró autor de unos artículos publicados en El Heraldo de Lanzarote, *que dirigí hace treinta años en esta ciudad, en la que, por entonces, se entronizó la tiranía de un odiado y odioso caciquismo que ponía espanto al alma mejor templada.*

Ha tres décadas publicó mi inolvidable amigo don Patricio Estévanez, entre otras, las siguientes líneas, acerca de la prisión de aquella inocente víctima sacrificada para satisfacer brutales apetitos.

Decía aquel maestro de periodistas: «Pero lo más lamentable es que el hermano de nuestro amigo don Isaac, don Felipe,

«persona enferma desde hace mucho tiempo, ha sido encarcelado en un local húmedo que agrava sus padecimientos reumáticos, y que, a consecuencia de los disgustos sufridos por estas persecuciones, presenta síntomas de enajenación mental».

Lo cierto es que mi infortunado hermano apareció muerto a los pocos días de haber ingresado en la cárcel de este Partido, ahorcado en la celda que ocupó en dicho establecimiento.

Aún caliente el cadáver decáelo malogrado artista que había obtenido con su bandurria ruidosos triunfos en los teatros de La Habana y de Santa Cruz de Tenerife, dirige la fiera de Tafira contra mí el sumario y me procesa por aquellos inofensivos trabajos periodísticos que costaron la vida a un joven todo bondad y que en el cultivo del arte, como he dicho, había ceñido a su frente inmarcesibles laureles.

El juez de infausta memoria que evocaba en Arrecife los tiempos del terror de aquellos tiranos que se llamaron Rosas en la Argentina y doctor Francia en el Paraguay, me exige, conociendo que era insolvente, una fianza de quinientas pesetas constituidas a pub acta *en el plazo de tres días, de lo contrario ingresaría en la cárcel, en la que, a no dudarlo, me esperaba el trágico fin que tuvo mi nunca bastante llorado hermano.*

Un alma generosa, que debe estar envuelta en las celestes claridades de la Eternidad, un verdadero amigo, un alter ego, *como dicen los latinos, don Rafael Ramírez Vega, constituyó la consabida fianza, tan pronto tuvo conocimiento de aquel auto draconiano dictado por el nefando juez (cuyo nombre citado queda en estas líneas) y el cual por servir al endiosado cacique teldeño, creyó que pronto llegaría a la cumbre de la magistratura.*

Pero como reza un aforismo vulgar, El hombre propone, Dios dispone y la gallina pone. *El Moreno Naranjo, después de ver morir en plena juventud a la mayoría de sus familiares, se volvió loco en las Canteras del Puerto de la Luz y se dio muerte a sí propio, ahorcándose, según me manifestaron el antiguo periodista don José Díaz Quevedo y otros intelectuales de alta nombradía de Las Palmas.* Esto, Inés, ello se sabe, no es menester acaballo.

Para terminar estos renglones en los que gotean las lágrimas, hago constar que mi repetido hermano Felipe, ni en sus agudísimos ataques de reumatismo, jamás cruzó por su mente el relámpago de la fatídica idea del suicidio.

Aquellos artículos periodísticos que el Moreno Naranjo juzgó punibles, no constituyeron ninguna clase de delito, supuesto que un tribunal de Derecho, constituido por dignísimos magistrados, dictó a mi favor sentencia absolutoria como puede verse en el sumario que obra en la Secretaría de este Juzgado de primera Instancia e Instrucción.

Por eso, desde el cielo, pidió justicia el alma de Felipe Viera, y la Justicia Divina se cumplió inexorablemente.

1941

Fallece Isaac Viera a las cuatro horas del día 18 de febrero de 1941 en el Hospital de Dolores de Arrecife de Lanzarote, a los 82 años de edad, a consecuencia de la asistolia en el transcurso de una miocarditis senil. Vivía con su hermana Leonor en la calle de Primo de Rivera, número 5, piso primero, de dicha ciudad. De profesión: periodista. Era viudo de doña Dominga Viñoly, con la que había procreado cinco hijos llamados: Esteban, Carolina, Leonor, Marina y Dolores Viera y Viñoly[24].

La *Revista de Historia* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, por encargo de su director don Elías Serra Ráfols a don Francisco Pérez Saavedra —cuya firma no figura al pie del texto, pero se declara autor en un artículo periodístico citado en esta bio-bibliografía— inserta la siguiente nota necrológica:

> *Recientemente falleció en Lanzarote el veterano escritor don Isaac Viera. Periodista batallador y publicista de mérito, perteneció don Isaac a esa inquieta generación del siglo XIX, que derrochó lo mejor de sus energías en exaltadas y estériles luchas. Por ello, buena parte de la producción literaria de Viera ha quedado dispersa en las columnas de los diarios locales y también entre las páginas de los mejores rotativos hispano-americanos, de los que fue colaborador distinguido. Prescindiendo de lo que sólo tuvo un valor circunstancial, propio del momento, en la prosa periodística del escritor extinto, existía siempre un estilo literario correcto, limpio y ameno, y un marcado fervor por lo vernáculo. Desde los distintos países de Sud-América, donde pasó buena parte de la juventud, el andariego escritor sintió con fuerza esa voz poderosa de la tierra natal, que no cesa de reclamarnos con sus nostálgicas añoranzas. En una de sus obras más populares* Costumbres canarias *se expresa con acierto este amor al terruño y el interés que sentía Viera por los emigrados isleños del Nuevo Mundo, cuya vida, azares y preocupaciones, también él compartió.*
>
> *A pesar de esa vida agitada, don Isaac fue siempre un niño grande, un alma ingenua hasta lo increíble, dada su experiencia y capacidad. Y es que en los hombres embriagados de idealismo, la realidad queda deformada por los sueños y los molinos parecen gigantes, cuando la fantasía está poblada de gigantes, y el mundo sin malicia, cuando la idea del mal la hemos desterrado de nuestro pensamiento.*

[24] Registro Civil de Arrecife. Las Palmas. Tomo 25, p. 102 vuelta, sección 3ª. Libro X, f. 34, número 15. Parroquia de San Ginés obispo de Arrecife.

No se crea, sin embargo, que era don Isaac un carácter benévolo, apacible e indulgente. Ya dijimos con anterioridad que fue un producto de su época, que defendía acaloradamente lo que le parecía justo y combatía sin tregua lo que encontraba censurable, esgrimiendo hábilmente las armas de la mordacidad y la ironía. Pero él no conocía otro método para combatir que el ataque de frente, sin subterfugios, sin hipocresías. Y este es el rasgo más simpático y más noble del carácter de don Isaac.

Aparte de su labor periodística, cultivó el señor Viera diversos géneros literarios. No trató de una manera concreta asuntos históricos, pero entre sus escritos pueden recogerse datos curiosos, de sabor folklórico y de interés para nuestra Historia Regional.

También escribió versos. Aunque no era poeta, entre las muchas composiciones diseminadas por los periódicos del Archipiélago [algunas recopiladas en un pequeño libro: Aires isleños] se encuentran siempre notas de color y buen humor, rasgos de ingenio y una versificación correcta.

Ya hacía mucho tiempo que don Isaac callaba. En su retiro de Lanzarote parecía aguardar la invitación de la Muerte, para emprender el más largo y definitivo de sus viajes. Al irse don Isaac ha dejado un hueco más en las filas de nuestra exigua falange literaria, y un recuerdo grato de hombre sencillo, inteligente y bueno, entre las personas que le trataron[25].

1944

La revista *El Guanche*, publicación mensual de la colectividad canaria del Plata, editada en Buenos Aires, incluye en su número 1, de mayo de dicho año, un poema titulado «La Argentina», precedido del texto biográfico inserto en el *Diccionario...* de Espasa-Calpe, y en el número 7, correspondiente al mes de diciembre, dentro de la sección «Poetas lanzaroteños»: «Lanzarote a vuela pluma», con siete poemas que llevan por título «Haría»; «Tías»; «Teguise»; «Tinajo»; «Arrecife»; «San Bartolomé»; «Yaiza» y «Femés de Rubicón».

1961

El periodista y escritor Luis Álvarez Cruz, recuerda en su libro *Las tabernas literarias de la Isla*, la figura del poeta:

Cuenta aparte, porque así brota inconteniblemente de mi pluma, don Isaac Viera —superviviente de un ochocientos heroi-

[25] Anónimo, pero Pérez Saavedra, Francisco: «Necrológica». *Revista de Historia*, número 56, pp. 386-387. La Laguna de Tenerife, 1941.

co— blandía en su conversación imponentes metáforas, de algunas de las cuales fue testigo presencial don Francisco Martínez Viera; aunque a veces, junto con las metáforas, acordándose de sus buenos tiempos por tierras hispano-americanas, blandía el nudoso bastón.

Este don Isaac era un hombre temible. De él se cuenta que comenzó una conferencia en la ciudad de Icod de los Vinos poco más o menos con estas palabras: «Mi oficio ha consistido en ir por ahí desasnando gentes».

Como principio no estaba mal.

Sostuvo ardientes altercados con Verdugo, que conseguía sacarlo de quicio con sus aguijonazos irónicos, y ya en las postrimerías de su existencia —levita traspillada y llena de lamparones— arremetió contra un libro mío, buscando la discusión. Pero yo, que nunca rehuí una polémica, capté sus intenciones y me callé. Don Isaac no estaba hecho para el silencio, del que trataba de huir. ¡Pobre viejo![26].

1979

La revista *Aguayro*, en su número de diciembre, publica el relato «Las Pascuas».

1987

Francisco Pérez Saavedra escribe para *El Día*, de Santa Cruz de Tenerife, el 27 de diciembre: «Don Isaac Viera y su relato *Las pascuas en Femés*».

1988

En el mismo periódico, en su edición del 10 de enero, Francisco Pérez Saavedra vuelve sobre el tema con el artículo «Don Isaac Viera, periodista polémico y purista».

El ayuntamiento de la ciudad de Arrecife de Lanzarote rotula una calle con su nombre en el barrio de Argana Baja, el 7 de agosto[27].

---

[26] ÁLVAREZ CRUZ, Luis: *Las tabernas literarias de la Isla*. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna de Tenerife, 1961.

[27] GONZÁLEZ MORALES, Alejandro [ed.]: *Arrecife. Historia de sus calles*. Ayuntamiento de Arrecife. Santa Cruz de Tenerife, 2002.

1989

David W. Fernández, inserta la voz: VIERA Y VIERA, Isaac [1858-1941] en su *Diccionario Biográfico Canario-americano*[28], en el que también se incluye otra relativa a su hijo Esteban VIERA VIÑOLY, de quien dice que nació en Yaiza en 1889, y pasó a La Argentina donde fue presidente del Club Tenerife en 1938, codirector de la revista *El Guanche* [1944-1946] y presidente del Club Archipiélago Canario [1954-1956], todos ellos en Buenos Aires, ciudad en la que falleció en 1969.

1920

La revista *Aguayro*, en su número de diciembre, publica por segunda vez el relato «Las Pascuas».

1992

Alejandro Cioranescu lo incluye en su *Diccionario Biográfico de Canarios Americanos*[29].

1994

El Cabildo Insular de Lanzarote, en colaboración con A. S. C. Litoral-Elguinaguaria, Erandio, Vizcaya, reedita *Costumbres canarias*.

1997

Javier Galán Gamero estudia los aspectos de su actividad relacionados con la prensa en su *Historia del periodismo tinerfeño [1900-1931]*[30].

1999

Salvador F. Martín Montenegro, realiza la primera bibliografía amplia de Isaac Viera, en la que se incluyen algunos artículos y poemas publicados en la prensa[31].

---

[28] Cabildo Insular de Tenerife. Ayuntamiento de Teguise. Centro de la Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife, 1989.

[29] Caja General de Ahorros de Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 1992.

[30] Aula de Cultura de Tenerife. Cabildo de Tenerife, 1997.

[31] «Aportaciones bibliográficas al patrimonio literario de Lanzarote». *VIII Jornadas de estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*. Tomo II. Arrecife de Lanzarote, 1999.

2000

José Eduardo Pérez Hernández publica en las *IX Jornadas de estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura* [Puerto del Rosario, 20-24 de septiembre de 1999] su trabajo: «El lanzaroteño Isaac Viera. Literato, periodista y educador. Su etapa vital en la isla de La Palma [1883-1887]».

2001

El Servicio de Publicaciones del Cabildo de Lanzarote, dirigido por el escritor Félix Hormiga, reedita en la Litografía Valverde de Irún una selección de textos de *Costumbres canarias*, con el subtítulo *cachos*.

2004

ANÓNIMO: «Isaac Viera y Viera, hijo prócer de Yaiza». *Programa de las fiestas en honor a Nuestra Señora de los Remedios.*

2005

Figura en *Periodistas canarios* de Eliseo Izquierdo. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. La Laguna de Tenerife, 2005.

VIDAS AJENAS

(SEMBLANZAS)

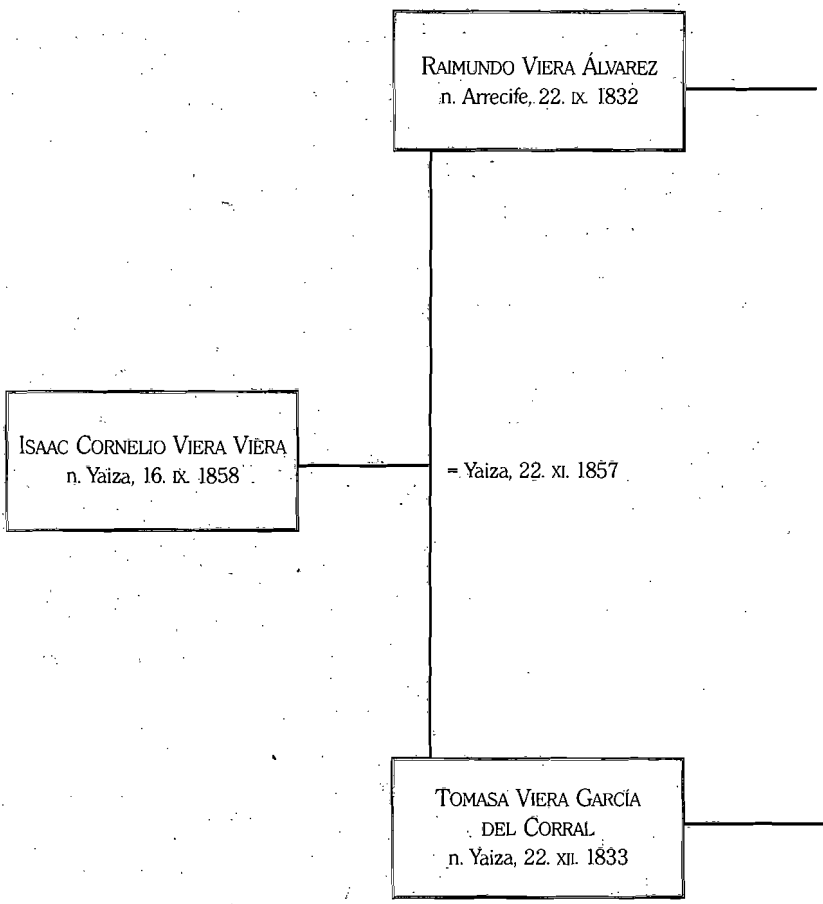
POR

Isaac Viera

Árbol de costados

de

Isaac Viera Viera


Raimundo Viera Álvarez
n. Arrecife, 22. ix. 1832
Isaac Cornelio Viera Viera
n. Yaiza, 16. ix. 1858
= Yaiza, 22. xi. 1857
Tomasa Viera García
del Corral
n. Yaiza, 22. xii. 1833

con estudios y lector compulsivo, bastante extenso aunque no igualmente profundo, como se desprende de su obra periodística y literaria; formación que había comenzado a cimentar en la escuela[2], y a la que alude en el opúsculo autobiográfico en verso *Palotes y perfiles*[3]. Viera asegura que su padre lo sacó de sus aficiones de rapaz viviendo en libertad y con gozo el mundo campesino, el trajín de las faenas agrícolas, el trato con los humildes labradores lanzaroteños, y *lo metió de cabeza* en un colegio de su isla, en el que *un profesor egregio* le enseñó gramática y otras asignaturas, *que ahora detesto y maldigo*, porque fueron —recalca— *causa de mis desventuras*. No resulta infrecuente en su época que escritores como él se duelan o pongan en solfa, en aparente autocrítica de ocaso, la dedicación a la literatura y al periodismo, mostrándola como una fatalidad o una maldición, como la condena de quienes cayeron un día en sus redes y ya no pudieron sustraerse al embrujado canto de sirena de la palabra escrita o al pernicioso olor de la tinta de imprenta. El periodismo no era bien visto en su tiempo ni tan siquiera por los periodistas. El propio Viera, en sendas dedicatorias de sus obras al entrañable amigo, compañero y benefactor José Manuel Pulido, director de uno de los más importantes periódicos canarios de su tiempo, *El Memorandum* de Santa Cruz de Tenerife, se refiere una y otra vez a él como *distinguido poeta y jurisconsulto* y evita aludir al periodista de fibra que fue y con quien trabajó de cerca.

Había nacido en el pueblo lanzaroteño de Yaiza el 16 de septiembre de 1858, hace ahora ciento cincuenta años, aunque él asegura en *Palotes...*[4] que fue el 23 de agosto del año anterior. Pero es sabido que cuando Viera echaba mano de la pluma, ya para rimar versos o para redactar en pliegos, no se andaba con minucias ni con precisiones de fechas o de hechos; más bien, los supeditaba a las exigencias de la rima o de la ocasión. Es ésta una grave dificultad a la hora de desbrozar lo que fue realidad incuestionable en su asendereada existencia de lo que brotaba de su imaginación, de su ingenio, de su humor o de su ironía, cuando no de su sarcasmo. En el fondo y en la

---

[2] Jorge Rodríguez Padrón dice que estudió también en el Seminario Conciliar de Las Palmas de Gran Canaria. Véase *Primer ensayo para un diccionario de la literatura en Canarias*. Col. Viera y Clavijo, num. 14, Madrid, 1992.

[3] Isaac Viera: *Palotes y perfiles* [autobiografía] [en verso], con prólogo de Miguel Pereyra de Armas firmado el 28 de marzo de 1895. Imp. de Félix Molowny. Santa Cruz de Tenerife, 1895.

[4] Ibídem, pag. 1.

forma disfrutaba fabricando su propia leyenda y, a ser posible, la de los demás. Era el mayor de los tres hijos de Raimundo Viera Álvarez y Tomasa Viera y García del Corral: Isaac Cornelio [1858], Leonor Regina [1861] y Felipe [1865], a los que dieron la mejor educación posible en su época[5].

Todavía casi un adolescente, abandonó el hogar paterno *en busca de más amplios horizontes donde desplegar las alas de la fantasía*[6]. En 1878, es decir, cuando sólo contaba veinte años de edad, se encontraba ya, según él, en la república venezolana y vivía en la ciudad de Ortiz, capital del Estado Guarico, donde asegura que llevaba *estrechas relaciones amistosas* [que no suelen ser fruto de un hoy para mañana] con un venezolano de origen español, José de Sandoval[7]. Ahora que las tornas se han vuelto, conviene subrayar la importancia que tuvo en Canarias durante siglos el fenómeno de la emigración, la necesidad, en ocasiones irremediable, que movía al hombre isleño a romper los barrotes de la jaula insular, acuciado por las carencias del solar nativo tanto como por el vuelo de la imaginación anhelando encontrar en otras lejanías la quimera de la felicidad y el bienestar, tan difíciles de lograr en la suya.

Al parecer, estos afanes se manifiestan en Viera de manera bastante temprana, lo que es comprensible, dadas las dificultades de todo orden —económicas, culturales, políticas, sociales, etc.— que pesaban sobre una isla casi olvidada por los poderes públicos, como era Lanzarote en la segunda mitad del siglo XIX. Claro que, tratándose de nuestro personaje, una duda flotará siempre en el aire: si fue la penuria o la novelería de imberbe soñador lo que lo impulsó a esa primera evasión. En cualquier caso, no se puede descartar tampoco que lo hiciera para, como tantos otros isleños y no isleños, eludir el cumplimiento del servicio militar obligatorio como soldado de reemplazo, del que sólo se libraban los hijos de papá que pagaban la *cuota*.

Toda huída es traumática, más aun si se experimenta demasiado pronto, como debió de haberle ocurrido a Isaac Viera, a juzgar por sus propias palabras. El precoz escritor se enfrentaba a un mundo desconocido y lo hacía en circunstancias muy

---

[5] Agradezco a doña María Dolores Rodríguez Armas, directora del Archivo Histórico de la villa de Teguise, las informaciones que muy amablemente me ha facilitado.

[6] *Aires isleños*, pag. 6.

[7] En «Aclaraciones» a *La casa de la señora. Leyenda en verso, precedida de un prólogo por el mismo autor.* [6º cuaderno] [sic]. Santa Cruz de Tenerife, 1892. pag. XV.

diferentes a las que sin duda había imaginado en el recóndito habitáculo de su soledad, primero, y luego en el ancho espacio de la añoranza que comenzó a brotar en su interior casi desde el instante en que pisó nuevas tierras. Había hecho la travesía en un navío italiano, y llegó a Puerto Cabello[8] al cabo de un penoso viaje. Así que fue Venezuela el primer país de América que debió de haber pisado, pero no en el que iba a asentarse. Viera ha dejado testimonio de la experiencia, en palabras no exentas de dramatismo: *apenas rebasamos la edad de las ilusiones, vagando por países del Nuevo Continente, sentimos infiltrarse en el alma el absintio*[9] *de los desengaños, y retornamos al nativo solar, quebrantada grandemente la salud*[10]. ¿Fueron sólo las fiebres palúdicas, a las que alude[11], y la depresión, lo que lo impulsaron a volver a su tierra? ¿Qué otra «enfermedad», aparte las de la desilusión y la malaria, había contraído Viera?

Pocos escritores canarios han dejado tantas referencias autobiográficas como Isaac Viera, aunque no todas sean de absoluta fiabilidad, por su tendencia a fantasear. No obstante, apenas da detalles sobre los motivos que lo empujaron al regreso precipitado tras la primera escapada, ni revela el tiempo que la misma duró, ni la edad que entonces tenía, y sólo dice que, de nuevo en las islas, en cuanto se encontró mínimamente recuperado, se entregó otra vez a la pasión de escribir: *Pero no dimos paz a nuestra pluma tan pronto como el clima incomparable de estas edénicas islas nos devolvió el vigor perdido en aquellos pantanos y lugares insalubres de la América latina*[12]. Viera contrapone la atmósfera malsana, según él, de los parajes en los que había transcurrido su primera aventura transmarina, a la pureza de aire del paradisíaco archipiélago. Aquí, como en tantos otros momentos, se manifiesta el ciego amor a la tierra donde nació, un amor que lo lleva a idealizar la realidad insular, mitificándola, transformando en deleitosos lugares paisajes amasados por seculares aislamientos, largos olvidos y miseria. Por donde quiera que va, Viera antepone a cualquier otra su condición de isleño y recrea, igual en verso que en prosa, una naturaleza que en ocasiones apenas se correspon-

---

[8] *Palotes...*, pag. 3.

[9] Ajenjo, bebida alcohólica amarga, aromática, que posee propiedades medicinales.

[10] *Aires isleños*, pag. 6.

[11] *Palotes...*, pag. 9.

[12] Isaac Viera: Aires isleños, pag. 6.

de con la realidad descarnada de las islas —sobre todo la suya, Lanzarote, y también Fuerteventura, que asimismo lo subyuga— de finales del siglo XIX y principios del XX.

Si nos atenemos a la autobiografía citada de 1895, en esa primera estancia suramericana Isaac Viera tuvo un bazar en Valencia de Venezuela, que acabó mal porque un llanero que lucía ricos arneses y guiaba un hato de bestias lo estafó y dejó sin blanca; cruzó el río Orinoco, en cuyo delta naufragó; atravesó la cumbre andina, visitó Choroní, actuó en Petare como actor cómico, aprendió a tocar las maracas, enseñó primeras letras como maestro de escuela en Ocumare, hizo periodismo en Caracas y, *por publicar un escrito / en un periódico diario, / atacando a un sanguinario / autor de horrible delito*[13], lo detuvo un policía, lo condujo hasta La Guaira y lo encerró en la tenebrosa prisión «Las Bóvedas», una lúgubre mazmorra que describe con sombríos trazos, donde permaneció seis meses, durante los cuales asegura haber pasado hambre y privaciones sin cuento mientras se le llenaban los pies de niguas[14]. De tanta y tan diversa actividad con final desolador no logró beneficio económico que acrecentara unos caudales que en realidad nunca poseyó. Pero sí tuvo tiempo para obtener en la capital venezolana los títulos de bachiller en Filosofía y de profesor Normal, equivalente a maestro de enseñanza primaria. Retornó a Canarias *con el cofre de aire lleno* y lo hizo *llorando esperanzas locas / que abrigó un día mi seno*[15].

Nuestro escritor no regresó a Lanzarote sino a La Palma. Entonces residían allí su hermana Leonor, tres años más joven que él, soltera, maestra de escuela en Los Llanos de Aridane, y sus padres Raimundo y Tomasa. La vuelta al seno de la familia con la esperanza de buena acogida al hijo pródigo debió de haber sido la razón decisiva y, desde nuestro punto de vista, la más convincente para comprender por qué Isaac Viera optó por la isla de Taburiente. Pérez Hernández[16] aduce como otros

---

[13] En la *Autobiografía* de «Biblioteca Canaria» de Santa Cruz de Tenerife, s/a, se refiere en este punto a *aquel Calígula de levita y de sombrero de copa que se llamó Antonio Guzmán Blanco, cuyo espíritu debe morar en la mansión que tiene en su puerta escrito el «Lasciate ogni speranza» del cantor gibelino.* Véase reedición de Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife, 2001.

[14] Insecto díptero originario de América, más pequeño que la pulga. Las hembras depositan las crías bajo la piel del ser humano, lo que le produce gran picazón y le provoca úlceras.

[15] *Palotes...*, pag. 9.

posibles motivos, además del estado de salud, la calamitosa situación económica y social de la isla conejera, derivada de la prolongada sequía y la pérdida de las cosechas, lo que estaba obligando al éxodo de los naturales, y también el intento de continuar eludiendo el servicio militar obligatorio, una de las causas probables de la primera migración.

Aunque había hecho periodismo en Venezuela —*fui periodista en Caracas*, pero sin señalar en qué medios—[17], es en La Palma donde, recuperada la salud, retoma la pluma con bríos y se mete de lleno en el fragor de la actividad periodística, que en esta isla concitó en su tiempo, como en pocas otras, enormes pasiones y gran tensión política y social. Fue un trabajo en ocasiones vehemente, que compatibiliza con el ejercicio de la enseñanza privada[18]. Estableció pronto contacto con el semanario *La Asociación* de la capital palmera en su segunda etapa, cuando lo dirigía el llanense Augusto Cuevas Camacho, después del temprano fallecimiento, en 1880, de Faustino Méndez Cabezola, su primer director y periodista de sólida formación. Pérez Hernández[19] cree que Viera, que venía publicando en sus páginas colaboraciones literarias desde comienzos de 1883, no se vinculó a la redacción hasta octubre de 1884 y entró de lleno en la batalla política, a favor de los republicanos federales y en contra del partido liberal palmero, que tenía como órgano de expresión *El Eco* de Pedro José de las Casas Pestana. De haber sido así, sólo fue redactor de *La Asociación* un par de meses, porque el semanario murió casi al tiempo que su editor responsable Antonio Díaz Martín, en diciembre de dicho año[20].

Apenas tres meses después de la desaparición de *La Asociación* surge en el panorama de la prensa palmera de las postrimerías del XIX el también semanario *El Faro*, fundado y dirigido por Ciriaco Duque Rivas, con Viera como miembro de

---

[16] José Eduardo Pérez Hernández: «El lanzaroteño Isaac Viera, literato, periodista y educador. Su etapa vital en la isla de La Palma [1883-1887]», en *IX Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote. 20-24 sep. 1999*. Puerto Rosario, 2000, tomo II, pags. 455/483.

[17] *Palotes...*, pag. 5.

[18] Para esta faceta de Viera enseñante, véase el trabajo citado de José Eduardo Pérez Hernández.

[19] José Eduardo Pérez Hernández: op. citada, pags. 462/463.

[20] Sobre el periodismo palmero, véase Juan Régulo Pérez: «Los periódicos de la isla de La Palma», en *Revista de Historia*, num. 84, octubre-diciembre de 1948, pag. 354. También, Eliseo Izquierdo: *Periodistas canarios. Siglos XVIII al XX*. La Laguna, 2005, tres tomos.

la redacción, que continúa la línea editorial de defensa de los valores republicanos y democráticos y de ataque a los liberales. Pero la voz de *El Faro* fue pronto acallada por el pro leonino Servando Pereyra, alcalde de la capital insular, sólo que por poco más de un par de meses, porque el 11 de julio de 1885 salía a la luz *La Defensa*, igualmente de frecuencia semanal, dirigido también por Duque Rivas y con la misma redacción, de la que continuaba siendo miembro Isaac Viera, y con idéntico ideario político. *La Defensa*, que como el anterior, se proclamaba periódico político y de intereses generales, logró mantenerse vivo medio año, y dejó de publicarse el 22 de enero de 1886.

Tras otros tres meses, el 11 de abril, aparece el primer número de *Aseró*, semanario político y de intereses generales, ahora con Viera como director [que desde que arribó a La Palma se hacía llamar Isaías, sin duda para no arriesgarse a ser descubierto y tener que ingresar en el Ejército] y Ciriaco Duque como redactor, dispuestos a mantener los principios que defendieron sus antecesores y a dar la batalla en toda regla a la *pandilla depravada* [de leoninos] formada por *infames salteadores de la moral pública*[21], que se habían adueñado otra vez del poder en la isla tras el triunfo sagastino. En la feroz lucha, aquellos con la palabra como arma, y sus oponentes, más fuertes, con otras armas más sórdidas y cobardes, no tardaron estos últimos en averiguar cuál era el talón de Aquiles de los molestos adversarios, fiscalizadores impertinentes de sus enjuagues políticos. Descubrieron que ambos periodistas no habían cumplido el deber de servir a la patria como soldados de reemplazo. El propio periódico denunciaba la maniobra, al dar cuenta del cese de su director, en el verano de 1886, *perseguido por cuestiones de quintas, en las que* [...] *se pusieron en juego las más ridículas intrigas*[22]. Isaac Viera se ve obligado a abandonar la isla de La Palma. Se abría por no mucho tiempo un paréntesis en su excitante tarea periodística y educativa, pues, antes de que transcurriera el año, nuestro escritor está de nuevo en la Isla Bonita, ahora con su joven esposa Dominga Vignoli, en marzo de 1887, y se reintegra a la redacción de *Aseró*, que pasará de semanario a convertirse un mes más tarde en el primer periódico diario impreso de La Palma, hasta que dejó de salir el 6 de julio siguiente.

---

[21] *Aseró*, nums. 2 y 4, artículos sin firma «A la barra con esos esbirros» y «Ley imperiosa», 18 de abril y 2 de mayo, respectivamente, de 1886.

[22] *Aseró*, citado por Pérez Hernández, pag. 467.

Isaac Viera y Viera vuelve a su isla natal. A partir de entonces se acentúan y acrecen su personalidad y el papel que va a desempeñar en el panorama de la educación y del periodismo canarios de entresiglos. Dirigió entre 1889 y 1890 *El Independiente* de Arrecife de Lanzarote, escribió en *El Pueblo* de Santa Cruz de Tenerife en 1894, en su isla natal llevó la dirección de *El Heraldo de Lanzarote* [Arrecife, 1902-1903], se hizo cargo de la jefatura de redacción de *El Porvenir* de la capital tinerfeña en 1905, dirigió *magistralmente*, afirma Agustín de la Hoz[23], el *Autonomista* [Arrecife, 1914-1915], y el fallido intento del trisemanario santacrucero *La Patria* en 1930. Andando los años se vanagloriará, con razón, de las campañas periodísticas que en ellos mantuvo *en pro de la moralidad administrativa de los municipios de Lanzarote*, tanto como de *los centros docentes que fundamos en Arrecife*, al tiempo que se jactaba de su contribución a la formación de *la brillante juventud arrecifeña formada por nosotros para los rudos batallares de la vida, pregonando* coram populo *desde los escaños municipales y los bancos del Cabildo insular, que saben honrar nuestras canas al defender* [...] *los sacratísimos intereses del acervo común, siguiendo la senda trazada por el viejo maestro, que es pobre, porque su pluma no ha sido ni débil ni tornadiza*[24].

Su ir y venir por los espinosos senderos del periodismo canario no fueron para él caminos de rosas. Por temperamento y por el coraje que ponía en la defensa a ultranza de sus convicciones y en la delación de trapacerías políticas y maniobras caciquiles, se echó encima no pocos enemigos. Por otra parte, tuvo desencuentros, algunos graves, con varios colegas. A poco de estar en La Palma fue asaeteado verbalmente por Domingo Carmona Pérez, joven redactor de *El Eco*, en versos satíricos muy mal intencionados, como de soplón, escritos con bastante mala uva, a los que Viera respondió llamándolo canalla y amenazándolo con darle un par de bofetadas, aunque el incidente no pasó de ahí por la intervención del alcalde capitalino; Policarpo Niebla González, director del liberal *La Opinión* de Santa Cruz de Tenerife, lo agredió en la plaza de la Constitución, hoy de la Candelaria, de la capital tinerfeña; cuando era director del lanzaroteño *El Independiente*, en ven-

---

[23] Agustín de la Hoz: «Publicaciones lanzaroteñas del pasado siglo y del presente», en *Agustín de la Hoz en Lancelot. Obra periodística* [*1981-1988*]. Madrid, 1996.

[24] Prólogo de *Aires isleños*, pag. 6.

ganza por una de sus campañas políticas fue sorprendido en una esquina de una callejuela de Arrecife *por dos* Cides *enmascarados, / de membrilleros armados,* que le dieron *una tollina*[25]; después de tratar sin éxito de amordazarlo, aunque ello le valiera recibir *un palo aplastante / que me duele mientras viva*[26].

Pero acaso el incidente más grave le ocurrió cuando era director de *El Heraldo de Lanzarote*. Lo refiere, pasados los años, en una carta abierta al director de *Acción* de Arrecife[27], con la que sale en defensa de la memoria de su infortunado hermano Felipe, del que *un atildado periodista* que ocultaba su nombre bajo el seudónimo *Arganilla* acababa de revelar en dicho periódico que se había suicidado en la cárcel de la capital conejera, donde se hallaba preso por orden del juez Juan Moreno y Naranjo. Dice Isaac Viera que el encarcelamiento de su hermano por aquel *ciego y dócil instrumento del leonismo* se debió a que se había declarado autor de unos artículos publicados en *El Heraldo...*, contra *la tiranía de un odiado y odioso caciquismo que ponía espanto al alma más templada.* Aunque reconoce que, en efecto, apareció ahorcado en su celda, no admite que fuese por decisión propia. *Hago constar* —manifiesta Viera con energía— *que mi repetido hermano Felipe, ni en sus agudísimos ataques de reumatismo, jamás cruzó su mente el relámpago de la fatídica idea del suicidio.* En último término habría que atribuirlo, piensa, a enajenación mental provocada por lo que consideraba inicuo cautiverio. Pero lo asombroso fue, refiere nuestro autor, que *aun caliente el cadáver de aquel malogrado artista* [Felipe Viera y Viera era músico y había cosechado señalados éxitos con su bandurria en La Habana y en Santa Cruz de Tenerife] el juez dirige el sumario contra él, lo procesa por la misma causa y ordena su internamiento en la cárcel del partido, sólo eludible si depositaba en el plazo de tres días la entonces elevadísima suma de quinientas pesetas, a sabiendas de que Viera era insolvente. *Me esperaba* —dice— *el trágico fin que tuvo mi nunca bastante llorado hermano.* Sin embargo, su gran amigo Rafael Ramírez Vega, al tener conocimiento *de aquel auto draconiano dictado por el nefando juez,* depositó inmediatamente la fianza, evitando de ese modo que el atribulado periodista fuera a dar con

---

[25] Una paliza.

[26] *Palotes...*, pag. 11.

[27] Publicada en las páginas primera y segunda del número 50 de dicho periódico, correspondiente al 22 de julio de 1933.

sus huesos en el calabozo. Termina la carta con amargo regodeo, muy acorde con su temperamento: relata que el juez Moreno, después de ver morir en plena juventud a la mayoría de su familia, acabó loco y se ahorcó en la playa de Las Canteras de Las Palmas de Gran Canaria. Desde el cielo, apostilla Viera, el alma de Felipe pidió justicia, *y la Justicia Divina se cumplió inexorablemente.*

A propósito de su segundo viaje a América, Isaac Viera se manifiesta en estos términos en su *Autobiografía* de «Biblioteca Canaria»[28]: *por causas de todos conocidas* —¿cuáles y por quiénes?— *tuve que emigrar con mi numerosa prole a la República Argentina.* No fue, por tanto, la suya una decisión voluntaria *en busca de más amplios horizontes,* como en la primera escapada de las islas, sino consecuencia de algún problema que se buscó con sus escritos. El batallador y polémico periodista era ya padre de cinco hijos: Esteban, Carolina, Leonor, Marina y Dolores. Con ellos y con su esposa Dominga Vignoli embarcó en el puerto tinerfeño, rumbo a Buenos Aires, en el vapor alemán «Mendoza», *una mañana de noviembre* pero, muy a la manera cervantina, omite precisar el año, *de cuya fecha* —dice— *no quiero acordarme.* Confiesa Viera que iba camino de América atormentado por los negros pensamientos *del desterrado* que no puede evitar *la siniestra idea del hambre y del desamparo* a que parecían de antemano condenados los suyos. Pero cuando estaba próxima la escala que el navío iba a hacer en Montevideo, nuestro escritor, que evidentemente tenía mañas sobradas para ello y era hombre ducho en tales menesteres, escribe una decena de espinelas[29] laudatorias sobre la capital de la República Oriental del Uruguay, y, una vez hubo pisado tierra, no perdió tiempo en hacerlas llegar a los periódicos de la ciudad, que se apresuraron a publicarlas en sus páginas. De aquellas diez décimas recordará sólo dos al correr de los años, suficientes sin embargo para comprender la agudeza pícara que le llevó a escribirlas. En una, el poeta humaniza la ciudad que tiene ante sus ojos, cuya belleza va descubriendo a medi-

---

[28] Opúsculo con un total de dieciséis breves confesiones personales de otros tantos personajes de la vida cultural tinerfeña del primer tercio del siglo XX. Véase nota num. 10.

[29] Combinación métrica de diez octosílabos estructurados en dos redondillas soldadas mediante dos versos, que riman en consonante abba-ac-cddc. Aunque su invención se atribuye al poeta Vicente Espinel, que popularizó esta estrofa en su libro *Diversas rimas,* de 1591, hay ejemplos de su uso con bastante anterioridad en la poesía castellana.

da que el vapor se acerca a la bocana del puerto, *hermosa como el deseo / de tropicales amores,* al punto de imaginarla como *una sultana entre flores.* En la otra contrapone hábilmente el dolor que le produjo en el alma verse *lejos del nativo hogar,* la pesadumbre de su corazón *al dejar el patrio nido,* a la emoción que experimentó al contemplar el perfil urbano de la población ciñendo el estuario de Río de la Plata: *todo el amargor del mar* que lo había acompañado en la dura travesía se extinguió —asegura— *tan sólo con verte a ti.* Sus *humildes versos de salutación* produjeron el efecto que sin duda buscaba. Fue invitado inmediatamente a pronunciar una conferencia, que los periódicos montevideanos se encargaron de promocionar, animando incluso a sus lectores a que asistieran a la disertación, que iba a tener lugar en el teatro Solís, sobre la independencia de los uruguayos. El resultado lo deja escrito nuestro autor con su personal desparpajo: *Salí con doce duros*[30] *de Santa Cruz de Tenerife, y llegué a Buenos Aires con mil pesos argentinos, que me produjo la conferencia que di en Montevideo.* Y añade como colofón: *Ese milagro, que yo sepa, no lo ha hecho ni la virgen de la Buenaleche.*

Viera continúa viaje a la República Argentina y se establece con su familia en Buenos Aires. Allí da a la imprenta en 1911 la tercera serie de *Vidas Ajenas,* galería un tanto anárquica de retratos literarios, que inició en Santa Cruz de Tenerife en 1888, fuente abundante de conocimiento de miembros de la colonia isleña en la capital del Plata. Está claro que por entonces se había relacionado ya con numerosos canarios establecidos en el país suramericano, así como con personalidades argentinas y de otros lugares de América, de algunas de las cuales, igual que de varios paisanos suyos destacados, incluye breves biografías en su citada obra, reconociendo siempre sin disimulo que lo hace *pro pane lucrando.* Estrenó en el teatro Mariano Romero de la capital porteña la comedia en verso, en un acto, *El hábito hace al monje,* de tema criollo. Y sin duda estuvo vinculado a diversos periódicos, no sólo bonaerenses. Para él, escribir era como respirar. Así que, además de la extensa obra literaria, tanto prosa como poesía, lo respaldaba la tarea de redactor con notable experiencia, curtido en la batalla diaria y en la lucha política en puestos de responsabilidad en publicaciones periódicas en su tierra, y debió de haber sido solicitado por más de un rotativo

[30] Moneda equivalente a cinco de las antiguas pesetas españolas. Doce duros serían sesenta pesetas, menos de medio euro.

rioplatense y centro y suramericanos. Pero sobre su actividad como periodista, igual que sobre los avatares en tierras americanas en esta etapa de su vida, apenas sabemos, como si se hubiera querido ocultar bajo un manto de silencio por su protagonista. ¿Por qué, cuando se hallaba instalado y, según todo da a entender, bien considerado en la capital de la República del Plata, deja de forma súbita familia, amistades y trabajo, y regresa de nuevo al archipiélago? Se ha apuntado[31] que Viera intervino, sin que se sepa cómo, con quiénes y en qué sentido, en un intento de segregación del territorio que más tarde, ya en el siglo XX, sería la ciudad de Lanús, en la provincia de Buenos Aires, del partido de Avellaneda, y que hubo de salir de Argentina a toda prisa, para salvar el pellejo, sin poder siquiera llevarse a los suyos, a los que nunca más volvería a ver.

Por su parte, Leandro Perdomo pone en boca del viejo periodista estas palabras, acaso explicativas del motivo final de su huida: *Hoy, este tibio día de mayo* [de 1941] *me remonta el alma al Paraguay* [...] *Y para que usted sepa quién yo he sido en el fondo de mí mismo, le voy a contar esto... Calumniado, perseguido, la guerra del Chaco*[32] *tocaba a su fin cuando mi cabeza fue cotizada al último precio. Se empeñaron* [en] *que yo con mi pluma había puesto en peligro la victoria de los victoriosos y me persiguieron.* Cuenta a continuación cómo se vio forzado a reaccionar: *Yo, que nunca corro, tuve que correr. Salí a campo traviesa por aquellas tierras quemadas, desoladas por la guerra. Una noche, dos noches, tres noches hicieron de mí un trasnochador desventurado. Había que ganar la frontera y la frontera quedaba muy lejos. Sin comer y sin dormir, yo, que mis mejores sonetos los improvisé siempre en plena digestión de pavo o pollo, estaba asustado de mí mismo, de mi correr, de mi huir implacable. Y llegó el momento en que, desfallecido totalmente, me dije: «Isaac..., ésta es tu última, de ésta no te escapas». Pero escapé.* Para Leandro Perdomo, esta patética confesión fue la última lección del viejo maestro. *Fue también* —remarca— *su último verso, escrito en prosa*[33].

---

[31] Jorge Rodríguez Padrón lo registra en su obra citada, pag. 330.

[32] Confrontación de Paraguay y Bolivia entre 1932 y 1935 por la posesión de la región llamada Chaco Boreal, la salida al mar y supuestas grandes reservas fallidas de petróleo. Fue la mayor y más sangrienta de las guerras habidas en América del Sur en el siglo XX, con enorme pérdida de vidas humanas por parte de ambos países.

[33] Leandro Perdomo: *Arrecife. Antología de crónicas.* Edición, selección e introducción de Fernando Gómez Aguilera. Madrid, 1999, pag. 112.

Lo cierto es que Isaac Viera se encontrará de nuevo en las islas, reciente todavía la instauración de la Segunda República española. Por temperamento, no se resigna a permanecer con los brazos cruzados. Lo dice el santacrucero *El Progreso* con palabra exacta: *El viejo escritor Isaac Viera es incansable.* Y añade: *Su devoción a las letras mantiénela todavía como en los más entusiastas años de su vida.* Sin embargo, aunque es enorme la carga de vivencias que acumula y continúa manteniendo el coraje que marcó su turbulenta existencia, a sus más de setenta años de edad no está ya para reanudar batallas desde la redacción de ningún periódico. No obstante, se lanza a una nueva aventura: La publicación, en fascículos, de semblanzas de escritores nacidos en las islas, con la cándida intención de romper barreras de indiferencia, divulgar su obra y los hechos sobresalientes de su personalidad, y extenderlos más allá del perímetro de la región canaria, sobre todo en las repúblicas hispanoamericanas. A Viera le preocupaba el alto grado de ignorancia o el conocimiento insuficiente de los valores literarios y artísticos de Canarias fuera de las fronteras insulares, e hizo cuanto pudo para conjurarlo. A remediarlo en lo posible se orientaba también esta tardía iniciativa. El primer breve volumen, de 96 páginas, lo publicó en Santa Cruz de Tenerife, en la imprenta García Cruz, bajo el título *Trabajos en prosa y verso*, primera entrega de una naciente colección rotulada «Biblioteca de escritores canarios», que sería la única. A pesar de la buena acogida que le dispensó la prensa, no tuvo éxito. Era en realidad una prolongación casi agónica de la experiencia de *Vidas ajenas.* El ensayo fracasó.

Descorazonado, derrotado, retorna a la isla donde nació, en la que ya apenas nadie lo conoce. *Aquí, en este pueblo* —le confesaría a Leandro Perdomo—, *no se sabe de mí lo ilustre. Yo he ilustrado a muchos con mi pluma, con mi pluma amenacé a más de uno y a muchos mandé que hojearan el Espasa* [donde figura su biografía, ilustrada con un retrato suyo]. *Allí me vieron. Se convencieron, más lenguas arrabaleras vocearon mi autobombo. ¡Mentirosos! El Espasa reclamó mi consignación y yo remití mi fotografía*[34].

Por las calles de Arrecife, arrastrando sombríamente su desventura como un viejo caracol abandonado, el pobre don Isaac, de acá para allá, casi como un sonámbulo, asomándose a veces al espejo tranquilo del charco de San Ginés o rumiando junto

[34] Ibídem: pag. 111.

al malecón del puerto su soledad, con su bastón de siempre, malvestido con el sucio y raído gabán de todos los días, ocurrente a ratos, incisivo otras veces, impertinente cuando su impertinencia ya apenas escocía a nadie, se fue consumiendo. Hasta que un mediodía cayó desplomado bajo un sol de justicia, en medio de la vía pública. Fue el 16 de noviembre de 1941. La prensa de las islas no se enteró del suceso. Era el segundo año triunfal y la muerte de un rabioso republicano de toda la vida no tenía cabida en sus columnas.

El joven Isaac Viera [1883-1887][1]

por
José Eduardo Pérez Hernández

La presencia de ocho palmeros entre los canarios ilustres retratados por Isaac Viera en su obra *Vidas Ajenas*, que felizmente vuelve a editarse, tiene su razón de ser. Todos son coetáneos del autor y a muchos los conoce personalmente durante su estancia de cinco años al menos en la isla de La Palma, etapa inmediata anterior a la publicación del citado libro en 1888.

Una mirada atenta a las personalidades palmeras permite afirmar que la elección de Viera no es aleatoria; antes al contrario, aquellas pueden definirse de alguna forma como almas afines del escritor lanzaroteño. Así, comparte militancia política con los hermanos Valeriano y Juan Fernández Ferraz, quienes además han emprendido la aventura americana, al igual que hiciera nuestro hombre, en los ámbitos de la docencia y el periodismo; y el segundo es también poeta de espíritu temperamental y soñador como el propio Viera. La afinidad literaria le acerca a Antonio Rodríguez López y a Francisco de Cosmelli, poetas líricos y dramáticos de sendas generaciones románticas. Fuera de las letras, admira la afición y erudición musical de Víctor Camacho Lorenzo, la creativa habilidad de Sebastián Arozena Lemos, ingeniero naval y civil de ideas progresistas, y el talento pic-

[1] El presente texto es una versión resumida de nuestro trabajo: Pérez Hernández, José Eduardo. «El lanzaroteño Isaac Viera. literato, periodista y educador. Su etapa vital en la isla de La Palma [1883-1887]». En: *IX Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote* [1999]. Puerto del Rosario: Cabildo de Fuerteventura, Cabildo de Lanzarote, 2000, tomo II, pp. 455-483. Asimismo, hemos consultado nuevamente *Vidas Ajenas* de Viera en su edición primera: Viera y Viera, Isaac. *Vidas Ajenas*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta Isleña de Hijos de Francisco C. Hernández, 1888.

tórico de Manuel González Méndez. Por último, Pedro Poggio Álvarez es en este momento una joven promesa de la política que tiende a las ideas republicanas, aunque más tarde se consagrará como diputado a Cortes conservador.

Espejos de la propia personalidad inquieta y apasionada, de la mente creadora, combativa e idealista de Isaac Viera. Y es que aquel joven de Yaiza, donde nace un 16 de septiembre de 1858, emigra a la República de Venezuela para labrarse un porvenir con apenas el único bagaje de sus estudios de bachillerato en el Seminario Conciliar de Las Palmas. Allí, a la vez que viaja de un lado a otro del país dedicado a diversas actividades, perfila del todo su ideario político y su carácter luchador. Es comerciante sin éxito en un bazar de objetos de fantasía en Valencia, comediante en Petare, maestro de escuela en Ocumare y periodista en Caracas; cultiva además la poesía y participa en veladas literarias. Su combatividad periodística lo convierte en víctima de la represión gubernamental y pasa seis meses en la siniestra prisión de Las Bóvedas [La Guaira].

A comienzos de los años 1880, enfermo de paludismo y apaleado por la política, regresa a las Canarias. Por entonces las Islas padecen una profunda crisis económica, debida a la depreciación de la grana, agravada en las islas orientales por una atroz y pertinaz sequía que arruina las cosechas y mata al ganado. Muchas familias lanzaroteñas y majoreras no tienen otra opción que emigrar para sobrevivir, y no sólo las más pobres, sino también las que hasta ahora pasan por acomodadas. Un importante contingente de exiliados por el hambre llega a La Palma, cuya situación, si no exenta de la crisis general, es un poco mejor que en las islas centrales y mucho mejor que en las orientales. La familia de Isaac Viera figura entre las que se asilan en la isla palmera.

Hay noticia de que la hermana de Isaac, Leonor Viera, abre una escuela privada de niñas en la villa de Los Llanos el 25 de septiembre de 1881 [más tarde la cerrará para ocupar de forma interina la plaza vacante de maestra de la escuela pública en febrero de 1883]. De su padre, Raimundo Viera Santos, se sabe que vive en la villa llanense en mayo de 1882, pero no hay datos posteriores que permitan afirmar su continuidad en aquella localidad del Valle de Aridane. Parece probable, pues, que Isaac se establece en Los Llanos junto a su hermana y su madre, Tomasa Viera y García del Corral, quienes sí aparecen avecindadas en el n.º 5 de la calle Trasera en 1884 y 1885. En los dos años siguientes los padrones sólo registran a Leonor en la misma calle aunque en domicilios distintos, hasta que en 1888 deja la

Isla para ampliar estudios en la Escuela Normal de Maestras. Su hermano Isaac se encuentra en Tenerife entonces.

Pero volvamos a 1883. Es a partir de este año cuando comienza el rastro de Isaac Viera en La Palma, pues envía desde Los Llanos un anuncio al periódico capitalino *La Asociación*, en febrero, ofreciéndose a impartir clases privadas de múltiples asignaturas en calidad de bachiller en filosofía y profesor normal de instrucción primaria de la República de Venezuela. Desde el primer momento Viera parece interesado en darse a conocer con un nombre de pila distinto al suyo, pues durante toda su etapa palmera [no cuando regrese puntualmente después] será llamado Isaías. ¿A qué se debe esto? Sin descartar que sencillamente, como en tantos otros casos, todo el mundo le conozca en aquellos años por un nombre distinto al de bautismo, o incluso que responda a un seudónimo literario, parece más probable que Viera oculte adrede su verdadero nombre para eludir el servicio militar pendiente; una cuestión delicada que sus enemigos utilizarán con éxito para forzarle a marchar de la Isla en 1886. Ello explica que nuestro hombre evite avecindarse, alternando su domicilio en la villa de Los Llanos y en Santa Cruz de La Palma.

Isaac Viera revive en La Palma. No es sólo su maltrecha salud recobrada en el vergel isleño [es probable que visitara las célebres aguas medicinales del *Charco Verde*, no lejos de la villa llanense], sino todo él en cuerpo y espíritu. Vuelve a entregarse con pasión a la literatura y combate por sus ideales políticos con renovados bríos desde el periodismo palmero, especialmente en las filas republicanas. Como le ocurriera en Venezuela, se implica hasta el fondo en la conflictividad política de su entorno. Primero es colaborador literario del semanario *La Asociación*, expresión de un proyecto político democrático de Faustino Méndez Cabezola para superar el viejo bipartidismo insular, y en octubre de 1884 entra en su redacción. Se establece en la capital, donde continúa sus clases particulares a domicilio. Viera combate con la palabra a la oligarquía caciquil dominante que sirve en la Isla a los intereses de León y Castillo. Pero el partido liberal proleonino de Santa Cruz de La Palma, a través de su órgano periodístico de turno, dibuja una diana en su persona. A los dos meses de residir en la ciudad, Isaac Viera y un periodista rival están a punto de protagonizar un desafío de honor.

Desaparecida *La Asociación*, parte de su redacción ¿también Viera? prosigue la lucha política en *El Faro* [1885], con el objeto de defender la alternativa democrática y republicana frente al sistema canovista, y luchar por la libertad, el progreso, la igual-

dad y la educación popular. Su voz no tarda en ser apagada por el alcalde leonino de la ciudad, Servando Pereyra, pero todo el equipo de redacción retorna tres meses después bajo una nueva cabecera: *La Defensa* [1885-1886]. Y vuelta a la lucha denodada en la que el estilo contundente de Viera se reconoce en los artículos de fondo, aunque éstos aparezcan sin firma alguna; critica el catolicismo trasnochado, los viejos métodos antipedagógicos en la enseñanza primaria, el oscurantismo de una elite de poder corrompida...; saluda en cambio a las ideas modernas del trabajo, el progreso, la ciencia y la democracia.

También *La Defensa* sucumbe al fin, pero Isaac Viera y sus amigos republicanos palmeros reaparecen al frente de *Aseró* [1886-1887], órgano del llamado *contubernio* entre conservadores y republicanos [pacto de no tan extraños compañeros de cama entonces] contra el *grupito* leonino que controla la situación a la sombra del cacique grancanario. El consabido amaño electoral que entroniza a estos últimos, despierta en Isaac Viera, a la sazón director de *Aseró*, los más vehementes denuestos de que es capaz su pluma para calificar de corruptos y delincuentes a sus rivales políticos. Entre éstos sigue figurando el alcalde Pereyra, quien, harto del periodista lanzaroteño, mueve los hilos contra él y con la *espada de Damocles* de la recluta militar le obliga a marchar a su isla natal en el verano de 1886.

Sin embargo, Viera regresa en marzo de 1887 con Dominga Viñoly, su reciente esposa. Se incorpora a la redacción combativa de *Aseró* hasta el verano siguiente, que cesa su publicación. En junio imprime en Santa Cruz de La Palma el folleto *La farsa política en Canarias*, ensayo que compendia su vivencia política en La Palma. Es su despedida; ya no volverá a la Isla sino en estancias muy cortas, como en 1889 y 1894.

Queda aún abordar el trabajo literario de Viera en La Palma, su obra puramente creativa. Es bien patente en su poesía palmera la influencia del clasicismo; primero, porque esta corriente retorna con fuerza en el tercer cuarto del diecinueve para marcar a toda una generación poética presidida por Bécquer; y segundo, por la pervivencia más larga de la sensibilidad neoclásica en las peñas canarias, como también de la romántica, debido a su singularidad geográfica; sensibilidades distintas que se solapan y cohabitan a la vez.

De febrero a junio de 1883, en el periódico *La Asociación* aparecen los primeros poemas de Viera, enviados desde Los Llanos donde ejerce como profesor particular; los cuales llevan su firma, salvo el primero en que utiliza el seudónimo de *Manfredo*. Se trata de cuatro composiciones que forman un ciclo poético con

una unidad temática al modo becqueriano, recurrentes en el sentimentalismo y en el amor en perfecta sintonía con una naturaleza paradisíaca, o subrayan, por contraposición a ésta, la infelicidad del poeta. En *La Rosa*: *A una niña* canta a la eterna inocencia infantil de la jovencita amada; prosigue en *La Inspiración* por la senda de la melancolía, pues la bella naturaleza que antes despertara su musa, ahora no le mueve de su tristeza; el por qué tan honda pena se expresa, a continuación, en *Ayes sobre mi lira*: la joven que ama ha muerto. Al fin, recuperado de su dolor, el poeta vuelve a rendirse a la musa naturaleza [*La poesía*].

Es característico en la literatura de Isaac Viera, al menos la escrita en la isla de La Palma, su predilección, diríase casi obsesión, por el tema de la niña-mujer angelical, fresca y fragante como una flor, cuya virtud es un tesoro inapreciable. Se complace en reflejar la pureza femenina cuando aún no ha sido *hollada* por la pasión amorosa, en el candor de la niñez o en la muerte prematura; también el triunfo o la derrota de la virtud ante el acoso de la pasión sensual. Parece un motivo repetido entre los poetas de la época afines al clasicismo tardo-romántico, con un objetivo moralizador evidente.

El motivo predilecto de Viera aparece con frecuencia en otra de las temáticas literarias que más cultiva en esta etapa de su vida, las leyendas, las cuales toma de los acervos palmero, venezolano y lanzaroteño para su reelaboración en verso o en prosa a la manera de los maestros románticos: Larra, Zorrilla y Bécquer. Veámoslo:

Flores y Lágrimas, publicada en el semanario *La Defensa* en 1885, cuenta la historia de la temprana muerte de una jovencita enamorada, por cuya tumba se ve cruzar una sombra cada noche, como si lamentase la pérdida del amor apenas comenzado.

Al pie de una cruz [1886], que ve la luz en el semanario *Aseró*, habla de una joven que cada tres de mayo es vista de noche llorando la pérdida de su virtud postrada al pie de la cruz, allí donde sucumbiera al frenesí amoroso con su ingrato amante.

En *Recuerdos de Maracaibo* [1887], que publica en *Aseró*, refiere una leyenda que a su vez ha oído contar de boca de un viejo indígena en el lago Maracaibo; esto es, el joven guajiro que mata alevosamente a su enamorada después de arrebatarle su virtud en el bosque, hecho que origina la formación del lago, en cuyas aguas se produce un fenómeno lumínico que da pie a otra leyenda: el ánima del tirano Lope de Aguirre.

La flor del Valle, por último, si bien se publica en el poemario *Aires Isleños* [1921], remite a los años palmeros de Isaac Viera. Relata en verso una leyenda del Valle de Aridane: una pastora

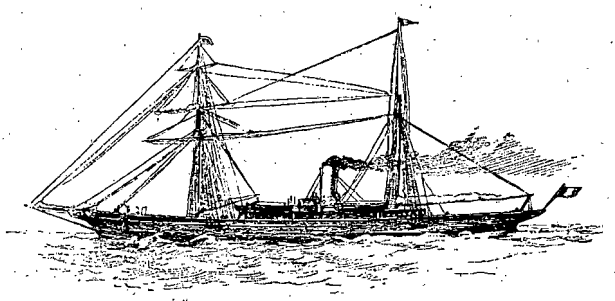
muy joven sorprendida por una tormenta de nieve en la Cumbre de los Andenes, queda atrapada en la Pared de Roberto, muriendo allí de frío; ni que decir tiene es una muerta para siempre inmaculada en la versión de Viera, cuyo espíritu se ve bajar en forma de luz desde la cumbre hasta el valle en las noches invernales.

En el campo dramático nuestro escritor rescata un manuscrito de su más temprana producción, *El triunfo de una venganza*, drama en dos actos y en prosa que inserta como folletín en *La Defensa* en el verano de 1885. De nuevo encontramos el *leit motiv* que preside su obra de juventud: el triunfo de la virtud y la abnegación femeninas frente a la perfidia de un aristócrata. La recompensa llega no sólo por la reparación del mal causado [la miseria de la familia protagonista], sino también por la obtención del amor verdadero. No se oculta, sin embargo, la sencillez de la trama y el trazo simple con que se delinean los personajes, pues interesa mucho más el mensaje moralizante que encierra que el argumento en sí. Obra ambientada en el Madrid de su tiempo, guarda aún resabios del romanticismo, aunque se alinea en las filas del teatro posromántico.

El gusto de Viera por el retrato de personalidades de la vida cultural y social del Archipiélago, buena muestra de lo cual es el trabajo que ahora se reedita, se refleja también durante su estancia en La Palma en dos colaboraciones para *La Asociación* del año 1883. Esboza con prosa florida y melosa a los poetas románticos tinerfeños José Plácido Sansón y Manuel Marrero y Torres: del primero, que pone como ejemplo y estímulo para la juventud local con aspiraciones literarias, destaca su poesía cadenciosa y melancólica que hace de aquél uno de los poetas canarios más eminentes; del segundo celebra la fogosa fantasía y el lirismo pleno de amor al terruño.

Isaac Viera vive literariamente una etapa feliz en este período, como plasma en sus escritos dedicados a La Palma. Queda impresionado por la belleza del paisaje y de la mujer palmera, por la épica de la historia isleña y por sus tradiciones y costumbres. Entre sus recuerdos más gratos figuran las fiestas populares, que más tarde evocará en *Costumbres Canarias*, cito: la noche de San Martín en Los Llanos, la Romería de San Amaro en Puntagorda y la Bajada de la Virgen de Las Nieves en Santa Cruz de La Palma. Incluso participa con la letra de una Loa en honor a la Virgen en la edición de 1885 de la fiesta mayor de Nuestra Señora de los Remedios [Los Llanos]. Si al margen dejamos los sinsabores de la lucha política y el escaso fruto pecuniario de su queha-

cer docente, podemos convenir con el poético deseo de nuestro hombre, expresado mucho tiempo después de abandonar la Isla, de que su espíritu queda para siempre en la tierra palmera.



VIDAS AJENAS

El padre Severino Álvarez [Domínguez]
[1873-¿?]

Nació en uno de los lugares más hermosos de las Islas Afortunadas, la villa de Teror, en Gran Canaria. Bajo aquellos corpulentos árboles y esbeltas palmeras, que ocultan un cielo siempre azul y un mar azul como el cielo, vio deslizarse los días de su niñez, trepando por aquellas montañas alfombradas de plantas aromáticas y regadas por multitud de arroyuelos cristalinos, que semejan ríos de perlas por entre márgenes de esmeraldas.

¿Quién es el padre Álvarez? Es un artista devotísimo, entusiasta de la música, eminentemente sensible a la expresión de lo bello. Fue un militar pundonoroso, que en momentos difíciles, cuando la patria española luchaba con sus colonias y con los Estados Unidos, supo no eludir sus deberes, sino cumplirlos con lujo. Es un sacerdote ejemplar, dignísimo de su ministerio. En España y en la Argentina, ocupó siempre lugar muy distinguido entre sus condiscípulos el actual párroco de la capital del departamento de La Paz. En él, pues, vense reunidos en amigable consorcio el arte, las armas y la religión.

El padre Álvarez, que es de los espíritus que se sublevan ante las indignidades, y que a veces pide alas a la vergüenza

para traspasar los horizontes que le rodean, tiene un alma infantil, y padece una enfermedad agudísima, alarmante y extraña en los tiempos en que vivimos: la prodigalidad. La ciencia y la experiencia nos dicen que desgraciadamente no es contagiosa. Si con sus oraciones rinde culto a Dios, es todavía más grande el que le rinde con sus obras.

La historia nos describe a un Santo Domingo de Guzmán, hombre de virtud, pero de temperamento grave severo, siempre dentro de la austeridad. El padre Álvarez está muy lejos de parecérsele. Su desprendimiento, su espíritu de artista, su carácter alegre, siempre festivo, nos recuerda más a San Francisco de Asís.

Es un hombre todo virtud, y no de los místicos incapaces de separar la vista de sus pies; es de los que levantan su frente para mirar al Cielo.

Edición de 1911.

JUAN AMESTOY

Ahí tenéis al ciudadano modesto, al filántropo de Lanús que, a la manera de Esteban Girard, viene realizando la obra altamente humanitaria de contribuir a aliviar las necesidades del proletariado argentino.

Amestoy ha consagrado su vida a la defensa de las nobles causas. El imperio del derecho, el reinado de la justicia y el triunfo de la moral, constituyen la hermosa trilogía a la cual rinde fervoroso culto el honrado patriota que nos ocupa.

Carácter franco y comunicativo, parece el sentimiento de la libertad que ennoblece a los pueblos y dignifica a los hombres. Amestoy erige en su alma un altar a los héroes de la independencia de su patria, y condena con todas las indignaciones de Tácito a los que han amarrado, como Maceppa a la cola del desbocado potro del odioso caciquismo, los derechos libérrimos de los ciudadanos.

Cuando un pobre llama a las puertas de Amestoy, en demanda de sustento, no sale de aquel precioso chalet suizo que habita nuestro biografiado, sin llevar con qué satisfacer las exigentes necesidades de la vida.

En su cara plácida de burgués anodino, se revela la bondad infinita de su alma.

Las muchedumbres famélicas y pisoteadas que conocen a este hombre que es todo corazón, le quieren y respetan, porque saben que Amestoy siempre está del lado de los débiles, de los que sufren, de los oprimidos y miserables.

El gran Herbert Spencer sostiene que el hombre debe sus cualidades más salientes al medio en que se desarrolla, es decir, a las costumbres, a la educación y a la herencia. Y esa verdad del pensador insigne la comprueba palmariamente nuestro héroe.

Amestoy donó el terreno a la sociedad «Combes II», de Lanús, para que dicho centro tuviera edificio propio.

Ese terreno fue valorado en la respetable suma de cincuenta mil pesos. Este rasgo de desprendimiento es digno de perpetuarse en el bronce o en el mármol. El citado edificio se levantó bajo la acertada dirección del reputado constructor Diyorio, quien puso en esa obra, además de los recursos de su clara inteligencia, sus nobles esfuerzos, para que el éxito la coronase brillantemente. También el conocido artista, José M. Cao, contribuyó al esplendor del edificio, decorando las paredes de éste, con hermosos y simbólicos frescos.

Nuestro biografiado ha sido juez de menores, y ha desempeñado el cargo de presidente de varias sociedades benéficas, a las que ha logrado imprimir el sello de su carácter esencialmente humanitario, y sobre las que ha volcado su alma de filántropo.

Amestoy es porteño y liberal hasta la médula. Lo mismo viste el frac aristocrático que se pone la blusa del obrero en sus talleres o el traje típico del gaucho, cuando va a sus establecimientos de campo.

Cuando recibe algún desengaño de esos que sangran el bolsillo, echa pestes de los hombres exentos de palabra y pundonor, pero muchas veces se ha dado el caso de llegar a su casa una persona, en esos momentos de efímera cólera, a pedirle un favor y hacérselo con creces.

Ahí tenéis la silueta moral de nuestro personaje.

En eso se parece a Espronceda, que llevaba en sus labios frases insultantes para los pobres, y sin embargo, se quedaba sin comer por dar limosna al mendigo.

Edición de 1911.

Luis Antúnez [Monzón]
[1843-1915]

Es obrero infatigable de la política.

Sacrifica sus ideales íntimos por los intereses de su partido y las necesidades del *leader* que le da el santo y seña y la consigna.

En el personaje de que nos ocupamos es tan interesante el estudio del político como el del hombre. La vida y persona del uno explican la obra del otro. Vamos a aplicar aquí el método crítico de Taine.

El señor Antúnez salió del escritorio de una importante casa mercantil de Las Palmas, en cuya ciudad nació por el año de 1843, para entrar en la vida activa de la política.

Ningún tropiezo encontró en su nuevo sendero.

Su íntimo amigo don Fernando de León y Castillo, con el poder de las influencias, le colocó en los escaños de la Diputación de estas islas.

Más tarde se le confió el mando civil de una provincia peninsular.

Mejor que lo que podríamos nosotros bosquejar su semblanza, lo hace el *Diario Mercantil* de Barcelona, al ocuparse de la Exposición Universal, celebrada en aquella ciudad.

Nos concretamos, pues, a reproducir algunos párrafos de dicha semblanza, que es lo que nos permite el espacio del que disponemos.

El Sr. D. Luis Antúnez es de la madera de los grandes gobernadores. Quizás el jefe del gobierno se hubiese encontrado perplejo a tener que sustituirlo.

D. Luis Antúnez, desde junio de 1886 que tomó posesión del gobierno de Barcelona, ha realizado cosas estupendas, increídas, dadas nuestras costumbres y nuestra historia.

En Barcelona no se juega; en Barcelona no se tima, ni se roba, ni se mata, ni se alborota.

Parece como que la gente de mal vivir ha muerto.

No se ha conseguido fenómeno tal sin grandes esfuerzos, porque en Barcelona puede un gobernador, un tanto incorrecto, hacer una fortuna colosal sin más que explotar dos asuntos: el juego y la higiene.

Figúrense nuestros lectores cuanto no se habrá imaginado *para que durante la Exposición se jugara y sin embargo todo se ha estrellado ante el carácter y la entereza de D. Luis Antúnez.*

A su iniciativa se deben grandes reformas en los edificios que ocupan sus oficinas y casa-habitación, sin gasto alguno, para el Estado. Un hospital creado para enfermedades especiales, cuyo coste se ha sacado *de la Higiene, antes tan improductiva; muchas mejoras en las obras públicas provinciales; reforma radical en el cuerpo de orden público y vigilancia, y un sin número de actos de filantropía y beneficencia, que son como la característica de tan distinguido hombre público.*

En las grandes recepciones habidas, el Sr. Antúnez ha sostenido gallardamente la respetabilidad de su cargo. Lo mismo con los reyes que con los ministros y con los grandes políticos, a quienes hemos conocido, el Sr. Antúnez ha sostenido a gran altura nuestra cultura y nuestra dignidad.

Y a todo esto, el servicio regular, el expediente diario, la cotidiana ocupación del gobernador sin interrumpirse, sin resentirse los servicios y atendiendo con solicitud a todo.

¿Constituye una tal campaña, la prueba en un cargo tan difícil?

Más que prueba ha sido sanción, y clarividente, de que hay pocos gobernadores como Antúnez en España.

Ya cuando lo fue de Córdoba, hubieron por admiración y gratitud de pedir sus administrados, el que se le mantuviera en su puesto, que tan a satisfacción de todos desempeñaba.

Ya cuando estuvo al frente de la provincia de Orense sucedió otro tanto y aún más, pues dejó recuerdos en la capital gallega que no olvidarán tan fácilmente sus habitantes.

Y lo mismo hizo en Lérida, y en Madrid, cuando interinamente fue su gobernador; y lo mismo hará allí donde le mande el Gobierno. Si éste tuviera cuarenta y nueve Antúnez, se resolvería de plano el pavoroso problema de las inmoralidades en España.

¡Que es fusionista! Pues poco importa si como autoridad es justa, enérgica y activa.

¡Que dirige elecciones! Cúlpese a las podridas ruedas del engranaje administrativo español.

Estamos convencidos que hay algunos elementos descontentos de que el Sr. Antúnez haya sido, sea y piense ser gobernador de Barcelona.

La gente de mal vivir, los que ven en la autoridad una tiranía en vez de la representación honrada de la Justicia y el Derecho.

Los pobres a quienes Antúnez socorre sigilosa y furtivamente; los desgraciados a quienes consuela; los que trabajan y producen, por cuya seguridad vela; las clases todas de la sociedad, cuya garantía positiva es el Sr. Antúnez. Todos éstos, si abrigan algún sentimiento, será por el temor de que llegue el día en que en su brillante expediente, se le ponga al Sr. Antúnez el cese *o el* pase.

Esto es lo que Barcelona teme.

Edición de 1888, pp. 113-116.

MARIO AROZENA [Y AROZENA]
[1872-1940]

Tenemos al frente su retrato.

Fácil es adivinar su alma a la luz de esa mirada profunda, cuyo brillo aumenta el arco negro de sus cejas; vemos dilatarse su pensamiento en la convexidad de su ancha frente; marcarse la energía en las líneas severas de su rostro; vemos en sus labios como estereotipado el gesto del orgullo, y la distinción de su alcurnia, ilustre por los timbres del talento, en su digno continente.

A diferencia de otros hombres de ingenio, pero de expresión poco reveladora, que tienen el alma muy adentro, la cara como cerrada a la penetración del observador, y a quienes hay que sondear, que mover, que estimular, para que salte la chispa, para que despierte y cante el ave dormida, como cuentan que sucedía con Emilio Littre y como acontece con Pérez Galdós y con otros muchos, Arozena es de aquellos espíritus que se manifiestan luminosamente en su fisonomía. ¿Quién no ha experimentado esas sorpresas al encontrarse con un personaje famoso que ansiaba conocer, y el cual, muy distinto de cómo se le figuraba, se le presenta bajo un aspecto que no revela nada de extraordinario;

habla como en borrador, y le deja pensando si será otro el que vio al través del libro, el que sintiera vibrar en la estrofa o ha admirado en las narraciones heroicas, de que es protagonista, o en las obras de que es autor eminentísimo?

Por el contrario, hay otros que aparecen tales como son. Algo muy característico se asoma al semblante para que se revelen de golpe los tipos que ya estaban esbozados en la imaginación.

Arozena tiene la fisonomía de sí mismo; a su presencia se puede exclamar *es él.*

Los ascendientes de nuestro personaje son aquellos laboriosos hijos de La Palma que, con las luces de su inteligencia, han dado lustre y esplendor a estas rocas oceánicas, construyendo gallardos bajeles que han pregonado por ambos hemisferios el nombre de Canarias.

El joven escritor, que nos inspira estas líneas, cursó el bachillerato en el establecimiento de segunda enseñanza de Santa Cruz de Tenerife, y fue uno de los más aventajados alumnos de aquel centro docente.

Nació en Santa Cruz de La Palma en el año de 1872.

Un ilustrado profesor, nada menos que nuestro insigne presbítero, don Ireneo González Hernández, filólogo y literato, le distinguía entre sus discípulos, hasta el extremo de ensalzarle en la cátedra y en la tertulia.

Sin ser todavía bachiller, fundó en la expresada capital, un semanario de literatura, titulado *Don Quijote.*

En dicho periódico publicó, bajo el picaresco pseudónimo del *Bachiller Carrasco,* un trabajo crítico sobre el grandioso drama *Don Álvaro,* del duque de Rivas, que llamó la atención del público inteligente.

Las primeras producciones de Arozena, aunque agravian a la gramática y a la retórica, revelan al futuro literato, tanto por la brillantez del pensamiento, cuanto por la gallardía de la forma.

Desde luego, en las primicias de su ingenio, se descubre al través de la frase, más o menos castiza, el buen gusto de quien sabe expresar la belleza.

Arozena es un temperamento esencialmente artístico y su educación literaria la ha hecho adorando el genio francés, descubierta la noble frente, bajo la lluvia de oro y pedrería, en que se desgaja la nube que sobre París se cierne.

Sus primeras composiciones dan a conocer bien pronto que es admirador de Víctor Hugo.

En su afán, en su aspiración de imitar al gran lírico, su cerebro, pequeño, ante aquella enormidad de fósforo y de sustan-

cia gris del autor de *Canciones de las calles y los bosques*, tuvo un vértigo.

No puede un ave cualquiera alcanzar al águila en su raudo vuelo, y a pie no podemos seguir el avance vertiginoso de la locomotora.

Oímos decir un día a una notabilidad literaria, leyendo un artículo del joven que biografiamos: *Esta composición no es de Arozena: Arozena escribe cosas muy notables.*

Los grandes talentos tienen instantes de ofuscación, pero, cuando vuelven sobre sí, se despiertan más luminosos.

Nuestro héroe comprendió que le faltaban alientos para seguir a aquel genio extraordinario, prez y orgullo del presente siglo, y se dijo: *hasta aquí.*

Entonces hubo un gran salto: de Francia a Santander, de Víctor Hugo a José María de Pereda.

El autor de *Chispazos y Perfiles*, siguiendo al eximio novelista montañés, avanza por el camino que le ha de conducir a la gloria.

Laborioso sobremanera, vive en su gabinete, dedicado a sus libros, o a su pluma; nada de placeres, nada de *champagne* como Musset.

Nuestro personaje, deseando dar a conocer, fuera de nuestras peñas, la labor literaria de los ingenios canarios, dio a la estampa sus *Chispazos y Perfiles*, primer volumen de la serie que hubiese seguido publicando, si nuestros pueblos hubieran correspondido a sus generosos y patrióticos esfuerzos.

En esos volúmenes presentaría la sinopsis de las conquistas alcanzadas en las esferas de la literatura patria, en todas sus fases culminantes, desde la poesía lírica, con la fuerza del pensamiento isleño, hasta la novela realista moderna, de inspiración nativa.

El señor Arozena es también orador.

Sus discursos son generalmente oídos con gusto.

Es licenciado en Derecho. Estudió la carrera en la Universidad de Granada, y obtuvo en todas las asignaturas notas superiores.

El Liberal, de Madrid, se ha ocupado con encomio de la monografía histórico-crítica *La derrota de Horacio Nelson*, de la que es autor, premiada con pluma de plata en el certamen literario celebrado en el Gabinete Instructivo de la capital de Canarias, en julio del año último.

Edición de Benítez, pp. 173-176.

Sebastián Arozena y Lemus
(1823-1900)

No es el publicista cuyas producciones constituyen un monumento de las letras patrias, ni el vate, cuyas armoniosas estrofas dejan en nuestro espíritu el suave aroma de la poesía, ni el compositor músico que imita el rumor de un beso y el grito de libertad de un pueblo, ni es el artista que nos muestra el poder de la inspiración en el mármol o en el lienzo.

Es inteligente constructor que hace de la madera gallardos bajeles que son orgullo de los mares.

Levantó el plano y dirigió en el astillero los trabajos de la hermosa y velera barca *Verdad*, perteneciente a la importante casa de comercio de don Juan Yanes, de Santa Cruz de La Palma.

El referido buque, que está dotado de extraordinarias condiciones marineras, llamó por su gallardía la atención de los capitanes de las embarcaciones que se hallaban surtas en La Habana el día en que ancló en aquel puerto por primera vez.

El señor Arozena obtuvo uno de los primeros premios en la Exposición de Filadelfia, con motivo de los trabajos que presentó de construcción naval.

Un ilustre ingeniero inglés, al felicitarle por sus triunfos en cariñosa carta, le llamó *genio encerrado en una peña.*

Traza diseños de buques con la misma facilidad que maneja aparatos de física.

Como su carácter es excéntrico y camina con paso tardo, cualquiera que no le conozca lo confunde con un anglosajón.

Nació en Santa Cruz de La Palma el 22 de enero de 1823.

Edición de 1888, pp. 97-98.

JUAN M.[IGUEL] BALLESTER [Y REMÓN]
[1851-1927]

Nada más fácil que seguir a un periodista al través de las hojas sueltas de esas publicaciones aventureras.

Falta la obra completa y hay que construirla con la imaginación.

En esa ingrata labor periodística se derrochan a manos llenas tesoros de ingenio.

El señor Ballester, que desde muy joven se distinguió por sus ideas democráticas, entró por la estrecha puerta del periodismo en el teatro de la política.

Escribió en *Las Noticias*, cuando este periódico era de matiz federal; después formó parte de la redacción de *Las Novedades*.

Hoy escribe en el *Diario de Tenerife*, de cuya empresa es partícipe.

Da clases de francés en el Establecimiento de Segunda Enseñanza de Santa Cruz de Tenerife, en cuya ciudad nació en julio de 1850.

Ha sido muchos años secretario del Comité central republicano de esta provincia.

En 1877 fue proclamado candidato por su partido para representar este distrito en la Asamblea provincial.

Actualmente pertenece a la minoría del Ayuntamiento de esta capital.

En su despacho reina un bello desorden; papeles en montón, libros colocados aquí y allá, muebles curiosos, mapas y acuarelas.

Desde que se traspasa el umbral de aquella puerta se siente uno acariciado por el medio que le rodea.

Le gusta en extremo reírse a mandíbula batiente de todo lo que hace otro que no esté conforme con su criterio.

Por los extraordinarios trabajos de las distintas comisiones que se le han conferido, la mayoría de la referida corporación le ha consignado en actas varios votos de gracias.

Fue uno de los fundadores del Gabinete Instructivo, del cual ha sido secretario.

En la actualidad está encargado de la biblioteca de aquel centro, bastante rica gracias a su perseverancia.

No puede ver a los poetas, porque, según él dice, cantan lo que no sienten.

Jamás lee versos.

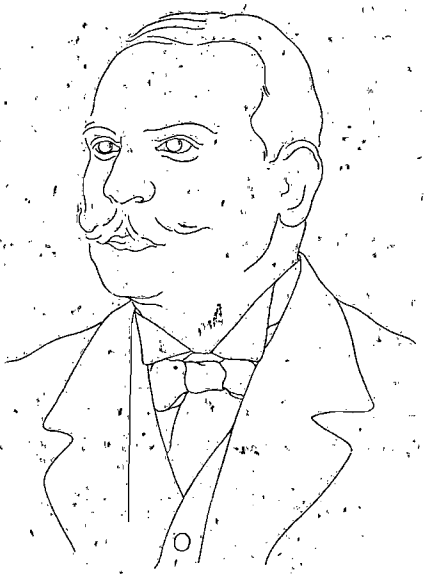
Su laboriosidad es bastante conocida.

Figura en las filas del federalismo.

Es libre-pensador.

Su trato es sumamente amable.

Edición de 1888, pp. 105-106.



Francisco Baño

Su apellido simboliza
ola enorme, gigantesca
de civismo que electriza
o la linfa pura y fresca
que entre flores se desliza.

Su patronímico es emblema de higiene, tanto en invierno, aunque castañeteen nuestros molares y caninos, como en los ardorosos días del verano, en los que, además de experimentar sensación gratísima, cuando chapuzamos en el agua, el baño, como la Academia de la Lengua, limpia y da esplendor a nuestro cuerpo, remozándonos como a Fausto en el romance.

Pero basta de preámbulos, y digamos quién es Francisco Baño. Ya el ilustrado doctor Banerrechea, en un folleto que lleva por epígrafe el nombre de nuestro héroe, nos dice que el personaje que nos ocupa es un carácter de temple verdaderamente diamantino. Baño es una espada de mucho acero.

Su vida en la Argentina, su patria adoptiva, ha sido de constante lucha contra las arbitrariedades y atropellos del caudillismo. Con temerario valor, abroquelado en su escudo de inven-

cible combatiente, ha sabido poner coto a los desenfrenos de la demagogia roja, y a los endiosados rábulas del poder público, cuando éstos han osado vulnerar los santos principios de la democracia, en la patria de San Martín y de Rivadavia, o han pretendido convertir en mitos irrisorios los imprescriptibles derechos del ciudadano, conquistados a la sombra de la bandera del liberalismo, a fuerza de cruentos sacrificios.

Baño es una personalidad tan saliente en la política como en la literatura.

Su hoja de servicios honra al más laborioso obrero de la inteligencia.

Como republicano, en la genuina acepción de la palabra, es adalid enamorado de su causa. Es capaz de subir al cadalso, entonando las líricas notas de *La Marsellesa*.

Tiene noble orgullo en hacer alarde *coram populi* de no haber claudicado jamás de los ideales que encarnaron en su alma desde niño, allá lejos, muy lejos, en el lugar de su nacimiento, en la legendaria tierra de los cantos onomatopéyicos y de la hermosas rías gallegas, cuyas olas mezclan sus arrullos con el rítmico *fungar* de los pinos.

Luchador incansable en las lides de la prensa y en la tribuna, no ha plegado nunca su enseña de combate, sin haber hecho morder el polvo de la derrota a sus adversarios.

Necesitaríamos ocupar muchas páginas del presente libro, si fuésemos a reseñar los títulos de los trabajos periodísticos que han salido de la castiza y acerada pluma de nuestro biografiado. Bástenos decir que su labor, en ese género literario, ha sido fecunda en beneficiosos resultados, para destruir añejas y perniciosas corruptelas en el orden político-social del pueblo argentino.

Hay muestras del ingenio de Baño en *El País* de Madrid, en *Tierra Gallega*, *La Voz de Galicia*, *El Vivarense*, *El Distrito* de Almirante Brown, y en *La Nación* de esta capital, en cuyas columnas publicó una notable carta sobre un asunto de vitalísimo interés para el desarrollo de la riqueza del país. Su brillante pluma ha estado siempre al servicio de los ideales del arte y de la república. El estilo de Baño es galano y de corte clásico. Su frase no es melosa como la de Ortega Munilla, sino agresiva y cáustica.

Como Salustio sondea con atrevimiento las úlceras morales, presentando al desnudo las lacerías del pauperismo, trazando un cuadro social tendencioso, como dicen los alemanes, en el cual pone de relieve sus dotes de profundo psicólogo, y sus no comunes conocimientos sobre sociología, que es la antropología de la metafísica.

Baño también escribe versos, pero su musa no se eleva a los altos cielos de la inspiración; es casera, regocijada y llena de picardía. Se ríe a mandíbula batiente de esos vates quejumbrosos que cultivan ese ñoño romanticismo que los convierte en plañideras, y de los cuales se burló donosa y cruelmente el inolvidable Camacho, en esta redondilla

Poetas que al escribir
echáis el llanto a rodar,
¿no veis que tanto llorar
al cabo da que reír?

Francisco Baño ha logrado amalgamar las letras de cambio con esas otras letras, que aunque bellas, no son endosables ni se cotizan en el comercio. La complexión de Baño es robusta, roblesca. Su cuerpo es de alta estatura, como un yanqui de *pour sang*.

Edición de 1911.

Eduardo Benítez y González
[1850-1901]

Goza de gran fama como abogado de recursos. Es elocuentísimo orador forense.

Su palabra lleva el convencimiento al ánimo del auditorio.

Su acción es acabadísima.

Él y la tribuna se completan como el pedestal y la estatua.

Sus discursos son dignos de conservarse como modelos de doctrina jurídica.

Su oratoria es especie de coraza en donde rebotan los tiros de sus contrincantes.

En la tribuna y en el bufete ha conquistado una serie de famosos triunfos.

Tiene especialísimo tacto para tratar las cuestiones que se relacionan con su profesión.

Afiliado desde muy joven al partido republicano, hoy vive en el retraimiento, pero dejando ver en las mismas cuestiones profesionales la tendencia democrática de su espíritu.

Fundó *El Pueblo*, periódico escrito con valentía, corrección y donaire.

Pertenece a varias sociedades científicas y literarias de dentro y fuera del país.

Nació en Las Palmas el 13 de octubre de 1850.

Edición de 1888, pp. 67-68.

Bernardo Benítez de Lugo [y del Hoyo]
[1853-1946]

Pertenece este erudito escritor a la aristocracia intelectual, y su entronque heráldico se halla en el viejo solar hispano, entre los blasones de una raza fuerte de conquistadores y de guerreros, que inmortalizaron sus nombres en Canarias y en América.

Los trabajos de nuestro biografiado tienen el buen tono y pulimento de la clásica prosa de Feuillet.

El señor Benítez de Lugo *lejos del mundanal ruido, sigue la escondida senda* de que nos habla el inspirado cantor de la vida campestre, engolfándose, digámoslo así, en los anaqueles de su gran biblioteca, en donde ha adquirido un caudal de conocimientos científicos y literarios, que le colocan al lado de los publicistas de más prestigio.

En sus escritos campea la elegancia de su estilo terso como la seda y vigoroso como una cota de malla.

El señor Benítez de Lugo es más conocido fuera de su patria que en ella misma, y ¡caso extraño! sus artículos en la prensa y sus discursos son leídos y buscados con avidez en Madrid, en Colombia, Cuba y en las naciones del Plata, mientras en estas islas pocos saben quién es el literato que nos ocupa.

La *Revista Azul*, que dirige en Barranquilla el poeta simbolista Abraham López Penha, ha publicado con encomio notables producciones del orotavense a quien consagramos estas líneas.

Alejado por temperamento de las enconadas luchas de la política, ve con verdadera tristeza, desde el arcádico rincón de su valle nativo, cómo en la presente época han desaparecido la cívica altivez y el sublime sacrificio por la patria, y que el rebajamiento y la inmoralidad han sentado sus reales en nuestra tierra, en la que se han profanado las tumbas sagradas y la memoria aún más sagrada de los integérrimos ciudadanos, nuevos Casios de los ideales tinerfeños.

Ignoramos en qué escalafón político está encasillado nuestro personaje, ni nos precisa averiguar ese dato completamente ajeno a la índole de esta semblanza; pero sí debemos consignar, a título de nota informativa, para que conste en caracteres tipográficos, que es irreconciliable enemigo de toda tiranía y de todo despotismo; en una palabra, que a pesar de su ilustre alcurnia, es demócrata práctico, a semejanza de su cercano pariente, el inolvidable marqués de La Florida, diputado por Tenerife, que votó la República el 11 de febrero de 1873.

Si como escritor eruditísimo y discreto tiene joyas literarias de inapreciable valía, como patriota fervoroso ha trazado con su brillante pluma la pauta de la grandeza de Tenerife, coadyuvando poderosamente al fausto advenimiento de una nueva era de insólito progreso, que ya se vislumbra en las lontananzas del porvenir.

Con todos los entusiasmos y con todos los anhelos propios de los que llevan el patriotismo en el corazón, el señor Benítez de Lugo trabaja sin descanso, orillando todas las dificultades, por convertir en tangible y hermosa realidad uno de los proyectos que más han de beneficiar a la isla de Tenerife: nos referimos a la carretera que, extendiéndose por las cañadas del Teide ha de enlazar el incomparable valle, cantado por el Tasso con el pintoresco pueblo de Vilaflor, de aguas salutíferas y de clima sin rival en el mundo, según testimonio de los más eminentes profesores-médicos de Europa.

Nuestro héroe sostiene, con toda la vehemencia de su alma enamorada del terruño, que, aprovechando las envidiables condiciones naturales de la antigua Nivaria, ésta llegará, en día no muy lejano, a ser un verdadero emporio de riqueza y de comercio. Y alboreará ese día cuando se compenetren la masa del pueblo y las clases directoras, de que la prosperidad y el flore-

cimiento de Tenerife están en aquella importantísima arteria, de donde, indudablemente, fluirán raudales de oro, que llevarán la placidez, el bienestar y la alegría a todos los hogares tinerfeños.

El señor Benítez de Lugo es patriota de diamantino temple y de fecundas iniciativas. Con la intuición del genio entrevé en aquellas cañadas de áridas arenas, espléndidas avenidas, en las cuales corretean querubines rafaelescos, mostrando a los rajantes rayos del sol sus sonrosadas carnes, y por donde discurren, batiendo la marcha triunfal de la vida, turistas de todas las naciones que, ávidos de contemplar sorprendentes panoramas, miran con atónita pupila, desde aquellas altitudes, la vegetación lujuriante, verdaderamente intertropical del delicioso valle con sus blancos caseríos desparramados en las colinas y en el fondo de bruñida esmeralda, y el mar, ora en sus cóleras deshechas, ya dormilento, orlando la ribera de nácares y espumas, y las abruptas, basálticas rocas de la estupenda montaña, que eleva su frente entre opalinas nubes, ansiosa de tocar el azul del cielo.

Nuestro personaje, sin tener hijos, sólo por amor a su peña nativa viene con paciencia y perseverancia, consagrando sus generosos esfuerzos a la realización de esa magnífica obra de positiva utilidad pública, porque ha de prestar incalculables beneficios al país, y sobre todo a los enfermos de las vías respiratorias, los que sentirán ensancharse sus pulmones desde que traspasen El Portillo, y entonces será éste como la puerta de un edén encantador de balsámicas auras y de inenarrables perspectivas.

***

Por colocar hitos y mojones unos centímetros, ponemos por caso, más adentro o más afuera de la legítima linde de una heredad, o por el disfrute o la posesión de un gajo de higuera o de otro árbol frutal, se entablan en nuestros pueblos enojosas litis o encarnizadas disputas, las que muchas veces degeneran en sangrientas riñas, de nefastas consecuencias, dando origen ese cambio de mojones a desprendimientos en los bandos políticos o a discordias entre personas extrañas al baladí asunto que se ventila, mientras tanto la turba de egoístas se muestra indiferente con una obra como la carretera de Orotava a Vilaflor que ha de contribuir de modo eficaz al rápido desarrollo de los intereses insulares.

Si el señor Benítez de Lugo como literato de nota y como orador académico de verbo castizo y cálido ocupa puesto distinguido en la república de las letras regionales, como tinerfeño de pura cepa figura en las avanzadas del civismo y del patrio amor.

Para terminar este bosquejo, diremos, valiéndonos de las frases de un insigne publicista, que el señor Benítez de Lugo no pertenece a esa raza de escritores que se presentan como los héroes de Homero, proclamando su genealogía y alabando su valor; sino es como aquellos paladines de la Edad Media que se peleaban con la visera del casco calada y después de la victoria mostraban al pueblo sus blasones.

Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera con semblanzas y notas biográficas de los respectivos autores, escritas por él mismo.
Biblioteca de Escritores Canarios. Imprenta García Cruz.
Santa Cruz de Tenerife, pp. 65-69.

FRANCISCO BÉTHENCOURT

Desciende del ilustre caballero normando, don Juan de Béthencourt, conquistador de Lanzarote y Fuerteventura [Canarias], apellidado *el grande* por el concienzudo historiador Viera y Clavijo.

Desde muy joven vive en esta capital, consagrado a las tareas comerciales.

Su honradez intachable, su conducta caballerosa y, sobre todo, la hospitalidad que brinda a aquellos de sus compatriotas que arriban a estas playas, sin medios de subsistencia, le han granjeado generales simpatías entre los elementos de la colonia canaria.

Nació en la Villa de Orotava [Tenerife], y a pesar de su larga residencia en la Argentina, ama a su patria chica con verdadero delirio.

Béthencourt, dice con un malogrado poeta tinerfeño, que tiene dos madres: la que le dio el ser y el suelo donde se meció su cuna. Y con frecuencia repite estos versos del Juvenal canario, don José M. Pulido.

Y siendo buen hijo
yo la vida que una me dio
para la otra la quiero.

Si todos los hombres fuesen de la madera de nuestro personaje, los escribanos estarían por demás en la tierra.

Su palabra es un documento formal.

Edición de 1911.

JUAN BÉTHENCOURT ALFONSO
[1847-1913]

En un trozo de suelo tinerfeño, que está ligado a nuestras gloriosas tradiciones, existe el pueblo de San Miguel, donde se ha mecido la cuna de ilustres personalidades, que han brillado en las ciencias y en las letras.

Allí nació el 5 de febrero de 1847 el reputado profesor-médico y publicista, cuyo nombre sirve de epígrafe a las presentes líneas.

Su retrato no puede dar idea completa de la bizarra apostura de su continente.

Lo mismo en traje de *gentleman* que en el vestido sencillo y descuidado del filósofo, el doctor Béthencourt Alfonso presentaba siempre el aspecto elegante del gentil caballero de los tiempos medievales.

Su Dios, era la ciencia. El sacrificio por la misma, su religión. Después de haber recorrido todas nuestras islas, estudiando su fauna y su flora, las costumbres de sus habitantes, el lenguaje de los primitivos isleños e investigando en el fondo de las cavernas, en las cumbres y en las llanuras, el origen de aquella raza indómita, que produjo al noble Bencomo y al bravo entre

los bravos, al príncipe Tinguaro, digno de que las ninfas de Nivaria tejan negros crespones en su memoria, para que floten sobre la tierra que empapó la sangre del héroe inmortal; después de recoger, decimos, de labios de octogenarios campesinos, aforismos, romances y coplas que tienen su raigambre en el alma de la musa popular, y de hacer concienzudos, luminosos análisis geológicos y de antropología, comenzó a escribir su grandiosa obra, que aún permanece inédita, acerca de los aborígenes canarios. En ese libro, su insigne autor, descifra el enigma de las antiguas Afortunadas, resolviendo problemas étnicos de suma trascendencia para la historia del país.

Residiendo en la culta ciudad del Guaire el que traza estos renglones, llegaban, a la sazón, al través del océano, a las playas venezolanas los ecos de la fama del médico y del escritor cuya semblanza dibujamos. Respirando a pleno pulmón las brisas avileñas saboreábamos los rasgos de ingenio de aquellos brillantes artículos, que el señor Béthencourt Alfonso publicaba en la *Revista de Canarias*, que dirigía en la capital de este Archipiélago, Elías Zerolo, el que más tarde nos dio el oro puro de su saber en su libro, *Legajo de varios*.

El señor Béthencourt Alfonso se consagró con ardiente entusiasmo al ejercicio de su carrera, distinguiéndose en infinidad de casos por su acertada intervención.

Desempeñó durante muchos años el cargo de médico del hospital civil de Santa Cruz de Tenerife, en cuyo establecimiento benéfico prestó inmensos servicios, habiendo sobresalido como especialista en las enfermedades mentales.

Era un facultativo hábil que curaba con una bondad y un trato atrayente y simpático.

El periodismo isleño le contó entre los elementos de verdadera valía. Descolló gallardamente en las filas de la prensa militante.

Formó parte de las redacciones de *La Democracia*, *La Reforma* y *El Liberal de Tenerife*, juntamente con los señores Pereyra [don Miguel], Schwartz [don Pedro] y Serra y Ruz [don Emilio].

Amigo íntimo de Castelar, figuró en las huestes del posibilismo, más tarde, disuelta aquella agrupación política, se afilió al partido que acaudillaba el señor Sagasta. En las enconadas luchas de las ideas, acaso por la versatilidad de su carácter, no logró conquistar el aplauso y la popularidad que alcanzó como galeno de ojo clínico experimentado y de bisturí certero y eficaz en sus operaciones.

Fue catedrático y uno de los fundadores del antiguo Colegio de Segunda Enseñanza de esta ciudad y, bajo la influencia de sus luces, dio notable impulso al Museo de Historia Natural de la citada urbe, con la cooperación de su aventajado e inteligente alumno y escritor científico, Felipe Rodríguez.

Espada de mucho acero, así llamaba al doctor Béthencourt Alfonso el malogrado Rodolfo Cabrera, que fue indudablemente el intelectual más grande de sus contemporáneos del nativo solar.

Una de las calles más céntricas de Santa Cruz de Tenerife lleva el nombre de nuestro personaje, el que falleció en dicha población el 29 de agosto de 1913.

En muchos hogares tinerfeños se derramaron lágrimas el día en que exhaló su último aliento nuestro biografiado.

Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera con semblanzas y notas biográficas de los respectivos autores, escritas por él mismo. Biblioteca de Escritores Canarios. Imprenta García Cruz. Santa Cruz de Tenerife, pp. 35-38.

José Bianco
[1870-¿?]

Entre la generación que está llamada por la ley del tiempo a regir en la actualidad los destinos de la República Argentina, descuella en primer término, el doctor José Bianco.

Nació este distinguido ciudadano en Córdoba el 9 de julio de 1870. Joven, casi un adolescente, se graduó de profesor normal. Producidos los sucesos políticos de 1890 se incorporó al movimiento popular que orientaban Mitre, Irigoyen, Alem y Del Valle. La palabra fácil y persuasiva de Bianco, su rigidez moral y el vigor y la firmeza del raciocinio, subyugaban en la tribuna de los clubs, y dábanle legítimo prestigio entre los directores de aquel partido.

Ligado, por vínculos de amistad, con el doctor Bernardo de Irigoyen, el notable estadista lo llama a su lado, honrándole con el puesto de secretario privado en 1891. Documentos interesantes del eximio hombre público, le sirvieron para escribir en 1893 su obra *La cuestión Internacional,* en la que comenta y anota toda la tramitación del litigio de límites entre Chile y la Argentina.

Se separó, poco tiempo después, de la política, en la que había actuado con tanta eficacia, para iniciar los estudios de

Derecho. En sólo diez y ocho meses se preparó en todas las materias del plan vigente en 1896, en la Universidad de Córdoba. Rindió examen brillante de abogado, presentando a la Academia su tesis *La Educación Pública*. Con abundancia de datos y con una elegancia severa en la expresión, el doctor Bianco condensó en aquel trabajo todas sus ideas, sobre el noble tema de la educación. Ese profundo y luminoso estudio sociológico es tal vez el resumen más completo de cuantos se han publicado sobre el mismo tema en la República Argentina, hasta el presente. Su autor revela un conocimiento sorprendente y magistral en la materia.

Radicado en Córdoba se incorpora al foro de aquella ciudad y se le nombra en 1897, director del Registro General. Dejó esa institución, que fundó y organizó después de cuatro años de trabajo constante, que sanearon la propiedad inmobiliaria en aquella provincia argentina. Vuelve a Buenos Aires para domiciliarse en La Plata en 1901. El doctor Irigoyen, entonces gobernador, solicitó la colaboración del doctor Bianco, en las tareas de la administración ración. Aceptó el puesto de vocal del Consejo General de Educación. Su labor múltiple y fecunda, fue provechosa para la enseñanza pública. Recientemente reunidos en un volúmen, con el título de *Los problemas del analfabetismo*, se han publicado todos los proyectos, discursos e iniciativas, que plantean y resuelven las cuestiones fundamentales de la instrucción primaria.

Elegido senador por la provincia de Buenos Aires, pasó a formar parte de aquel cuerpo en 1902. La actuación parlamentaria del doctor Bianco, no cabe en los límites de estos rasgos biográficos. Durante cuatro años cimentó su reputación de político honesto y orador insuperable. Serena la conciencia, fue el defensor del Derecho y de la Justicia en una época en que callaba la verdad. Ocupó sesiones íntegras la tribuna parlamentaria. Son notables sus exposiciones sobre educación y régimen tributario. Opositor único, su palabra vibrante fue escuchada sin contradicción y en silencio, porque en la casi unanimidad oficial del Senado no había orador capaz de aceptar un debate político.

Terminada su actuación en la honorable Cámara de Senadores, sus admiradores le organizaron una brillante demostración de simpatía, para hacerle entrega de un artístico pergamino suscripto por las personas más respetables y representativas de la República Argentina. En nombre de aquel núcleo eminente, habló el doctor Irigoyen con el prestigio de su gloriosa ancianidad,

para rendir —dijo— *el tributo de justicia al hombre íntegro en esta época de vicisitudes opacas y malsanas, porque el doctor Bianco con los servicios que ha prestado y la opinión que goza, es un hombre destinado a contribuir al desenvolvimiento institucional de la República. Yo hago votos para que responda al llamamiento futuro que le hará la opinión sensata del país.*

Llamado por el señor presidente de la República, doctor José Figueroa Alcorta, para organizar la Inspección General de Justicia en diciembre de 1907, en sólo seis meses cumplió la misión que se le había encomendado. Por decreto del 22 de agosto de 1906, fue designado director del Registro de la Propiedad de la Capital y Territorios Federales de la República. La labor de un año en esa institución, se halla consignada en el libro *La propiedad inmobiliaria.*

Las nobles tareas de la cátedra, absorben al doctor Bianco las horas más intensas de sus días. Su enseñanza deja recuerdos imperecederos, porque es un forjador de ideales. La juventud universitaria le atestigua siempre, y en cualquier oportunidad, su adhesión. En 1907 proclamó su candidatura para diputado nacional y le presenta constantemente a la opinión del país, para la cartera de Instrucción Pública.

Es, además, el doctor Bianco, un publicista de reputación internacional. Entre sus obras merecen citarse: *El tratado de 1881,* [1901]; *Organización nacional,* [1902]; *And Old Man,* [1903]; *Negociaciones internacionales,* [1904], *Régimen tributario,* [1904], *Los problemas del analfabetismo* y *La propiedad inmobiliaria.*

Las brillantes dotes intelectuales del doctor Bianco, el temple excepcional de su carácter y su ilustración reconocida, son augurios de triunfos próximos para el ciudadano que está destinado, como lo afirmó el doctor Irigoyen, a colaborar en el desenvolvimiento institucional de la República.

Edición de 1911.

VICENTE BOVE

Si su patronímico tuviera una S final, cualquier aficionado a estudios genealógicos hallaría el entronque heráldico de nuestro poeta con el sanguinario Boves, que en la guerra de la independencia venezolana, como un nuevo Atila, fue el azote de las comarcas *llaneras*.

Pero el vate, autor del tomo de elegantes sonetos, que bajo el rótulo sugestivo de *Vibraciones* vió la luz pública el año de 1908 en esta capital, no sólo no tiene parentesco con Boves, sino que no es capaz de infringir el quinto precepto del Decálogo, ni tratándose de un mosquito.

Sin embargo, Vicente Bove es un revolucionario impenitente en el campo de las letras.

Es de los escritores rebeldes que dan a beber pólvora y *champagne* a los vocablos, para que saquen de la lengua nuevos y más vigorosos acentos.

Es un iconoclasta. Ha roto los antiguos moldes de los cánones líricos y ha insurreccionado los ritmos del verso y las cláusulas del discurso.

No gira como otros tontos bardos de la trova, en la mezquina órbita del satelitismo literario.

No esquiva las dificultades de la métrica, sino que las vence con gallardías de luchador de sangre moza.

La prensa de la República, y especialmente la de esta ciudad, saludó con frases encomiásticas la aparición del opúsculo *Vibraciones*, en cuyas páginas nos da Bove el oro puro de su ingenio. El vate argentino que nos ocupa dirige actualmente la simpática revista *Vida literaria*, en cuyas columnas colaboran reputados escritores del país, y en las que hacen sus ensayos plumas noveles de verdadero brillo.

Bove ha empezado por donde han concluído muchos poetas de fuste: por el soneto, el cual, según la expresión de un crítico francés, es el tormento de los hijos de Apolo.

Nuestro héroe lleva en su mente el fuego de la inspiración.

Sus versos no son fríos como el mármol pentélico, sino apasionados y sensuales como su alma de artista.

El cantor tantas veces citado en las presentes líneas, con *las alas* que nos pinta primorosamente en su soneto que lleva el mismo título, —uno de los mejores de su colección— se remonta a las regiones suprasensibles del ideal, hace el viaje por ese cielo azul *en donde no hay nada que comer* para más tarde caer en los ángulos duros de la realidad del prosáico vivir.

Desde los espacios arrebolados del Arte que su mente creadora ha cruzado, llevando la locura inmortal de Don Quijote, ha manejado el yambo fogoso, a la manera de látigo, para flagelar el rostro de esos Sanchos que, con el barro a los pies, eruptan ahítos sobre las alforjas del frío positivismo.

Más a las alturas olímpicas en donde el genio se cierne como águila caudal, no llegan esos regüeldos, que diría el escudero socarrón del andante caballero manchego, ni los silbidos de las sierpes ponzoñosas de la envidia.

Los que atentos únicamente a la *prima* y al agiotaje no han contemplado jamás los mansos reflejos de la aurora ni los mágicos cambiantes de una puesta de sol, se ríen de los poetas y los motejan de locos, como si el hombre, que dijo Jesús, sólo viviera de pan.

Bove tiene sus detractores, pero él, siguiendo la filosofía de un proverbio árabe llegará al fin de la jornada, porque *no hace caso de los perros que le salen al camino.*

La senda que conduce a la gloria literaria está sembrada de tropiezos y de zarzales.

La gestación de la idea tiene sus dolores.

Para llegar a la conquista del apolíneo laurel, los pies han sangrado y se han sentido los murmullos del pantano.

Bove no es un lechuguino, pero es correcto y pulquérrimo en el vestir, aunque algunas veces, por su despreocupación que constituye su idiosincracia, lleva la corbata al desgaire.

Edición de 1911.

DOMINGO CABRERA CRUZ

CARLOS CRUZ

[1886-1979]

Es atildado y brillante prosista, cuya clásica pluma, de rasgos magistrales, de toques de sublime belleza, nos traza con verdadera inspiración en páginas palpitantes de realismo, y con pinceladas dignas de Tácito, escenas de la vida, esos bajos fondos sociales, en donde al lado de aquellas estantiguas de que nos habla Hugo, aúllan cánticos obscenos, entre el léxico grosero e insolente del prostíbulo, grisetas que han perdido los recatos del pudor, siendo la befa y el escarnio de los hombres, que olvidan lo que dijo el más grande de los líricos contemporáneos:

No insultéis jamás a la mujer que cae,
no sabéis bajo qué peso su pobre alma sucumbe.

Como todo el que mucho vale, Cabrera tiene panegiristas y detractores, más el fallo imparcial de la crítica, *sine ira et studio*, lo incluye en la galería de literatos canarios de buena cepa, cuyo nombre, envuelto en resplandores de glorias, ha traspasado los linderos patrios.

Nuestro héroe es un poeta que canta en prosa: en sus escritos se refleja el alma de la tierra canaria. Las leyendas, tradicio-

nes y cuentos, en los que *Carlos Cruz* hace gala de encantadora narrativa, a la manera de relámpagos, iluminan los abiertos valles, las llanuras y los empinados montes tinerfeños, dejándonos vislumbrar el radioso amanecer de la libertad, en la esfera del Arte, al traer nuevas inflexiones al idioma, que revelan modalidades características de un estado local y de una época esencialmente revolucionaria en todos los órdenes de la actividad humana.

Está versado en la literatura extranjera, hasta el punto de conocer varios poemas portugueses de Ferreyra, Dábreu y Junqueiro y de conservar en la memoria poesías de Herder, de Musset, de Lenau, St. Victor, de Leopardi, de Manzoni, y algunas baladas de Uhland.

Es Cabrera escritor dramático de altos vuelos, de nervio shakespereano.

Su aplaudida obra *Más allá del honor,* se representó con ruidoso éxito en los coliseos de La Laguna, Orotava y en el teatro Arbeo de la ciudad de Méjico.

El argumento originalísimo e impresionante del citado drama señala en su desarrollo una evolución moral y filosófica intensa, en donde la luz deslumbradora del amor y de la verdad llena a raudales las honduras del alma del protagonista, que se siente cerca de Dios, allá en la cumbre serenísima de un éxtasis espiritual, porque el rapaz ciego entona un canto a la vida, después de una existencia de duda y de tormento.

Nuestro prosador, escribiendo en el lenguaje de Tamayo y Baus y de Galdós, ha triunfado gallardamente sobre el proscenio con su citado drama y con *El amor en marcha,* juguete escénico, rebosante de vis cómica, en donde el diálogo vivo e interesante fluye armoniosamente con imágenes y acentos de un maestro en dramaturgia.

Cabrera ha cosechado laureles en el campo de las letras. Además de brillar en el teatro con las producciones de su ingenio, ha cultivado el periodismo, el cuento y la novela corta, a estilo de Pedro Antonio de Alarcón, Julio Nombela y de Teodoro Guerrero, rayando a gran altura en esos distintos géneros literarios.

Carlos Cruz es también orador elocuentísimo. En sus discursos se nota la frescura de la improvisación: no pertenece a esa clase de tribunos de *trompo enrollado,* como gráficamente llaman los venezolanos a los que pronuncian arengas aprendidas de memoria coloreándolas con la mímica ensayada ante un espejo, queriendo imitar los ademanes, gestos y actitudes de los grandes actores.

Artista de la palabra, Cabrera conoce y toca los resortes de la oratoria y consigue realizar los fines del orador, los que, según la expresión de San Agustín, se reducen a *convencer de la verdad, a hacerla agradable y a mover a obrar: ut veritas pateat, ut veritas mulceat, ut veritas moveat.*

Obrero infatigable de la inteligencia, nuestro biografiado tiene una hoja de servicios que le honra.

Como presidente que ha sido distintas veces, y lo es en la actualidad, del Ateneo de La Laguna, ha convertido dicho centro de cultura en cátedra abierta a todas las opiniones, debatiéndose en aquella docta casa arduos e interesantísimos problemas sobre asuntos pedagógicos y sociales, tendientes al mejoramiento de las costumbres públicas y de la vida insular.

Bajo la presidencia del señor Cabrera, el Ateneo lagunero realizó una de las más simpáticas y hermosas justas literarias que se han celebrado en nuestra provincia: nos referimos a la Fiesta de Las Hespérides, encaminada a tender puentes espirituales entre estos pedazos de tierra española, con el propósito loable de estrechar los vínculos del amor en la familia canaria, convertida en semillero de odios y de nefastos antagonismos.

Carlos Cruz, en su constante lucha por la vida, ha sido como uno de esos *plumajes, que cruzan el pantano sin mancharse.*

Pertenece el brillante escritor, cuya semblanza hemos esbozado, a esa juventud ecléctica y poderosa, que llega con santas audacias a las lides intelectuales, tremolando la bandera de la Libertad, cuyos pliegues guardan las lágrimas y los postreros besos de los mártires y ostentan, a guisa de lema, las siguientes líneas:

Si el pasado es tumba de ilusiones,
el porvenir es cuna de esperanzas.

Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera con semblanzas y notas biográficas de los respectivos autores, escritas por él mismo. Biblioteca de Escritores Canarios. Imprenta García Cruz. Santa Cruz de Tenerife, pp. 93-96.

VICENTE P. CACURI

Es de la madera de los buenos periodistas. Pertenece a esa brillante pléyade de jóvenes escritores argentinos, que se han prendado de los prodigiosos juegos de luz y de color, que el moderno arte ha ingeniado.

Nuestro personaje, desde muy niño, emborronaba cuartillas para la prensa.

En el pueblo de Tres Arroyos comenzó su carrera literaria, publicando notables trabajos en los periódicos de aquella localidad, que le valieron entusiastas elogios de las personas cultas. Esos éxitos le estimularon para seguir cultivando las letras y le impulsaron a buscar más ancho campo, para el desarrollo de su espíritu, ávido de conocimientos y de gloria.

Se trasladó a Buenos Aires, centro intelectual a donde convergen todos los radios del saber humano. Y aquí, en esta Atenas del Nuevo Continente, Cacuri, en poco tiempo, logró conquistar alta nombradía en la república literaria, dando a la estampa producciones escritas en amena y brillante prosa. El lenguaje de nuestro publicista está lleno de sonoridades y de orientales atavíos: no es un siervo de las reglas gramaticales erizadas de fórmulas, ni se ajusta a los preceptos de la Retórica.

A este propósito, recordamos que Ramiro de Maeztu confiesa que él pudo escribir cuando se olvidó de lo que era una sinécdoque. Nuestro biografiado también es orador; su palabra fácil y vibrante parece que centellea en sus labios, cuando, desde el Sinaí de la tribuna fulmina viriles apóstrofes contra los autoritarios gobernantes, que atan a los pueblos a la roca de la exacción y de la afrenta, con las cadenas de la tiranía. Es liberal de arraigadas y profundas convicciones.

Ha librado formidables campañas contra los eternos enemigos de las libertades públicas.

Ha sido director literario de *La Revista Ilustrada del Río de la Plata*, que ve la luz en esta ciudad. En las columnas de esa publicación hay muestras de su sazonado ingenio.

Cacuri tiene una fecundidad portentosa; colabora en casi todos los periódicos de provincias y en diarios extranjeros.

Nacido en modesta esfera, ha luchado bravamente, con alientos verdaderamente *cidianos* por adquirir el distinguido punto que hoy ocupa en las letras de su patria.

Ha conjurado las tormentas pavorosas que engendra esa lucha por la vida. Puede decirse de Cacuri, que es como una de aquellas aves de que nos habla el lírico, que cruzan el pantano, sin mancharse. Él solo, con el amor al estudio, ha formado su personalidad literaria.

Es amigo de sus amigos. Tratándose de éstos, no le duelen prendas.

Edición de 1911.

RAFAEL CALZADILLA [Y CALZADILLA]
[1848-1920]

Revuelve protocolos, pronuncia discursos y escribe en periódicos.

Vigente la libertad de enseñanza estudió el Notariado en esta capital.

Más tarde se examinó en la Universidad de Madrid, obteniendo en todas las asignaturas de su carrera la nota de sobresaliente.

Ganó por oposición después de brillantes ejercicios la notaría que actualmente con tanto acierto desempeña.

El movimiento revolucionario de 1868 le trajo a la vida pública.

Desde muy joven puso todos sus alientos en favor de la República, a cuyo partido pertenece.

Nuestro personaje se ha dedicado con especialidad a los trabajos histórico-políticos.

Por medio de la historia, que es la gran ciencia, la que Cicerón llamaba maestra de nuestra vida, ha hecho estudios concienzudos de las sociedades y de los pueblos.

Como escritor, su estilo fácil y galano está lleno de sonoridades.

Es conciso; en cuatro palabras condensa la idea.

Como orador, su palabra es correcta y persuasiva.

El señor Calzadilla fue oficial de Milicias.

Suspendidas las garantías constitucionales en 1869, por sus ideas políticas fue desterrado a Santa Cruz de La Palma, en cuya ciudad nació el año de 1849.

Desde niño vive en esta capital, en donde se ha creado una familia.

Fundó el periódico *Las Noticias*, después desde las columnas de *La Federación* defendió valientemente los ideales democráticos.

En *El Museo Canario* hay también trabajos suyos, escritos en pintoresca y amena prosa.

Formó parte de la redacción de *Las Novedades*.

Pertenece al Comité central republicano, del que ha sido secretario.

Hoy le gusta más redactar instrumentos públicos que recoger aplausos en las veladas literarias del Gabinete Instructivo.

En eso es positivista nuestro biografiado.

Con lo que gana en su profesión manda a hacer la compra para el puchero.

Los aplausos son *monedas* que están fuera de circulación.

Edición de 1888, pp. 127-128.

Carlos Calzadilla y Sáyer
[1862-1915]

Es miope, muy flaco, y de alta estatura.

Escribe con elegancia.

En sus trabajos parece revivir la añeja chispa cervantesca.

Tiene ese buen gusto ingénito que ennoblece cuanto toca.

Su criterio fino y delicado jamás cae en la vulgaridad.

Nuestro personaje no está amarrado al periódico, como la mayor parte de los literatos modernos, pero está sometido a la terrible tiranía del empleo público.

Revuelto entre gacetas y boletines oficiales no puede lucir como debiera las galas de su ingenio.

Es bachiller en Filosofía y Secretario de la Junta provincial de Instrucción pública por tener aquel título y haber obtenido ese destino en virtud de concurso.

Da clase en el Establecimiento de Segunda Enseñanza de esta capital.

Es abnegado; sirve a la provincia sin que se le paguen puntualmente sus sueldos.

En eso se parece a los maestros de escuela.

Obligado por la presidencia ha leído notables trabajos literarios en el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife, en cuya ciudad nació el año de 1862.

Posee vastos conocimientos en Filosofía, en Historia y en Metafísica.

Por su modestia no le vemos figurar en primera fila entre los oradores de nuestro Ateneo.

Su trato es afable.

Edición de 1888, pp. 93-94.

Víctor Camacho Lorenzo
[1834-¿?]

Es doctor en Filosofía y Letras, en Teología y en Derecho civil y canónico.

Con el ilustrado fraile Lima a los nueve años, comenzó a estudiar latinidad en Los Llanos [Palma] en cuya villa nació el 22 de octubre de 1834.

Su vida presenta un cuadro palpitante de las tribulaciones del hombre que lucha con el amor al estudio y la pobreza.

Desde niño la historia del cristianismo le llenaba de inspiración y entusiasmo.

Sin recursos de ningún género se trasladó a La Laguna, en cuyo seminario conciliar ingresó en calidad de alumno.

Lucha titánica sostuvo nuestro héroe contra la miseria que le asediaba.

En su patria había aprendido a tocar por música, medianamente, el violín.

Lo que le producían las tocatas en las funciones religiosas era lo único con lo que contaba para las subsistencia.

No tendemos un velo sobre este largo y doloroso paréntesis de su vida, porque viene a comprobar la exactitud del conocido axioma «el querer es poder».

Por ciertos antagonismos que había entre él y el prelado no se ordenó en La Laguna de presbítero.

Pasó entonces a La Madera y allí tuvo el galardón de ostentar la corona de sacerdote.

Siguió estudiando, porque su inteligencia estaba ávida de saber.

Se trasladó a Madrid, en cuya Universidad obtuvo los títulos académicos que hoy posee.

Sus ideas son verdaderamente democráticas.

En tiempos de la República, estuvo propuesto por el excelentísimo señor don Nicolás Salmerón, para obispo de la Diócesis de Tenerife.

Con motivo de caer aquel gobierno tan repentinamente no tuvo la gloria de ceñir a sus sienes la mitra episcopal.

Es socio profesor de la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación y miembro de otros centros científicos y literarios.

Edición de 1888, pp. 107-108.

MANUEL DE CÁMARA [Y CRUZ]
[1848-1921]

Es uno de los hombres más ilustrados del país, aunque las especiales condiciones de carácter no le permiten lucir lo que debiera.

Parece huraño y seco; pero en el seno de la amistad es comunicativo, y en su conversación revela la variedad de sus conocimientos.

Estudió bachillerato en La Laguna, y después Arquitectura en la escuela de Madrid, donde obtuvo el título en 1873.

No tiene gran afición a la práctica de la profesión, pero sus estudios de gabinete revelan que conoce a fondo el arte que profesa. Se cuida siempre más que de la belleza de los detalles, de las condiciones higiénicas de las construcciones, orientación, distribución, etc. Entre sus obras figuran en primer término dos magníficos proyectos de casas consistoriales y otro de gran Hotel, sin contar otras muchas de menor importancia ejecutadas o en proyecto.

Es competentísimo en cuestiones de arte en general, y escribe con gran corrección.

Muy notables escritos suyos se han publicado en la *Revista* y en *La Ilustración de Canarias*, en el *Diario de Tenerife* y otros periódicos.

Ha sido algunos años presidente del Gabinete Instructivo, en cuya sociedad ha tratado con frecuencia de diversos temas, revelando, más que brillantes formas oratorias, gran erudición.

Actualmente es director de la Sociedad Económica de Amigos del País de la capital; Arquitecto de la Sociedad de Edificaciones y Reformas Urbanas; Arquitecto Diocesano e interino de la Provincia, teniendo a su cargo las obras de reedificación del Hospital de Desamparados.

También es concejal del Ayuntamiento, en cuya corporación lucha constantemente, aunque sin fruto, por mejorar los servicios, oponiéndose a ciertos obstáculos tradicionales y absurdas rutinas.

Sus proposiciones y sus proyectos son muy celebrados por las personas inteligentes.

Está condecorado con la Cruz de Carlos III.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 9 de abril de 1847.

Edición de 1888, pp. 77-78.

José Maria Cao [Luaces]

[1862-1918]

Seco como un bacalao,
pero de nervio y de músculo,
lo mismo pinta un crepúsculo,
que el escándalo mayúsculo
del político sarao.

El lápiz del insigne dibujante, cuya semblanza nos proponemos trazar, a grandes rasgos, tiene la gracia picaresca del pincel de Goya, del pintor inmortal de los *Caprichos* y de las manolas de los barrios bajos de Madrid.

Cao ha creado, como dice muy bien el ilustre novelista Blasco Ibáñez, en su monumental obra *La Argentina y sus grandezas*, la caricatura moderna.

No tiene parecido con ninguno de los que en ambos mundos cultivan ese género. En las caricaturas de Cao chispea la gracia, como el *champagne* en la copa.

Sus dibujos son de irreprochable factura y de una corrección clásica. Nuestro inspirado artista hace derroche de sal de ingenio en *Caras y Caretas*, de esta capital. Cao es el Mesonero Romanos, que pintó en sus *Escenas matritenses* las costumbres del pueblo del Manzanares.

El humorismo inofensivo de las caricaturas del artista que nos ocupa, es como el que caracteriza los trabajos literarios de aquel eximio escritor.

El dibujo de Cao no es blando, algodonoso, sino lleno de vigor y nervio, como el de Blanco Coris.

Las caricaturas de nuestro egregio artista provocan la hilaridad hasta de las personas más graves y taciturnas.

En la citada popular revista, el reputado maestro satiriza donosamente a los políticos argentinos.

En las producciones de su lápiz no se notan los tintes del sarcasmo ni las muecas del histrión. Resaltan sí, los rasgos más felices de un ingenio regocijado.

El crítico Rafael Balza de la Vega, en su notable obra *Los bucólicos* coloca a nuestro biografiado entre los primeros caricaturistas de nuestros tiempos.

Caras y Caretas, que es tan leída en los círculos aristocráticos de Londres, París y Madrid, como en los pueblos desparramados en el Nuevo Continente, ha logrado conquistar la fama de que hoy goza en todo el mundo civilizado, no sólo por las brillantes plumas que en sus columnas escriben, sino sobre todo, por los trabajos artísticos de Cao, que llevan el sello de la originalidad y del gracejo epigramático.

Nacido en una región de España que se distingue por la tonalidad atrayente de sus campiñas, por su vegetación rozagante y por su cielo de pureza sin igual; nuestro artista, que lleva en sus venas y arterias la sangre del niño poeta Rodrigo Cao, prez de Galicia y admiración de todos los pueblos cultos, ha sabido en la Argentina poner muy alto el arte hispano.

Cao también es periodista de batalla y poeta de fibra. Sus versos levantan ampollas.

Su musa tiene el regocijo picaresco del bromista.

En su estilo hay colorido y vigor. Posee extensos conocimientos filológicos.

Es liberal avanzadísimo.

Simpatiza con la doctrina del equilibrio entre la fuerza y el derecho que Foullée, traza en el siguiente párrafo:

Ligad a los hombres por la fuerza y veréis el lazo romperse tarde o temprano; unidlos por su voluntad y, por consiguiente, por sus conciencias, y el lazo social será tanto más indisoluble cuanto más libremente haya sido adoptado por los individuos.

Para terminar este ligero bosquejo, diremos del eximio dibujante galaico, grande es el cuadro, pequeño el artista.

Edición de 1911.

AGUSTÍN A. [LEJANDRO] CAYOL [CABRERA]
[1843-1891]

Las borrascas del mar le han inspirado sus mejores trabajos científicos.

Desde muy joven atravesó las imponentes soledades del Océano.

Piloto experto y audaz ha sabido combatir con imperturbable sangre fría los desencadenados elementos.

Muchas veces, sentando en la toldilla de su bajel, en esas noches de calma, a la argentada luz de la luna, ha seguido con la vista fija en la bóveda estrellada el curso de los astros, queriendo arrancar el secreto de las leyes armónicas e inmutables.

Es de antiguo catedrático de la Escuela Profesional de Náutica de esta provincia.

Há publicado luminosos trabajos en la *Revista* y en *La Ilustración de Canarias* y en otros periódicos.

Escribe con bastante claridad y sencillez.

Posee vastos conocimientos en Meteorología.

Nació en esta capital el año de 1843.

Edición de 1888, p. 135.

GREGORIO CHIL Y NARANJO
[1831-1901]

No hay persona medianamente ilustrada en esta provincia, que no conozca el nombre de este pensador canario.

Es antropólogo; sus escritos, basados en las doctrinas del darwinismo, han merecido plácemes de eminentes publicistas de Europa.

Desde joven reveló espíritu investigador.

El estudio de la Naturaleza y en particular el de la raza humana es su ocupación favorita.

Lleno de conocimientos científicos, trabaja en la solución del problema más espinoso que la filosofía puede proponer: el origen de la especie hominal.

Sus luminosas investigaciones contribuyen a desterrar razonamientos hipotéticos.

Sigue las leyes tan magistralmente desarrolladas por Darwin.

Con gigantescos alientos acomete la ardua empresa de buscar al hombre de los largos siglos prehistóricos.

El doctor Vernau ha hecho grandes elogios de las obras de nuestro profundo razonador.

Sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias,* luminoso libro, cuyo primer tomo ha dado a la estampa, es orgullo de la ciencia moderna.

Trabaja incansablemente sobre antropología.

Escribe con bastante claridad y sencillez.

Posee varios diplomas honoríficos y es miembro de las academias científicas de Berlín, París, Londres y Madrid.

Nació en Telde [Gran Canaria], el 13 de marzo de 1831.

Edición de 1888, pp. 39-40.

Carlos Conforti

Paladín esforzado de la causa liberal, con cívica tezón viene luchando en el Parlamento argentino, por establecer en la república la Ley del Jurado y la del Divorcio absoluto, destruyendo, con la primera, *ab irato* el anacrónico procedimiento inquisitivo que actualmente se adopta en la Nación, en materia criminal, y con la última, evitando los ruidosos escándalos que en el orden social se cometen en el país, y hasta los sangrientos crímenes que enlutan muchos hogares de la república, por el solo hecho de no poderse desatar por virtualidad de la Ley, el nudo del matrimonio.

Conforti, que vió la luz primera a las sombras de las vides sanjuaninas, contemplando desde sus más tiernos años la excelsa majestad de los estupendos Andes, y anhelando seguir con atónita pupila el vuelo del cóndor que aletea en las regiones del éter, como su coterráneo, el gran Sarmiento, lleva en su espíritu el germen de amplias reformas, eminentemente democráticas, como la ola lleva la espuma, como el arpa la armonía.

La semilla arrojada por el diputado liberal, cuya semblanza intentamos bosquejar a vuela pluma, ¿caerá en tierra estéril o en fecundo surco que la convierta en sazonado fruto? ¿Su voz clamará en el desierto o logrará sacudir las masas populares? Las respuestas a las preguntas que anteceden, las formularán los hechos con elocuencia abrumadora, cuando se discuta el consabido proyecto de ley del divorcio, que ha sido presentado al Congreso por el doctor Conforti, quien, por tal motivo, ha empezado a ser el blanco de las iras de los canonistas ultramontanos que, aferrados a la epístola de Saulo, de aquel judaizante, converso en el camino de Damasco, sostienen la indisolubilidad del matrimonio, y a los que forman coro ensordecedor las elevadas clases sociales, apegadas a la tradición como el pólipo a la roca.

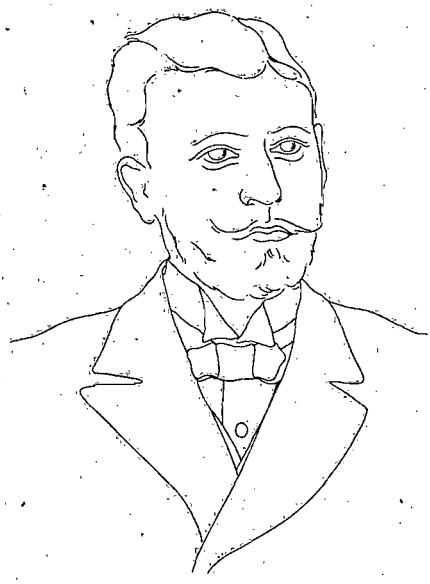
Conforti es jurisconsulto notabilísimo; sus escritos son modelos de corrección y atildamiento, estando a la vez nutridos de doctrina jurídica, saturada de espíritu liberal.

En San Juan, su ciudad nativa, ha trabajado para el foro, colocándose por la profundidad de sus conocimientos en la ciencia del Derecho, a la vanguardia de los mejores abogados de su país.

Es fogoso orador parlamentario. Sus magistrales catilinarias aplastan al contrincante, como una férrea maza. No es el tribuno palabrero, gárrulo como el viento entre las cañas, sino orador fogoso de contundente lógica, de enjundia, cuyos discursos, parodiando la frase del preceptista, son un diluvio de ideas sobre un desierto de flores retóricas. En una palabra, el verbo candente de Conforti, se forja en la nube que vomita relámpagos de ideales avanzados, que incendian el cielo caliginoso del alma popular.

Si Sarmiento es grande como una cumbre andina, Conforti es rugiente y estruendoso como el salto del Tequendama.

Edición de 1911.



F.[RANCISCO] COSMELLY Y SOTOMAYOR
[1863-1925]

Es poeta lírico y dramático.

Su musa no se deleita en placeres groseros ni se abisma en dolores profundos, no ríe ni se desespera.

El sentimiento que se alberga en sus estrofas es tan tierno como el expresado en los versos de los poetas antiguos.

Sus ritmos han brotado suaves como las aguas del manantial.

Amante de la belleza y del arte no ha buscado una originalidad ficticia en la extravagancia.

Él comprende que el poeta no es un hierofante, ni que la inspiración es un rapto de locura.

Sobre sus cualidades de poeta se cierne un espíritu sano, ávido de gloria y embriagado con el perfume de la juventud.

El señor Cosmelly ha encontrado fácil el camino de la vida. Las flores de su huerto literario crecen lozanas entre los efluvios de una eterna primavera.

A veces una lágrima pura rueda por sus mejillas convirtiéndose luego en sonrisa y sus labios modulan una encantadora armonía.

Ecos del Alma: con este título ha dado a la estampa una colección de sus hermosas poesías y con el de *El niño expósito* un pequeño juguete literario, que fue leído por su autor en una velada del casino *Liceo de La Orotava*.

Más tarde dicho trabajo mereció los honores de la reproducción en las columnas del periódico *El Álbum* de esta capital.

Es autor de los dramas *La Providencia*, en dos actos; *Un juramento perdido* y *Lamentos canarios*, ambos en tres actos y escritos en armoniosos versos.

Estas tres obras se han puesto en escena y las dos últimas por el eminente actor don Pedro Delgado, quien eligió *Lamentos canarios* para la función de su beneficio, en esta capital.

Ha sido redactor literario de los periódicos *La Palma*, *El Iris*, *El Eco* y *La Asociación*.

Su pluma no se ha mezclado jamás en asuntos políticos.

Siempre ha estado consagrada al cultivo de las letras.

Nuestro biografiado cursó la segunda enseñanza en el colegio de Santa Cruz de La Palma, en cuya ciudad nació el 18 de junio de 1863, y más tarde tomó el grado de bachiller en el Instituto provincial de La Laguna, habiendo obtenido en los ejercicios las primeras notas.

Es socio de número y corresponsal, respectivamente, de las Económicas de su ciudad natal y de Santa Cruz de Tenerife.

Es miembro de la sociedad instructiva La Unión y de La Cosmológica de Santa Cruz de La Palma.

Edición de 1888, pp. 99-100.

Augusto Cuevas Camacho
[1848-¿?]

Es hombre de pensamiento y de acción.

Su vida es una lucha constante sostenida en el campo de la política.

Su carácter altivo y las fuerzas de sus convicciones profundas, le han hecho a menudo verse empeñado en ardientes lides, de las que siempre ha salido airoso, merced a las eminentes facultades de su espíritu, entre las que descuella una voluntad firme, indomable, que le da un singular poder en el ataque o la defensa, ya esté solo en la arena del combate, ya tenga que luchar contra muchos y bien armados adversarios.

Periodista desde su adolescencia, formó parte de la redacción del semanario *El Clarín*, que vio la luz en Santa Cruz de La Palma, y más tarde en unión del malogrado jurisconsulto y eximio literato, Méndez Cabezola, redactó el periódico *La Asociación*, cuyas prensas fueron las fraguas en donde se forjaban las armas para herir toda tiranía.

Como el señor Cuevas Camacho ha desafiado más de una vez las iras del caciquismo, se ha visto envuelto en varios procesos

criminales, pero éstos han sido destruidos a golpes de maza por nuestro héroe.

Aunque no es letrado, trabaja para el Foro, autorizando sus escritos abogados de nota.

Obrero infatigable de la inteligencia, ha librado brillantes batallas periodísticas en pro de la clase trabajadora de la isla de La Palma, por lo que goza entre aquella de grandes simpatías y prestigio.

Ha visto realizado el ideal que el poeta Olmedo perseguía, cuando escribió estos valentísimos y patrióticos versos:

Yo me diré feliz si mereciere
por premio a mi osadía
una mirada tierna de las gracias
y el aprecio y amor de mis hermanos
una sonrisa de la patria mía
y el odio y furor de los tiranos.

Cultiva la poesía. Su musa es juguetona, chispeante y picaresca.

Su estro está caracterizado en sus composiciones festivas.

En cuanto a preceptos y reglas es un rebelde indomable.

Vulnera algunas veces las leyes del lenguaje dictadas por Salvá, Bello y Martínez López.

Como a casi todos los que han escrito mucho para la prensa, le ha faltado tiempo para limar y pulir sus trabajos.

Incorrectos fueron muchos escritores, cuyos nombres traspasan los siglos en las páginas de sus inmortales obras, e incorrectos son también literatos modernos que han llegado al pináculo de la gloria.

Un contraste se nota en la personalidad física de nuestro personaje.

Es trigueño con ojos azules.

Nació en la Villas de Los Llanos [Palma] el 15 de octubre de 1848.

Imprenta de A. J. Benítez. Sin año, pp. 133-135.

Darío Cullen [y Sánchez]
[1832-1898]

Es doctor en Medicina, republicano y tribuno.

Cursó el bachillerato en el Instituto provincial de La Laguna, en cuya ciudad nació el año de 1833.

Estudió la profesión en la escuela de Cádiz y el doctorado en la Universidad de Madrid.

En la época de la campaña de África, no poseyendo aún el grado de doctor, fue destinado a los hospitales de *La Trinidad* y *Santo Domingo*, en Málaga.

Durante su estancia en esa ciudad, se desarrolló en la misma el cólera morbo-asiático.

Allí se distinguió notablemente por los importantes servicios que prestó a los atacados.

Al extinguirse la epidemia el Ayuntamiento malagueño le regaló honorífico diploma como muestra de eterna gratitud.

Después de haber llegado felizmente al término de su espinosa carrera, regresó a su ciudad natal.

Allí fue médico de los cuerpos de artillería e infantería durante el tiempo que duró la fiebre amarilla en esta capital.

Como político es batallador infatigable de la causa democrática.

Lleva el fuego del patriotismo en el corazón y en el alma su bello ideal.

Habla en el Gabinete Instructivo, del que ha sido presidente distintas veces y lo es en la actualidad.

Sus discursos, generalmente correctos, llenos de hermosas concepciones y brillantes imágenes, arrancan al auditorio espontáneos aplausos.

Desde el año de 1863 vive en Santa Cruz, en cuya ciudad ha desempeñado los cargos de médico forense de este Juzgado y de Sanidad Marítima.

Dirigió y redactó *El Progreso de Canarias* y fue colaborador de la *Revista* del mismo nombre y de otros periódicos isleños.

Es médico municipal.

Sus modales son finos y delicados y su trato es amable y complaciente.

Edición de 1888, pp. 101-102.

JUAN CUMELLA [Y MONNER]
[1818-1898]

Muy popular es su nombre en esta provincia; se distingue como político y como comerciante.

Su familia, de espíritu emprendedor y mercantil, supo inculcar desde niño en su corazón el amor a las laboriosas tareas del mercantilismo. Muy joven todavía abandonó su patria para trasladarse a Santa Cruz de Tenerife, en cuya capital se le considera como verdadero canario. Es hombre que tiene fino y delicado tacto para las transacciones mercantiles; no es comerciante sistemático que compra y vende sólo por espíritu de lucro, sino que trabaja en el desarrollo de la industria y en el cultivo de las relaciones comerciales del país en que vive. Tan activo es en el comercio como hábil en la política; ha llegado a dominar por largo tiempo los principales elementos de esta provincia. Es jefe del partido conservador de la misma. Los candidatos que él apoya en las situaciones que no le son hostiles, triunfan siempre; en las contrarias, unas vencen moral y legalmente y otras se quedan muy cerca de la victoria. Goza de extraordinario crédito comercial en el extranjero y cuenta con decisivas influencias de importantes hombres públicos de Espa-

ña. Se halla rodeado de numerosos amigos y correligionarios, dispuestos a secundar sus propósitos. No vacila en sacrificar sus intereses en aras del ideal político que sustenta; si por el falseamiento de la voluntad popular no sale airoso en los comicios, ruge como el león en la selva.

No es de esos comerciantes de sórdida avaricia; contribuye como el que más a toda obra patriótica y caritativa. Siempre que se ha tratado de hacer algo útil en beneficio de Santa Cruz de Tenerife, ha sido el primero en cooperar con patriótico desprendimiento.

Es consecuente con sus amigos políticos. Ama a la capital de las Canarias y es de corazón hijo de Tenerife.

Gusta de manejar la cosa pública sin aceptar sus responsabilidades. Es modesto; ha podido obtener los más altos cargos por elección o por nombramiento del Gobierno y los ha rehusado siempre. Es tan amigo de sus amigos, como enemigo de sus enemigos.

Posee el don especialísimo de conocer a primera vista el carácter del individuo.

Mira con sumo desprecio a los apostatas y traidores políticos.

Es muy rico, y aunque no tiene hijos, trabaja sin descanso.

Tiene el prurito de proteger a aquellos empleados que, siéndole afectos, le han dado prueba de honradez y laboriosidad.

Trata a sus amigos con verdadera franqueza.

En sus labios un poco abultados se descubre al hombre de sentimientos religiosos.

A pesar de su edad avanzada, conserva el cuerpo recto y camina como un joven.

Tiene esmerado trato social y cultos y finos modales.

Pertenece a varias sociedades industriales, de instrucción y de recreo de dentro y fuera del Archipiélago.

Nació en Barcelona el año 1819.

Edición de 1888, pp. 141-143.

JOSÉ DÍAZ QUEVEDO

Erudito en ciencias sociales y administrativas, y en otras muchas materias.

Fácil escritor con marcado atildamiento en sus frases. Es un intelectual de cuerpo entero, aunque por su modestia quien no lo conozca, le contemple de tamaño microscópico.

Cuando le conocimos era todavía un niño, pero resultaba un hombre indispensable en las redacciones de importantes periódicos y en la tribuna de las grandes asambleas, donde se distinguía como orador fogoso, de agudo ingenio, de lenguaje selecto y de palabra vehemente y acerada. Al oirle, no sabemos qué admirar más, si su lógica abrumadora o su imaginación fecunda, exuberante. Era desde muy joven un escritor temible en el periodismo de combate. Su único campo ha sido el de la oposición, porque es de los «Quijotes» de pura cepa, de los «desfacedores» de entuertos, de los que *han caído siempre de espaldas ante la fuerza, por no caer de rodillas ante el poder.*

Con estos antecedentes, alguien le creerá que es un hombre todo bilis. Y no es así. *Con todas las energías de mi alma* —dice— *lucho por las ideas y contra éstas pero lamento que*

algunos que intentan seguir mi propia ruta, luchan contra las personas. Hombre de coraje, cuando las circunstancias lo exigen, tiene el corazón de un niño ante las adversidades del prójimo.

Díaz Quevedo, que tiene alma de poeta, no sabe odiar, pero sabe querer. Por eso todo el que lo conoce, más que en su amigo se constituye en su hermano.

Edición de 1911.

JUAN DOMENECH
[¿?-1950]

Es el español más canario de cuantos pisan la tierra argentina. Salió de Las Palmas, donde hizo sus primeros estudios, siendo muy joven, y es de los que todavía creen vivir en el lugar donde nacieron. Para él un paisano es alguien de su casa, alguien de su familia. Un periódico de Canarias lo devora primero y lo guarda cariñosamente después, porque lo estima como algo suyo, como una pequeña prolongación de la patria chica.

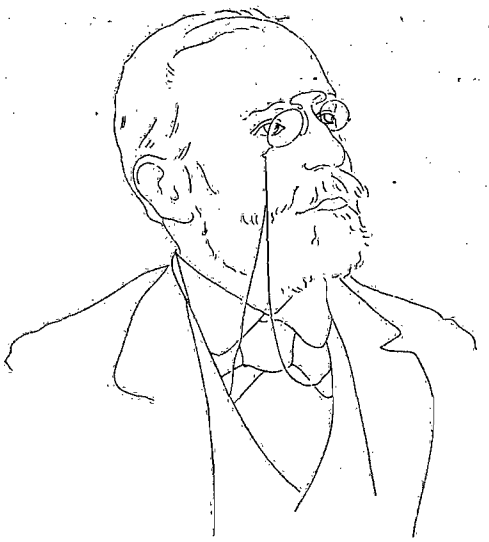
¿Quién es Domenech? Es hijo de un hombre vehemente, que conocieron todos los canarios, por sus entusiasmos liberales y sus sentimientos de filantropía y de ciudadano honrado. El hijo no desmiente al padre; lo confirma y lo adiciona en todos sus aspectos.

Además, Juan Domenech, es un gran cerebro, es un hombre de cultura vastísima que revela su mucho talento en las distintas cuestiones de crítica histórico-filosóficas, que le hemos oído tratar. Sus trabajos en el periodismo han sido frecuentemente reproducidos. Ahora tiene en preparación un libro titulado *Dios y los hombres*, del cual hemos visto una síntesis que el doctor Enrique del Valle publicó en sú revista *Humanidad Nueva*.

Domenech, que es todo actividad, fue presidente y organizador del gremio de tabaqueros. Más tarde fundó el *Centro Canario* y publicó la revista *Las Canarias*, siendo también fundador del *Club Sportivo Canario* y el iniciador de las primeras luchadas que se verificaron en este país.

Su semblanza está hecha con decir que es un hombre que honra a su patria por su talento, su cultura, su virtud y su amor al terruño.

Edición de 1911



Antonio Domínguez Alfonso
[1849-1916]

En las aulas se distinguió por la viveza de su carácter y el radicalismo de sus ideas.

Terminada la carrera de Leyes entró de lleno en la política.

Más que por la elocuencia de su palabra era muy aplaudido en las veladas literarias del Gabinete Instructivo de esta capital por la agudeza de su ingenio.

Conoce bien el Derecho y ha publicado algunos estudios sobre esta ciencia.

Elegido diputado a Cortes por la circunscripción de Tenerife, ha alcanzado brillantes triunfos parlamentarios.

En la actualidad ostenta aquella investidura.

Pertenece al fusionismo.

Es satírico y en su espíritu lleva algo de lo que caracterizaba el genio de Voltaire.

Hábil e intencionado en la polémica, mejor que a convencer a su contrario, se dirige a herirlo e inutilizarlo.

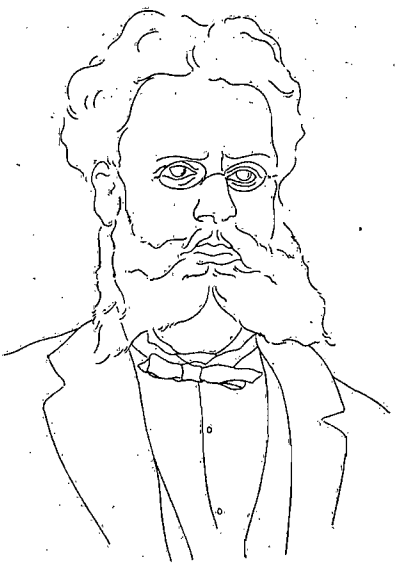
El señor Domínguez es chistoso sin chocarrería, y sobre todo sin afectación.

Su *sprit* es ondulante, tiene mil formas y faces.

Es agrio e incisivo en el ataque.

Desempeña actualmente el Juzgado Municipal del Distrito de Buenavista en Madrid y cuenta con valiosas influencias políticas. Nació en Arona [Tenerife] por el año 1848.

Edición de 1888, pp. 79-80.



EDUARDO DOMÍNGUEZ ALFONSO
[1840-1923]

En sus ojos centellea esa mirada penetrante que ausculta a primera vista al paciente; es notabilísimo operador y facultativo renombrado.

En su juventud viajó por Europa y América, en compañía del doctor Mascaró, célebre oculista, alcanzando brillantísimos triunfos.

Periódicos ilustrados de Lisboa publicaron su biografía con encomio.

Es uno de los médicos que más se distinguen en nuestra provincia.

Entre otras, le han dado nombre sus hábiles operaciones de ovariotomía; ni un solo caso se ha desgraciado en sus manos.

Celebridades médicas de Europa le han tributado calurosos elogios por su talento excepcional.

De poco tiempo a esta parte ha figurado en el campo de la política activa, rectificando bastante sus ideas democráticas de otro tiempo.

Hombre científico, en la política que es esencialmente práctica, recibe desengaños a cada paso: nos parece que jamás lle-

gará en ese terreno al puesto que en cirugía ocupa; su talento fue creado, sin duda, expresamente para esta ciencia.

Vive en Santa Cruz de Tenerife, atendiendo a su numerosa clientela.

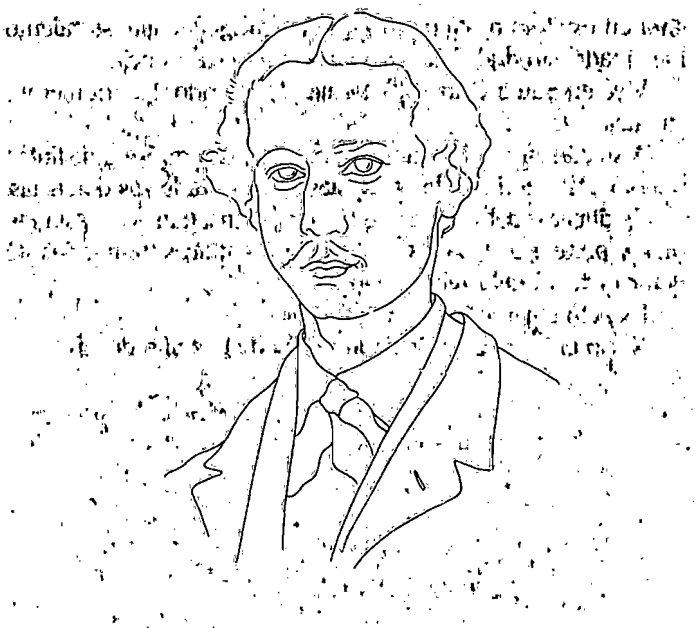
A su clínica acuden también muchos enfermos de distintos pueblos del interior y de otras islas a consultarle sus dolencias.

Es director del Colegio de Segunda Enseñanza de esta capital y pertenece a varias sociedades científicas y literarias de dentro y fuera del Archipiélago.

Es actualmente diputado provincial.

Nació en el pueblo de Arona [Tenerife], el año de 1841.

Edición de 1888, pp. 51-52.



ALFONSO DUGOUR [Y RUZ]
[1843-1892]

Es hijo de su padre: la reencarnación del espíritu literario de don José Desiré Dugour, cuya muerte llorarán por siempre las letras canarias.

Nuestro héroe nació en la isla de Lanzarote el año de 1843; siendo aún muy niño se trasladó, en unión de su familia, a Santa Cruz de Tenerife, en donde vive y tiene todas sus afecciones.

Su padre, aventajado poeta lírico y dramático, fue su principal maestro; se aprovechó de sus nutridas y sabias lecciones y no tardó mucho tiempo en figurar en el mundo literario: al principio no publicaba ninguna composición poética, sin que el autor de sus días la examinase. Éste, con su vasta erudición en la materia, le señalaba los defectos que contuvieran los versos, ora en la rima ora en el metro; de este modo iba el joven poeta formando su gusto literario, a medida que enriquecía su inteligencia con útiles y variados conocimientos.

El inolvidable don José, que sabía trazar, con el pincel de Tácito, hermosas páginas de sabor castizo, fue el mejor modelo de su hijo, quien a la vez estudió bajo su dirección la bella

literatura. Su febril fantasía se extasiaba leyendo las creaciones de autores selectos.

Nuestro poeta conoce concienzudamente las leyes de la preceptiva literaria; no le agrada versificar en redondillas: sus metros favoritos son el endecasílabo florentino y el verso suelto o libre. En prosa escribe con elegancia.

Aprendió el idioma patrio de su padre, que era el francés; lo habla y escribe a la perfección, lo mismo que el inglés. Está versado en la literatura de ambos países; recita de memoria estrofas de Lamartine, de Víctor Hugo y de Shakespeare. Ha publicado en la prensa de Santa Cruz de Tenerife un sinnúmero de poesías, artículos y leyendas. Es autor de un notable trabajo de preceptiva literaria, que vio la luz en *El Ramillete*, periódico que se publicaba en esta capital antes del movimiento revolucionario de septiembre de 1868.

Fue por algunos años redactor en jefe de *Las Noticias*; se separó de esta publicación y fundó *Las Novedades*, órgano del partido federalista a que pertenece desde muy joven.

Los aficionados al cultivo de la poesía, le consultan sus trabajos.

Hasta en eso se parece a su padre: le gusta enseñar, sin tener pretensiones de maestro; con la sencillez que le caracteriza explica al poeta incipiente lecciones de metrificación.

Es una rareza muy rara [no encontramos otro adjetivo más a propósito para calificar este sustantivo], que las Musas fraternicen con los números. Con la misma facilidad que da asiento a una partida en el *Debe* o en el *Haber*, escribe armoniosos versos o traza líneas en amena prosa.

A primera vista tiene un carácter semi anglosajón, pero tratado es amable y cortés.

En la juventud se distinguió por sus felices disposiciones para la escena dramática; fue director de la sociedad de declamación La Joven Democracia.

Es miembro de la junta directiva del Gabinete Instructivo y de otros centros de recreo.

Edición de 1888, pp. 19-21.

CORONEL PEDRO ESCOLA

Pertenece a la pléyade de intelectuales que honran al ejército argentino. Muy joven todavía, pues apenas contaba quince años de edad, ingresó como alumno en la Escuela Naval, en el año de 1877 a bordo de la cañonera *Uruguay*, que en aquella época mandaba el capitán de navío, don Martín Guerrico. En los tres años que permaneció embarcado hizo varios viajes de instrucción a los mares del Sur, fortaleciendo su espíritu con la rigurosa disciplina de a bordo y vigorizando su cuerpo en la lucha con los elementos, en aquellos mares, siempre irritados.

Asistió a la campaña del 78, a Santa Cruz, y un año después a la del Río Negro, por la cual mereció la medalla de plata y ser citado varias veces por su valor y temeridad. Como alumno, fue siempre inteligente y estudioso.

A raíz de los sucesos del año de 1880, salió de la Escuela Naval y fue dado de alta, como subteniente de línea en el batallón número 9 de infantería. Enviado a la frontera del Chaco ganó sus ascensos, hasta el grado de mayor, en los continuos avances y expediciones que se hicieron, durante los ocho años que duró aquella campaña. A su regreso pudo ostentar una nueva y merecida medalla sobre el pecho.

El general Capdevila, queriendo aprovechar los conocimientos de un oficial tan distinguido, dispuso su pase al Estado Mayor del Ejército, donde prestó importantes servicios hasta 1899, en que fue ascendido a teniente coronel, y se le nombró jefe de la sexta división, a las órdenes del general Garmendia. En 1904 fue nombrado jefe del Batallón 13 de Línea, obteniendo en dicho comando altas clasificaciones de concepto, y siendo recomendado en la orden general por el jefe de la región, general Fothemighan, por la brillante actuación que tuvo en la revolución de febrero.

Imposible sería reseñar los múltiples servicios, siempre activos, prestados por el bizarro coronel Escola, en más de treinta años de carrera.

Bástenos decir, que es de los militares que pueden repetir con Calderón en *El Alcalde de Zalamea*, que es la milicia, *religión de hombres honrados*. Modesto, en medio de sus grandes merecimientos, jamás hace alarde de lo mucho que sabe. Franco, leal y valeroso, sus amigos le quieren, sus compañeros le aprecian en lo que vale, sus superiores le consideran y sus subalternos le respetan.

Jefe del Batallón número 16, se distinguió al frente de este cuerpo en la intervención nacional, en la provincia de San Luis.

En 4 de septiembre de 1909 fue ascendido a coronel. Nombrado jefe militar en la intervención a La Rioja, puesto de confianza y delicado, en el cual era preciso probar competencia y sagacidad, sus actos merecieron la más completa aprobación del Gobierno.

Actualmente es jefe de la quinta zona de Brigada, en la Tercera Región Militar, y está considerado como uno de los miembros del Ejército de más brillante porvenir y de mejores ejecutorias.

Edición de 1911.

Miguel B. Espinosa
[de los Monteros y Rodríguez]
[1838-1898]

Cultiva las musas, escribe en prosa, hace recetas y maneja el escalpelo.

Como poeta posee la nota lírica en su suprema expansión.

Es al mismo tiempo tierno y objetivo.

Sus versos dulces como la miel de Himeto no ocultan a las miradas profanas las perlas de la verdadera inspiración.

Une a la delicadeza de Chenier la armonía de Lamartine.

Como prosista se distingue por su frase culta y galana.

Todo lo que encanta y seduce, todo lo que atrae y encadena, ha derramado en sus producciones el señor Espinosa.

Su estilo es severo y sobrio, pero al mismo tiempo fluido y elegante.

Fue director de la revista médica *La Salud* y de *El Ramillete Literario.*

En el último de estos periódicos publicó su drama en verso y en dos actos titulado *La venganza de un morisco.*

También en la *Revista de Canarias* hay rasgos de luz y oro de brillante pluma.

Pertenece a varios centros científicos y literarios del país.

Desde hace algún tiempo reside en la Villa de La Orotava, donde ejerce el cargo de médico municipal.

Tiene trato fino y delicado.

Su carácter es bondadoso.

Nació en Guanajay [Cuba] por el año de 1843.

Edición de 1888, pp. 145-146.

NICOLÁS ESTÉVANEZ [Y MURPHY]
[1838-1914]

En todo país en donde se conoce la rima castellana es celebrado y aplaudido.

Desde pequeño se distinguió por su amor al estudio de las letras y por sus tendencias demasiado independientes.

No es un poeta afeminado, es un vate de inagotable y vigorosa inspiración.

Es partidario del género romancesco en el que brilla a grande altura.

Sus ritmos son fogosos y brillantísimos.

Como prosista, su lenguaje tiene el colorido que halaga la imaginación.

La Milicia, tipos y costumbres militares, primoroso libro de que es autor, está escrito en chispeante estilo digno del inmortal Larra; con cuatros rasgos de pluma, rápidos y definitivos, traza un tipo.

Es profundo conocedor del corazón humano; posee extraordinarias dotes para la descriptiva.

Sus trabajos, tanto en prosa como en verso, revelan un cosmopolitismo intelectual aumentado por sus frecuentes viajes.

Algunas de sus poesías, entre ellas la que llevá por título *Canarias*, tienen genuino sabor isleño.

Las leyendas están llenas de sabrosas anécdotas de su vida.

Pertenece a la escuela politécnica; cursó sus estudios en la Academia de Toledo.

Es campeón esforzado de la República.

Es capaz de marchar al cadalso, entonando las líricas notas de *La Marsellesa*.

Fue militar bizarro; en las guerras de África y de Santo Domingo conquistó inmarcesibles laureles, que constituyen brillantes páginas de su historia.

Intrépido, con valor que rayaba en temeridad, al frente de un exiguo puñado de hombres, dio no poco que hacer al Gobierno monárquico en Despeñaperros.

Tomó parte activa en la revolución de septiembre de 1868, y fue gobernador de Madrid, Ministro de la Guerra y diputado constituyente por Tenerife, durante el periodo republicano.

No ha humillado su frente por escalar las gradas del poder, desde cuya altura ha sabido respetar las leyes y amparar al débil.

Hombre de estado y de ciencia, entendimiento enciclopédico, es autor de varias obras de gran mérito, entre las que descuella su *Tratado de Geografía Universal*, que ha tenido entusiasta acogida del público.

Una casa editorial de México publicó, no hace muchos años, un libro de sus mejores poesías, titulado *Romances y Cantares*, que es una verdadera joya literaria.

En periódicos ha insertado infinidad de versos, artículos y leyendas.

Tarea muy larga sería la de reseñar los trabajos que han brotado de la pluma de este fecundo escritor.

Su nombre es popularísimo en Europa y en América, por donde viaja con bastante frecuencia.

Tanto en Buenos Aires como en Montevideo, México y en otras ciudades de la América latina, goza de muchas simpatías y justa celebridad.

Vive en París, consagrado a la gloriosa, pero ingrata labor de las letras.

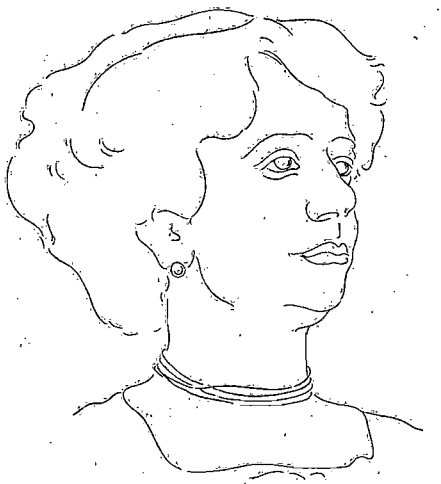
En aquel núcleo de la civilización, en donde tan difícil es vivir de la pluma, sostiene modestamente con el producto de ella a su familia.

Su figura es simpática; le gusta hablar poco, y tiene agudezas de ingenio que rivalizan con las de Quevedo.

Pertenece a varios centros científicos y literarios.

Nació en Santa Cruz de Tenerife [*sic* por Las Palmas de Gran Canaria] el 19 de febrero de 1838.

Edición de 1888, pp. 35-37.



CARMELA EULATE [Y SANJURJO]
[1871-1961]

La espiritual escritora, cuyo nombre encabeza estas líneas, cultiva con brillantez y con lisonjero éxito el género literario en el que tantos lauros ha cosechado la señora doña Concepción Gimeno de Flaquer, la distinguida cantora de la mujer que en *Vidas paralelas* y en otras obras de renombre mundial, ha volcado su delicada alma de artista.

El estilo de la señorita Eulate, seduce por el esplendor de las imágenes y la riqueza de colorido que halaga la imaginación.

Juzgando literariamente a la ilustre autora de *La Mujer en la Historia* hay que aplaudir su inspiración en verso y su corrección en prosa. No es una poetisa adocenada; la patria, la libertad, los héroes y las ideas grandes son sus musas. En sus novelas es una observadora profunda y una psicóloga de primera fuerza. Maneja el habla castellana con elegancia y perfección y en los diálogos y descripciones está a la altura de las mejores novelistas españolas y francesas. Las mujeres que figuran en sus obras son divinamente humanas.

En las letras es una ecléctica discretísima que ama la forma elevada y el fondo, que deja algo más que frases en las páginas de un libro o en un artículo.

Su alma noble y generosa comprende lo que vale la ternura de una lágrima y la elocuencia de un suspiro.

Es una mujer erudita en noticias y pormenores históricos que los demás desconocemos.

Es afectiva, cariñosa. Es una sacerdotisa del bien y una intelectual de cuerpo entero. Como escritora ocupa preeminente puesto en nuestra república literaria. Sus frases tienen marcado atildamiento y esos orientales atavíos propios de las literatas de buena cepa.

Su pluma no tiene un solo instante de reposo. Ya planea una obra tendenciosa, palpitante de interés social o histórico, ora traza páginas de sabor castizo de brillanteces velazquianas, narrando escenas de su hogar dulce y plácido, en las que se yergue altiva la excelsa figura de su amantísimo padre, el bizarro marino que ha sabido desafiar bravamente las borrascas del Océano y el plomo del adversario, de ese general experto de nuestra Armada que en su hogar es un apóstol del amor.

En la *Gaceta de Tenerife*, nuestra biografiada ha publicado su hermosísima obra *La mujer en el Arte*. En esa nueva producción, la señorita Eulate, nos da el oro puro de su fecundo ingenio.

Continúe la gentil escritora, enriqueciendo con sus lucubraciones luminosas las letras patrias, que las musas seguirán desgajando sobre su frente olímpica, inmarcesibles laureles.

Diario de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife, 10 de agosto de 1912, p. 2.

LEANDRO FAJARDO CABRERA
[1815-1896]

Figuró en el Instituto provincial de La Laguna como uno de los mejores estudiantes de su época.

En las sesiones públicas y privadas de la Sociedad Instructiva, establecida en aquella población, pronunció brillantes discursos sobre diversas materias científicas que le conquistaron alta nombradía.

Graduado bachiller pasó a Madrid a estudiar la carrera de Jurisprudencia y bien pronto se distinguió entre sus condiscípulos por sus relevantes dotes intelectuales.

Formó parte de la redacción del ilustrado periódico *Las Novedades*, que se publicó en Madrid.

Terminada la licenciatura retornó a su patria.

Su nombre venía envuelto en una aureola de gloria. Los triunfos que había alcanzado en las aulas fueron precursores de brillantes victorias.

Abrió su bufete en Arrecife y en el tiempo que lleva ejerciendo su honrosa carrera no ha cesado de engalanar su frente con nuevos lauros ganados en las contiendas forenses.

Lanzarote es pequeño campo para el señor Fajardo, cuyo talento se nos presenta con sus variadas facetas que reflejan la luz y deslumbran heridas por los rayos del sol.

En 1873 fue candidato republicano para diputado a Cortes.

Don Fernando de León y Castillo presentó su candidatura frente a la del señor Fajardo.

Coaligados los pueblos del distrito de Guía [Canaria] triunfaron de los de Lanzarote que unánimemente votaron al candidato republicano.

Dirigió y redactó *El Horizonte*, en cuyas columnas hay muestras de su estilo elegante y donoso.

Sostuvo encarnizada polémica sobre Derecho Civil y Canónico con *La Revista de Las Palmas* y *El Diario Católico* de dicha ciudad.

Nuestro biografiado probó más de una vez en esa ruda contienda que es un verdadero atleta de la prensa.

Tiene profundos conocimientos en ciencias naturales.

Hoy parecen dormitar en su alma los sentimientos democráticos de que tanto blasonaba en otros tiempos.

Nació en Tías [Lanzarote] el año de 1851.

Edición de 1888, pp. 103-104.

Federico Falcón [Manly]

[1889-¿?]

Es todavía muy joven, y era apenas un niño de quince años, cuando con el alma llena de decepciones abandonó la patria y el hogar, porque sentía *hambre y sed de justicia*.

A Federico Falcón, que es hijo de una de las familias más ilustres de Canarias, le llamábamos todos, el periodista infantil, y desde entonces veíamos en él a un apóstol de la Libertad y de la Democracia

En tan temprana edad, ocupaba ya el banquillo en el Tribunal Superior de España, acusado del delito de lesa Majestad cometido por medio de las letras de molde.

Tan novel periodista, era desde aquella época un escritor fácil, de lenguaje selecto, de nerviosidad en los conceptos y de coraje en los ataques.

Con todos estos antecedentes, cualquiera se imaginará en Federico Falcón a una envoltura pletórica de bilis, a un intemperante manojo de nervios, a un demagogo exaltadísimo ¡Y qué equivocación!

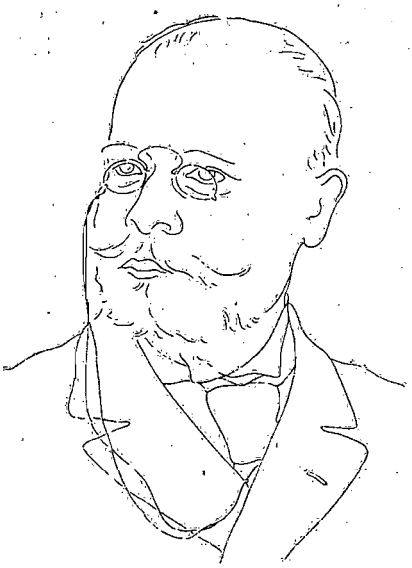
Federico es el prototipo de la mansedumbre, es la personificación de la delicadeza, es el tabernáculo de todos los afectos.

Podrá ser un revolucionario por medio de la pluma o de la palabra, pero un triste fracasado cuando necesita derramar la sangre de sus adversarios.

Nació para la paz y para el bien, no para la maldad ni para la guerra.

Cuando supo que habíamos conseguido su retrato y adivinó para qué lo queríamos nos dijo: me resigno a las «injusticias» de que mis amigos quieran hacerme víctima; pero no se olviden de consignar que me acuerdo mucho de mi tierra, porque la quiero más a medida que la contemplo más desgraciada.

Edición de 1911.



FRANCISCO F.[ERNÁNDEZ DE] BÉTHENCOURT
[1851-1916]

Pronuncia discursos y escribe en prosa y en verso.

En la escuela se distinguió por su asombrosa memoria.

Muy joven todavía comenzó a hacer alarde de ideas tradicionalistas.

Su padre, inteligente náutico, carecía de lo suficiente para darle una instrucción esmerada.

Se presentó en Lanzarote, en pastoral visita, un virtuoso prelado. Nuestro héroe manifestóle sus ardientes deseos de abrazar la carrera eclesiástica y su escasez de recursos para ello. El pastor de la Iglesia, prendado de sus dotes intelectuales, lo llevó en su compañía a la isla de Gran Canaria y en el Seminario Conciliar de Las Palmas estudió, bajo la dirección del ilustrado jesuita señor Fernández, latinidad y otras asignaturas del bachillerato.

Desistió del propósito de ordenarse y con aquella instrucción, aunque imperfecta, comenzó a escribir para el público.

Al cabo de doce años de largas vigilias da a la estampa su primera obra, titulada *Nobiliario y Blasón de Canarias*.

Este libro contiene curiosísimos datos de heráldica y está gallardamente escrito.

El señor Fernández, por su talento literario, presenta el espectáculo interesante del hombre que permanece fiel a los verdaderos dioses, sin dejarse arrastrar por el lirismo demagógico que caracteriza a la mayor parte de los literatos modernos.

Escribe con corrección y galanura.

Fue candidato para diputado a Cortes por la circunscripción de Tenerife.

Dirigió *La Lealtad Canaria*, periódico isabelino que vio la luz en esta capital; después escribió en *El Progreso*, de matiz fusionista, y hoy es conservador.

En la tribuna, se van descubriendo como por encanto, en la hábil trama de sus discursos, los hilos de oro de la filigrana del ingenio.

Vive en Madrid, donde ha publicado recientemente una obra que lleva por título *Blasón de España*.

Es acérrimo defensor del trono y del altar.

Nació en Arrecife el 27 de julio de 1850.

Edición de 1888, pp. 85-86.

JUAN FERNÁNDEZ FERRAZ
[1849-1904]

Desde niño se embriagó con el perfume de poesía que flota en la atmósfera de su patria.

Posee relevantes dotes de literato y notable flexibilidad de ingenio.

Canta porque siente y tiene la espontaneidad del que arranca del alma las estrofas.

Sus arrebatos líricos son ardientes y tempestuosos.

Es clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa a la belleza plástica.

La personalidad del señor Fernández se destaca tanto en su prosa como en sus versos.

Sus estrofas tienen la vaga ternura, la dulce armonía de los espíritus soñadores.

Es vate elegíaco a la vez que humorista original.

Sus dardos sarcásticos van a clavarse en el blanco.

En su prosa campea la elegancia de su estilo terso como la seda y vigoroso como una cota de malla.

Adalid del pensamiento, su pluma ha servido de arma de combate en el campo de la política.

Sus escritos están basados en el catecismo de la Democracia.

Es girondino fanático de la República.

También es orador; su acción es acabadísima y su palabra fácil y elocuente.

Hizo sus primeros estudios en Santa Cruz de La Palma, en cuya ciudad nació el 30 de marzo de 1849.

Más tarde pasó al Instituto provincial de La Laguna, desde donde se trasladó a Madrid a seguir la carrera de Filosofía y Letras.

Terminados brillantemente sus estudios superiores, abandonó la Corte, emprendiendo viaje a la República de Costa Rica. Allí ha dirigido varios importantes periódicos, entre ellos *La Palanca*.

Actualmente es director del Centro Universitario de aquel país y escribe a la vez en *La Enseñanza*, revista quincenal, órgano de dicho establecimiento docente.

Es autor de recomendables obras científicas y literarias.

Su drama, que lleva por título *Gloria*, basado en el argumento de la novela del mismo nombre del ilustre Pérez Galdós, es su verdadera gloria.

Para terminar este rápido bosquejo, diremos, valiéndonos de las frases de un insigne escritor, que el señor Fernández no pertenece a esa raza de literatos que se presentan como los héroes de Homero, proclamando su genealogía y alabando su valor; sino es como aquellos paladines de la Edad Media que peleaban con la visera del casco calada y después de la victoria mostraban al pueblo sus blasones.

Edición de 1888, pp. 75-76.

VALERIANO FERNÁNDEZ FERRAZ
[1831-1925]

Vale mucho don Valeriano; es doctor en Filosofía y Letras, orientalista, demócrata y da clase en la Universidad de La Habana.

Su padre, distinguido periodista, guióle desde joven por la senda del saber.

Después de terminar brillantemente el bachillerato en el Instituto provincial de La Laguna, le mandó a Madrid a seguir una carrera literaria. Allí se distinguió por su pasmosa facilidad para el aprendizaje de las lenguas.

Es aventajado políglota.

El árabe, su idioma predilecto, lo habla y escribe a la perfección.

Terminados sus estudios superiores, pasó a la República de Costa Rica a ejercer el espinoso apostolado de la enseñanza. En aquel país cosechó verdaderos lauros; supo en el aula desterrar con sus luminosas lecciones las perniciosas doctrinas que el jesuitismo había difundido allí. Abrió vastos horizontes de un porvenir de gloria a la estudiosa juventud costarricense.

Sus ideas, eminentemente democráticas, influyeron de un modo saludable en el organismo político-social de aquella República.

Más tarde, sabiendo que se iba a proveer por oposición la cátedra de Árabe del centro universitario de La Habana, se trasladó a Madrid a tomar parte en los ejercicios. Sin recomendaciones de ningún género —que nunca las necesitan hombres de su talla—, obtuvo en propiedad la referida cátedra, en competencia con distinguidos orientalistas.

Varios ilustrados periódicos madrileños, al dar cuenta de aquel solemne acto, encomiaron sus vastos y profundos conocimientos en el dificilísimo idioma árabe.

Como patriota, figura en primera línea nuestro biografiado; la Sociedad instructiva *La Unión*, de Santa Cruz de La Palma, en cuya ciudad nació el 14 de abril de 1831, le debe la mayor parte de su biblioteca.

Trabajó como el que más en la adquisición de una imprenta para aquella isla.

Como político pertenece a la vanguardia del ejército republicano.

Es escritor fácil y correcto.

Sus eruditos estudios sobre filología han llamado la atención en el mundo científico.

En la capital de Cuba vive actualmente este ilustre humanista, estimado de sus discípulos y de la buena sociedad habanera.

Es miembro de varios centros de ciencias y literatura de América y Europa.

Edición de 1888, pp. 33-34.

LORENZO GARCÍA BELTRÁN
[1853-1902]

Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can, reza un antiguo proverbio castellano, y nosotros parodiándolo, decimos:

Quien a Tenerife quiera
a Beltrán siempre venerá.

Nos parece estar viendo con los ojos del espíritu, a tierno infante, jugando en el incomparable Valle, cantado por el Tasso, en medio de aquella naturaleza rica y espléndida, junto a aquel mar de alborotadas olas, en donde proyecta su sombra magnífica el majestuoso Teide, en cuyas verdes faldas se escalonan las blancas casas de un pueblo altivo, simulando bandadas de cisnes, dormidos sobre lechos de esmeralda.

Nuestra imaginación le ve más tarde convertido en joven estudiante, en la histórica ciudad de los Adelantados, con el libro abierto a la melancólica luz de un quinqué, que dijo el poeta, en una habitación de modesta fonda, ávido de conquistar lauros para su frente; o le contempla en los días festivos dirigiendo galanteos picarescos a las modernas Aldonzas Lorenzo

que, garridas y airosas, lucen sus naturales encantos en las renombradas verbenas laguneras.

Suprimida la Escuela Libre de Derecho de aquella localidad, en donde cursaba la facultad el señor García Beltrán, pasó éste a Madrid a continuar sus estudios, llevando en su alma el perfume de los recuerdos patrios, y en su retina, los reflejos del rojo sol que baña los campos de la fértil tierra tinerfeña.

En su querida roca dejaba unos cuantos condiscípulos y amigos de la infancia y el cálido nido en donde recibiera el purísimo ósculo maternal y en donde sintiera palpitar las fibras de su corazón, al calor de uno de los más nobles y más santos de los amores, del amor a la Patria.

Mientras muchos políticos en su país natal empleaban el tiempo y las luces de su inteligencia en estériles polémicas o gastaban sus prestigios en las lides electorales, nuestro héroe adoptaba senderos en la coronada Villa, que le acercaban a la realización del ideal que perseguía con delirio.

Allí piensa con tenacidad en el porvenir de su pueblo, y jura poner al servicio del mismo su claro talento y todo su valer.

Cuando terminó la licenciatura, en cuyos ejercicios obtuvo brillantísimas notas, entró en calidad de pasante en el bufete del ilustre jurisconsulto, don Aureliano Linares Rivas.

Por su inteligencia nada común y por sus excepcionales prendas de carácter, bien pronto se captó las simpatías y el aprecio de aquel eminente hombre público.

En las tres distintas veces que el elocuente orador gallego ha sido llamado a ocupar un puesto en el Consejo de la Corona, le ha confiado la jefatura de su gabinete particular, al personaje que biografiamos.

A la sombra de aquella conspicua figura de la política española contemporánea, ha contribuido notablemente con inquebrantable decisión y patriotismo, al desarrollo y desenvolvimiento de los intereses de Tenerife.

Es tal el cariño que el señor Linares Rivas siente por el señor García Beltrán, que, a pesar de la aflictiva situación, por que en estos últimos tiempos viene atravesando el Tesoro Público, ha concedido a la isla antes citada, múltiples e importante mejoras en varios órdenes del progreso moderno, olvidando tal vez el cumplimiento de obligaciones más premiosas.

El que ha contribuido con tantas obras a levantar el nivel material e intelectual de su patria nativa es acreedor a que se le rinda el más cumplido homenaje de gratitud, colocando sobre su frente, para estímulo de la juventud isleña, una rama de cívico laurel.

Ha ascendido últimamente a la categoría de magistrado de Audiencia con el empleo de oficial segundo de la Secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia, en cuyo departamento presta sus servicios desde el año 1883.

Es amigo de sus amigos.

Varios de los jóvenes letrados que hoy ocupan puestos distinguidos en el foro canario le deben gran parte de su carrera.

Es de trato sumamente afable y cortés.

Nació en La Orotava el año de 1853.

Edición de 1898, pp. 177-179.

TOMÁS GARCÍA GUERRA
[1848-1911]

Este popular orador forense nació en Arucas [Gran Canaria], el día 21 de diciembre de 1848.

Como abogado defensor es notabilísimo; hace de la palabra el juguete de las impresiones de su espíritu. Innumerables son los triunfos que ha alcanzado en la tribuna. El género de su oratoria pertenece a la escuela del eminente Salmerón; su lenguaje escogido y galano tiene destellos de grandeza. Su voz es robusta y su acción marca las diversas impresiones de su ánimo.

Escribe con elegancia; su estilo esculpe como el de los grandes maestros. Fue redactor de *El Trabajo*, periódico republicano, escrito con gallardía, que se publicaba en Las Palmas. Actualmente redacta o inspira *El País*, órgano de la liga patriótica establecida en dicha ciudad.

Es el defensor ante los tribunales de los periodistas canarios; en esto parece que tiene noble orgullo.

Es registrador de la propiedad en Las Palmas, destino que ganó en honrosa lid contra varios distinguidos letrados.

Pertenece a diferentes centros científicos y literarios de esta provincia.

Edición de 1888, pp. 45-46.

Candelaria García Hervás
[1812-1879]

Escribe versos: vive en Conil [Lanzarote], en cuya isla nació por el año de 1832 [*sic*]. Su padre, buen poeta y mejor latinista, le enseñó preceptiva literaria.

Sus ritmos tienen tintes católicos.

Su musa no inspira pasiones volcánicas, sino se embriaga con el perfume del candor y la virtud.

Para nuestra modestísima poetisa, cuyo numen risueño brota tranquilo como la superficie del lago, hay tanta poesía en la gota de rocío que tiembla en el cáliz de la flor como en los tumbos del Océano.

En *La Crónica* de Lanzarote, publicó bellísimas composiciones, entre las que figuran las tituladas *Al mar*, *A mi hermano Manuel* y otra cuyo título no recordamos dedicada al ilustrísimo señor obispo don Joaquín Lluch Garriga, cuando visitó aquella isla en cumplimiento de su sagrado ministerio.

Este último trabajo fue reproducido con frases encomiásticas para la autora, en las columnas de una ilustrada revista religiosa de Cádiz.

Más tarde colaboró en varios periódicos literarios de la Península.

Desde hace mucho tiempo no tiene trato con las musas.

Su vida es verdaderamente ascética.

Su espíritu se extasía con el aroma de la oración cristiana.

Posee el latín y el francés.

Este último idioma lo aprendió sin auxilio extraño.

En su conversación agradable revela la variedad de sus conocimientos.

Es de alta estatura, frente espaciosa y ojos grandes a flor de cara que indican memoria.

Edición de 1888, pp. 153-154.

ROSENDO GARCÍA RAMOS [Y BRETILLARD]
[1835-1913]

No ha hecho estudios superiores en ningún establecimiento docente.

Desde muy joven mostró entrañable simpatía por la ciencia geológica.

Sin profesores, encerrado con los libros, ha podido enriquecer su inteligencia con un caudal de útiles y variados conocimientos.

Imprimió, a fin de cobrarse una cantidad que le debía la empresa gaditana titulada *Revista Médica,* su obra *Indicación de las principales formaciones geológicas que aparecen en el Globo terráqueo.*

De este interesante libro, que no ha visto la luz pública, sólo han tenido el gusto de saborear su lectura correcta y castiza algunos amigos del autor.

El señor García Ramos prueba en la citada obra que conoce concienzudamente la geología.

Sigue las huellas de monsieur de Bonnard, y de otras eminentes autoridades.

Ha colaborado en la *Revista* y en *La Ilustración de Canarias*, y en otros periódicos de esta capital, en donde nació el año de 1834 [*sic*].

La variedad de sus luminosos trabajos prueban que sus aptitudes se amoldan a todos los estudios.

Escribe con sencillez y corrección.

Ha recorrido las más importantes capitales de Europa.

No está afiliado a ningún partido político, si bien sus ideas son verdaderamente republicanas.

Ha sido alcalde de esta capital y director del Gabinete Científico de la misma, corresponsal del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y miembro de la Junta de Instrucción Pública de esta provincia.

Actualmente es socio de la Económica de Amigos del País de Tenerife.

Edición de 1888, pp. 119-120.

Ramón Gil Roldán [y Ríos]
[1839-1891]

Vive consagrado a las tareas del periodismo; es modesto y escribe versos. Desde los primeros años fue amante apasionado de las musas y comenzó a cultivarlas con provecho.

Cursó la segunda enseñanza en el Instituto Provincial de La Laguna. Está versado en obras de buena literatura. Vierte sobre el papel, a la manera del inspirado Arolas, peregrinos versos, que brotan de su pluma como las aguas del sagrado Iliso. Sus bellísimas composiciones poéticas llenas de cadencia destilan rocío y revelan la modestia de su alma.

Escribe en prosa con bastante corrección y sencillez; es felicísimo en sus quintillas, que las juzgamos casi iguales en mérito a las de Espronceda. Lee el verso con valiente y robusta entonación.

Los trabajos de este escritor tienen verdadero aticismo. Muchos de aquellos los han reproducido periódicos antillanos y peninsulares.

Ha desempeñado el señor Roldán importantes cargos públicos, entre otros el de diputado provincial. Afiliado al partido conservador redacta *La Opinión*, periódico escrito con bastante elegancia, órgano de su agrupación política.

La cabeza de este distinguido poeta, construida para depósito de grandes pensamientos, descansa sobre dos hombros bien modelados. Su ancha frente, surcada por algunas arrugas, revela al literato, que piensa maduramente y escribe mejor.

Es socio del Gabinete Instructivo y de otros centros de instrucción y recreo.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el año 1839.

Edición de 1888, pp. 11-12.

CASIMIRO GÓMEZ

¿Quién no conoce a Casimiro Gómez? Su nombre está en boca de todo el mundo.

En las esquinas de nuestras calles, en los cafés y en las planas de los grandes *rotativos* de la metrópoli argentina, se lee en gordos caracteres, el aviso del agua Lérez, de fama verdaderamente mundial por el encomiástico juicio que hacen de ella reputados facultativos.

Los más inspirados pintores han trasladado al lienzo las bellísimas e idílicas márgenes de aquel celebrado río de Galicia, de esa pintoresca región, llamada la Suiza española, por sus espléndidos paisajes y por las tonalidades de sus campiñas.

A Casimiro Gómez, en medio de la vorágine de los negocios que agitan a esta Babilonia de la América latina, se le ve erguirse como un coloso, trabajando por la industrialización del país, acometiendo con viriles alientos las más atrevidas empresas.

No es un industrial que compra y vende, movido solamente por el espíritu del lucro.

Su personalidad se destaca entre ese montón anónimo de comerciantes rutinarios.

Desde hace tiempo viene consagrando su actividad y las influencias de sus luces, a la loable y meritísima labor de robustecer los vínculos del cariño y del interés mutuo entre la Argentina y su patria [España].

Nuestro personaje y el agua de Lérez son inseparables.

No parece sino que aquel precioso líquido potable fluyera del propio Casimiro Gómez.

Los vendedores de diarios, en medio de ese bulle bulle de las muchedumbres, cantan con música genuinamente criolla, la siguiente quintilla.

Los de Alvear y Anchorenas,
los González y los Pérez,
en sus almuerzos y cenas,
toman vasos por docenas
del agua pura de Lérez.

Edición de 1911

ANDRÉS GONZÁLEZ DE CHAVES
[1878-¿?]

Las Canarias han producido en todas las épocas hombres ilustres, en las letras, en las armas y en las ciencias.

Bartolomé Cairasco de Figueroa, natural de Las Palmas, apellidado *el divino*, fue el primer poeta que aplicó los esdrújulos al verso, según lo comprueba otro isleño distinguido, que no ha mucho tiempo dejó de existir en París, Elías Zerolo, en su notable obra *Legajo de varios*; Cairasco, decimos, que escribió su famoso libro *El Templo Militante*, mereció del inmortal autor del Quijote en su *Galatea*, el caluroso elogio que empieza así:

Tú que con nueva musa extraordinaria
Cairasco, cantas del amor el ánimo.

Los Iriarte, hijos del Puerto de la Cruz [Orotava], son universalmente conocidos. Don Juan por su gramática latina, don Tomás por sus celebradas *Fábulas literarias* que le colocan al lado de La Fontaine y de otros fabulistas ingeniosos, y don Domingo que, en calidad de embajador de España en París, firmó la paz de Basilea.

También en la época moderna se enorgullecen aquellas islas con haber dado ingenios tan conspicuos como Pérez Galdós y Ángel Guimerá, esos dos gigantes de la literatura española. El primero, hijo de Gran Canaria y el último de Santa Cruz de Tenerife.

En la patria de los Iriarte nació el doctor Chaves el año de 1878. Allí, al hervor de las olas que se rompen en espumas y en notas contra los acantilados de la costa, según expresión feliz del vate y conocido hombre público, Nicolás Estévanez, que también vio la luz primera en aquellas peñas atlánticas, niño aún, nuestro biografiado, sentía entre los rumores de aquel mar, ora dormilento, ya en sus cóleras deshechas, los ecos del rápido progreso de la Argentina, los que llegaban a las playas isleñas en alas de los vientos de libertad y de cultura.

Y desde los más tiernos años, sintió en su alma vivísimos anhelos por conocer el pueblo que marcha a la cabeza de la civilización sudamericana.

Graduado bachiller en el Instituto de La Laguna, se trasladó a Sevilla, en cuya universidad cursó con brillantez la carrera de abogado.

En su pueblo natal y al poco tiempo de trabajar para el foro, junto al eximio letrado Martínez Navarro, logró conquistarse reputación de hábil y sagaz jurisconsulto.

En un ruidoso juicio criminal, —tratábase de un hombre que había dado muerte a un agente de la autoridad— después de una acusación formidable que formulara el representante del ministerio público cerrándole todos los caminos a la defensa, el doctor Chaves, que se distingue en el manejo del silogismo, con irresistible lógica rebatió uno por uno los argumentos de su contrincante, y el tribunal del jurado, ante el cual se veía la causa, oída la razonada y magistral oración del abogado defensor, dictó sentencia, absolviendo libremente al procesado.

Ese éxito forense consolidó la fama del joven letrado que nos ocupa.

Más, a pesar de la gloria que ya empezaba a irradiar sobre su toga y del bienestar pecuniario que disfrutaban sus padres, los deseos de emigrar a la Argentina no se extinguían en su alma, antes al contrario iban en progresión creciente a medida que el tiempo corría.

Y al fin, que diría *La Correspondencia de España*, realizó sus infantiles sueños.

El doctor Chaves sabe ocultar en sus escritos la intención picante, el realzar del fondo con las frases untosas, con los ata-

vios deslumbrantes de la Retórica, como el puñal de Harmodio entre las flores.

Sabe dar un palo ameno como aquel que Campoamor le propinó a Narciso Serra.

Dejó el doctor Chaves su famoso Valle de las Hespérides al cual Torcuato Tasso, en su poema heroico *La Jerusalem libertada*, le consagró estas inmortales estrofas:

Ed eran queste l'isole felici;
Cosí le nominó la prisca etate,
A cui tanto stimava i cieli amici,
Che creda volontarie, e non ararate
Qui partorir le terre, e in piú graditi
Frutti, non culte germogliar le viti.
Quí non fallaci mai fiorir gli olivi,
E'l miel dicea stillar dall' elci cave:
E scender giú da, lor montagne i rivi
Con acque dolci, e mormorio soave
E zefiri e rugiadi raggi estivi
Temprarvi sí, che nullo ardor v'é grave
E qui gli elisj campi, e le famose
Stanze delle beate anime pose.

También el sabio Humboldt, en un repliegue del camino que desde Santa Cruz de Tenerife conduce a La Orotava, exclamó puesto de rodillas: *La más hermosa que han visto mis ojos*, al surgir de improviso ante sus pupilas el espléndido panorama del incomparable Valle, cuyos paisajes son dignos de la pluma de Milton, describiendo el Paraíso perdido.

Nuestro personaje abandonó aquel trasunto del edén, y al poco tiempo de pisar las orillas del Plata, ingresó en el *Banco Hogar Argentino* como auxiliar de secretaría.

Por sus notables aptitudes para los asuntos rentísticos, por su acrisolada honradez, laboriosidad y activismo, el humilde oficial de aquella dependencia, gradualmente fue ascendiendo, dejando luminosas huellas de su paso. A su iniciativa y espíritu organizador debe esta repartición, donde actualmente ejerce de subsecretario, el estado especial de adelanto y perfeccionamiento a que ha llegado, pudiendo decirse que es la única en el país, de carácter análogo, que puede gallardamente igualarse con las similares de las grandes instituciones de Norte América. Sirve aquí de modelo, y a ella acude personal de otros establecimientos para tomar datos y seguir la pauta de esta dependencia, que tan brillantemente complementa la buena marcha del precitado banco.

Este establecimiento de crédito que comenzó sus operaciones con la exigua suma de 50.000 pesos, tiene hoy un capital suscrito de 112 millones.

Es realmente asombroso el incremento y desarrollo que ha tomado esa institución bancaria, verdadero coloso de la América del Sur y potencia de primer orden en el mundo financiero

El doctor Chaves ha contribuido, a no dudarlo, desde su modesta esfera de acción, con su clarísimo talento a ese rápido avance de *El Hogar Argentino*.

El encanto que nos produce la labor que realiza el prenotado establecimiento con su enjambre de empleados, es el mismo que cuando hemos contemplado el trabajo de una colmena, tan poéticamente descrito por el clásico en estos versos:

Qualis apes aestate nova per florea rura
Exercet sub sale labor quum gentis adultos
Educunt foetus aut quum liquentia mella
Stipant, et dulci distendunt nectare cellas
Aut onera, accipiut venientum, aut, agmino facto
Ignavum fucos pecus a praesepibus arcent;
Fervet opus rodollntque Hymo fragantia mella.

El doctor Chaves pertenece a una de las más antiguas familiasde La Orotava. Está emparentado con personalidades del más rancio abolengo que ostentan blasones nobiliarios.

Su presente es halagador, y el porvenir se le aparece lleno de encanto y belleza.

Si la veleidosa fortuna no le vuelve la espalda, coronará con el más lisonjero éxito sus generosos esfuerzos.

Edición de 1911.

Manuel González Díaz
[1867-1917]

Es una de las figuras más salientes de la sociedad argentina.

El capellán del Santuario del Carmen es uno de los hombres más meritorios, más respetables y más queridos en la población de Buenos Aires. Para ello le sobran títulos, y alguna vez el mundo ha de hacer justicia.

Hace cosa de treinta años, y apenas contaba doce, cuando salió de su país, Gran Canaria, entregándose al azar de los mares y en brazos del Destino. Era todavía un niño, hijo de humilde herrero —y así frecuentemente se complace en hacerlo constar— cuando arribó a las playas argentinas, y solo, sin familia ni amigos, llorando alguna vez su desamparo, apuró durante mucho tiempo la hiel de los engaños y de los desengaños. Pero en tan temprana edad, contra su fortuna adversa, luchó con fuerzas de titán y venció con energías de gigante.

Por eso nos lo imaginamos como el sol, que solo y aislado en la inmensidad, parece levantarse por su propio impulso.

Y así tenía que ser, porque González Díaz vale mucho por su talento, por su virtud y por su trabajo. Es un hombre culto y versado en ciencias eclesiásticas y profanas. Es todo un carác-

ter. Lo mismo sirve para poner valladar a osado que para infundir aliento al desvalido.

En Canarias es fama que el padre González ha sido en América la providencia de sus paisanos. Sus bolsillos quizá estén vacíos, pero los corazones de los pobres rebosan gratitud. Es que tiene un alma templada en el yunque de las adversidades y de las desgracias. Por eso es atrayente, es sugestivo para todos los que le han conocido, y por conocerle le han querido.

Un hombre de su virtud estaba llamado por Dios al sacerdocio, y como apóstol de Cristo, tenía que ser y es un orador fecundo, de gran ingenio, de palabra fácil y seductora, con raudal inagotable de conocimientos.

***

Aquel pequeño inmigrante, aquel niño de simpática y ternísima odisea, triunfó al fin. *Los humildes serán ensalzados.* La sentencia evangélica se ha cumplido.

Edición de 1911.

IRENEO GONZÁLEZ [HERNÁNDEZ]
[1842-1918]

Es uno de los sacerdotes más ilustrados de nuestra provincia.

Como escritor ocupa puesto distinguido entre sus contemporáneos del mismo suelo.

En su prosa correctísima chispea la gracia española amalgamada con la ligereza del estilo francés.

Como crítico no olvida los respetos que debe a su talento.

Jamás desciende al terreno de la procacidad.

Se distingue por la cultura de su espíritu y por la amplitud de sus conocimientos científicos y literarios.

Más de una vez ha tomado la pluma para combatir los falsos rumbos que ha ido tomando la enseñanza elemental en nuestra patria.

En la tribuna sagrada y profana, su palabra amaestrada en la gimnasia oratoria, arrebata al auditorio con el mágico poder de la elocuencia.

Es eminente filólogo.

Su tratado de Gramática castellana sirve de texto en la mayor parte de las escuelas y colegios de las repúblicas de Sudamérica.

Esta obra está redactada bajo un plan sencillo adaptable a las más tiernas inteligencias.

Las lógicas innovaciones que introduce en las reglas del lenguaje, prueban que su autor es verdadera autoridad en la materia, porque contribuye con ideas propias a dilucidar importantes cuestiones filológicas.

Da clase en el Establecimiento de Segunda Enseñanza de esta capital.

Guarda semejanza con un capellán veterano por el tiempo que invierte en despachar una misa.

Es la excepción de la regla; no parece cura por lo flaco.

Ha colaborado en la *Revista* y en *La Ilustración de Canarias*, en el *Diario de Tenerife* y en otros periódicos isleños.

Nació en la ciudad de La Laguna el año de 1843.

Edición de 1888, pp. 117-118.

MANUEL GONZÁLEZ MÉNDEZ
[1843-1909]

Su nombre goza de popularidad.

Nació en Santa Cruz de La Palma el 9 de febrero de 1843.

Los pintorescos paisajes de las montañas y los cambiantes de su cielo patrio, inflamaron su imaginación juvenil y comenzó a trazar sobre el lienzo inspirados cuadros.

Anhelaba estudiar con propiedad el arte pictórico, pero carecía de recursos para ello.

Muy joven todavía abandonó el suelo palmense para trasladarse a la isla de Tenerife, en cuya capital encontraron entusiasta acogida las producciones de su pincel.

Esta provincia era pequeño campo para sus sueños de porvenir y gloria.

Sin más capital que una voluntad de hierro llegó a París y en aquel inmenso hormiguero de artistas, pasó en los primeros años muchas penalidades y sinsabores.

Ingresó en calidad de alumno en la Academia de Bellas Artes, en cuyas aulas se distinguió notablemente por sus felices disposiciones para la pintura.

Más tarde sus trabajos le produjeron lo suficiente para atender a las perentorias necesidades de la vida.

No podemos contemplar sin un sentimiento de arrobador deleite el claroscuro gracioso de sus cuadros, esas bruscas transiciones de luz y de sombra que nos dejan suspensos.

Los colores de sus obras fundidos en un sólo matiz, tan tenue como delicado, parecen reflejos del resplandor de otros cielos.

El señor Méndez sabe realizar fácilmente la belleza.

Después de conquistar en la capital de Francia inmarcesibles laureles regresó a estas islas.

En La Palma, Gran Canaria y Tenerife, hay muestras de su talento artístico.

Podremos citar el sorprendente trabajo del mausoleo erigido a la memoria del malogrado marqués de la Quinta Roja, don Diego de Ponte.

El colorido suave y la degradación de las tintas, concurren poderosamente al efecto total.

No se puede olvidar jamás la primera impresión que produce en el ánimo aquella grandiosa obra de arte.

Su recuerdo vive largo tiempo en nuestra imaginación.

Como acuarelista figura entre los más notables en el género.

Reside actualmente en París, donde cuenta con numerosa clientela.

Edición de 1888, pp. 89-90.

Pedro González Perera
[1852-1910]

En época no muy lejana, cuando aún sentíamos verdaderamente calor literario, entramos una noche, como de costumbre, en el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife y vimos que ocupaba la tribuna de aquel Ateneo un hombre enjuto de carnes, alto y barbilampiño. En lo físico tenía ciertos perfiles de semejanza con el andante caballero manchego.

Preguntamos a un amigo, que a nuestro lado se hallaba.

—¿Quién es el que habla?

—Don Pedro González Perera, nos contestó.

Estaba allí, frente a nosotros el ex-soldado de la patria, que combatiendo en las huestes del liberalismo, en la última guerra carlista, cayó en poder del sanguinario Savall, y hubiera tenido el trágico fin de otros ciento ochenta y siete compañeros de armas, si a tiempo no hubiese habido un canje de prisioneros entre las tropas leales y las rebeldes.

Contemplábamos al poeta, que ha cantado gallardamente en estrofas de sabor clásico, el asombroso viaje del inmortal genovés.

Su composición titulada *¡Tierra!,* que obtuvo premio en un certamen literario celebrado por la sociedad colombina onubense, está sacada de los moldes de una métrica policroma y multisonante.

La audacia, el valor y la fe del célebre marino se alzan decorados con un ropaje encantador y airoso.

Leyendo ese trabajo, parece que oímos los gritos de rebelión a bordo de las carabelas, el choque de las turbulentas olas contra los costados de aquellas frágiles embarcaciones, la palabra santa del sublime *loco,* iluminando con destellos divinos la conciencia de los sublevados, y la mágica voz de *¡tierra!* lanzada en el paroxismo de la alegría, desde la cofa de la *Pinta,* y nos parece también que percibimos la figura luminosa, excelsa, del intrépido navegante, desplegando la gloriosa bandera, a cuya sombra realizó su sueño portentoso.

En las poesías líricas de nuestro biografiado hay notables concepciones, que conducen hacia un hermoso ideal romántico.

La música de las ramas movidas por el viento, el suspirar de los arroyos, los melódicos tumbos de las cascadas, el rugido de la tempestad y el lento y acompasado golpear de los mares, todo ese conjunto sinfónico de la Naturaleza, nos ha hecho sentir el cantor tinerfeño, en versos tan dulces como la miel de las abejas.

Oíamos aquella noche, con verdadero interés, la palabra del discreto prosista, que en *El Memorandum, Valle de Orotava* y *Diario de Tenerife* ha flagelado con el látigo de la crítica las costumbres extravagantes y ridículas de nuestra rumbosa y distinguida sociedad.

En esos trabajos, de extraordinario mérito descriptivo y narrativo, revela el señor González Perera profundidad psicológica y concienzudos conocimientos sociológicos.

Penetra el crítico con espíritu escrutador en los salones aristocráticos, en nuestros cafés y hasta en las reconditeces del hogar, y nos traza con pasmosa exactitud, con el vigoroso pincel de su rica imaginación, un cuadro social lleno de viveza y colorido.

En medio de abigarradas costumbres, surgen admirablemente fotografiados una variedad de tipos, desde el caballerete, que cifra todo su orgullo en llevar lustrosos los botines y en lucir en el ojal de la levita la elegante magnolia o la delicada camelia, hasta la encopetada dama, que soñando en la resurrección de los tiempos, que pasaron para no volver, como las golondrinas del poeta, vive enamorada de sus antiguos y polvorosos pergaminos.

El escritor que nos ocupa, con la punta de su incisiva pluma quita el barniz, bajo cuya sutilísima capa se ocultan las extravagancias y cursilerías de *les gens comme il faut*, presentándolas con los tintes del realismo más escueto.

Entre otras, en el citado Ateneo, dio nuestro héroe, hace algunos años, una conferencia sobre el socialismo, y acerca de este debatido tema se expresaba en los siguientes, parecidos términos:

> *Cuando por una viciosa distribución se constituyen en la sociedad dos castas, la una que padece y trabaja, la otra que goza y disipa, no está lejos el día de las grandes convulsiones y de las aterradoras venganzas. El cuerpo social está sometido a leyes semejantes a las que rigen el mundo físico: el desequilibrio no es estado natural, y por eso vemos que cuando las aguas de los torrentes encuentran un súbito estorbo, se revuelven enfurecidas y luchan por abrirse paso hasta que lo consiguen, pero entonces no van a buscar el lecho acostumbrado, sino que salen desbordadas, arrasando mieses y plantíos y arrastrando consigo cortijos y ganados.*

Tal es la fiel imagen —galanamente presentada por el orador— de las revoluciones sociales, engendradas siempre por injustas y antinaturales distinciones de clases.

Es librepensador, y en política no figura ni en las listas electorales, pero revela en los actos de su vida las tendencias democráticas de su espíritu.

Su carácter demasiado independiente le obligó a retirarse de la Milicia cuando ostentaba en las bocamangas de la guerrera los galones de comandante.

Cambió la espada por el teodolito.

Le gusta más mandar una cuadrilla de peones, que una compañía de soldados.

Ayudante de Obras Públicas, sus trabajos de gabinete y los de campo, le han valido entusiastas elogios de sus superiores jerárquicos.

Su laboriosidad es bastante conocida.

Escribe para periódicos, instruye a sus hijos en varias asignaturas de la primera y segunda enseñanza, y estas ocupaciones no le quitan tiempo para charlas con los amigos sobre filología, cuya ciencia cultiva con provecho.

Cuando no hace muchos años en Santa Cruz de Tenerife aparecieron más proyectistas que en tiempos de Felipe IV, el señor González Perera, a impulsos de un sentimiento patrióti-

co, se arrojó también en aquella vorágine de proyectos y concibió uno para dotar a la citada ciudad de agua con que atender a las necesidades agrícolas de la misma.

Un rasgo que estereotipa el ente moral de nuestro personaje.

En uno de aquellos días de *acuáticas* charlas periodísticas, un sujeto, casado, de mala catadura, tropezó en la calle con el señor González Perera y le disparó a quemarropa este trabucazo.

—Voy a fabricar una *arquita* para salvarme del diluvio que se avecina.

—No te olvides de meter en ella a los animales sin excluir a tu suegra, repuso don Pedro con irónica sonrisa.

Como a su homónimo aquel Rey a quien mató la musa de Zorrilla, nadie le apea el don.

Ni su mismo jefe.

Nació en La Orotava el año 1852.

Edición de 1898, pp. 163-167.

Nicolás Augusto González [Tola]
[1858-1918]

El poeta a quien vamos a referirnos nació en la República del Ecuador, patria de Olmedo y de Llona, en las orillas cubiertas de opacos tamarindos, que *marmolase el caudaloso Guayas*, como dice el cantor de Bolívar. Pertenece a una de las más distinguidas familias de ese país, tan poco conocido entre nosotros, e hizo sus estudios en el seminario de su ciudad natal, y luego en Lima, cuando su padre, desterrado por el tirano García Moreno, fue a buscar auras de libertad en extranjeras tierras.

En la capital del Perú terminó González su instrucción media, entró en la universidad y se graduó de bachiller en Ciencias Políticas y Administrativas en la facultad presidida por el eminente profesor francés M. Pradier Foderé.

Niño aún, de regreso en el Ecuador, tomó parte en la revolución liberal de 1876, encabezada por el general Ignacio de Veintemilla; pero un mes más tarde se separó de ese caudillo, protestando del destierro de don Juan Montalvo, el célebre escritor que llena con su nombre las mejores páginas literarias de América. Desterrado a su vez tornó a Lima, de donde pudo regresar un año más tarde, en virtud del salvoconducto que el

gobierno le envió, sin solicitarlo. Acababa de cumplir diecisiete años, y al encontrarse de nuevo en su patria, perdida la fortuna de su padre, pensó seriamente en trabajar. Fundó sucesivamente dos periódicos: *El Guayas* y *El Semanario del Guayas*, y su actitud independiente fue causa de que Veintemilla lo confinara en la provincia de los Ríos. Al mismo tiempo que se dedicaba a las tareas periodísticas, hacía representar dos dramas en tres actos y en verso: *Amor de reina y amor de esclava* y *Hojas secas* y dos piezas en un acto: *Flores y espinas* y *Seductor que no seduce*. La crítica recibió con admiración y aplauso esas obras de un niño que tanto prometía para el porvenir. La noche del estreno de la primera, las más bellas damas de Guayaquil enviaron coronas y flores al poeta adolescente, y los escritores Lázaro María Pérez —colombiano—, José Matías Aniles y Manuel Ignacio Gómez —ecuatorianos—, le dedicaron y leyeron en el proscenio expresivos versos.

Un año más tarde, cuando no había cumplido diecinueve de edad, fue llevado preso a Quito y cargado de grillos permaneció veinte días en un calabozo. Había escrito en el diario *La Nación*, que redactaba en jefe, contra los desmanes del gobierno, y en aquella época la libertad de imprenta era un mito en el Ecuador. Como tuviera que permanecer confinado en Quito, escribió y dio al teatro cuatro obras más: *Entre el amor y el honor* [3 actos]; *El mundo del hombre* [3 actos], *Amor y patria* [3 actos], en colaboración con don Alfredo Baquerizo, actual ministro de Relaciones Exteriores, y tan joven entonces como González, y *En la edad está el misterio*, sainete.

Nombrado un ministerio liberal, aceptó el joven escritor el puesto de director del *Diario Oficial*, que habían desempeñado en su patria, don Gabriel García Moreno, don Marcos Espinel, antiguo ministro de Estado, don Pedro Fermín Cevallos, ilustre historiador, y don Miguel Riofrío, diplomático distinguidísimo.

En ese lapso fundó en la capital ecuatoriana dos periódicos: *La Pluma* y *El Laúd literario*, y *El Orden*, bisemanario de propaganda y de combate, en el cual sostuvo acaloradas y brillantes polémicas con los personajes más preparados del partido conservador, señores José Modesto Espinosa, Luis Salazar, etc.

En 1882, habiendo el general Veintemilla roto la constitución para proclamarse dictador, González protesta nuevamente del destierro de los notables liberales, señores Pedro Corbo y Miguel Valverde, y tuvo que salir del país, donde entonces redactaba *El Comercio* en Guayaquil. No podía ir a Lima, que se hallaba ocupada por el ejército chileno, porque en *El Orden*

había hecho ruda campaña en favor del Perú, durante la guerra del Pacífico, y marchó a los Estados Unidos, visitando La Habana, Santiago de Cuba, Jamaica, Veracruz, y por último Nueva York, de donde tornó al continente. En Cartagena de Colombia hizo representar una *Loa* que le valió una corona de hilo de oro, obsequiada por el doctor Rafael Núñez, y una medalla también de oro, que le ofreció la juventud. En Bogotá colaboró en *El Diario de Candinamarca, El Republicano,* del doctor Belisario Porras, *La Pluma* y *La Patria Colombiana.*

A la caída de Veintemilla volvió a su patria; pero sólo permaneció dos años en ella, como redactor de *El Telégrafo,* diario que todavía existe, pues el gobierno conservador de Camaño le desterró a Centro América. Perfectamente acogido en Guatemala, por el general Justo Rufino Barrios, a quien acompañó hasta el día de su trágica muerte en la batalla de Chalchuapa [2 de abril de 1885]; redactó durante el tiempo de su permanencia en esa república, cuatro periódicos a la vez: *El Diario de Centro América* [diario], y los semanarios *La Estrella de Guatemala, La Opinión* y *El Quijote.* Su actitud altiva después de la desaparición de Barrios, le valió el destierro y tuvo que regresar al Perú, en 1886.

En Lima hizo brillante papel y fue fundador y luego secretario del Círculo Literario, haciendo representar en los teatros de esa capital los dramas en tres actos y en verso: *Primavera* y *Dos Culpas,* y las piezas en un acto *Águila cautiva; La Misteriosa; El señor intendente; Bohemia* y *Caballería rusticana,* arregladas las dos últimas en verso castellano. También tradujo y arregló como zarzuela la ópera *Mignon,* recibiendo una expresiva carta de felicitación de uno de sus autores, M. Jules Barbier.

Mientras permaneció en Lima, redactó González los siguientes periódicos: *El Comercio,* decano de la prensa, que cuenta setenta y dos años de existencia; *El Nacional; La Revista Social; El Artesano; El Radical; La Linterna; El San Martín; El Diario; La República,* etc.

En 1889 contrajo matrimonio con la bella y distinguida señorita Delia Castro Márquez, hija de la notable poetisa Manuela Antonia Márquez y sobrina de Arnaldo y Luis Márquez, los dos cerebros más poderosos que han escrito en el Perú. Arnaldo Márquez vivió en la Argentina, donde fue muy apreciado y ocupó varios puestos elevados en el ramo de Instrucción Pública. La señora de González es también una poetisa delicada y notable, como lo es una hermana del escritor en quien nos ocupamos, la señora Mercedes G. de Moscoso, que dirige *ad-vitam* por nombra-

miento del congreso de su patria, la Biblioteca Nacional de Quito. De su matrimonio le han nacido al poeta once hijos, de los cuales viven seis. Tres de ellos, la señora Haydée González de Granados, Víctor Hugo y Nicolás Augusto, niño este último de catorce años, escriben de manera notable.

En 1895, triunfante el partido radical o llamado así en el Ecuador, González, que había prestigiado el movimiento que llevó al general Alfaro al poder, escribiendo en *El Tiempo* de Guayaquil, dirigido por el valiente periodista don José de Lapierre, y que luego había fundado en Lima, desterrado nuevamente, el semanario *La Revolución*; fue llamado al país por el caudillo victorioso y por el general Cornelio E. Vernaza; pero al darse cuenta de que la política no seguía los rumbos soñados por él en los largos años de incesante lucha por las ideas, regresó al Perú, donde publicó un libro histórico, *El Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, obra que le valió ser nombrado miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Ya antes había sido recibido como socio activo del Ateneo de Lima y había desempeñado en su país los cargos de secretario de la Municipalidad de Guayaquil y jefe de sección de Cancillerías, en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

En 1893-94 luchó valerosamente en la prensa ecuatoriana por impedir la guerra de su patria con el Perú. Las pasiones populares exaltadas hasta el paroxismo le hirieron con el insulto y la calumnia, suponiéndole miras interesadas, que no podía tener, quien durante toda la vida se había sacrificado por sus ideas y honraba a su país en el extranjero. Nombrado cónsul del Ecuador en Jerez, en 1895, por el gobierno del doctor Cordero, al que se acusaba, injustamente, de haber vendido la bandera nacional a Chile, renunció a ese puesto, que habían conseguido para él el cónsul de España en Guayaquil, señor Rodríguez Rubí y el gran poeta Numa Pompilio Llona. Este había querido ya en 1884 llevarlo como secretario a Bogotá, cuando fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario; pero González no quiso aceptar ese puesto, por ser conservador el gobierno que en esa época regía los destinos de su país. Y no contaba entonces sino veintidós años de edad.

En 1887 la provincia de Esmeraldas le eligió diputado; pero el gobierno anuló la elección por temor a la oposición que pudiera hacerle el valiente liberal en las cámaras, pues a sus muchas dotes puede agregar González la de ser un orador fogoso, de voz vibrante y lógica abrumadora.

En 1897, después del pavoroso incendio que redujo a cenizas a Guayaquil, incendio en el cual se quemó la vieja casa de sus padres, se pasó al Ecuador y fue nombrado en el acto secretario de la gobernación de los Ríos, puesto en el cual dio pruebas de su preparación para la cosa pública, consiguiendo en corto tiempo que se pagara puntualmente a los maestros de escuela, que se evitara la leva de ciudadanos para engrosar el ejército y que se persiguiera por sus ideas políticas y religiosas a los conservadores, sus enemigos de toda la vida. El gobernador, el comandante de armas, el jefe político, los más notables miembros de la sociedad de esa circunscripción de la república, pidieron al gobierno que nombrara a González cónsul general en Madrid. Hízolo así el general Alfaro, pero su ministro de Relaciones Exteriores, don Ignacio Robles canceló el nombramiento, por enemistad gratuita con el favorecido. Entonces González fijó su residencia en Lima hasta 1903, época en que volvió al Ecuador a luchar en la prensa, porque los asuntos de Ecuador y el Perú se arreglaron por medio del arbitraje. Entonces redactó *El Grito del Pueblo*, y vio amenazada su vida por sus antiguos correligionarios, que no le perdonaban el que se hubiera separado de ellos, para no hacerse cómplice de sus desmanes y de su tiranía insoportable.

En 1906 estuvo en Buenos Aires, donde formó parte de la redacción de *El País*, el cual le dedicó un hermoso artículo cuando regresó al Perú. En esa época colaboró en *La Ilustración Sud Americana* y en la *Revista Ilustrada del Río de la Plata*.

En 1907 fue llamado a Guatemala, por el presidente Estrada Cabrera, para regentar la clase de Derecho Internacional Privado en la Universidad. Ese mandatario le nombró jefe de la sección Diplomática y Consular en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y poco tiempo después cónsul general de la república en Málaga. González, que acaba de perder a una de sus hijas, encantadora criatura de catorce abriles y sus dos hijas mayores acababan de contraer matrimonio, partió para Europa, donde permaneció año y medio, visitando Francia, Italia, Suiza y España, y donde publicó tres tomos de poesías: *Ilusión* y *Cenizas y bronces*, en Madrid; *Horizontes*, en Francia; y dos novelas: *La Lagla* [en España] y *El último hidalgo* en París.

Entre sus obras más notables, a más de las nombradas, debemos recordar el poema en 124 sonetos, *El nuevo Childe Harold* y el tomo de 400 páginas en folio de *Episodios de la guerra del Pacífico*.

Una cruel enfermedad que atacó a su hijo mayor, que le acompañaba en Europa, obligó al poeta a regresar a América. Estuvo de paso en el Perú, donde le tocó actuar en primera línea al lado del presidente señor Leguía, el 29 de marzo de 1909, día en que un grupo de conjurados asaltó el palacio de gobierno y se apoderó de la persona del primer magistrado. El señor Leguía confiesa este rasgo caballeresco y valeroso de González, en su declaración ante el consejo de guerra que juzgó a los delincuentes.

Seguro de que el laudo del rey de España en los asuntos de fronteras entre su patria y el Perú provocaría un grave conflicto, como sucedió, sintiéndose casi ciego, pues padecía de cataratas, se vino a la República Argentina, donde después de redactar el *Boletín del Registro de Propiedad,* entró a dirigir la *Revista Ilustrada del Río de la Plata* y a formar parte de la redacción de *La Prensa,* donde tiene a su cargo la interesante sección continental, que tanto ha llamado la atención de los lectores en el año último y es lástima que no se publique con más frecuencia.

Juzgando literariamente a González, hay que aplaudir su inspiración en verso y su corrección en prosa. No es un poeta adocenado; la patria, la libertad, los héroes, las ideas grandes son sus musas. Sin duda pocos poetas en América pueden igualársele por la sonoridad de la musa, la riqueza de imaginación, lo atrevido del apóstrofe y lo honrado de los principios. En sus novelas es un observador profundo y un psicólogo de primera fuerza. Maneja el habla castellana con elegancia y perfección y en los diálogos y descripciones está a la altura de los mejores maestros franceses y españoles. Las mujeres que hace figurar en sus obras, son divinamente humanas.

En política, por lo que queda escrito se habrá visto la altura, la nobleza y el desinterés de este hombre público que vive sin patria, cuando tanto ha hecho conocer y apreciar a la que le dio un trozo de tierra para que naciera en ella, abandonándolo después a su propia suerte. Tiene un ideal, el arbitraje, como lo tuvo Emeric Crauce en Francia en 1623.

En las letras es un estético discreto, que ama la forma elevada y el fondo que deja algo más que frases en las páginas de un libro o de un artículo.

Edición de 1911.

Francisco Guigou [de Castillo]
[1838-1897]

Es heredero de la gloria de su padre, quien conquistó verdadera celebridad en el divino arte.

El señor Guigou estudió en el Conservatorio de París.

Su maestro de contrapunto y composición fue el célebre Halevy, y de armonía los no menos afamados Caraffa y Collin.

Escribió, siendo alumno del Conservatorio, tres sinfonías para orquesta, características de los géneros italiano, francés y alemán, y una notable cantata en la muerte del eminente Adolfo Adán, cuya letra es obra de Saint Georges.

Sus primeras producciones le valieron varias medallas honoríficas y el aprecio de sus condiscípulos y profesores.

Más tarde tuvo la alta honra de tratar al inmortal Rossini, a quien fue presentado por el famoso Piermani, fundador del Conservatorio de Madrid.

Es compositor, cuyas obras están maduradas más en la inteligencia, que inspiradas en el corazón.

En la época que se trataba de organizar en la coronada villa la ópera española, escribió allí su *Elvira*, ópera justamente celebrada, y que contiene trozos dignos de la pluma de Meyerbeer.

Elvira es verdadera joya musical, llena de ricas combinaciones armónicas y de grandes efectos de instrumentación; presenta el colorido de una obra maestra. Se estrenaron con éxito ruidosísimo en el coliseo de esta capital parte del segundo acto y el tercero íntegro, el 18 de febrero de 1882.

La noche del estreno fue una completa ovación para nuestro héroe; sus amigos y admiradores le regalaron un precioso álbum, en donde nuestros mejores poetas y prosistas enaltecen las originales bellezas de tan hermosa creación.

Las Vivanderas es la única zarzuela que ha escrito.

No le gusta este género de música; lo odia por completo.

Su imaginación se extasía en las elucubraciones de la ciencia.

Difícil sería reseñar los trabajos que han salido de la pluma del señor Guigou; infinito es el número de sus producciones; citaremos como muestras de su ingenio sus dos misas de *Réquiem*, y sus cinco misas para orquesta; todas notabilísimas y llenas del más puro misticismo. El Teatro de Tacón, en La Habana, tuvo la gloria de haber dado acogida a los sueños de artista de nuestro biografiado.

Allí dio varios conciertos de orquesta y piano.

El público habanero acudía con entusiasmo a oír aquellas espléndidas veladas.

Motivos de salud le obligaron a retornar al suelo patrio.

Fundó la Sociedad Filarmónica de esta capital, en cuyo teatro dio aquella conciertos brillantísimos.

Su semblante algo melancólico, es revelador del artista que llora mentidas esperanzas de gloria: con más salud, esas esperanzas pudieran haberse trocado en dulces realidades.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 21 de agosto de 1838.

Edición de 1898, pp. 59-61.

AGUSTÍN E. GUIMERÁ [Y CASTELLANO]
[1833-1903]

Se distingue como literato, músico y políglota.

Mira la prosa doliente como a una coqueta vieja de quien nadie hace caso.

Maneja hábilmente la sátira.

Es chistoso, pero desprecia la bufonería de los teatros de feria.

Su pluma salpimentada traza cuadros de costumbres con la misma realidad con que Dickens retrataba sus tipos.

Es poeta festivo; en sus versos, que están libres del convencionalismo y de la falsedad, deja asomar una sonrisa burlona semejante a la de Montaigne.

Nuestro personaje, en colaboración con dos inspirados vates canarios, escribió *El doncel de Mondragón,* leyenda histórica en verso muy popular en esta provincia.

Ese episodio caballeresco no entra en la clasificación de los retóricos *ad usum delphini* que ahogan al arte sometiéndolo a las recetas de su farmacopea convencional.

El cuadro es rápido, trazado con esa *intención* de los grandes artistas que diseñan en cuatro brochazos enérgicos los rasgos de la composición futura.

Es uno de los periodistas isleños más antiguos.

En artículos de fondo, gacetillas y folletines de multitud de periódicos se encuentran muestras de su ingenio.

Posee profundos conocimientos en contrapunto y armonía.

Desde que entró a desempeñar el cargo de contador de los fondos provinciales, vive divorciado de las musas.

Nació en esta capital el año de 1834.

Edición de 1888, pp. 151-152.

MAXIMILIANO HARDISSON [Y ESPOU]
[1868-1953]

No es un zurcidor de rimas ni un decadentista, que sigue la corriente misérrima de la imitación.

No es vate de fúnebres singultos, de falsas lágrimas; no es uno de esos románticos troveros, que dan a beber vinagre a las musas, para que ellas se pongan anémicas y pálidas, como hacían los cantores plañideros de arpas decrépitas, que lúgubremente sonaron hasta espirar el siglo decimonoveno.

No nos pinta pajarillos de papel ni sus zagalas son de cromo de peluquería; en las estrofas de Hardisson se nota aire puro, se vislumbran los matices de las flores de nuestros campos y se siente el susurro de la fronda sacudida por el viento.

En sus versos inspiradísimos, de corte lamartiniano, late con ritmo acorde el pulso de la patria y se condensan todas las armonías, desde el tenue rumor del aura hasta el estampido retumbante del trueno.

Poeta de corazón y de fibra ardiente, sabe arrancar a su numen ternísimas endechas, que tienen dejos de amargura, y nos muestra al través de los cendales de felices, placenteros recuerdos, el paisaje tinerfeño; la cálida tierra nativa en donde

zumban bruscamente las abejas y se perciben arpegios y charloteos de aves, y el sempiterno sollozo del mar, golpeando la abrupta costa de la antigua Nivaria.

Desde muy joven Hardissson salió de su país, trasladándose a la Península, por donde ha viajado, visitando sus museos y sus monumentos artísticos. En ese incansable peregrinar por ciudades españolas se desarrolló su inteligencia, y de ahí que su visión del mundo no esté circunscrita al terruño isleño, sino que abarca más amplios horizontes.

El poeta que nos ocupa ha cantado con estro fácil y galano las gloriosas tradiciones de la morisca Granada, trayéndose a la mente las remembranzas de aquellos torneos de Vivarrambla, de las huríes del profeta y de las encarnizadas contiendas entre gomeles y zegríes.

Leyendo las estrofas de Hardisson, parece que sentimos el *clic clic* de las espadas y el acento armonioso y melódico de la guzla de Sobeia, cuyos suspiros líricos remedan las ondinas del moribundo Genil.

La *Canción veneciana* de nuestro vate tiene el colorido que halaga la imaginación y las tonalidades propias de una *marina* de Martínez Abades.

La poesía de Hardisson es multisonante y ramosa, pero humana en su arqueológico lirismo, que diría la ilustre novelista, doña Emilia Pardo Bazán.

La señora del Adriático, la ciudad *lacustre* de las tenebrosas góndolas y de los Duces, ha inspirado a nuestro cantor una de sus mejores composiciones. Allí, en el plácido rincón del Lido, vivió Byron, y tuvo sus amores con la condesa de Gicoli. En ese pueblo navegante, Flavio Gioja, marino napolitano, inventó la brújula, a cuyo influjo Colón, Vasco de Gama, Bartolomé Díaz, Magallanes, Elcano, Solís y Gaboto descubrieron islas, continentes y grandes estuarios, lo mismo que Kepler y Copérnico, al través de la lente telescópica, vieron ante sus atónitas pupilas archipiélagos de mundos y *el polvo de las constelaciones.*

El poeta también ha descubierto territorios morales, ha sentido el beso de las almas gemelas y los espasmos del amor, en una de esas noches de los trópicos, en que brillan los cocuyos entre las pasifloras y se escuchan las armonías de una Naturaleza exuberante y virgen.

Si fuésemos a aplicar el escalpelo de la crítica, encontraríamos en los versos de nuestro vate algunas incorrecciones gramaticales, pero él dirá con Juan de Dios Peza:

Cuando habla mi corazón,
yo no entiendo lo que son
sintaxis ni ortografía.

Hardisson ha colaborado en el *Álbum Ibero-Americano*, que dirige e inspira la insigne escritora, doña Concepción Jimeno de Flaquer, a quien tratamos en el aristocrático Teatro Odeón, de Buenos Aires, durante el curso de conferencias que en el citado coliseo dio la espiritual autora de *Vidas paralelas* y *Madres de hombres célebres*, ensalzada justamente por su prologuista, Carlos Frontaura.

Periódicos de Granada, Bilbao, Jaén y Málaga han dado cabida en sus columnas a trabajos en prosa y verso de nuestro biografiado, el cual asistió asiduamente a las reuniones literarias que en Madrid celebraba Víctor Balaguer, y a las que también concurrían Núñez de Arce, Emilio Ferrari, Manuel Reina, el Marqués de Valmar y otros literatos de igual fuste.

Ha publicado un tomo de lindos y cadenciosos versos, con el título de *Todo corazón*. El autor del bien escrito prólogo, don Carlos Pizarroso, ilustrado publicista, recientemente fallecido, dedica a la labor poética del señor Hardisson merecidas, laudatorias frases.

Tiene en preparación nuestro vate un nuevo libro de cuentos, que en breve verá la luz pública.

Está condecorado con la Cruz de la Real y Distinguida Orden Civil de Alfonso XII, con la del Mérito Naval y con el Busto del Libertador, Simón Bolívar.

Pertenece el señor Hardisson a la Academia de Buenas Letras y a otros centros de instrucción de la Península.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 11 de julio de 1868, y su entronque genealógico se encuentra en el solar de aquella admirable raza que, entonando las vibrantes notas de *La Marsellesa*, pelea bravamente por la libertad y por los derechos posesorios de los pueblos.

Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera, pp. 84-87

José Hardisson [González]
[1859-¿?]

¿Quién no conoce entre nosotros a este aplaudido pianista? Su nombre ha traspasado los confines de nuestro Archipiélago.

En el piano nos lleva de lo sencillo a lo terrible, de lo cadencioso a lo grave.

Ora sus sonidos son débiles y blandos como el rumor de la brisa, ya majestuosos y retumbantes como el eco del último cañonazo en un campo de batalla.

Las notas que arranca el alma del artista al sonoro instrumento nos han transportado muchas veces desde la realidad de la vida a las regiones azules del ideal.

El señor Hardisson es muy joven, está llamado a llenar el vacío que en el mundo del arte dejara el malogrado autor de los *Cantos Canarios*.

La mayor parte de los artistas extranjeros, desde el momento que arriban a nuestras playas, buscan a nuestro personaje para que les acompañe al piano.

Es un verdadero profesor que ejecuta a primera vista.

Para él no hay dificultades.

Sus dedos se deslizan sobre el teclado con una ligereza prodigiosa.

En brillantes conciertos celebrados en nuestro teatro y en la Sociedad Filarmónica Santa Cecilia, ha probado más de una vez que es eminente pianista, cuyo vuelo no reconoce espacio.

Desencadena en cada nota una tempestad de armonía que hace pasar sobre todas las almas una chispa de su inspiración.

Este joven es legítima gloria del país.

Nació en esta capital por el año 1859.

Edición de 1898, pp. 121-122.

GABRIEL IZQUIERDO AZCÁRATE
[1846-1900]

Usa quevedos, a través de los cuales centellean ojos de águila, que revelan espíritu investigador.

Nació en Güines, [Cuba], el año 1847 [*sic*] y contrajo matrimonio con una bella señorita de Tenerife, que es la cuna de sus hijos.

Desde que arribó a la capital de esta provincia, punto de su residencia, comenzó a enaltecer, lleno del más ardiente entusiasmo, las glorias del suelo canario.

Sus primeros estudios los hizo en La Habana; más tarde pasó a la Metrópoli, en donde terminó brillantemente la carrera de jurisprudencia.

Abogado de limpia y veneranda toga y escritor fácil y galano, ha recogido en las luchas periodísticas y forenses verdaderos lauros.

Como político, es republicano avanzado que figura en primera línea entre los campeones de las libertades populares.

Su carácter es libre e independiente; combate en donde se le presenta ocasión, sin ambages ni rodeos los atropellos que cometen los encargados de la cosa pública.

Fue fundador y propietario del periódico *La Propaganda*, que sostenía los ideales democráticos; hoy escribe en *Las Novedades*.

Es tan generoso que disculpa las faltas de sus amigos: su desprendimiento llega al extremo de sacrificar por ellos sus más caros intereses.

Valiéndonos de una frase vulgar, no le duelen prendas, tratándose de un amigo.

Es miembro del Ayuntamiento de esta capital, en cuya corporación tiene asiento preferente en los escaños de la minoría republicana. Allí ha sabido resolver con las relevantes dotes administrativas que le adornan, delicados problemas económicos.

Como orador, su palabra es fogosa; sus brillantes discursos sobre literatura, política y otras ciencias, son modelo de elocuencia.

Su voz es extensa y su lenguaje persuade y seduce como el de los grandes tribunos.

Habla en el Gabinete Instructivo, en donde ha evocado más de una vez, con dolor en el alma, traducido en conmovedoras frases, el sagrado recuerdo de su amante esposa, arrebatada por la muerte en edad prematura a su amor y el de sus hijos.

Pertenece a varias sociedades científicas y literarias del país y de Ultramar.

Edición de 1888, pp. 65-66.

Francisco Jordán [y Franchy]
[1886-1963]

Era casi un niño, el autor de este libro [*Adelfas y Cardos* *], cuando le conocimos, allá en su patria nativa, en la ciudad de aspecto semi moruno y semi veneciano, en la poética Arrecife, a orillas de aquella albufera hermosa, de aquel salado lago de San Ginés, que tantas y tan placenteras remembranzas, trae a nuestra memoria, de los risueños y felices días de la infancia.

Sin conocer la epístola *ad Pisone* ni ningún otro tratado de preceptiva literaria, Jordán comenzó a escribir versos, fáciles, fluidos, sembrados de cadencia y armonía. En esos ensayos líricos, el vate lanzaroteño revelaba una inspiración que subía a la altura de los poetas paganos, y un alma nacida para sentir e interpretar magistralmente la artística belleza. No se ciñe a los cánones literarios de la escuela clásica, ni a los de la romántica: crea nuevas formas, insurrecciona los ritmos del verso y las cláusulas del discurso, oficiando de iconoclasta en los altares augustos del arte.

No pertenece Jordán a los místicos ni a los parnasianos, ni a esos decadentes que se despeñan por las abruptas fragosidades del disparate. Su raigambre literaria está en el espíritu, esen-

cialmente criollo, apasionadamente enamorado del terruño, a la manera del poeta charro José Gabriel y Galán, insuperable cantor de los campos castellanos.

En la época en que tratamos al celebrado autor de *Adelfas y Cardos*, el que estas líneas escribe tuvo un Colegio de Segunda Enseñanza en Arrecife, incorporado al Instituto General y Técnico de esta provincia, y pudo apreciar de cerca las excelentes cualidades nativas de poeta del esclarecido joven, que por aquel entonces era objeto de bajas critiquillas por parte de una turbamulta de aristarcos de nuevo cuño, que no podían, en su tacaña sindéresis, comprender el fuego de la inspiración que abrasaba la mente del que es hoy orgullo y prez de las letras isleñas...

Los versos de Jordán, son tan dulces, como la miel de Himeto, y tan melancólicos, como el caer de las hojas.

Poeta de nervio, no esquiva las dificultades de la métrica, sino que las vence, con gallardías de sangre moza.

Su musa viste la nívea impoluta túnica de la Beatriz dantesca y sus estrofas son polícromas y multisonantes, como las del eximio autor de *Tristiae rerum*.

Recordamos que cuando el infortunado violinista Brindis de Salas, dio un concierto en el Teatro de La Democracia de Arrecife, en esa noche memorable para el arte lírico lanzaroteño, Jordán, obedeciendo a requerimientos del autor de este Prefacio, dedicó al excelso *Paganini negro* una bellísima composición poética, la que, leída por nosotros, mereció una delirante ovación por parte del público que asistió a aquella fiesta y los más entusiastas plácemes del inmortal concertista, quien le abrazó efusivamente, ante la concurrencia. Aquella noche, quedó Jordán consagrado con el óleo santo de la gloria.

Lean nuestros abonados las lindísimas poesías que contiene el elegante tomo que hoy nos presenta su autor, con el sugestivo título de *Adelfas y Cardos*.

Al azar abrimos el libro, que tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, y vemos en las composiciones que llevan por rótulo «Bonanza», «Adelfas y Cardos», «Lápida», «Frontón» y otras de igual fuste que son verdaderas perlas artísticas, engarzadas en el riquísimo joyel de la patria literatura.

Jordán obtuvo en honrosa lid, no ha mucho tiempo, la *Flor Natural*, en los Juegos Florales celebrados en la capital lanzaroteña. Esa composición es digna de su fama y de su estro vigoroso.

El nombre del vate que nos ocupa, ha traspasado muchas fronteras. Las más importantes revistas han publicado su retra-

to y han reproducido hermosas poesías de su libro titulado *Espigas y Amapolas*. Los grandes rotativos bonaerenses, se han ocupado, con encomios, de su producción literaria y periódicos ilustrados de Madrid y de Barcelona han tributado los más calurosos elogios al cantor del mar, al moderno Ignacio Negrín, que sobre el puente de un trasatlántico o de un interinsular, imita, con su lira de oro, esa *salvaje sinfonía de las olas y del viento*, que dijo el inmortal Núñez de Arce.

Continúe escribiendo renglones cortos, el inspirado poeta, a quien consagramos estas líneas, que las musas seguirán desgajando, sobre su frente olímpica, los apolíneos laureles.

A bordo del *León y Castillo*.

* Jordán, Francisco: *Adelfas y Cardos*.
Imprenta de Félix S. Molowny. Santa Cruz de Tenerife. 1914.

Dolores de Lavalle [Correas]
[1831-1926]

Ante la venerable matrona, cuyo excelso nombre sirve de epígrafe a estas líneas, nos quitamos respetuosamente el sombrero, y hasta el cráneo, en frase de Pérez Galdós.

Su complexión es robusta, bien formada es su cabeza, la frente alta y despejada, y hermosos los ojos.

Su característica es la nobleza de sentimientos verdaderamente filantrópicos.

La cuna de nuestra ilustre dama, se meció en la Colonia del Sacramento, en ese pueblo, cuyas calles y cuyos templos, bañó de sangre la guerra entre argentinos y brasileños, allá en la época de la dominación española. Allí comió el pan del ostracismo su padre, el general Lavalle, a causa de sus ideas políticas.

La actuación brillantísima y activa de nuestra biografiada, está impresa con caracteres imborrables en el desenvolvimiento intelectual de la metrópoli argentina.

Ha fundado sociedades benéficas, y entre otros centros docentes, estableció la primera Escuela Profesional de Mujeres que lleva su nombre, y que tanto ha contribuido a la cultura del bello sexo.

Es de estirpe de ilustre familia castellana, la señora a quien consagramos estos renglones. En su sala se ven panoplias, *bibelots* y escudos nobiliarios, que indican a las claras la realeza de tan respetable matrona, cuyo carácter bondadoso, y cuya generosidad sin límites, le han captado generales simpatías en el pueblo argentino.

Es nuestra heroína muy culta y de señaladísima afición a las letras. En su suntuosa morada se reunen personalidades que brillan en las ciencias y en la literatura patria.

En medio de las turbulencias políticas del país, la figura de nuestra dama se ha destacado notablemente por su gran espíritu liberal, heredado de su intrépido y valeroso padre, cuya espada abrumó de laureles la frente de esta joven República.

Varones insignes ha tenido en la Argentina la familia de Lavalle, y las personas que en este país llevan tan preclaro apellido se han asociado siempre a toda obra de progreso y de liberalismo.

La señora Lavalle ostenta honrosas condecoraciones, otorgadas por monarcas europeos, como premio a los grandes servicios que, en su calidad de presidenta de la Junta de Damas de Beneficencia, ha prestado en distintas ocasiones a muchos infelices extranjeros.

Fue presidenta de la Exposición del Congreso Internacional de Mujeres. Se distinguió en ese torneo de la inteligencia femenil, por las luces de su talento prodigioso.

Los desheredados de la fortuna, los modestos hijos del trabajo y todos aquellos que llevan en su espíritu las indelebles huellas de las injusticias de los hombres, las injurias y el desprecio de las clases adineradas, encuentran en nuestra dama, cuya prodigalidad es proverbial, lenitivo a sus penas morales, y a sus dolores físicos.

Durante los dos tercios del pasado siglo, la personalidad que nos ocupa, ha venido día tras día socorriendo a los menesterosos, llevando el consuelo al corazón del afligido, y el pan a las hambrientas fauces del pobre. ¡Salve, mil veces salve, incomparable matrona! Vuestra memoria, circundada con el nimbo de todas las virtudes, vivirá en el alma mientras haya una lágrima que enjugar y exista un desgraciado sobre la faz de la tierra.

Es peritísima en historia.

Su trato es dulce y afectuoso; en él se revela la distinción de su alcurnia.

En medio de los vistosos y artísticos muebles que decoran la sala de la señora Lavalle, se ve una verdadera reliquia histó-

rica, el ajedrez con que entretenían sus ratos de ocio, en la Colonia, del Sarmiento, el general Lavalle y el inmortal Rivadavia. Ese objeto de gran valor histórico, lo venera con adoración pagana la señora de Lavalle.

Cuando tan augusta dama trasponga la cumbre de la vida, ese día, que será infausto para la Argentina, aquel glorioso recuerdo pasará al Museo Nacional.

Edición de 1911.

José B. Lentini [y Lindo]
[1835-1862]

Las islas Canarias con sus montañas y valles de esmeralda, con sus espléndidas campiñas, con sus playas llenas de rumores en donde palpitan los ósculos del Océano, han producido en todas las épocas y en todos los tiempos verdaderos genios, que nos han legado el tesoro de sus ricas lucubraciones.

Bajo el hermoso cielo de las antiguas Afortunadas, Viana, Cairasco de Figueroa y otros egregios poetas entonaron hace algunos siglos inspiradas trovas, que han llegado hasta nosotros envueltas en el aroma de la poesía del terruño canario; de esa poesía viviente, que es el lenguaje que murmuran las ondas y remedan las auras entre las frondas del vergel.

Casi todos los canarios tienen alma de poeta: unos, por falta de instrucción se quedan enclavados en el ingrato yunque de la rima, otros marchan por sendas extraviadas hasta precipitarse en la sima del disparate, y unos cuantos, son los que han logrado cosechar lauros en el cultivo de las musas. Entre estos pocos figura el malogrado cantor don José B. Lentini.

Nuestra pluma ha trazado su nombre.

No despertemos al bardo que duerme en su humilde fosa.

¿Quién no conoce al melancólico trovador, cuyos armoniosos cantos se conservan en la memoria del pueblo que se recrea en el soberbio Coloso, a quien Lentini consagrara estos grandes e inspiradísimos versos?

¡Titánica montaña! ¡Teide padre,
que sirves a los cielos de escabel!
¿Qué idea hallar que a tu presencia cuadre?
¿Cuál es tu trono, di, cuál tu dosel?

No necesitamos marcar los rasgos de la personalidad literaria del vate, bástenos decir que sus ritmos no trazados a regla y a compás, libres de la falsedad y del convencionalismo viven y palpitan sacudidos por las ráfagas de una fogosa inspiración.

La brillantez del pensamiento y el vuelo de la fantasía constituyen el fondo del verdadero poeta. Esta verdad inconcusa la confirma gallardamente en sus versos el autor de este libro.

Todos los pueblos de la tierra repiten con veneración el nombre de los bardos.

Los hijos del Mediodía hasta los del Norte nebuloso se estremecen de júbilo al oír los cantos de sus cisnes.

También nuestras aisladas rocas, patria de ilustres guerreros y de eximios literatos, que vivirán mientras se hable el armonioso idioma de Cervantes, rinden homenaje a esos divinos soñadores que se han asociado a su gloria y a sus infortunios.

No hace muchos años, que los habitantes de esta capital vieron, con dolor en el corazón, al joven Lentini trocar su arpa de alambres de oro por el báculo del viajero.

Mientras el pueblo lloraba su eterna partida, quizás el alma del poeta escucharía con arrobador deleite las armonías incomparables del espacio infinito.

El primero de noviembre de 1862 fue día de luto para el Parnaso isleño.

Rara coincidencia: al llegar al umbral del cementerio, el féretro que encerraba el cadáver de Lentini penetraba también en el recinto de las tumbas, el de la inolvidable poetisa Victorina Bridoux y Mazzini, como si sus almas gemelas se hubiesen dado cita para bañarse en las celestes claridades de la eternidad, como si aquellas dos liras hubieran sido destinadas a no sonar la una sin la otra.

El genio de la muerte al sellar con fatídico beso los labios de ambos cantores, sus cadáveres en mudo, pero sublime lenguaje reclamaban tal vez una misma huesa, ya que idénticos fueron los dolores que torturaron sus espíritus.

***

Lentini desde el fondo de su hogar, luchando con las borrascas de la vida, arrancó a su laúd enérgicos acentos, cuando un pueblo esclavo despedazaba sobre la frente del tirano el yugo que lo oprimía.

De carácter libre, como las brisas que bañan sus nativas praderas, cantó a la púdica vestal que guarda en su braserillo de oro el fuego que se alimenta con la sangre de los mártires.

Su soneto intitulado *La Libertad*, mereció del eminente publicista don Roque Barcia lisonjeras frases, que alentaban a su autor a seguir por el camino emprendido.

Las estrofas de su valiente *Oda al General Prim* tienen un corte altivo y majestuoso.

El señor Lentini cantó también como el ruiseñor enamorado de sus patrias montañas. Su alma se embriagó con el hálito de nuestros campos, y de su pluma brotaron sentidos versos entre chispazos de luz.

Las flores de su huerto literario están empapadas con las lágrimas, que arrancaron a su espíritu las tribulaciones de una existencia llena de penalidades y sinsabores.

Nada más difícil que escribir un prólogo, que viene a ser puente levadizo por donde pasa el lector, ya sea de baja o de alta estatura intelectual; mas nosotros depusimos el temor que inspira nuestra insuficiencia, por corresponder a los reiterados ruegos de los hijos y de algunos amigos del finado poeta, para cuya frente tenía la gloria reservada su corona de laurel.

Tarea muy larga sería la de indicar todos los bellos pensamientos que esmaltan esta joya, que el público inteligente favorecerá con entusiasta acogida.

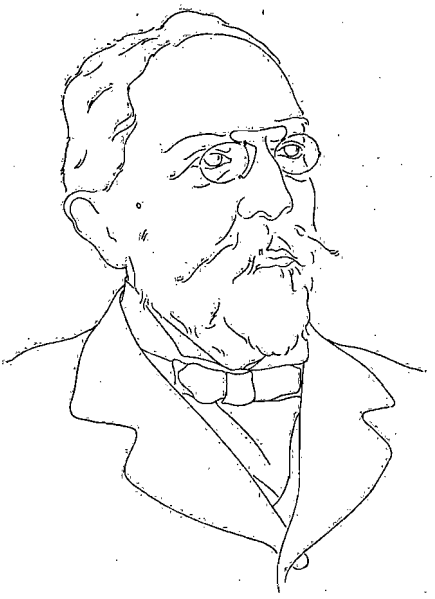
Don José B. Lentini nació en Las Palmas de Gran Canaria el día 14 de julio de 1835.

Fue hijo legítimo de don Benito Lentini y Messina, natural de Sicilia y de doña Tomasa Lindo y Pérez, de Santa Cruz de Tenerife.

Su padre desempeñó el cargo de director de música de la Catedral de Las Palmas, y siendo alcalde de la misma ciudad, mandó abrir una calle, que lleva su nombre.

El autor de esta obra, niño aún, se trasladó a la patria de su madre, y jugando con las cuerdas de su lira supo comunicar a sus estrofas toda la majestad del estupendo Teide.

Isaac Viera, prólogo a *Poesías* de José B. Lentini.
Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de Abelardo Bonnet.
San Francisco, 24. 1891, pp. 3-6.



JUAN DE LEÓN Y CASTILLO
[1834-1912]

Su nombre va unido al del Puerto de La luz.

El que estas líneas escribe, hace próximamente seis lustros, conoció aquel barrio marítimo.

En la época a que aludimos, lo constituían unas cuantas chozas de pescadores y un reducido número de zaquizamíes de modestos menestrales. Vida lánguida arrastraba aquel humilde y escaso vecindario, sin que en él se notara ninguna de las manifestaciones del progreso contemporáneo.

El vapor aún no había trazado su estela sobre el mar de aquella bahía, en cuyas azules aguas sólo se balanceaban unos barquichuelos dedicados a la pesca, y de tarde en tarde algún *pailebot* de los llamados de cabotaje.

De regreso de un largo y penoso viaje, años después, doblábamos la Isleta e ingenuamente confesamos la sorpresa que nos produjo el espectáculo que ante nuestra vista se desarrollara.

Extensos muelles en donde se confundía la ronca y atronadora voz de los trabajadores con el ciclópeo patear de la locomotora y los resoplidos feroces del vapor, cuyo negro penacho de humo caía a tierra transformado en sonora cascada de plata. Magníficos hoteles y establecimientos mercantiles, en cuyo

frente se leían descomunales rótulos, escritos en el idioma de Shakespeare, indicaban que el espíritu aventurero de extraños países había penetrado allí, llevando sus manufacturas y artefactos, y que la fiebre comercial, reemplazando a la atonía y al quietismo, invadía todas las clases sociales.

Aquel barrio, antes oscuro y misérrimo, renacía pletórico de vida entre el ruidoso movimiento del trabajo, a la poderosa voz del señor León y Castillo, repitiéndose una vez más la bellísima y simbólica leyenda del sagrado libro.

Ahí está la obra del ilustrado ingeniero; ahí está su patriótico pensamiento traducido en hechos con el apoyo valiosísimo de su hermano don Fernando, quien ha tenido para su patria nativa abiertas las arcas nacionales.

Podrá el Océano con las iras de sus tempestades arrasar el puerto de refugio, en cuyo cinturón de piedra ha dejado su huella el entendimiento humano; podrán las turbulentas olas barrer como escoba lo que allí ha levantado la robusta palanca del progreso, pero nuestro biografiado vivirá vida eterna en el *pensamiento impreso* que dio cuerpo y desarrollo a su obra.

El señor León y Castillo, inspirado en el amor a su patria, acaricia una idea, una empresa gigantesca, la apoya, comienza a trabajar con ardor y entusiasmo hasta que logra realizarla, y coronado por el éxito se presenta ante su pueblo envuelto en el nimbo de la gloria. Sus conciudadanos, ebrios de júbilo patriótico, le aclaman entre estruendosos vítores y frenéticos aplausos.

La prensa y la tribuna de Gran Canaria le tributan las más hiperbólicas alabanzas y el incienso de la lisonja parece saturar la atmósfera de aquella isla.

Es el ídolo de un pueblo, que lleva en su corazón los anhelos de quiméricos ideales.

Los magnates le saludan con respeto y la muchedumbre le considera como un nuevo Moisés, a quien piden la *tierra de promisión.*

Su talla fue creciendo, a medida que su hermano iba conquistando altas posiciones en las esferas gubernamentales.

A cada paso ascendía.

Hubo un momento en que nuestro héroe llegó a la cumbre: cuando omnímodamente disponía de los destinos de la provincia; cuando era jefe de Obras Públicas de la misma; cuando imponía su voluntad en los comicios populares, y en fin, cuando en las islas del grupo de oriente y en algunas del occidental se le tributaban grandes ovaciones; aunque éstas en determinadas localidades, sólo tenían por móviles el utilitarismo y la

adulación más servil.

Vino el rompimiento de relaciones entre los dos hermanos, y con él un cambio completo de decoración en la escena política de Canaria.

Cayó del pedestal el ídolo entre las diatribas de los que hasta ayer, como dóciles instrumentos, seguían sus inspiraciones.

A semejanza del cínico libertino, que aparta de su lado con horror y repugnancia a la tierna doncella seducida, después de estar ahíto de impúdicos placeres, así del ex-cacique se apartan y de su lado le arrojan los que a su sombra se hartaron con los suculentos manjares del presupuesto.

Sólo unas cuantas personalidades, dando pruebas de consecuencia y lealtad, siguen el astro que toca a su ocaso, mientras la inmensa mayoría se postra de hinojos ante el que alumbra en pleno cenit.

La prensa de Las Palmas entabla polémicas encarnizadas, que recuerdan los tiempos de Escipión y de Escalígero.

Periódicos que ayer deificaron a nuestro personaje, se atreven a zaherirle con frases más o menos sarcásticas.

En gran parte de la sociedad del citado pueblo hay una dolencia cruel, que desde tiempo remoto viene causando sus tristísimos efectos. Esa enfermedad, a que aludimos, se llama ingratitud.

El señor León y Castillo, que tanto ha contribuido con sus iniciativas y con sus luces al desenvolvimiento de los intereses de su país, conduciéndolo por la senda fecunda del progreso, como otros varios hijos ilustres del mismo suelo, recibe por único premio a su brillante labor cívica la mayor de las ingratitudes.

Su energía no se abate, y en vez de buscar como Cicerón refugio y solaz en las letras y en las ciencias, contra los desastres políticos, se afilia al canovismo, y sus amigos leales no le abandonan en esta nueva evolución.

Reorganizado el partido conservador en las islas del citado grupo oriental, e inspirado en el sentimiento patrio, o en el de su dignidad lastimada, lucha tenazmente contra el bando que capitanea el señor Massieu y Falcón, genuino representante en este Archipiélago de la política del actual embajador de España en París, y a éste le demuestra en las lides electorales, que tiene influencias y prestigio propios.

Algunas individualidades, que antes le servían como fámulos, más dignas de comer el rancho del presidiario, que de bullir en la política, le han hecho objeto de sus villanas rastrerías.

Levantó los planos, hizo el estudio y dirigió las obras del la-

zareto de Gando, y es autor de varios folletos y memorias sobre importantes cuestiones científicas.

Sus trabajos de ingeniería han merecido los plácemes del Gobierno y de eminentes sabios de Europa.

Es anglómano, probablemente por haber residido muchos años en Inglaterra. No tiene más poetas que Milton, Byron y Pope, ni más historiadores que Prescott y Macaulay y su lectura ordinaria es la *Edimburg Review*.

Aunque no se ha dedicado a la oratoria, habla con galanura y corrección.

Ascendido a inspector de Obras Públicas, no quiso desempeñar dicho cargo, mas cesó en la jefatura del ramo en estas islas.

Vive en Telde en donde tiene extensas propiedades. En esta ciudad nació el 21 de abril de 1834.

Edición de 1898, pp.

Rafael Lorenzo García
[1821-1910]

Como literato, como orador y abogado es muy conocido en estas islas.

Su pluma ha producido obras de extraordinario mérito, por la inmensa latitud de los conocimientos que abarcan.

Está versado en literatura antigua y moderna.

Es escritor clásico.

Jamás da un solo instante al ocio.

Las bellas letras le dominan por completo.

Desde joven se distinguió en el campo literario.

Su obra *La esclavitud y el Pauperismo en el Siglo XIX* es digna de leerse.

Es verdadero dechado de buen lenguaje; lo elegante del estilo y lo castizo de la frase, hacen que este hermoso libro sea una lectura llena de amenidad, en cuyas páginas se vierten raudales de erudición.

Ha escrito y publicado dos luminosas obras, cuyos títulos son *Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivientes* y *Triunfos de las ciencias.*

En ambas producciones hay novedad y brillantes rasgos de ingenio.

Libros como los que hemos citado honran las letras patrias y son, por decirlo así, monumentos de gloria que el poder de los tiempos respeta.

El señor Lorenzo García se distingue en la tribuna forense.

Sabe hermosear el rudo lenguaje jurídico con las galas literarias.

Ha dado a la estampa muchos folletos sobre diversos ramos del saber humano y ha colaborado en varios periódicos científicos y literarios de esta provincia.

La nieve de los años comunica a su semblante aspecto venerable.

Es miembro de varios centros de letras y de ciencias.

Nació en Las Palmas el 19 de agosto de 1821.

Edición de 1888, pp. 63-64.

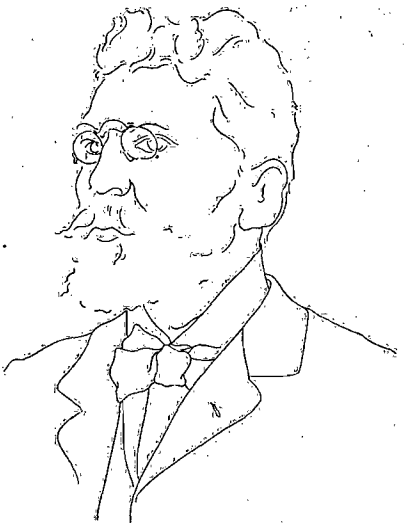
Antonio Macías Fuerte
[1862-¿?]

Nació en la isla de la Gomera el año de 1862; es fanático republicano federal, farmacéutico y literato. Escribe con bastante sencillez y corrección; su pluma sabe trazar páginas de sabor cervantino. Posee no muy vulgares conocimientos literarios. Maneja con más gusto la pluma que la espátula.

Su estilo le coloca al lado de los buenos prosistas: el príncipe de los ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra, es su modelo. Si se consagra de lleno al cultivo de las letras, llegaría a ser un literato de alto renombre; pero como está revuelto entre sublimados corrosivos, la Fama no se le acerca por temor de intoxicarse.

Ahora vive alejado del mundo literario, después de haber cosechado no pocos lauros en importantes publicaciones de Barcelona; sólo de vez en cuando aparece su nombre en las columnas de algún periódico de Santa Cruz de Tenerife.

Edición de 1888, p. 15.



Luis Maffiotte La-Roche
[1862-1937]

Maneja la oratoria, el ritmo y la prosa.

Su estilo sobrio y original le coloca al lado de los buenos escritores.

En sus trabajos se nota que la misma pluma que enaltece las glorias de la patria se pone la máscara de *Ortiguilla* para escribir con ático gracejo *La Quincena* de *La Ilustración de Canarias*.

En sus versos se siente la inspiración que brota franca y armoniosa; pero a nuestro juicio en lo que es inimitable el señor Maffiotte es en los artículos de crítica social o de costumbres.

En ese género de labor despliega todas sus cualidades de buen gusto y aticismo.

Obrero reposado de la inteligencia, marcha decididamente al porvenir.

Ha pronunciado brillantes discursos en el Gabinete Instructivo.

Tiene relevantes dotes oratorias.

Cursó las asignaturas del bachillerato en el Establecimiento de Segunda Enseñanza de Santa Cruz de Tenerife y ha continuado sus estudios en la Universidad de Madrid, en cuya capital vive desde hace algún tiempo.

Actualmente desempeña un destino en las oficinas del Ministerio de Hacienda y colabora en el periódico literario *La Guirnalda*.

Nació en Las Palmas el año de 1864.

Edición de 1888, pp. 125-126.

Miguel Maffiotte y La-Roche
[1848-1917]

No hay que confundirlo con don Miguel Maffiotte y Miller, antiguo catedrático de la Escuela profesional de Náutica de esta provincia, combatiente en Trafalgar y abuelo de nuestro héroe.

Es hijo del señor don Pedro Maffiotte, citado por el gran Lyell en su *Geología*.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 4 de octubre de 1848, razón por la cual su segundo nombre es Francisco de Asís.

Desde pequeño se distinguió por su afición a todo lo que no le importaba y por sus tendencias demasiado independientes.

Jamás pudo ajustarse a nada sujeto a reglas.

Fue uno de los alumnos más desaplicados del colegio de San Agustín de Las Palmas y de la Escuela de Comercio de dicha ciudad. Sin embargo lo que allá en sus adentros veía y comprendía no lo olvidó jamás.

Cuando se vio libre de maestros comenzó a estudiar con provecho, pero de una manera que no es muy general ni puede aconsejarse, porque pertenece más bien al carácter del individuo que a otra cosa.

Parece en contradicción consigo mismo.

Aunque de trato amable y cortés, tiene algo de poco sufrido.

En lo que es constante es en su misma constancia.

Empezó con la ciencia por un lado y la literatura por otro, y no las ha dejado ni un momento aunque a su manera.

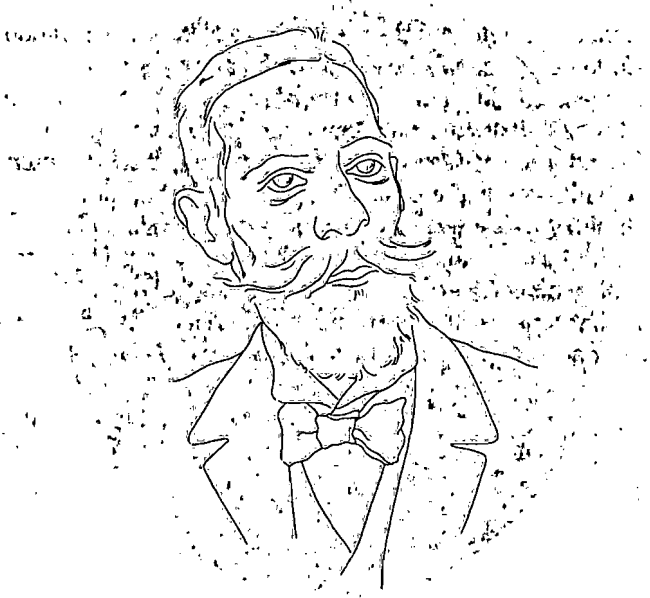
Escribe con sencillez, pero después de publicados sus escritos daría las orejas por despublicarlos.

Al principio corregía demasiado y ya no corrige nada.

Es uno de los fundadores del Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife, del cual ha sido secretario.

Actualmente es miembro de la comisión local de pesca y de varios centros de ciencias y literatura del extranjero.

Edición de 1888, pp. 87-88.



ANTONIO MARÍA MANRIQUE [Y SAAVEDRA]
[1837-1906]

Registra la fe pública en una de las notarías de Arrecife y trabaja sobre investigaciones histórico-geográficas.

Cursó la segunda enseñanza en el colegio de San Agustín de Las Palmas.

Después de viajar por Venezuela, Puerto Rico y Cuba, estudió el notariado en la escuela libre que se estableció en Gran Canaria.

Escribe con sencillez y corrección; pero, cuántos *distingos* escolásticos no haría a nuestras palabras un académico convencido.

En su frase mal peinada se introduce a cada momento ese compañero que se llama el *galicismo*.

Sobre la situación de Mar Pequeña publicó en el ilustrado periódico *El Memorandum*, de esta capital, una serie de luminosos artículos que le han conquistado alto renombre entre los amantes del saber.

El señor Manrique cuenta con una brillante hoja de servicios, digna de ser exhibida por un incansable obrero del pensamiento humano.

Siempre está en la brecha y jamás cansado en el combate. Su decisión inquebrantable y su entusiasmo que nunca flaquea no le hacen sentir el desencanto que amarga la vida y esteriliza los frutos del espíritu.

Es autor de un *Compendio de Gramática Castellana*, publicado en 1886, y de un opúsculo titulado *Lecciones de Dibujo Lineal y Nociones de Geometría*, que vio la luz en 1869.

Sus obras inéditas son *Comentarios al periplo de Hannón*, *El Enigma de Las Afortunadas* y *Guanahaní*, esta última determina el derrotero que Colón siguió por las Bahamas, y la primera tierra a que aportó en su glorioso viaje al Nuevo Continente, refutando cuanto hasta el día han escrito sobre el particular eminentes geógrafos.

Ha colaborado en infinidad de periódicos canarios y peninsulares.

El trabajo que más sobresale es *El lenguaje de los antiguos canarios*, que vio la luz en la *Revista de Canarias* y en *El Horizonte* de Arrecife.

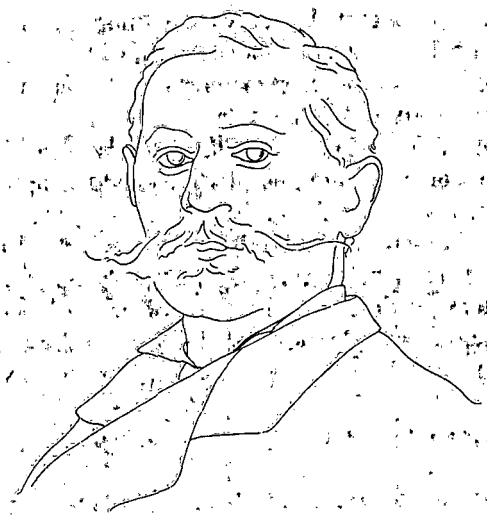
Recientemente ha dado a la estampa un *Resumen de la Historia de Lanzarote y Fuerteventura*.

Hoy escribe una novelita histórica titulada *El Castillo de Zonzamas*.

Pertenece a varios centros científicos y literarios de dentro y fuera del país.

Nació en Tetir de Fuerteventura en septiembre de 1837.

Edición de 1888, pp. 81-82.



Amaranto Martínez de Escobar [y Luján]
[1835-1912]

Como abogado y poeta es muy conocido dentro y fuera de este Archipiélago.

Desde joven se distinguió por sus ideas republicanas.

Como prosista no inmola el epíteto a la idea, porque aspira a que su nombre traspase los estrechos límites de un libro.

Su estilo galano, lleno de matices fulgurantes, revela al literato de raza; sus trabajos nos recuerdan el buen tono y pulimento de la prosa aristocrática de Feuillet.

Sus versos tienen esa corrección griega, ese perfume que flota y no se evapora.

Jamás se encuentran en ellos esas notas febles que quieren pasar por de buena ley.

Sus estrofas tienen la dulzura del *Cantar de los Cantares*.

Talento refinado, se distingue por la suavidad y por la cadencia del verso que parece suspirar.

Muchas de sus composiciones poéticas se guardan con encanto en la memoria, porque son escritas por una pluma avezada a las luchas de la versificación.

Es felicísimo en sus espinelas.

Ha dirigido, entre otros periódicos, *El País*.

Es orador grandilocuente, su palabra tiene rasgos atrevidos y brillantes.

Conoce con igual propiedad *Las Partidas* y la *Instituta* que la epístola *ad Pisones*.

Ha sido director de la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, en cuya ciudad nació el 25 de abril de 1835.

En sus polémicas se oculta la intención picante bajo las morbideces y dulzuras de la expresión, como el puñal de Harmodio entre las flores.

Su trato es en extremo afable y cortés.

Edición de 1888, pp. 83-84.

Ángela Mazzini [y Bricala]
[1821-1894]

Se entretenía en su juventud en diseñar con mágico pincel las seductoras imágenes del amor y de la gloria.

Le inspiraban las tintas violáceas del crepúsculo y el canto de las aves.

Sus versos, empapados de rocío, eran alegres como las ilusiones de un revolucionario.

Cuando vuelve la vista al pasado, exhala tristes quejas que conmueven al mismo tiempo que traza un bello cuadro de felicidad perdida.

Es una poetisa que vive de recuerdos, de horizontes soñados y de imágenes desvanecidas.

La señora Mazzini, que en el combate de la vida ha visto desaparecer los seres más queridos de su alma, sufriendo esas borrascas internas, nos conmueve cuando canta, porque su dolor no es postizo sino verdadero.

Las notas de su lira son tan melancólicas como el caer de las hojas o el gemido de la alondra.

Sus estrofas, que rivalizan con las de Carolina Coronado, tienen corte altivo y majestuoso.

No es la literata hombruna que da comedias al teatro y se codea con actores y tramoyistas.

Es espiritual escritora que como la inspirada Viedma, erige al arte, en el fondo de su hogar, altares en cuyos mármoles esparce las siemprevivas flores de su virtud.

Muchas veces su musa se reanima con la visión de las pasadas glorias de la patria y se alimenta con la contemplación de la Naturaleza.

Es también prosista; en sus escritos hay perfiles delicados, puridad en la dicción y fluidez en el estilo.

La Filosofía es su estudio favorito.

Sus trabajos en esta ciencia brillan a gran altura.

Ha visitado las más importantes capitales de Europa.

Posee a la perfección y los habla como el nativo, los idiomas francés, inglés e italiano.

Es pulcra en el vestir.

No desdeña los encantos del tocador, a pesar de tener blanco el cabello.

Nació en Cádiz por el año de 1829.

Edición de 1888, pp. 149-150.

Donato Medina

Herbert Spencer dice que hay poesía en el cielo nuboso de una noche negra. Nosotros, parodiando la frase del insigne autor de *La Educación Intelectual*, diremos que también existe poesía en la improba y espinosa misión de inculcar gradualmente en la tierna capacidad de los niños, los rudimentos del saber humano. *Sinite parvulus venire ad me*. Esta sublime frase del inimitable maestro de Galilea, la repite con frecuencia Medina.

¡Qué cuadro más hermoso y angelicalmente encantador presenta un plantel de primera enseñanza! El maestro moldea con la ductilidad de la cera, el alma de esas infantiles criaturas y las nutre con el pan eucarístico de la instrucción, para los futuros batallares de la vida.

La Argentina debe su hermoso presente a Sarmiento y a Rivadavia, que con ojo de águila, con la intuición del genio, vieron que la enseñanza popular era el paladión de todas las libertades y la piedra angular de la república, por lo que, aquellos dos estadistas ilustres consagraron todos sus afanes y desvelos a difundir la luz intelectual por el territorio de la nación.

Donato Medina, durante veinte y un años ha venido día por día, consagrándose a la ardua tarea de transmitir a la inteligencia de los niños los principios y los corolarios de la ciencia. Y en esa labor silenciosa, como la del gusano de seda, ha sentido sobre su rostro las cálidas arenas del Fezán de las ingratitudes, pero nuestro educacionista, al propio tiempo, en medio de esos sinsabores inherentes a su carrera profesional, experimenta la grata satisfacción del deber cumplido, de que hay quien tribute aplausos a su laboriosidad y perseverancia.

Nuestro héroe en ese largo lapso de tiempo que lleva contraído al espinoso apostolado de la enseñanza, ha comprobado la exactitud de aquella gran verdad que elocuentemente expresa Castelar, cuando dice, que una letra de molde tiene más brillo que una estrella del cielo, pues Medina, con un libro abierto y una pluma ha contribuido al esplendor, a la florescencia intelectual de la República Argentina.

Nació el pedagogo que nos ocupa en Yaiza de Lanzarote (Canarias), y desde su más tierna edad se halla en Buenos Aires, en donde cursó los estudios de la carrera del Magisterio. Ha dirigido la escuela de la Floresta, y muchos de los que fueron sus discípulos hoy son ingenieros o reputados doctores en Medicina o en Jurisprudencia. Actualmente es director de la clase de trabajo manual de dicho establecimiento docente.

El modesto e infatigable obrero de la inteligencia, cuya, semblanza hemos trazado, a grandes rasgos, es argentino de corazón, pero siempre recuerda con cariño el pobre hogar de su nacimiento.

Edición de 1911.

ANGEL M. MENCHACA
[1855-1924]

Su talento es verdaderamente enciclopédico.

Necesitaríamos una plancha de acero para burilar la personalidad de Menchaca, cuyo perfil se destaca en los horizontes, fuera de los linderos de su patria.

Poeta delicadísimo e inspirado, compositor músico de grandes vuelos, taquígrafo y filólogo eminente, todo eso es Menchaca en una sola pieza.

Por la inmensa latitud de los conocimiento que abarca nos deslumbra el eximio argentino que nos ocupa, a la manera de las facetas heridas por los rayos del sol.

Es polemista de acometividad irresistible. Cuando ataca pulveriza al adversario.

Es orador de dialéctica algebráica, que bien pudiera llamarse suya.

Con la misma facilidad maneja el metro y la rima que el contrapunto y fuga.

Es inventor de un concienzudo y lógico sistema de escritura musical, que ha merecido los más entusiastas elogios de maestros tan reputados como Bretón, Villa y el malogrado Chapí.

Menchaca en la vieja Europa acaba de alcanzar un éxito brillantísimo, que ha superado a todas las esperanzas, dando conferencias en París, Madrid y Milán, acerca de su invento, que está llamado a causar una verdadera revolución en el mundo del arte. En el palacio de la infanta Isabel, ante numeroso e ilustrado auditorio, dió nuestro personaje una conferencia, exponiendo las ventajas de su sistema, sobre el pentagramal, que le valió estruendosas y delirantes ovaciones.

Allí el insigne maestro demostró por a + b que su invento facilita y simplifica el aprendizaje de la música, sin emplear líneas adicionales ni divisorias ni de esa balumba de signos que embarazan y dificultan el estudio del divino arte.

Rubén Darío, el ilustre poeta nicaragüense con la intuición del genio, vaticinó, desde las columnas de *La Nación* de esta ciudad, el triunfo del invento de Menchaca.

La República Argentina debe estar orgullosa, no sólo por ser patria de tantos héroes y artistas, sino también por ser cuna de un genio que ha recibido los aplausos rumurosos de ambos mundos.

Menchaca ha dado a la escena dramas y comedias que son legítimas joyas del teatro argentino.

Su bellísimo poema titulado «Al Arte», que ha merecido calurosos elogios de la crítica, tiene versos sembrados de cadencia y armonía, dignos de los mejores líricos.

Nuestro personaje obtuvo, cuando fue a París presidiendo la comisión de taquígrafos argentinos, las Palmas académicas otorgadas por Sadi Carnot.

Caras y Caretas y *P B T*, han engalanado sus columnas con composiciones poéticas de Menchaca.

Su musa es juguetona y festiva.

Sus renglones cortos, titulados «Completo», están salpicados con el espíritu chispeante de la sátira y rebosan gracejo humorístico.

Menchaca nos recuerda, por la nobleza de sus procederes, a uno de aquellos caballeros de la Edad Media.

Edición de 1911.

Manuel Mendoza Morales
(1812-1898)

Es un viejo de fisonomía simpática. Usa antiparras, al través de cuyos cristales centellean unos ojillos vivaces, reveladores de sagacidad e inteligencia.

El personaje que intentamos biografiar nació en Santa Cruz de La Palma el año de 1812.

Vino al mundo en la época en que con la levadura de la Revolución Francesa se amasara el pan eucarístico con que se nutrió el espíritu de aquellas célebres Cortes que en el peñón gaditano, teatro de tantas glorias, abrieron brecha anchísima en el alcázar de la tradición, por donde penetraron los tibios e inextinguibles resplandores de la Libertad, iluminando la conciencia de los pueblos.

Su cuna, pues, se meció entre los alegres cánticos de los oprimidos y los rabiosos anatemas de los privilegiados.

Siendo todavía muy niño, entró el señor Mendoza, en calidad de amanuense, en el bufete de un letrado compatriota suyo, que conquistó puesto prominente en el foro isleño.

Su infancia se deslizó entre autos de menor y mayor cuantía, entre interdictos y otros chirimbolos curialescos.

Las hermosas ilusiones de la edad primera, apenas nacidas en su alma, se desvanecieron al tocar la realidad de la vida; al ver muchas veces el sofisma venciendo a la verdad; la astucia, a la razón, la perfidia, a la inocencia. También la tortuga venció a la liebre en la carrera, según nos refiere La Fontaine.

Joven aún, pero con la experiencia de un anciano, penetró por las estrechas puertas del periodismo en el campo de la política.

Liberal de arraigadas convicciones, sostiene empeñada lid contra el partido que acaudilla su paisano el célebre jurisconsulto don Silvestre Batista. En aquella contienda, con su voluntad de hierro y con los recursos de su ingenio, hizo morder más de una vez el polvo de la derrota a su poderoso enemigo.

Por sus ideas avanzadas fue desterrado el señor Mendoza, en unión de otros distinguidos palmenses, a la isla de Tenerife.

Desde el fondo de su prisión [estuvo encerrado en el fuerte de Paso Alto] lanzó enérgica protesta contra sus adversarios, sosteniendo con valentía los principios políticos que había defendido en su patria, de palabra y por escrito.

Lo que más le distingue es la asiduidad en el trabajo. No da un solo momento de reposo a la pluma.

Ha escrito más en papel sellado y de oficio que los actuarios del Juzgado de La Palma.

En lucha abierta en 1886 contra los elementos que en aquel distrito disponían de la fuerza oficial, sacó victoriosa de las urnas la candidatura para diputado a Cortes de su hijo el letrado don Francisco, entonces residente en Madrid, en donde contrajo matrimonio con una distinguida señorita de aquella capital.

Fue jefe del partido constitucional de su isla nativa.

Cuenta en ella con decisivas influencias que le han conquistado alta nombradía en los fastos electorales de esta provincia.

Sin haber obtenido el título de abogado, conoce la *Instituta*, las leyes de Toro, el *Fuero Juzgo* y otras fuentes del Derecho, y toda la legislación moderna de España.

Ha sufrido ataques desleales en la prensa, pero nuestro héroe ha sabido devolver el insulto por insulto parapetado tras las columnas de un periódico.

El señor Mendoza, a pesar de poseer una fortuna verdaderamente considerable, y de tener una servidumbre numerosa, jamás ha molestado, no estando enfermo, a ningún doméstico ni a los miembros de su familia.

Un día entramos en su despacho y le encontramos armado de aguja y dedal, zurciendo unos pantalones.

—Don Manuel, le dijimos, ¿cómo así se ocupa V. en esas tareas?

—Porque me agrada, nos contestó, recordar los verdores de la juventud: ha de saber V., añadió en tono sentencioso, que el verdadero curial se parece al sastre en que maneja la aguja y en que corta cuando hay *tela*.

***

En prensa ya este libro hemos sabido con sentimiento la defunción del señor Mendoza.

Séale la tierra leve.

Edición de 1898, pp. 169-172.

AGUSTÍN MILLARES TORRES
[1826-1896]

Escribe en prosa y en verso, compone música y registra la fe pública en una de las notarías de Las Palmas, en cuya ciudad nació el 25 de agosto de 1826.

Desde joven se dedicó al estudio de la literatura.

La gloria con sus mágicos resplandores le deslumbraba.

En 1860, dio a la estampa la *Historia de Gran Canaria*, obra modelo de los buenos modos del decir castellano, que encierra curiosísimos episodios, narrados magistralmente.

Más tarde se despertó en su alma el deseo de dar a conocer las primicias del ingenio canario, casi olvidadas en la memoria de nuestros pueblos, y publicó un libro titulado *Biografías de canarios célebres*, en donde figura esa brillante pléyade de varones ilustres que elevaron a las antiguas Afortunadas a una altura verdaderamente envidiable.

En esas biografías, resalta el colorido del pincel de Goya.

Es estilista de primer orden.

Sus novelas se distinguen por el naturalismo.

Posee un fecundo manantial de conocimientos históricos y literarios.

Ha cultivado con buen éxito la novela y en este género de literatura ha producido obras muy notables, como *Eduardo Alar, Esperanza, Aventuras de un converso* y otras.

En todas ellas resplandecen sus excepcionales dotes de escritor selecto; hay gallardía en la forma, novedad y brillantez en el pensamiento.

No sólo se distingue como prosista, sino también como compositor-músico y poeta.

Sus ritmos, sencillos y cadenciosos, destilan la miel de la inspiración.

Sus zarzuelas llevan letra y música de nuestro biografiado.

En 1845 escribió la que tiene por título *Un disfraz*, en un acto, cuya música es delicada y brillante y los versos acabadísimos.

Pueden citarse otras llenas de idealismo y de rica armonía, como *Pruebas de amor*, en tres actos, *Adalmina* y *El misterio de la vida*, ésta última escrita en el corriente año.

Lo mismo maneja la pluma del escritor, que la lira del poeta y el compás de Arquíloco.

Con igual soltura que revuelve protocolos, traza páginas en pintoresca prosa, escribe versos, o combina armónicas notas.

Fundó *El Porvenir*, primer periódico que se publicó en Las Palmas.

Dirigió y redactó *El Ómnibus, El Canario* y otras conocidas publicaciones.

Fundó, asimismo, la primera Sociedad Filarmónica que existió en aquella ciudad, en los años de 1855 a 57.

Es enciclopedista. Ha enriquecido la literatura canaria con las bellísimas producciones de su ingenio. Sus obras no sólo le han conquistado el tópico elogio, sino también universales aplausos.

A pesar de estar viejo, su pluma no ha perdido el vigor y la frescura; trabaja incansablemente en el cultivo de las letras y del divino arte.

Tiene trato esmerado.

Edición de 1888, pp. 29-31.

Miguel Miranda León
[1827-1922]

En su juventud almacenaba caracteres de plomo en los cajetines; manejaba el rodillo y le inspiraban sus mejores versos las auras de la Libertad.

En el establecimiento titulado Imprenta Isleña, comenzó a escribir para el público; pasó desde el humilde puesto de cajista al de literato.

Debemos recordar que de la referida Imprenta Isleña, salió aquella brillante pléyade de jóvenes escritores, que cultivaron con provecho las letras canarias. Los Marrero, Padilla y otros poetas, cuyas producciones son tan celebradas como bellísimas, lo mismo que tipógrafos como los Hernández [don Francisco C.] e Izquierdo [don Nicolás] cuyos trabajos han honrado el arte de Guttemberg en esta provincia.

El señor Miranda, sin haber traspasado los umbrales de ningún colegio, y mucho menos conocer la célebre epístola de Horacio, escribe en prosa y en verso con bastante corrección y gallardía.

El escritor para ser bueno no necesita el acicalamiento metódico de un cincel de maestro de escuela.

Burns tampoco conoció los preceptos del arte, dados por el referido poeta latino, y sin embargo nadie como él manejaba la rima, porque la luz del genio iluminaba su alma.

Publicó nuestro biografiado en *La Crónica* de Arrecife, un trabajo histórico titulado «Leyenda lanzaroteña», narración sobria y original, en donde revela dotes no muy comunes para la descriptiva.

Fundó y redacta la revista espiritista *La Caridad*, en cuyas columnas ha defendido con brillantez y valentía las doctrinas de Allan Kardec.

Como polemista es cortés; recuerda aquellos héroes caballerescos que en los duelos invitaban a hacer fuego primero a sus adversarios.

Su frase colorida llena de sobria viveza y su estilo florido le colocan al lado de los buenos prosistas contemporáneos de esta provincia.

Hoy tiene en vías de dar a la estampa su novela *Los lazos de familia*, sometida a esa última elaboración que es el barniz de todas las producciones.

El espiritismo, cuya bandera sostuvo enhiesta en este Archipiélago el malogrado Marqués de la Florida, ha encontrado en nuestro héroe un propagandista infatigable, en la tribuna de la prensa.

Quizá por el calor con que defiende sus ideas, alguien ha dicho que su organismo intelectual se halla atrofiado; pero nosotros creemos que el que escribe correcta prosa y sondea con atrevimiento las heridas morales de nuestra época es un espíritu clarividente.

Practica la caridad.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el año de 1827.

Edición de 1888, pp. 147-148.

GONZALO MOLINA PÉREZ

Al trazar este tosco bosquejo no prodigaremos la lisonja por no encarnar en nuestro independiente espíritu. No penetrará nuestra pluma en el tintero de las adulaciones, porque el único patrimonio que poseemos es esta honrada pluma, pobre siempre, por no haber sido nunca débil ni tornadiza.

Basta de prefacio. Los lectores juzgarán de la rectitud de nuestros propósitos.

El señor Molina Pérez es una personalidad tan saliente en el comercio de Arrecife que, como emprendedor y resuelto, nadie le aventaja entre sus coterráneos.

En las tiendas, en los talleres, en el mercado, en los muelles y en las calles, se habla casi a diario del talento mercantil de nuestro personaje.

Como concejal que fue —hace una década— del Ayuntamiento de Arrecife, prestó a dicho municipio servicios de utilidad suma. En el seno de aquella Corporación libró, en unión de otros ediles patriotas, una vigorosa campaña en pro de los intereses comunales.

Colocado siempre en la vanguardia de los defensores de los sacratísimos derechos populares, lucha como un héroe y vence como un caudillo, que logra implantar su bandera en la fortaleza enemiga.

Demócrata ferviente, rinde idolátrico culto a sus ideales políticos.

Buen amigo de los que en su amistad consiguen puesto, es tenaz en sus enemistades, no siendo de los que hoy estrechan la mano de los que rechazaron ayer.

Es el tipo robusto, rollizo, que nos recuerda aquella tan conocida caricatura del comerciante que vende al contado.

Aunque según rumor público, el señor Molina Pérez tiene algunos libros llenos de cuentas pendientes de cobro.

Extraña a veces, y maravilla al vulgo generalmente, o a quienes no analizan las concausas que en una entidad moral concurren y en las condiciones personales que en un comerciante se juntan, que tal o cual individualidad haga en breve lapso un capital relativamente considerable. No meditan los que así se sorprenden que esto tiene su explicación lógica, por estas mismas condiciones excepcionales y por estas mismas concausas, que favorecen el medio material de quien, como el señor Molina Pérez, posee, además de su reconocida actividad, un talento práctico, muy poco común ciertamente.

Tal es, a grandes rasgos bosquejada, la semblanza del distinguido patricio lanzaroteño, que ostenta actualmente en la Asamblea provincial de Puertos Francos, la genuina representación de su isla nativa.

Enérgico con los fuertes, caritativo con los débiles, modesto y humilde es nuestro biografiado, pero grande en su humildad.

Don Gonzalo con regalo
vive, trabajando mucho,
y en el comercio es muy ducho
el amigo don Gonzalo.

«Perfiles lanzaroteños».
Diario de Tenerife, 24 de septiembre de 1900. p. 3.

JOSÉ MORA Y BERÚFF
[1838-1911]

Hijo distinguido de la democrática capital de Canarias, el padre Mora —como se le llama desde los abruptos riscos de Anaga hasta la Punta de Teno— es digno sucesor de aquellos apóstoles de la Iglesia, a quienes dijo Jesús de Galilea:

qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit.

Enamorado desde niño de la historia de aquel altivo pueblo, cuyos gloriosos timbres ha enaltecido con fácil y elocuente palabra en la cátedra evangélica, ha puesto sobre el altar donde celebra el sacrificio de la misa la imagen sacrosanta de la patria.

El espectáculo grandioso que ofrecen el mar y el Teide, éste coronado de blancas nubes, ansioso de llegar a los cielos, y aquel, ora turbulento, osando lanzar las espumas de sus iras a la faz del gigante, ya en la placidez de su calma, desatando collares de perlas en las playas de la gentil Nivaria, ese espectáculo magnífico, repetimos, ha inspirado sin duda a nuestro sacerdote estas palabras dignas de aquellos mitológicos héroes de la ilustre Grecia:

Patria mihi vita mea multi et carior.

Esta frase es el vivo reflejo de un espíritu que se baña en las celestes claridades de un ideal santo.

Pocos han sentido como el padre Mora la vida de la patria.

Los espléndidos paisajes de su suelo natal, las bellísimas tradiciones religiosas, que se conservan en el hogar del isleño creyente, como místicas flores nacidas entre las grietas de nuestras rocas, y el recuerdo de las glorias tinerfeñas, han prestado a su oratoria, las más hermosas galas, los más seductores encantos.

Si nuestro biografiado hubiese nacido en los tiempos de aquel fenómeno de emperadores romanos, que por sus inauditas crueldades tiene la maldición de la historia, hubiera ceñido a su frente la corona del martirio, abrazado al Lábaro de la Buena Nueva, entonando himnos de alabanza, como aquellas víctimas, cuyos nombres nos ha revelado Tácito y con cuya sangre se nutrió el árbol majestuoso del Cristianismo, el cual, a la manera de la bíblica rama de almendro de los Aarónidas, se cubrió de flores y sazonados frutos.

Nuestro personaje cursó sus estudios en el Seminario Conciliar de Las Palmas.

Cantó su primera misa en 1862.

En el citado año desempeñó el cargo de capellán en el Hospital Civil de Santa Cruz de Tenerife, en cuya fecha estuvo la expresada ciudad invadida por el tifus americano.

Al entonces novel sacerdote se le vio lleno de abnegación sublime, en medio de los estragos de la mortífera epidemia, consolando al enfermo, llevando a su cabecera el alimento de la materia y del espíritu, con ese solícito cariño, propio tan sólo de esas almas nacidas para enjugar con el blanco lienzo de la caridad las lágrimas del infortunio y de la miseria.

Cuando muchos años después, el terrible huésped del Ganges difundía la desolación y la muerte entre los habitantes de la citada invicta capital; cuando el ave de las desgracias sociales batía sus negras alas sobre aquel pueblo, llamando a todas las puertas con fatídicos acentos, que ponían espanto en el corazón más esforzado, se vio surgir en aquel cuadro sombrío la figura simpática y luminosa del padre Mora, quien, al saber que el azote indiano sembraba la muerte y el luto en su querida localidad, abandona el augusto cargo que desempeña en la catedral de La Laguna, para luchar al lado de sus heroicos hermanos contra tan artero como devastador enemigo, jurando vencer o morir abroquelado en su incorruptible patriotismo.

Alma templada en las amargas aguas de la adversidad, en aquella penosa brega supo inspirar al pobre la resignación, al enfermo la paciencia, al rico la misericordia y contribuyó eficazmente a salvar a su patria de una espantosa ruina con los recursos de su inagotable amor cívico.

Le vimos recogiendo las lágrimas del huérfano, socorriendo a la desolada viuda, y en fin, llevando a todos los desheredados de la fortuna el pan bendito de la filantropía.

Con inspiradas frases, en las que parece se perciben los centelleos de esas quiméricas estrellas de gloria, que persigue nuestra delirante imaginación, ha despedido siempre a aquellos compatriotas que, en cumplimiento de un deber altísimo, han partido a lejanas regiones para defender la integridad del suelo hispano, llevando en su corazón el valor legendario de nuestra raza y en su alma los purísimos ósculos maternales impregnados de lágrimas y suspiros.

Organizó el padre Mora, secundado por la entusiasta sociedad La X, de Santa Cruz de Santa Cruz de Tenerife, espléndidos bazares, con cuyos productos se viene desde hace algún tiempo socorriendo a aquellos de nuestros paisanos, que regresan de las campañas de Cuba y Filipinas heridos o enfermos, y a las familias pobres de los que sucumben, luchando en defensa de la patria.

Dudamos que exista púlpito de ermita ni de parroquia en Tenerife, que su planta no haya escalado.

Sus sermones se cuentan por centenares.

Impresas en elegantes folletos conocemos las sendas oraciones que pronunciara en los funerales del almirante chileno Linch, en los celebrados por el alma de los náufragos del crucero *Reina Regente*, en los del centenario conmemorativo de la derrota de Sir Horacio Nelson en 1797 y en los de don Antonio Cánovas del Castillo.

Fundó con don Pedro Mariano Ramírez la primera Sociedad Constructora que por los años de 1865 y siguientes existió en Santa Cruz de Tenerife, y la de Edificaciones Económicas, que hoy está prestando grandes ventajas a la clase obrera de aquella capital.

En casi todas las festividades, que en la misma se han verificado en estos últimos tiempos, el padre Mora ha trabajado incesantemente, dándoles esplendor y lucimiento con sus felices iniciativas.

Está condecorado con la Cruz de la Orden Civil de Beneficencia, con la Encomienda de la Real y Distinguida Orden de

Isabel la Católica, con la Cruz de la Orden del Mérito Militar de primera clase y con la Medalla de Oro de la Cruz Roja; pero por encima de estas insignias honoríficas, están su gran prestigio y popularidad y sus ejemplares virtudes cívicas y verdaderamente cristianas.

Es de alta estatura, grueso y coloradote.

Tiene un memorión asombroso.

Sacerdotes como el que nos ocupa hallarán en el culto de su conciencia una fuente purísima de inefables goces, y mañana ascenderán por esa escala luminosa formada con lágrimas de gratitud, al seno mismo de la gloria eterna.

Nació en julio de 1838.

Edición de 1898, pp. 147-151.

Domingo Morales
[1843-1915]

Es de la madera de los buenos educacionistas. Ocupa uno de los puestos más prominentes entre sus compañeros de la República Argentina.

Cursó el bachillerato y la carrera del Magisterio en La Laguna [Tenerife], y fue uno de los más aventajados alumnos del Instituto General y Técnico de Canarias.

Joven aún, en el comienzo de esa edad feliz, cuando las ilusiones nos sonríen, se trasladó a Buenos Aires, en busca de más amplios horizontes para su fantasía pletórica de creaciones geniales y para su corazón henchido de nobles ambiciones, de porvenir y gloria.

Su carácter es libre e independiente como las costumbres y las brisas de América, de esta hermosa tierra, cuna clásica de la democracia.

En Buenos Aires desempeñó con gran competencia las mejores cátedras en los Institutos de Segunda Enseñanza, y asistió a la vez como alumno, a la Facultad de Filosofía y Letras, cursando con brillantez y notable aprovechamiento los primeros años de la carrera. Se vió obligado a suspender sus

estudios filosóficos y literarios, a causa de los requerimientos del terruño, y si hoy no obstenta la noble muceta del doctorado en Filosofía es, como hemos dicho, por haber tenido que marchar a la patria, pues lo atraían aquellas peñas donde vió la luz primera y los amores de su anciana madre a la que adoraba con cariño pagano.

Más tarde, Domingo Morales en la culta y simpática ciudad de Mercedes, explicó distintas asignaturas en el acreditado establecimiento *Instituto Rawson* de aquella población, en la que cuenta con generales simpatías y con muchos ex-alumnos que le quieren y respetan.

El corazón de nuestro biografiado se derrama en ondulaciones generosas sobre sus semejantes. Cada hombre representa para él un hermano, cada discípulo un hijo, y cada desgracia, una nota de dolor, que repercute en su complexión artística y sensible.

En la porteña ciudad citada, dió el ilustrado profesor, cuya semblanza trazamos a grandes rasgos, notables conferencias sobre geografía que le valieron estruendosas y delirantes ovaciones del público y que le conquistaron alto renombre entre las personas versadas en la ciencia que con tan brillante éxito cultivara Eliseo Reclus.

Morales es también poeta: sus versos se distinguen por la fluidez y la sonoridad. Canta, porque siente, como las aves en la selva.

Su musa es íntima, familiar, reposada y tranquila, como un lago dormilento.

He aquí unas preciosas quintillas, dedicadas a la mayor de sus hijas, hermosa niña, nacida entre las vaporosas emanaciones del Plata, a los rumores de sus ondas:

En la América frondosa,
junto a una verde campiña,
dó vuela la mariposa,
allí naciste, mi niña,
entre el clavel y la rosa.

***

Y de estas dos regias flores
el hado puso en tu cara
sus bellísimos colores,
para que yo me encantara
con la luz de mis amores.

Aquella luna que baña
las ramas del viejo ombú
con brisas de la montaña,
es bella, cual la de España,
tan hermosa como tú.

***

Te regalo en este día
una flor, hermosa flor,
junto con mi poesía;
tres hojas tiene, hija mía,
Virtud, Honradez y Honor.

De retorno a su patria nativa fundó en Santa Cruz de Tenerife un colegio, de cuyas aulas salieron jóvenes que son una esperanza para la patria, y que sin duda, figurarán más tarde en la república de las letras, en el comercio y en la banca de aquellas atlánticas peñas.

Es liberal de arraigadísimas convicciones y cifra su orgullo en no haber jamás claudicado de sus nobilísimos ideales.

Es autor de un tratado de *Geografía de Europa* que fue aprobado por el Ministerio de Instrucción Pública de la Nación Argentina, por decreto de 28 de enero de 1898.

Recientemente ha sido nombrado corresponsal de *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife, uno de los diarios más valientes y mejor escritos del Archipiélago canario.

Ha redactado, entre otras publicaciones, la revista literaria titulada *Mariano Moreno*, de Mercedes, ciudad ya citada en estas líneas.

Al retornar de nuevo del suelo patrio a esta gran metrópoli, se le abrieron las puertas de todos los colegios bonaerenses, por la justa fama de que está precedido su nombre, como catedrático ilustrado y competentísimo.

Dentro de breve tiempo publicará la segunda edición de su notable *Geografía de Europa*. Además tiene en preparación un libro sobre Preceptiva que titulará *Elementos de Literatura*.

No es nuestro ánimo hacer una biografía de Domingo Morales en tan reducido espacio, pero no queremos pasar por alto su actuación política allá en la lejana patria, en la que, defendiendo con tesón, ya en el periodismo, ya en la tribuna pública, sus ideales, dejó inolvidables recuerdos de legítimo representante de la democracia.

Edición de 1911.

ESTEBAN MORALES
[1870-¿?]

Es la del notable profesor, cuyo nombre encabeza estas líneas, una personalidad tan indiscutible en las ciencias y en la cátedra que para hacer de ella una semblanza acabada, habría que intentar una interminable lista de méritos.

Como catedrático tiene prestados servicios importantísimos a la estudiosa juventud argentina. Dentro del Cuerpo del Profesorado oficial de la República es una de las figuras más conspícuas por su talento y su profundo amor al estudio. Su labor es de las que honran a los más entusiastas e incansables obreros del progreso intelectual de la América latina.

Los triunfos de Morales como pedagogo los pregonan a los cuatro vientos, los que fueron sus aventajados alumnos del Colegio Nuevo y del Instituto Vertiz de la gran urbe bonaerense, y que ocupan en la actualidad elevados cargos en la cosa pública, dando brillo y alta nombradía con la influencia de sus luces, a la hermosa patria de San Martín y de Belgrano.

De aquellos planteles salieron verdaderas celebridades en la oratoria parlamentaria, en el foro, en la medicina, en la ingeniería y en otros ramos de la actividad humana. Por sus aulas

han desfilado los más distinguidos miembros de las aristocráticas familias porteñas, los que han sabido cosechar inmarcesibles laureles en el campo de la política y de las letras, que constituyen brillantes páginas en los fastos argentinos contemporáneos.

Los hijos de varios primeros magistrados de la Nación han pasado por el *Instituto Vertiz* que dirigió por mucho tiempo Morales en unión del que más tarde fue su padre político, el insigne filólogo y hablista discretísimo Hidalgo Martínez.

Nació nuestro biografiado en La Laguna [Canarias] en 1870. Las deliciosas y redolentes brisas de Aguere mecieron su cuna, allí, en la Atenas del Archipiélago canario, cursó el bachillerato en el Instituto provincial que desde época remota tiene su asiento en la antigua ciudad de los Adelantados. Esteban Morales y el hoy ilustre y sabio abogado Rodolfo Cabrera, ambos condiscípulos, eran en aquel Instituto los dos estudiantes más talentosos de su tiempo. En Santa Cruz de Tenerife, en la invicta capital que guarda en sus templos los trofeos de épicas hazañas, amplió el personaje que nos ocupa sus conocimientos en la árida ciencia de los números, con el concienzudo matemático don Miguel Pereira de Armas, que recientemente ha bajado al sepulcro, dejando un vacío difícil de llenar en la Escuela de Náutica y en el periodismo de aquella ciudad española.

Ya que hemos evocado el nombre de ese esclarecido canario, no soltaremos la pluma sin antes tributar homenaje de sincera admiración a su fecunda labor científica y literaria.

El señor Pereira fue uno de los pocos isleños que supieron amalgamar las letras y los números. Y en éstos, como en aquéllas rayó dicho malogrado ingenio, a gran altura.

Desde las orillas del Plata, nuestro espíritu, desplegando sus invisibles alas, llega a las playas de la histórica Añaza, para colocar sobre la tumba del maestro las siemprevivas flores del cariño que por él sentimos, y del dolor que produjera en nuestra alma la infausta nueva de su muerte.

Cuando el idioma del Lacio se estudiaba en los establecimientos docentes que sostiene el Estado argentino, Morales desempeñó con brillantez la cátedra de Latín en el Instituto de segunda enseñanza de esta capital, demostrando ser conocedor profundo del léxico y de las incomparables bellezas de la lengua en que pronunció sus *catilinarias* el orador de las hipérboles caballerescas.

Morales y la cátedra se completan como el pedestal y la estatua, como la causa y el efecto.

Seguir a Morales en toda la extensión luminosa de sus co-

nocimientos, es tan difícil como seguir a pie el empuje vertiginoso de la locomotora.

¡Qué manera de disertar sobre la influencia de la literatura española en América! ¡Qué pinceladas y qué exquisito gusto artístico tiene al dibujar las figuras excelsas de Lista, Quintana, Cienfuegos y Zorrilla!

Es capaz de darle cantaleta a la Academia de la Lengua española con Valbuena y de desentrañar las raíces y los orígenes del idioma, a la manera del eminente Rufino Cuervo.

Le gusta la comunicabilidad con sus amigos, a quienes trata familiarmente, empleando con frecuencia el *ché*, pronunciado con marcado dejo genuinamente criollo.

En su conversación chispeante hace derroche de sal ática. Es ironista sin chocarrerías ni bufonadas propias de un teatro de feria. Su ironía es delicada, donosa y cáustica a lo Rabelais.

A causa de su extraordinaria laboriosidad, su órgano visual se ha debilitado, por lo que desde hace algún tiempo usa lentes, a través de cuyos cristales centellean ojos vivaces reveladores de superior inteligencia.

Actualmente está planeando un tratado de Geometría y otro de Álgebra, los cuales según nuestros informes, constituyen verdaderos monumentos en el campo de la ciencia.

Morales ama a su patria con delirante cariño, y cuando se lo han permitido sus múltiples ocupaciones, ha visitado el terruño nativo.

Su hospitalidad agasajadora le ha captado el aprecio y las simpatías de sus coterráneos.

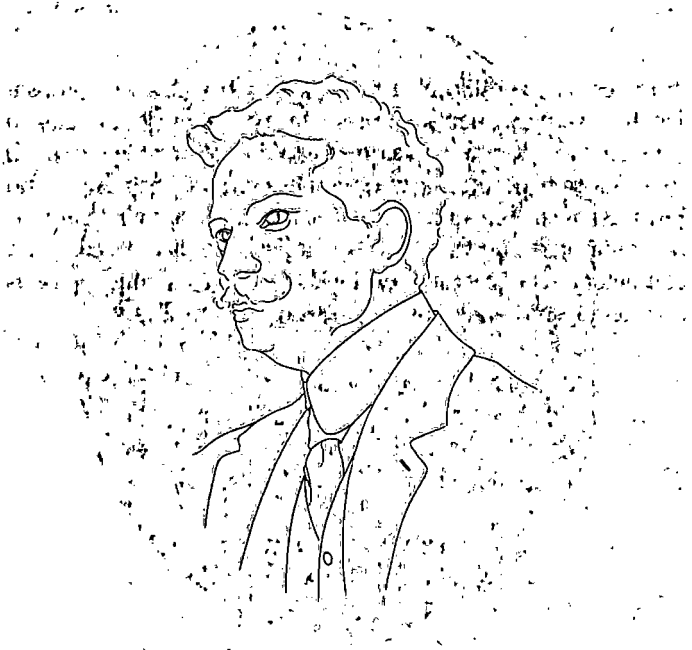
Le agradan en extremo las *folías* aire típico del país canario, a través de cuyas notas lentas y melancólicas, parece que ve cruzar ante su regocijada pupila, los pueblos y las aldegüelas de aquella región cantada por el Tasso y en la que, los antiguos historiadores colocaron las Hespérides, cuyas pomas de oro perfumaban el valle incomparable de Orotava.

Nuestro personaje es profesor de la Escuela Superior de Comercio de esta capital, de varios colegios nacionales y de la Escuela Normal Superior de mujeres. En esos centros docentes sirve de texto su tratado de aritmética razonada, que descuella entre los de su género, por su lenguaje claro y sencillo adaptable a la capacidad de la juventud.

Morales, por sus trabajos de indiscutible mérito didáctico, ha sido felicitado por los más distinguidos publicistas argentinos. Como prueba de la ecuanimidad del talento de Morales, citaremos su obra *Historia de Oriente* en la que campean los

primores de un estilo a la par que fluido y galano, rigurosamente severo. Su narrativa presenta ese colorido de realismo característico de esa ciencia que Cicerón llamó *maestra de la vida*. Allí se ven pinceladas tranquilas, serenas, dignas de Tito Livio; así mismo es autor de un tratado de Geografía argentina, de lingüística, y de varios otros estudios. Ha dictado con gran competencia las cátedras de inglés y francés, y muchas otras que demuestran sus conocimientos enciclopédicos.

Edición de 1911.



Manuel Morales Casanova
[1879-¿?]

Al escribir este nombre, avívase entre nuestros imperecederos recuerdos la memoria del jamás bien llorado Adolfo, una de las glorias más legítimas de las Islas Canarias, arrancada por la muerte al noble orgullo de la patria y al cariño de todos, cuando la existencia tiene mejor derecho a la amplitud de los vigores de la vida. También Adolfo estuvo en esta capital, tierra que parece llamar con peregrino acento a cuantos, como Goethe piden «luz, más luz», pero Adolfo tuvo en breve que retornar a sus peñas del Atlántico, buscando reposo a la salud, y allá hizo brillar las esplendideces de su inteligencia de una manera tan potente y continuada, como si fuera que el talento, previendo el fin cercano del cuerpo, hubiera resuelto con actividad impetuosa, salir afuera y extenderse y desparramarse poniéndose a salvo de los dominios de una suerte fatal.

El *Diario de Tenerife*, *Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País*, *Siglo xx*, *La Región Canaria*, *Tenerife*, *El Imparcial de Canarias*, *La Unión* y otra multitud de periódicos y revistas de aquellas islas, recibieron con júbilo en gentil tropel las producciones intelectuales del preclaro Adolfo, pro-

ducciones siempre puestas al servicio de la causa democrática. Notables bajo todo concepto, fueron las violentas polémicas que sostuvo sobre cuestiones políticas y religiosas, y merced a su correcta y briosa pluma debió el periódico *La luz* el auge y la popularidad que alcanzó.

La muerte de Adolfo fue un duelo canario, ya que corrían parejas con su saber, las naturales condiciones de su carácter, que le grangeaban los afectos y respetos hasta de los mismos cuyas ideas consideró un deber combatir, al defender las doctrinas de la equidad y la solidaridad humana, de la ciencia y de la razón; y el que estas biografías va trazando no ha podido menos, al escribir el nombre que figura al frente de estas líneas, que rendir un homenaje a la memoria de aquel paisano ilustre e inolvidable.

Hermano de Adolfo es nuestro modesto don Manuel, quien se nos presenta con el mismo carácter recto y noble. Nació en La Laguna de Tenerife en diciembre de 1879.

Se inició en el comercio a los veinte años, y bien pronto su laboriosidad y clara inteligencia, así como la alta idea que tiene del deber, al que todo lo pospone, le abrieron campo donde ejercer sus actividades; reservándole su genio comercial, sus privilegiadas condiciones morales, su cultura y la exquisitez de su trato, una importante y merecida figuración en futuro no lejano en el alto comercio argentino. Manuel Morales Casanova es una persona cuya existencia es un raro ejemplo de rasgos simpáticos; en la lucha constante de la vida tiene una fecunda y radiante huella de su labor.

Asombra en él su buen criterio; propio de un hombre de edad madura y su espíritu de iniciativa, que pone al servicio de las decididas resoluciones de su bien templada voluntad; y ora abre nuevos derroteros a los negocios de su comercio, ora, como respondiendo siempre a su incansable actividad, plantea trabajos de distinta naturaleza, y nada queda en él relegado al olvido; lo que ha meditado y resuelto, queda perenne en él hasta que lo ejecuta.

En 1909 y 1910 desarrolló su original y vasto proyecto de la réclame de cheques que todos conocemos, en la Argentina, Chile, Perú, Uruguay, Brasil y Bolivia, por medio de los diarios y revistas de mayor circulación de dichas Repúblicas. Esta propaganda que ha sido sin duda alguna la mejor, la más práctica que se haya ideado para la venta de un artículo, unida a la que hiciera en años anteriores no sólo en América, sino también en Europa y Asia, en el *Blanco y Negro* de Madrid, *Deutsche Export Revue* de

Berlín, *L'Illustrazione Italiana* de Milán, *Manichi* de Tokio [Japón] y otras muchas importantes publicaciones y su propia revista *La Valija Postal* han dado a Morales la justa fama de que goza como distinguido hombre de negocios.

Vino a este país cuando sólo contaba doce años. Seguramente que a tan corta edad ya le gritaban sus inclinaciones que «había que trabajar como un hombre». Tres años después, en 1895, volvió a Tenerife, y en el propio año regresó a Buenos Aires para continuar, como él mismo dice «la obra nacional: el trabajo».

Manuel Morales Casanova, conocido en el comercio por Manuel M. Casanova, es además, un fervoroso admirador de las letras. Lástima que no las cultive, porque sus sensatos juicios y las atinadísimas observaciones que emite cuando se suscitan discusiones al respecto de una obra, indican bien a las claras lo mucho y bueno que aportaría también en tal terreno.

Es político de principios, no de partidos; de ideas, no de convencionalismos.

Finalmente, aunque Manuel Morales es todo un argentino, el amor a su isla vibra siempre latente en su corazón; y la patria lo contará entre sus hijos beneméritos.

Edición de 1911.

PEDRO J. NAHÓN

Pertenece a esa generación que surgió a la vida de las letras, dando sus mejores frutos en el lapso de tiempo que media entre el 90 al 1900.

De aquella falange numerosa y compacta, Nahón es uno de los excelentes portadores de lira, que se mantienen aún en pleno fervor del númen.

Comenzó a llamar justamente la atención de los expertos en materia literaria, con inconfundibles poesías de una factura léxica nueva y personal. También aportaba originalidad en la estructura de la estrofa. Sus trabajos aparecían en las publicaciones más autorizadas de aquella época, entre las que ocupara lugar distinguido esa joya de buen gusto literario que fue por muchos años el *Almanaque Sud-Americano,* dirigido por el inolvidable maestro Casimiro Prieto. «Espumas», «Jaramago», «Visión» y otras poesías incomparables por la altura y diafanidad de las imágenes y la riqueza y brillo de la frase con que se revelan, vieron la luz en el *Almanaque.*

Ellas colocaron a su autor entre los que marchaban a la vanguardia en el movimiento de renovación lírica, iniciado entonces

en América por Casal, Nájera, Martí, Coll, Silva y otros, y cuyo lábaro mantiene en alto hasta el presente, con gesto grandemente digno, Rubén Darío.

Llegado este último a Buenos Aires, en la gran urbe entretenida entonces en sus iniciativas de progreso material, la juventud mejor dispuesta se inspiró en su labor de pensamiento y de arte.

Nahón, reconocidos ya con méritos de poeta personal y fecundo, fundó en aquellos años, en compañía de un núcleo de entusiastas, la revista *América*, una de las primeras en publicar trabajos por medio de los cuales se tentaban nuevas orientaciones estéticas.

Colaboraron en ella Darío, Jaunne Freyres, Rodó Estrada, Lugones y Víctor Pérez Petit, quien se adelantó en descorrer el velo de la iniciación nueva, publicando en *América* sus valiosos estudios sobre «Los Modernistas».

La dirección de una revista, de *Avanzada* en la lucha por la belleza, como era aquella, encomendada a Nahón, es precedente de historia literaria digno de apuntarse.

El distinguido y sugestivo poeta es de los pocos que no se han doblegado a las circunstancias llamadas *negativas* del medio ambiente. Reunió las poesías más celebradas de su primera juventud, en un volumen, bajo el título de *Eglantinas.*

Dicho libro mereció de la crítica los encomios que eran de esperarse.

Años después dio a luz *Trovas breves* colección de sonetos y trabajos diversos que no desmerecen en nada, sino que corroboran las pruebas excepcionales condiciones líricas puestas de manifiesto por su autor.

En la actualidad, su musa no descansa. El poeta da a luz sus brillantes y conceptuosos trabajos en publicaciones diversas, aprontando con esos elementos un nuevo libro, digno hermano de los anteriores, tan bellos, distinguidos y personales.

Edición de 1911.

JUAN PADRÓN [RODRÍGUEZ]
[1847-1896]

Su nombre es verdadero padrón de gloria.

A fuerza de constancia y estudio ha logrado dominar brillantemente el cornetín. Sabe arrancarle notas suaves y melodiosas que embelesan el alma.

Sus felices disposiciones para el arte de Guy de Arezzo las reveló desde muy joven.

Conoce con propiedad el contrapunto y fuga, sin haber atravesado los umbrales de ningún conservatorio.

Vierte sobre el pentagrama sus concepciones de artista.

Es compositor de grandes vuelos.

Sus producciones se distinguen por la riqueza de armonía y por el brillo de la inspiración.

Pueden citarse *La Nueva Vida*, tanda de vals de estilo Wautelfel, cuyos efectos de instrumentación son dignos de los mejores maestros.

Nuestro biografiado tuvo una grave enfermedad en que se vio fluctuando entre la vida y la muerte.

Golpeó con la batuta sobre la cabeza de ésta y *mató* a la misma muerte.

Parece que en aquel momento de lucha suprema, la fantasía del artista recogió todas las armonías del espacio para condensarlas en su tanda de vals *La Nueva Vida*, que viene a ser brillante triunfo de su nueva existencia musical.

Es autor de varias fantasías sobre motivos de distintas óperas, entre ellas de la de *Un ballo in maschera*. Esta composición tiene rico colorido y pertenece al género de Beethoven, de quien es admirador el señor Padrón.

Ha escrito y publicado una colección de piezas de baile para piano; todas originales y bellísimas.

Es estudioso y trabajador.

Fundó y dirige la aventajada orquesta de la Sociedad Filarmónica Santa Cecilia de Santa Cruz de Tenerife, y es director a la vez de la charanga del Batallón de Cazadores de dicha ciudad.

El instrumento que profesa y su inspirada pluma le han conquistado justo y merecido renombre en esta provincia.

Goza de generales simpatías y su trato es franco y complaciente.

Nació en la Villa de La Orotava el año de 1849.

Edición de 1888, pp. 69-70.

CAYETANO PAGANO

Despropósito mayor
muy pocas veces se ha visto,
es Pagano, y rinde a Cristo
culto de férvido amor.

Apenas contaba ocho años, cuando en compañía de su familia abandonó las márgenes del Arno, para trasladarse a las del Plata. En la babilónica ciudad que se extiende al borde de ese sagrado río, cuya corriente se liquida con un soplo divino; Pagano ha logrado, merced a su talento y asiduo trabajo, conseguirse una posición envidiable y un nombre en el profesorado argentino.

Como buen hijo de la poética Italia, de su tierra llena de encanto y belleza, en donde florecen el mirto y el laurel, nuestro personaje es un *amateur* del arte, y además un concienzudo pedagogo.

En la academia comercial *Mercurio* que él fundó y dirige, en esta capital, viene realizando la altísima misión de formar hombres aptos para los complejos asuntos de la vida mercantil, en

todas sus múltiples manifestaciones. En aquellas aulas nutridas de alumnos de ambos sexos, dicta brillantemente Pagano las clases de Teneduría de Libros, Aritmética y Castellano, sin que por eso deje de consagrarse a otros ramos de la actividad humana.

De la citada academia han salido centenares de jóvenes que hoy desempeñan importantes cargos en la banca, en el comercio y en la administración del estado.

Ese centro docente que ha ido creciendo, como el grano de mostaza de la parábola, es actualmente, en su género, uno de los mejores de esta capital, tanto por la enseñanza cíclica que allí se establece, cuanto por su notable material pedagógico.

Pagano no ciñe a su frente como Pestalozzi la rama de roble que los niños suizos le ofrecieron al gran maestro, pero, en cambio, recibe con frecuencia de sus alumnos inequívocas muestras de simpatía y cariño. Y esas pruebas de afecto y gratitud, le alientan a continuar coadyuvando, en la medida de sus fuerzas, al engrandecimiento intelectual de la República Argentina.

Nuestro biografiado es argentino de corazón, por haberse formado al calor de esta hermosa tierra.

Es orador de arranques viriles.

Siempre toma parte en las fiestas patrias, y en esas explosiones del civismo se distingue por sus arrebatos tribunicios.

En su primera juventud cultivó la escena dramática. Entre los aficionados nadie le ganó la palma.

Edición de 1911.

María Celina Parravicini de Melo

Es noble orgullo y ornato
de la sociedad argentina,
y en los salones fascina
por su elegancia y su trato
la gentil María Celina.

Está aún en su primera juventud: en ese período risueño de la vida, en que la mujer hermosa, si ha sido madre, como acontece a nuestra dama, llega al apogeo de su belleza.

Tenemos al frente su retrato, la tez de su rostro tiene la blancura sonrosada de las Venus del Tiziano.

Sus cejas bien arqueadas sombrean unos ojos vivaces, claros, serenos, que dijo el clásico, cuyas pupilas pletóricas de luz centellean a través de unos lentes graciosa y artísticamente colocados.

La nariz recta y fina y un poquito arremangadas las ventanas, es picaresca, como aquella nariz genuinamente parisiense de que nos habla Víctor Hugo en *Los Miserables.*

Pequeña la boca, y los labios muy delgados, perdidos en ambas comisuras. El cuello airoso descansa sobre hombros

bastante amplios. El pecho es abundoso y turgente como el de las matronas romanas.

Estrecha es la cintura como la de una niña. Su talle es flexible como el junco de los lagos, y su cuerpo tiene la esbeltez de las datileras del desierto.

Su andar es decidido y majestuoso, mostrando los encantos y desenvolturas juveniles.

Para terminar este retrato, diremos que los perfiles y rasgos de su rostro y el conjunto de su persona distinguidísima, revelan un alma tierna y blanda, en cuyos pliegues se anidan los sentimientos suaves, puros y delicados. Tal es la fotografía de la ilustre dama que nos ocupa.

Apenas rebasada la edad de la adolescencia, tuvo la señora Parravicini que combatir las borrascas del hogar, que suelen causar más estragos que las tempestades de la naturaleza.

Alma grande, templada en las aguas de la adversidad, ha sabido luchar y vencer aquellas tormentas del vivir, abroquelada en la virtualidad de sus hermosos sentimientos de hija amantísima, de esposa modelo y de madre ejemplar.

Unida con los lazos indisolubles del matrimonio al reputado jurisconsulto y eximio literato, doctor Carlos Melo, la señora Parravicini disfruta de los goces y dulzuras de la vida conyugal, arrullada por el aura del cariño y por las atenciones sociales que ella se merece como mujer de superior talento, que sabe hacer del hogar el santuario de todas las virtudes.

Son muchísimas las familias de Buenos Aires que reciben, de manos de la señora, cuyos perfiles biográficos más salientes dibujamos, el óbolo santísimo de la caridad verdaderamente cristiana.

La filantrópica dama desciende al tugurio de la indigencia, a llevar consuelo y alimentos a los desheredados de la fortuna, pero jamás, y esto es *vox populi*, hace alarde de sus dádivas, no las pregona al son de trompeta, como lo hacían las antiguas hijas de Israel.

Ella ejerce la caridad sigilosamente, siguiendo la máxima evangélica.

Su bondad agasajadora, su trato alegre y franco y su no común cultura intelectual, colocan a nuesra biografiada en uno de los puestos más prominentes de la buena sociedad porteña.

Esa virtud de hacer el bien por la dulce fruición que siente la conciencia cuando se realiza una acción generosa y humanitaria, esas prendas morales de inextinguible brillo, las heredó la señora Parravicini de sus progenitores.

Su padre, en aquellos luctuosos días en que el terrible huésped del Ganges visitó a Buenos Aires, allá por los años de 1880, recorría los suburbios de la enorme, elegante y ruidosa ciudad del Plata, habitados en su inmensa mayoría por infelices obreros, que gemían en tabucos faltos de oxígeno y de luz, miserrimas viviendas en las que por sus condiciones antihigiénicas se cebaba el mortífero azote. Y en esas correrías piadosas, exponiendo una y mil veces su vida en holocausto de la humanidad doliente, el señor Parraviccini llevó el pan a la hambrienta boca y enjugó abundosas lágrimas con el blanco lienzo de la caridad.

Muchos bonaerenses conservarán este recuerdo que, con gusto y como homenaje de justicia a la memoria del extinto, trasladamos a estas páginas.

La musa del tiempo suspende su veloz carrera y coloca sobre la tumba del señor Parraviccini una rama de cívico laurel.

Señora de campanillas, la citada dama, pues desciende de uno de los más bizarros capitanes de las huestes (carlovingias) que arribó a estas playas en época remota, es la señora de Parraviccini, pero sin los remilgos y las etiquetas propios de las de su clase. Trata a iguales e inferiores con llaneza y amabilidad afectuosas.

Carácter benévolo, cándido y jovial conserva la inocencia, sin malicias de la doncella impúber nacida en buenos pañales y educada con escrupuloso recato, junto a una madre inteligente, dama de ilustre alcurnia, de severas y sanas costumbres.

Es buena católica. Cumple con la Iglesia. Es cristiana compasiva con los infelices que carecen hasta de medios para pagar el mezquino alquiler del miserable albergue que habitan.

La señora Parraviccini pertenece, como hemos dicho, a una de las más antiguas y linajudas familias de la Argentina.

El entronque genealógico de ese preclaro apellido se encuentra en Roma, pues en la Ciudad Eterna se levanta el soberbio palacio del marqués de Parraviccini, pregonando el timbre heráldico que ostentan sus opulentos moradores.

Desde que se traspasa el dintel del hogar de los esposos de Melo, se siente uno gratamente atraído por el hálito que allí se respira, impregnado con el perfume de todas las virtudes que atesora el alma de nuestra heroína, que une a su nativa viveza criolla, la distinción de su nacimiento y las dotes de su inteligencia privilegiada.

En esa mansión hace los encantos y las delicias de sus padres una niña de dos abriles, precioso fruto de aquella pareja,

que crece y se desarrolla al calor de purísimos amores, bajo una atmósfera diáfana y suave en las que resuenan rumores de besos y aleteos de sonrisas bulliciosas como el glu glu de una cascada.

La egregia, mencionada dama preside la comisión de señoras y señoritas de esta capital que se ocupan en propagar el sistema de escritura musical inventado por el maestro, señor Menchaca.

La sala de aquella morada suntuosa tiene sus paredes decoradas con bellísimos cuadros originales de los más celebrados pintores de ambos mundos, contrastando sus muebles lujosos, de irreprochable factura moderna, con algunos objetos antiquísimos, verdáderas reliquias artísticas que pertenecieron a los fundadores de la casa solariega de los Parraviccini.

Nuestra dama es en extremo modesta.

Su nombre no bulle en los infusorios de la tinta de imprenta. No le gusta el exhibicionismo.

Sólo de tarde en tarde figura en las columnas de nuestros *rotativos*: cuando su nombre va asociado a alguna, obra benéfica o patriótica.

Al agasajar a los pobres no desdeña rozar la seda de sus vestidos con los harapos de aquellos, porque sabe que al prodigar el bien por el bien mismo, en el cielo tocan a gloria.

Edición de 1911.

FELIPE PARRILLA

Es hijo de una misérrima aldeílla de Canarias.

Desde niño, a la manera del autor de la *Eneida*, se sintió poeta, y repetía con el cantor latino aquella célebre frase: *juro pater juro nunquam componere versus*, cuando su familia le reconvenía, porque se expresara en el lenguaje de las nueve hermanas del Parnaso, sin embargo, no pudiendo ahogar su inspiración, a espaldas de sus padres, rendía fervoroso culto a la poesía.

Torcer la inclinación del genio es tan imposible como arrancar del alma las ideas que en ella encarnaron, y ponerle puertas al campo.

Parrilla ha escrito poco, pero su producción es valiosísima. Es un bohemio rebelde como Gautier.

Las flores de su musa no están empapadas con el vino de la orgía. En ellas titila el rocío de las radiosas mañanas intertropicales.

Su poesía es humana en su arqueológico lirismo, que diría la ilustre Pardo Bazán.

Su musa, verdaderamente campesina se complace en conducirnos al risueño vallecito, que Parrilla nos describe en versos que tienen la dulzura de los cantares de Trueba.

Hoy, nuestro vate, envuelto en sus románticos vestidos, se confunde entre la turbamulta, entre esa abigarrada muchedumbre, que gesticula y vocea por las calles de la metrópoli argentina.

Edición de 1911.

JUSTO PASTOR PARRILLA [PÉREZ]
[1838-¿?]

Ha recibido ataques desleales en las amargas luchas de la política.

Estuvo en Cuba en la época de la guerra separatista.

A causa de sus ideas eminentemente democráticas se vio precisado a abandonar aquel país, trasladándose a Santa Cruz de Tenerife, en cuya capital nació el año de 1838.

Aquí estableció un plantel de enseñanza que dio resultados positivos.

Retornó algún tiempo después a la Gran Antilla.

Actualmente es catedrático de varios colegios de La Habana y vocal de la Junta de Instrucción Pública de dicha ciudad.

Es escritor didáctico que aspira a la gloria, porque no esquiva las dificultades sino que las afronta y las vence.

Su estilo es puramente francés.

Se desliza ligeramente sin asperidades ni obstáculos como esos manantiales que desviándose de su curso pedregoso corren sobre el césped de una risueña pradera.

Es autor de un *Compendio de Geografía General*, que ha tenido entusiasta acogida del público inteligente.

Es juez distinguidísimo en materias histórico-geográficas.

Es también poeta; sus versos sencillos y cadenciosos están llenos de belleza.

Edición de 1888, pp. 123-124.

BENITO PÉREZ ARMAS
[1871-1937]

El clasicismo era de una sola pieza.

Cuando se le arrojó del Parnaso [abajo], quedó sepultado, pero no estalló.

No así el romanticismo, ese precioso caleidoscopio con que jugaron los genios y que, al hacerse pedazos se desparramaron sus mágicas joyas. Acudió al destrozo del arte, recogió las migajas de iris, y de cada una de ellas hizo un regalo a las nuevas sectas decadentes. Simbolistas, parnasianos, coloristas, místicos, impresionistas, todos tuvieron su pedacito de maravilla en que va contenida la belleza. El naturalismo no quiso entrar en el reparto. Le bastaba su diamante blanco, a través del cual busca la verdad.

La juventud canaria se ha prendado de los primores nuevos, de los prodigiosos juegos de luz y color que el moderno arte ha ingeniado, y he ahí que ninguna época literaria ha despertado tan grandes entusiasmos ni fecundado tantos talentos como la presente época eminentemente liberal, sublimemente anárquica, en que el pensamiento, con rebeldías y atrevimientos que habrían llenado de pasmo a los menos asustadizos

conservadores del extinto clasicismo, destroza los yesos de las antiguas formas y crea nuevos modelos; insurrecciona las cláusulas del discurso y los ritmos del verso; les da a beber *champagne* y pólvora a los vocablos para que saquen de la lengua nuevos y más vigorosos acentos, y en suma, declara que si la ciencia es la revolución, el arte es la reforma.

A esa juventud entusiasta y poderosa, pertenece el escritor que nos inspira estas líneas.

Benito Pérez Armas vio la luz primera en Yaiza [Lanzarote] el 30 de agosto de 1872.

Nacido en aquella época gloriosa en que los huracanados vientos de la tempestad revolucionaria, que derribó en Alcolea el trono borbónico, había traído a nuestras peñas los gérmenes de la libertad y de la democracia, y en un pueblo esencialmente republicano, en cuyas cercanías hay Montañas de Fuego, cuyo aire en la estación calurosa llega al rostro como el vapor de una gran vasija de agua hirviendo, nos llama la atención que nuestro biografiado, a pesar de todo esto, de tener un temperamento fogoso y de estar en esa edad en la que generalmente se profesa la religión del ciudadano, pues todo corazón joven es libre, según Lamartine; nos llama la atención, repetimos, porque el paréntesis ha resultado algo extenso, que el señor Pérez Armas haya venido a la vida pública, predicando la doctrina reaccionaria del conservadurismo, olvidando su abolengo democrático.

Misterios del corazón
que alcanzar no comprendéis
que dijo el poeta.

En política lucha contra los elementos reformadores y en literatura defiende el credo de reforma que proclama Salvador Rueda. Avanzando por el camino de las innovaciones, tal vez llegará mañana a los delirantes extravíos de la demagogia literaria.

Lástima que periodista de tan geniales cualidades no sea también revolucionario en el campo de las ideas.

Es de la madera de los invencibles polemistas.

En esa gimnástica de la polémica, nuestro personaje se ha amaestrado como pocos.

Es irresistible: se defiende con singular destreza, y ataca sin tregua, pacto ni descanso. A la intrepidez, a la osadía une el recurso de la oportuna sátira, del ingenioso chiste que populariza la victoria.

Estimulado por el acicate de la contradicción, por la rudeza del contendiente, varias veces ha saltado las trincheras llevado de crueles arrebatos. Olvida que, entre los hombres de pensamiento, combatir es enseñar, no siendo por lo tanto la polémica más que el encuentro de dos que buscan la verdad por opuesto camino.

El señor Pérez Armas estudió el bachillerato en el Colegio de San Agustín de Las Palmas, en cuya ciudad se abrió la flor de su ingenio y se forjó el acero de su carácter.

Más tarde pasó a Salamanca a estudiar Jurisprudencia. Allí publicó en importantes periódicos, notables trabajos literarios, que le conquistaron puesto distinguido en la república de las letras.

En Sevilla, y después en Madrid, en cuya Universidad obtuvo la licenciatura, colaboró en acreditados diarios, valiéndole esta labor literaria el aprecio de eminentes escritores, como Jacinto Octavio Picón y otros de igual fuste.

Su pluma brillante y castiza la ha puesto siempre al servicio de su país nativo y de Tenerife.

Ha dirigido *La Opinión*, órgano del partido conservador en esta provincia.

Desde las columnas del citado periódico, ha combatido rudamente la política de don Fernando de León y Castillo.

Es diputado provincial por el distrito de Lanzarote, en cuya isla cuenta con valiosos elementos.

Edición de 1898, pp. 137-140.

BENITO PÉREZ GALDÓS
[1843-1920]

¿Quién no conoce a Pérez Galdós? Su fama es universal, su nombre está en boca de todo el que sabe leer.

En sus primeros años era tan débil, flacucho y enfermizo, que si tomaba parte en cualquier juego, salía mal parado. Era el colmo de la vulgaridad.

A pesar de su extremada flacura, revelaban las líneas de su semblante extremada imaginación. La Naturaleza con sus bellos atractivos le conmovía profundamente.

En la escuela se distinguió poco: más tarde, en la segunda enseñanza, era un estudiante descuidado, que sólo en las postrimerías del curso se encerraba con los libros, y llegaba a alcanzar medianas notas en los exámenes.

A los dieciséis años, le mandó su familia a Madrid, a estudiar la carrera de leyes. El estudio de la severa jurisprudencia no le seducía. Su imaginación cruzaba arrebolados espacios. Sus sueños eran verdaderamente de artista. El *Código* y el *Fuero Juzgo* eran para él letra muerta.

Tenía predilecta afición al dibujo, para el que mostraba muchas disposiciones; cualquiera hubiera dicho que con el

tiempo sería cuando menos un buen caricaturista. En la Corte le gustaba hablar poco. Solía asistir por las noches al Café Universal, donde formaban tertulia algunos paisanos y amigos suyos. Se retiró del café y se la pasaba leyendo en la fonda donde asistía a Walter Scott y a Dickens. Comenzó a exhibirse en la prensa, sin dejar de cumplir con sus deberes estudiantiles, publicando en importantes diarios de Madrid algunos artículos literarios.

El estilo era castigado, pero había colorido y vigor. Dedicóse a la vez a cultivar la poesía. Don Valeriano Fernández Ferraz, que trataba de cerca a nuestro personaje, le aconsejó que abandonara el verso y se dedicase de lleno a la prosa, en la que llegaría a ser una celebridad europea. Y no se equivocó el ilustre hijo de La Palma.

Corrían malos vientos para la novela española; la habían prostituido narradores de gusto estragado. La literatura no era entonces la expresión de la sociedad; no el era el eco de las costumbres populares. Los novelistas españoles de la época se complacían en buscar lo que no existía. Cuando la guerra civil ensangrentaba el suelo de la patria, ellos se entretenían en escribir leyendas en las que se enaltecían la paz y la virtud. Renacía la calma y la sociedad descansaba, y deificaban el crimen y el vicio. Semejantes al mercader de Horacio, encarecían el reposo cuando rugía la tormenta y describían las olas y las borrascas cuando el buque estaba en el puerto. La literatura y la sociedad vivían divorciadas. Nuestro novelista veía todo esto. Se consagró a estudiar y a escribir. Al principio, el público no se cuidaba de las producciones del novel escritor. Paulatinamente se abrieron paso por entre la multitud y el pueblo saboreó sus rasgos de ingenio y admiró la originalidad de sus sublimes concepciones. En sus obras presenta la imagen embellecida de la sociedad y los perfiles más salientes del género humano.

El nombre del novelista canario, envuelto en resplandores de gloria, traspasó los Pirineos.

El día 26 de marzo de 1883, el público madrileño se dirigió a la casa del inmortal autor de *Gloria*, *La Desheredada* y *El amigo Manso*, a rendirle respetuoso homenaje. En casi todas las provincias españolas, incluso en la nuestra, se celebraron, en su honor veladas literarias.

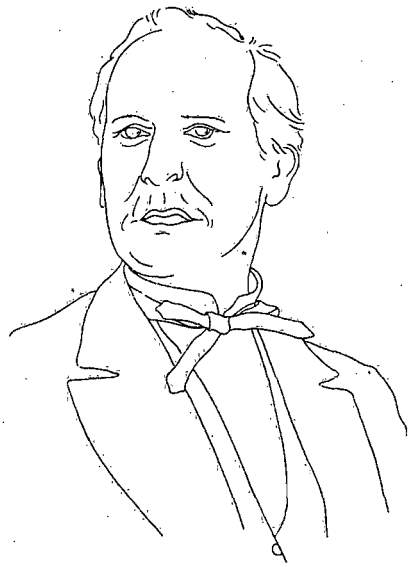
Vive modestamente en Madrid tan aventajadísimo ingenio. Es capaz de ponerse colorado si se le prodigan elogios en su presencia. En el cuarto donde escribe, a primera vista resalta un singular contraste. En medio de lujosos muebles está colo-

cada una pequeña mesa desvencijada de tosco pino. Aquella mesita tiene su historia. Fue donde escribió su primera obra titulada *La Fontana de Oro*: en ella ha continuado escribiendo sus aplaudidas obras. El insigne escritor canario ha vertido raudales de luz escribiendo sobre una vieja mesa de ordinaria madera; otros con escribir sobre mesas de lujo oriental, no han podido producir ni una mediana luz de candil.

Es de carácter retraído y su modestia degenera en apocamiento de espíritu.

Nació en Las Palmas el 10 de mayo de 1843.

Edición de 1888, pp. 1-3.



FELICIANO PÉREZ ZAMORA
[1819-1900]

Su nombre es tan viejo como popular.

Desde joven comenzó a tomar parte en las contiendas políticas de su patria.

Mostró desde luego marcadísima inclinación a todo lo que se relacionaba con la cosa pública.

Conocedor por naturaleza de la ciencia del buen gobierno, dejó el Puerto de la Cruz, en donde nació por el año 1818, y se trasladó a esta capital en busca de más ancho campo de acción.

Aquí hilvanaba líneas para los periódicos.

Sus escritos tenían todo el fuego de la juventud.

Por aquel tiempo turnaban en el poder los históricos moderados y los progresistas.

Por simpatía se agrupó a la bandera de los últimos.

No tardó mucho tiempo en distinguirse en la política interior por su extraordinaria habilidad para todos los asuntos que con ella se rozaban.

Sus conciudadanos le eligieron diputado a Cortes y figura como miembro de las Cámaras Constituyentes.

Desde remota época vive en Madrid, en donde lleva estrechas relaciones con importantes hombres de Estado.

Tiene finísimo olfato político y ojo de águila para descubrir y ver en lontananza los cambios ministeriales que se operan en la política española.

Ha dotado de buenas carreteras a Tenerife y ha introducido en dicha isla otras notables mejoras materiales e intelectuales.

Es consejero de Estado, cargo que desempeña con bastante acierto desde hace algunos años.

La Orotava ha votado muchas veces unánimemente su candidatura para diputado a Cortes.

Cañamaque, ocupándose del señor Pérez Zamora, dice; *que es un canario que canta en la uña.*

Nosotros diremos que es pájaro de libre y gentil vuelo que se pierde de vista en las regiones de la política.

Edición de 1888, pp. 91-92.

Pedro Poggio y Álvarez

[1863-1929]

Es de baja estatura, hilvana y borrajea renglones para el periodismo y pronuncia discursos. En su niñez comenzó a cultivar la poesía; continuó escribiendo líneas cortas, pero no pasaba de ser un versificador. Más tarde cursó las asignaturas del bachillerato en el Colegio de Segunda Enseñanza de Santa Cruz de La Palma, en donde nació el 8 de enero de 1863; abandonó las musas por completo para dedicarse con entusiasmo a la prosa.

Como escritor, tiene trabajos muy estimables; es analista de primer orden; su estilo es galano y brillante; como orador, es elocuente y persuasivo. Los discursos que ha pronunciado en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, de cuya docta corporación es miembro, le han conquistado puesto distinguido en la tribuna.

Colabora en *El Resumen* y en otros ilustrados diarios de la coronada villa.

Recientemente ha terminado la carrera de Jurisprudencia; se distingue por su laboriosidad y su amor al estudio. Desempeña un destino en el Banco de España.

Sus ideas tienden a la democracia y a la república; alardea de independiente en todos los actos de su vida.

Es de carácter franco y tiene trato fino y delicado.

Edición de 1888, pp. 17-18.

JUAN DE LA PUERTA CANSECO
[1827-1902]

No hay maestro de escuela en esta provincia que no conozca el nombre de tan antiguo profesor.

Es de alta estatura; en la gravedad de su continente se descubre al tipo leonés.

En su laboriosa carrera ha alcanzado legítimos triunfos.

Sus primeros estudios los hizo en la Escuela Normal de León, como alumno pensionado por la Diputación provincial de dicha ciudad, por el partido judicial de Valencia de don Juan.

Desempeñó el cargo de maestro superior en varios colegios privados de Madrid, desde que obtuvo el título expedido por el excelentísimo señor Ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, en 27 de noviembre de 1847.

Estudió latinidad por los años de 1839 y 40 a 41.

Practicó ejercicios de Farmacia bajo la dirección de su tío, el licenciado don Miguel de la Puerta.

Desde primero de enero de 1847 a 48 cursó matemáticas, dibujo lineal y topográfico con el reputado arquitecto don Juan Bautista Peroynet, asistiendo también como alumno a la clase de dibujo de paisaje de la misma Escuela de Arquitectura, que se hallaba a cargo de don Genaro Villaamil.

Asistió por aquella época como oyente a las clases del Ateneo de Madrid, estudiando a la vez el idioma francés con el profesor don Esteban Gayté.

Si fuésemos a enumerar sus servicios prestados a la enseñanza y los hechos brillantes que ha realizado durante su larga vida de profesor, llenaríamos algunas páginas.

Ha escrito y publicado para la juventud varias obras didácticas, entre las que descuellan el *Compendio de Historia de Canarias, Ejercicios de lectura para la buena pronunciación de las letras c, s y z.* Estos libros han sido declarados de texto por el Gobierno para las escuelas públicas.

Desempeñó el cargo de secretario interino de la Junta de Instrucción Pública de esta provincia y otros importantes destinos en el ramo de enseñanza.

Posee diploma y medalla de plata, como distinción honorífica concedida en la Exposición provincial de Agricultura e Industria de Las Palmas, por las obras que presentó a dicho concurso.

Muchas son las condecoraciones que le adornan, en recompensa de la propaganda luminosa que ha hecho en pro de la instrucción elemental; a su iniciativa se debe la creación de más de cincuenta escuelas en este Archipiélago.

Es escritor que se ciñe a las reglas gramaticales; sus concienzudos trabajos sobre pedagogía y otras materias científicas, prueban que posee un caudal de variados conocimientos.

Es también poeta; sus estrofas aprisionadas en el estilo no brillan a la altura que sus producciones en prosa.

En donde más se distingue como cultivador de las musas, es en el soneto. Busca la brillantez en la forma, y la unidad en el pensamiento.

Ha sido redactor de *El Occidente* y *El Eco Español,* de Madrid; de *La Revista* y de *La Ilustración de Canarias.* En el penúltimo de estos periódicos publicó una serie de artículos sobre enseñanza, que fueron reproducidos por una acreditada revista alemana.

Dirige y redacta *El Auxiliar,* publicación consagrada a la defensa de los intereses del magisterio canario.

Actualmente es maestro propietario de la Escuela Superior de esta capital, y habilitado de los profesores de la provincia.

Nació en Valencia de don Juan, provincia de León, el 27 de mayo de 1827.

Edición de 1888, pp. 71-73.

Rodrigo de la Puerta y Vila
[1854-1931]

La pluma, fácil y ligera, corre sobre las cuartillas cuando se trata de rendir homenaje a la virtud, a la inteligencia y a la honradez encarnadas en una personalidad distinguida en el mundo social como en el mundo pedagógico.

Tal nos acontece hoy con el señor Puerta y Vila, quien, como su padre, el célebre autor de tantas y tan notables obras didácticas, supo, allá en sus mocedades, alimentar, con el pan eucarístico de la enseñanza popular, a toda una generación que ávida de saber acudía a la escuela, que con tanto acierto regentara en la vieja ciudad de los Guanartemes.

Allí, rodeado de niños, entre cuchicheos y cánticos infantiles, nuestro ilustrado educador con una admirable perseverancia *age quod agis*, contribuía humilde y calladamente a la obra del adelanto común, formando con arreglo a las teorías evolucionistas de Heriberto Spencer ciudadanos útiles a la patria y adalides para los futuros batallares de la vida.

Como Jesús, como Pestalozzi, como casi todos los que han tenido discípulos, nuestro biografiado ha sentido más de una vez en su mejilla el beso de Judas.

No parece, sino que los pueblos, incurriendo en el fatalismo de las ingratitudes, arrojan hirientes espinas en el camino de los que, llenos de abnegación sublime, se han sacrificado y se sacrifican en aras del progreso humano.

Los que logran alcanzar una página de gloria en este mundo, en donde corre azarosa nuestra existencia, tienen que soportar antes sobre sus hombros la pesada cruz de los sufrimientos y sentir en su alma el martirio de todos los dolores.

Sócrates apura la cicuta, Colón muere entre hierros, Franklin en las yertas regiones circumpolares y el pobre maestro de escuela en nuestra desdichada España, ese mártir oscuro, como le llama un insigne novelista, sucumbe en medio de la más espantosa miseria, teniendo acaso en los supremos instantes de su agonía, su último pensamiento fijo en las desventuras de la patria, sobre cuyas ruinas vierta acaso también su postrera lágrima.

El que nutre a la inocencia con esa sustancia intelectual, origen de la inmortalidad humana, *Cibum nutrientem inmortalitatem*, en nuestro país, agoniza casi de hambre.

Y sin embargo, nuestros gobiernos continúan apellidándose democráticos, cuando en realidad son enemigos encubiertos de la democracia, revestidos de un liberalismo, que nos recuerda aquella capa amarillenta con que retrataba el poeta florentino en su *Infierno* a los hipócritas.

***

Nombrado inspector de Primera Enseñanza de esta provincia, el señor Puerta y Vila, de pueblo en pueblo y de villorrio en villorrio, iba dejando luminosas huellas de su paso, haciendo sentir su saludable influencia en educadores y en educandos.

Recordamos que un día llegó nuestro personaje a una localidad rural, en donde residíamos accidentalmente, y tuvimos el gusto de acompañarle a la visita que hiciera a una de las escuelas públicas de la misma.

No obstante los muchos años transcurridos, no hemos olvidado estas palabras, que en aquel acto, oímos de los labios de tan inteligente funcionario:

> La educación de los sentidos y el desarrollo de las facultades de observación deben ocupar un lugar importante en los primeros grados de la instrucción elemental, puesto que como dijo Rousseau: El niño no tiene la fuerza ni la razón de un hombre, pero ve y oye tan bien como él o aún mejor.

Empleado recto y pundonoroso, no ha hundido jamás su frente en el lodo de menguados servilismos.

Siempre ha sabido rechazar con laudable altivez las imposiciones de endiosados caciques.

Por la inflexibilidad en el cumplimiento de sus deberes, por no haberse quizás prestado a satisfacer complacencias irritantes, perdió su destino.

La actual situación, que tantas hazañas cuenta, privó al magisterio isleño de su más noble y leal consejero, de su más entusiasta y decidido defensor.

Cuando el señor Puerta y Vila se veía obligado a corregir deficiencias en los servicios que están encomendados a los maestros, lo hacía, no con la autoridad que le daba su cargo, sino con el cariño de un amoroso compañero, que sabe estimar en alto grado la dignidad profesional, único patrimonio que poseen los que se dedican a la enseñanza de la niñez.

Erguida la frente, como quien tiene la santísima satisfacción de su noble deber cumplido, de haber cumplido bien una altísima misión, nuestro héroe vive en el retiro de su hogar con sus dolorosas remembranzas.

Gáldar encierra para el señor Puerta y Vila recuerdos imborrables.

Allí dirigió su primera escuela, se escribió su epitalamio y más tarde el epitafio sobre una bendita tumba, en cuyo derredor se oyen arrullos de castas palomas y suspiros de seres invisibles, que se mezclan con los melancólicos rumores del mar que lame las plantas de la histórica ciudad.

En el Gabinete Instructivo de la capital de Canarias dio, no ha mucho tiempo, una notable conferencia sobre Pedagogía psicológica, que le valió entusiastas plácemes de las personas inteligentes en la materia.

Es miembro corresponsal en estas islas de la Academia de la Lengua y pertenece a varias sociedades científicas y literarias del país.

En este momento un fuerte bostezo nos hace saltar la pluma de entre las manos, por lo que nos vemos obligados a suspender nuestra tarea.

¿Y cómo al fin no habíamos de bostezar si estamos biografiando a un maestro de escuela y pertenecemos a la clase?

Sin embargo el señor Puerta y Vila come y viste bien. Y es porque no ejerce la profesión.

Nació en Santa Cruz de Tenerife en enero de 1854.

Del cuarto cuaderno de *Vidas ajenas*, en preparación.
Diario de Tenerife, 10 de noviembre de 1898.

Mercedes Pujato Crespo
[¿?-1954]

Cantora santafecina,
la floración del ensueño
tiene tu musa divina,
y es tu voz dulce, argentina
y tu semblante risueño.
Tus ricos versos irán
en los siglos que vendrán
a tu patria, siempre unidos
como al Plata, confundidos
tus ríos nativos van.

Es joven, de figura simpática. Su cuerpo aniñado tiene todos los atractivos de la mujer espiritual, vaporosa, que la hubiera tomado Murillo para modelo de sus vírgenes. Nuestra poetisa es suma de todas las perfecciones, expresión de todas las gracias, alma grande y noble que comprende lo que vale la ternura de una lágrima y la elocuencia de un suspiro.

Las ondinas del Salado y del Paraná acallan sus rumores para oir las armoniosas notas, vigorosamente arrancadas a su lira romántica, cuyos acentos vibran en el ambiente de su ciudad natal, mezclados con sus primeros vajidos.

Sus versos, dulces como la miel de Himeto, tienen la corrección clásica de las producciones de Carolina Coronado y de Rosalía de Castro.

La musa de Mercedes Pujato se eleva a los altos cielos de la inspiración de los poetas paganos.

Labra primorosamente la estrofa, como si se tratase de una delicada labor de orfebrería.

Sus bellísimas composiciones poéticas se conservan con encanto en la memoria de los amantes de la patria literatura.

El hogar apacible y feliz, el amor santísimo de una madre creyente y buena y de un padre cariñoso, y el afecto de una hermana que la idolatra, son manantial fecundo de esa poesía íntima, en cuyos cuadros plácidos y serenos se ha inspirado nuestra cantora.

Sus labios modulan una sonrisa candorosa, reveladora de la dicha de su alma pletórica de creencias evangélicas, de luz y armonías.

La poetisa que nos inspira estas líneas, pertenece a la aristocracia de las letras.

La pluma en sus manos se convierte en cetro.

Sus composiciones tituladas «Acuarela» y «Un brindis» y tantas otras que campean en su precioso libro *Albores* acreditan nuestro aserto.

Esos trabajos, de irreprochable corte clásico, seducen por el esplendor de las imágenes y por la brillantez de la frase, que tiene reflejos y visos de diamante .

Nacida la gentil Mercedes en aquella hermosa ciudad, que se levanta sobre extensa pampa, a manera de península, ceñida por collares de perlas que desatan en sus orillas el Salado y el Paraná, que se besan rumorosamente, cantando la canción de la abundancia, en esa ciudad, decimos, santuario de la fe cristiana, que sólo tiene una portezuela al campo libre, nuestra heroína, desde niña, jugando con las cuerdas de su lira, supo imitar el lenguaje de las ondas y el lirismo de las aves.

Más allá de sus límites urbanos, no existen en Santa Fe esas campiñas en las que brotan las flores espontáneas y rozagantes, pero sus campos fecundos, como las entrañas de una tierra virgen, semejan lagos de oro en los meses estivales, y de ahí que los historiadores argentinos llamen a la región mencionada el granero de la república.

La Argentina con sus ríos caudalosos, con sus cascadas imponentes, con su Pampa infinita en donde el gaucho, libre como los pájaros en el aire, a la puerta de su rancho y a la som-

bra del centenario ombú canta a los rasgueos de la morisca guitarra, adornada con verdes cintas, las añoranzas de su corazón, cifrando todo su orgullo en su redomón y en la habilidad y destreza con que maneja el lazo corredizo; la Argentina, repetimos, con sus majestuosas montañas, cuyo seno atesora veneros de riqueza, con su cielo siempre azul, con sus arboles gigantescos, con sus héroes legendarios, con su florecencia intelectual, con su progreso material que es la admiración de propios y extraños, con sus magníficos puertos y con su amplio espíritu abierto a todas las influencias exteriores, presenta entre los burbujeos de su bagaje literario verdaderamente cosmopolita, los gérmenes del criollismo en el arte, que flotan a través de los filtros de la «europeización», y valga el neologismo, como el cóndor se cierne sobre las nubes que coronan las altivas cumbres de los Andes.

Nenia, de Guido Spano y *Santos Vega* de Rafael Obligado, son monumentos literarios que reflejan el modo de ser y la vida de la democracia de esta tierra, que ha creado poetas como Andrade y Mármol, cuyos versos tienen el lujo de esta naturaleza lujuriante, de esta hermosa nación del Plata, semillero de sabios y de artistas, risueño oasis de lindas mujeres y cuna de héroes que llegaron a la cumbre de lo épicamente fabuloso.

Permítasenos esta ligera digresión, como homenaje de sincero cariño y gratitud al país que nos brinda agasajadora hospitalidad, y como testimonio de justicia que tributamos a las letras criollas.

La insigne santafecina se ciñe al código literario de Hugo, siguiendo los preceptos de la escuela romántica, y fiel guardadora de la pureza de la frase, no se desvía ni un ápice de las reglas trazadas por los maestros en el arte del buen decir.

Mercedes Pujato maneja con soltura y elegancia el metro y la rima. Su arpa es riquísima en sones y en bigamas. Recorre toda la escala, desde los matices más ténues hasta los colores más brillantes.

Para su musa hay tanta poesía en el crepúsculo como en la sombra, en el arroyo cono en las olas del Océano.

Es también prosista. Sabe trazar hermosas páginas de sabor castizo.

Sostiene activa correspondencia con Salvador Rueda y con la señora Concepción Gimeno de Flaquer, que recientemente ha dado una serie de conferencias en el teatro Odeón, de esta ciudad, recibiendo delirantes ovaciones de los intelectuales bonaerenses.

También nuestra biografiada colabora en multitud de revistas sudamericanas y españolas, preside varias sociedades recreativas y benéficas de esta capital y ha formado parte de distintos jurados de certámenes literarios celebrados en el país. Y a pesar de su laboriosidad, le sobra tiempo para recoger, a través de sus lentes, las miradas de sus muchos admiradores y para frecuentar los salones de la buena sociedad porteña.

Si el gran Zorrilla hubiese conocido a Mercedes Pujato, le hubiera consagrado esta preciosa seguidilla:

Tu cintura se mueve
como las palmas
y tu cuerpo se lleva
presas las almas.
Donde tú pisas
nacen matas de áloes
y minutisas.

Siga la simpática Mercedes, escribiendo renglones cortos, para que las musas continúen desgajando laureles sobre su frente olímpica.

José Manuel Pulido [Álvarez de la Fuente] [1845-1900]

Escribe versos; antes le inspiraban la soledad de las tumbas y el vago rumor de la brisa jugando con los cipreses; ahora su musa es generalmente juguetona y festiva. Escribe prosa con bastante corrección y donosura. Habla en el Gabinete Instructivo, que es el Ateneo de la capital, en las reuniones públicas y en las corporaciones a que pertenece; distinguióse principalmente por su campaña en los asuntos administrativos que se han debatido en la Diputación de la provincia, de la cual ha sido miembro en distintas ocasiones y lo es actualmente por el voto de los electores de este distrito.

Además es político: el movimiento revolucionario de 1868 le trajo a la vida pública; muy joven ingresó en el partido republicano y funda su mayor orgullo en no haber rectificado jamás sus ideas. Pertenece al comité provincial republicano, y puede decirse que es uno de los que imprimen y determinan la marcha de ese partido. Como poeta, es digno de llamársele el *Juvenal canario*; salpica sus versos con el chispeante espíritu de la sátira. Como prosista, es notable; sus escritos se distinguen por lo castizo de la frase y por la galanura del estilo. Como orador,

su palabra, verdaderamente inspirada, se desata en raudales de elocuencia. Como político, es adalid enamorado de la causa.

Desde los nueve años de edad escribía versos; su primera composición, titulada *Mi cumpleaños*, la publicó a los dieciséis o diecisiete. Buscaba la originalidad, y así se ve en la colección de sus poesías, muchas sobre temas casi nuevos: *¡Musa!, A mi sombra, Al viento* y otras, acreditan nuestro aserto.

En *El Ramillete*, en *El Museo Canario* y en otros periódicos de estas islas y de la Península, hay muestras de su ingenio. Desde 1868 a la fecha, puede decirse que no ha cesado de propagar de palabra y por escrito las ideas democráticas, de que es ferviente devoto: *La Libertad*, el primer periódico republicano que vio la luz en estas islas, insertó artículos suyos; desde hace quince años escribe, sin interrupción, el periódico *El Memorandum*, conocido dentro y fuera del Archipiélago, y a cuyos juicios se concede no poca autoridad.

Dos cosas le distinguen principalmente de la generalidad: lo sostenido de su carácter, al punto de afrontar todos los peligros, desde los lances personales a la denuncia judicial, y la asiduidad en el trabajo. Él solo redacta *El Memorandum*, que es el periódico de mayores dimensiones de la provincia; parece que tiene en esto cierto orgullo, porque los escasos artículos de colaboración a que da cabida, los distingue con el nombre o las iniciales de sus autores.

Lo más notable en el personaje que biografiamos, es la variedad de sus trabajos. El que escribe estas líneas va con frecuencia a su despacho, donde hay papeles amontonados por todas partes. El señor Pulido no escribe, dicta sus artículos, sus proposiciones, sus solicitudes a las autoridades y, algunas veces, hasta sus versos. Un día llegamos a su despacho a las diez de la mañana: redactaba el primer fondo de *El Memorandum*, sobre política general; dos horas después volvimos, y se ocupaba en redactar los estatutos de una sociedad; a las tres, hacía versos, y a las cuatro y media dictaba a su escribiente una solicitud, a nombre de varias personas, para la Delegación de Hacienda. Aquella misma noche habló en el Gabinete Instructivo, sobre el concepto del arte.

La firmeza de su carácter, su patriotismo y su consecuencia, le han creado una popularidad que disfrutan pocos. No hace mucho tiempo, con motivo del juicio oral celebrado en Canaria para fallar una causa que se le seguía, por haber enviado a un sujeto una carta de desafío, inmensa concurrencia, compuesta de todas las clases, le acompañó desde el muelle a su domici-

lio: por la noche fue obsequiado con una serenata y sus admiradores le regalaron un precioso álbum y una pluma de oro, como presente de simpatía y cariño.

Tiene dramas y comedias empezados, alguna novela y otros trabajos serios, emprendidos en la convalecencia de algunas enfermedades que ha sufrido, restablecida su salud y ocupado en tantos y tantos asuntos, no ha concluido ninguna de sus obras.

En su frente despejada, por donde cruza el relámpago de la idea, resplandece la triple aureola del escritor donoso, del poeta festivo y del orador eminentemente artista.

Desempeñó nuestro héroe durante el tiempo de la República, el cargo de secretario del Gobierno Civil de la provincia. Ha ejercido el de cónsul de los Estados Unidos de Venezuela en esta capital.

Su trato es en extremo afable y cortés, en sus labios retoza el oportuno chiste, lo mismo que la sentencia del hombre pensador.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 15 de abril de 1849. Muchos de los que no le conocen le creen un viejo, porque hace años que su nombre viene sonando: su nombre ya es viejo, en efecto; él todavía es joven y aún puede dar días de gloria a su patria.

Edición de 1888, pp. 7-10.

Juan Quevedo
[1835-1891]

Le gustan mucho las riñas de gallos ingleses, a los que ha jugado gruesas sumas; es de regular estatura, trigueño y general venezolano. Era niño todavía cuando sus padres, por causas poderosas, se vieron obligados a emigrar a la República de Venezuela. A poco tiempo de haber arribado a ella estalló una revolución que duró algunos años: dos bandos se disputaban el poder en sangriento combate; se denominaban *amarillo* y *colorado* por el matiz de sus enseñas: el denominado *amarillo* era el liberal y el otro el oligarca o reaccionario. Como en aquella época corría grave riesgo en Venezuela la vida de los extranjeros y sobre todo la de los españoles, el joven Quevedo, en defensa propia y de su familia, se vio precisado a tomar las armas. Ingresó en las filas liberales por serle más simpática la causa que defendían; bien pronto se distinguió en presencia de afamados militares en una batalla campal. Por su intrepidez y arrojo, al cabo del tiempo, ascendió sin transición a general de los ejércitos venezolanos. Terminó aquella lucha fratricida y se retiró a disfrutar de la calma del hogar; más tarde, Guzmán Blanco al frente de numerosas huestes volvió a

interrumpir la tranquilidad nacional, proclamando el sistema federativo.

Nuestro general, que amaba de corazón los principios federales, no vaciló en tomar parte en aquel movimiento revolucionario; durante esa ruda campaña, que duró siete años y que llenó de luto el corazón de los venezolanos, conquistó nuevos triunfos. Guzmán Blanco ocupó el solio presidencial de la República y le confirió el cargo de gobernador del distrito federal. Ha sido diputado, ministro de la Guerra y varias veces presidente del Estado de Bolívar, en donde tiene inmenso prestigio y valiosas propiedades.

Vive en Caracas y no olvida jamás a su patria, la que ha visitado en distintas ocasiones.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el año de 1835.

Edición de 1888, pp. 23-24.

RAFAEL RAMÍREZ VEGA
[1853-1924]

Nació en la histórica villa de Teguise, pero reside desde hace muchos años en Arrecife, de donde ha sido alcalde.

Entusiasta hasta el delirio por el fomento de la ciudad capital de Lanzarote, trabajó, durante el periodo de su mando, por embellecerla, abriendo vías de comunicación y puso la higiene pública de este vecindario a la altura que reclama la ciencia moderna.

Arrecife se *ramirizó*, valga el neologismo. El espíritu reformador de su alcalde movía y alentaba a la masa popular para la consecución de elevados fines patrióticos.

Hoy se halla el señor Ramírez Vega entre participio y gerundio; esto es, trabajando y trabajando.

Su actividad es proverbial.

Sin ser nada en la casa del pueblo, su espíritu emprendedor se afana por unir telefónicamente las más importantes localidades de esta isla.

Labor omnia vinat, es el lema de Ramírez Vega.

Los altibajos y las contrariedades de la política no han esterilizado en el alma su ideal.

Dicen que por *mor* al *millo* moruno, fue derrotado en las últimas elecciones municipales verificadas en este pueblo.

Procedimiento sencillo
para ganar elecciones:
repartir buenas raciones
gratuitamente de millo.

Lleva, después de la muerte del inolvidable Fajardo, la representación del genuino partido conservador de Lanzarote.

Rafael Ramírez Vega
es el jefe de un partido,
que mucho, mucho ha sufrido,
pero siempre está en la brega.

Arrecife, diciembre de 1899.
Diario de Tenerife, 13 de enero de 1900, p. 3.

Francisco Ramos

Era muy joven cuando llegó a la Argentina, procedente de Gran Canaria, España, donde hizo sus estudios, figurando siempre entre sus condiscípulos como uno de los más distinguidos por su talento, por su trabajo y por su decisión.

Desde entonces aportó en esta tierra a la causa de la enseñanza, por la que tuvo siempre decidida vocación, su gran caudal de aptitudes y conocimientos. Es un hombre erudito en noticias y pormenores históricos, que los demás desconocemos.

Ramos es uno de los que más se han distinguido en el profesorado no sólo por su buena preparación, sino también por su excelente sistema pedagógico, no aprendido en ninguna escuela, sino innato en sí mismo, en su idiosincracia.

Más que temerle y respetarle, le quieren sus discípulos. Ha conseguido imponerles la santa, la bendita disciplina del amor. Ellos ven en él, o al padre, o al hermano, o al amigo.

Ha sido el maestro, de él recibieron sólida educación hombres ilustres que hoy honran a la sociedad argentina. Y Ramos, el actual director del prestigioso *Colegio Británico*, se goza de estos éxitos, siente satisfacción inmensa por estos triunfos, en

los que sus discípulos le conceden buena parte. Ese es su premio.

Pero es algo más. Le hemos bosquejado sólo en su aspecto profesional; y este hombre modestísimo es todavía mucho más grande si le estudiamos en su carácter individual.

En los tiempos que vivimos, en que el deber más que un hijo constituye un heroísmo, Ramos resulta un filántropo, un ser todo corazón. No es dueño de lo suyo; todo es de los demás; de sus amigos y hasta de sus desconocidos. Es un hombre afectivo, cariñoso; es un sacerdote del bien, es un apóstol del amor.

Veinte y cinco años de América, el país de los *negocios*, no le han prostituido, ni siquiera le han atrofiado sus sentimientos de niño.

Edición de 1911.

JOSÉ REYES MARTÍN
[1840-1938]

Le estudiaremos en sus dos fases, como político y como artista.

Nadie, a no ser que sea muy miope de entendimiento, podrá acusar a la República de los males que por culpa de la Monarquía afligen al pueblo español.

Mientras aquélla, basada en la más pura democracia, es la luz que da vida, allí donde se asienta, ésta señalado su paso en los pueblos, dejando ancho surco de sangre, sangre vertida por miles de víctimas, inmoladas a su ambición y codicia.

Mientras la República fomenta la industria, el comercio, la agricultura y las artes, esparciendo por doquiera los luminosos rayos de la instrucción, conduciendo a las naciones por la extensa vía del progreso, la Monarquía se nutre en la guerra, fuente de horrores y de crímenes, se apoya en la ignorancia, causa de embrutecimiento y fanatismo; busca su fuerza en la tiranía, origen de toda esclavitud, y es enemiga implacable de todo adelanto, teniendo por únicas compañeras la miseria de los pueblos, que son sus súbditos, y las maldiciones de sus víctimas.

Penetrado de estas verdades inconcusas, desde muy joven, el señor Reyes Martín rinde fervoroso culto a los ideales democráticos.

El movimiento revolucionario de Septiembre le trajo a la vida pública.

En 1872 contribuyó en la medida de sus fuerzas al triunfo de la candidatura para diputado a Cortes por Tenerife del malogrado Marqués de La Florida —que luchaba frente al señor Pérez Zamora [don Feliciano]—, sin intimidarle las violencias y atropellos que por aquel entonces cometían los endiosados caciques, cuyos rábulas deslumbraban a las muchedumbres con el vellocino de oro, que a su alrededor tenían. En aquellas elecciones se gastaron en toda España dos millones de reales, cantidad que en el lenguaje gráfico de la política, se conoce con el nombre de los *dos apóstoles*.

Cuando don Amadeo de Saboya, no pudiendo resistir el oleaje de los partidos, abdicó la corona, proclamándose la República, en aquella memorable Asamblea Nacional, el 11 de febrero de 1873, nuestro personaje fue elegido por sus conciudadanos miembro del Ayuntamiento de Granadilla, en cuyo pueblo nació el 7 de mayo de 1840. Más tarde fue nombrado presidente de la citada corporación.

Dicho municipio arrastraba una existencia en extremo lánguida, no obstante las onerosas gabelas que abrumaban al infeliz contribuyente. El señor Reyes Martín, desplegando una actividad pasmosa, reorganizó la administración pública, corrigió inveterados abusos, destruyó *ab-irato* las irritantes prerrogativas creadas por el caciquismo a la sombra del antiguo régimen y puso al corriente en sus haberes a los funcionarios de la municipalidad, nivelando los presupuestos de la misma.

Qui fera bien bien trouvera.

La exactitud de este proverbio ha sido comprobada una vez más por nuestro personaje, quien a través del tiempo ha conservado incólume la aureola de prestigio y popularidad, que conquistó en el desempeño de su cargo por su rectitud y relevantes virtudes cívicas.

Autoridad enérgica y fiel cumplidora de la Ley, entabló varios recursos de alzada contra determinados acuerdos de centros administrativos y militares, que lesionaban los derechos de sus administrados, saliendo siempre airoso en la contienda.

Presupuso la cantidad necesaria para dotar a su pueblo de unos lavaderos públicos. Tenía en proyecto otras varias mejoras locales, las que no pudo realizar por haber presentado la renuncia de su cargo, a los cuatro meses de la toma de posesión del mismo, al tener noticia del salvaje atentado cometido por el general Pavía contra la representación nacional.

Al salir del Ayuntamiento, entregó al señor don José García Torres, que le sucedió en la alcaldía, 4.000 pesetas, con las cuales se dio comienzo a aquella notable obra hidráulica, que tanto honra a la Granadilla.

Artista de corazón, el señor Reyes Martín siente la belleza, y enamorado de sus deslumbrantes galas sabe expresarla, en el lienzo, con el pincel, y en el pentagrama, con el compás y el ritmo de ese lenguaje, que murmuran las ondas, que lleva el ruiseñor en su garganta.

Sus cuadros tienen esos toques de luz y sombra que causan arrobador deleite y revelan que el pintor está familiarizado con el fenómeno de la penumbra.

Sus notables copias de varias obras maestras de Murillo, Velázquez y Rivera, honran al modesto artista, cuyo nombre encabeza estas líneas y a su profesor, el inspiradísimo don Gumersindo Robayna.

Organizó en su pueblo nativo una banda de música, de la cual fue director, siendo ésta una de las mejores de Tenerife, según opinión de los inteligentes en la materia.

Fue fundador del casino La Fraternidad y presidente del mismo, hasta que aquel dejó de existir. En dicho centro estableció un teatrito, cuyas decoraciones fueron pintadas por nuestro biografiado, quien demuestra en esos trabajos conocer las leyes de la perspectiva. El telón de boca del referido coliseo, es un lienzo de indiscutible mérito artístico.

Por esa labor no ha percibido ni un céntimo el señor Reyes Martín. *Amo patriam* que dijo Cicerón.

En estos tiempos de mercantilismo político, en que se juega la honra y la consecuencia en la ruleta de los partidos, en que las ambiciones y las veleidades han restado importantes elementos a la democracia en Canarias, nuestro héroe desde el humilde rincón de Tenerife, en donde realiza la prosaica misión del vivir, ha seguido sosteniendo enhiesta la bandera de la República con el entusiasmo ardiente de un corazón, cuya fe se ha fortalecido con las contrariedades y altibajos de la política.

Siempre en la brecha, ha luchado libérrimamente en los comicios, alcanzando varias veces la victoria con el honrado voto de sus correligionarios locales, quienes siguen sus inspiraciones con lealtad y decisión inquebrantables.

Combate con la entereza y energía de su carácter las instituciones vigentes, rechazando los halagos del caciquismo y las tentaciones del oro, escudado en la virtualidad de sus principios.

Es revolucionario convencido.

Cree que, cuando los derechos de los ciudadanos son ultrajados, se debe acudir donde la honra y la dignidad de la patria señala.

Es librepensador y espiritista entusiasta.

No transige con esos individuos, que representan los *sepulcros blanqueados* de que nos habló el sublime Galileo.

Edición de 1898, pp. 153-157.

JUAN REYES MARTÍN
[1842-1926]

Necesitaríamos una plancha de acero y el buril de un hábil artista para grabar la figura de nuestro personaje, cuyo perfil se destaca en el horizonte de las letras patrias.

Es de mediana estatura y tan delgado
que corta andando como naipe el viento

que dijo Zorrilla, fotografiándose a sí mismo.

Su poblado mostacho y su perilla completamente canos le dan aire marcial.

Espíritu vigoroso e inteligencia poderosamente analítica ha conquistado, en el terreno de la ciencia, distinguido puesto.

Es campeón intransigente de la democracia, a cuyos ideales rinde fervoroso culto.

En su corazón, siempre abierto al eco simpático de la caridad, lleva el fuego del patriotismo, como la ola la espuma.

El señor Reyes Martín debería servir de modelo a nuestra juventud.

Sin otra instrucción que la recibida en la escuela de primera enseñanza, que en Granadilla [Tenerife], su pueblo natal, regentó el ilustrado profesor don Francisco García Perlaza, ha

logrado alcanzar alta nombradía en nuestra república literaria y en la gran patria del arte.

Es escritor, pianista, matemático, agricultor concienzudo y filólogo capaz de dar cantaleta a la Academia de la Lengua con Valbuena y desentrañar las raíces y orígenes del lenguaje con el insigne Cuervo.

Tras el prosista atildado se percibe el hombre de mundo, y bajo su frase gentil palpita la sátira genial de su temperamento.

En sus escritos se nota un escogimiento sintáctico hecho con pinzas de oro.

Como muestras de su ingenio, citaremos sus trabajos literarios publicados en *El Memorandum* bajo los epígrafes «¡Somos felices!» y «La República». En ellos campean los primores de un estilo elegante.

Ha colaborado en *La Opinión, Valle de Orotava* y en otros periódicos regionales.

Nuestro héroe, antes de tener blanco el cabello, que diría un poeta sin escrúpulos galicanos, se trasladó al Nuevo Continente.

Allí explicó las matemáticas y con la actividad que le caracteriza, se dedicó también al comercio, en cuyo ramo se distinguió como hábil calculista.

Entusiasta por el progreso de su querida localidad, gracias a su iniciativa fecunda, secundado eficazmente por varios de sus coterráneos, la zona de riego de Granadilla ha aumentado como el grano de mostaza de la parábola.

Los incultos y áridos terrenos de la costa de aquella comarca se han convertido, como por encanto, con ese precioso líquido, venero de riqueza y bienestar común, en espléndidas huertas, que dedicadas hoy a diversos cultivos, dan pingües rendimientos.

Antes de estallar la guerra, origen de la perfidia y de las desapoderadas ambiciones yanquis, nuestra vista se recreaba en el hermoso cuadro que ofrecían aquellos campos llenos de vida y movimiento, hoy solitarios y abandonados, yermos y tristes, porque las manos que los cultivaban empuñan las armas en defensa del decoro patrio.

El encanto que nos producían las rústicas labores es el mismo que se experimenta cuando contemplamos el trabajo de una colmena, tan poéticamente descrito por el clásico en estos versos:

Qualis apes aestate nova per florea rura
Exercet sub sole labor quum gentis adultos

Educunt foetus aut quum liquentia mella
Stipant, et dulci distendunt nectare cellas
Aut onera accipiut venientum, aut, agmino facto
Ignavum fucos pecus a praesepibus arcent;
Fervet opus redolentque Hymo fragantia mella.

Nuestro biografiado trabajó con vivísimo interés por dotar a Granadilla de una importantísima mejora, que a no dudarlo, contribuiría grandemente al desarrollo agrícola y marítimo-mercantil del citado pueblo; nos referimos a la carretera de El Médano, cuya obra estuviera ya convertida en hermosa realidad si en las últimas elecciones de diputados a Cortes hubiese salido triunfante la candidatura del dignísimo y celoso defensor de los intereses tinerfeños, del señor marqués de Villasegura.

El señor Reyes Martín es autor de un notable tratado, inédito, de Aritmética teórico-práctica, en el que introduce cálculos rápidos de contabilidad mercantil, desconocidos hasta hoy en la ciencia de los números.

Tal es la pálida silueta de este hijo del Sur de Tenerife, quien tiene labor y fatiga en el campo de las letras y de la política.

Nació el 31 de julio de 1842.

Edición de 1898, pp. 129-132.
Diario de Tenerife, 1 de agosto de 1898.

GUMERSINDO ROBAYNA [Y LAZO]
[1829-1898]

Con sus pinceles trabaja para vivir como el inmortal Correggio.

En su ancha frente se ve pintada la inspiración.

Estudió el arte con el ilustre pintor del Teatro Real de Madrid, don Eugenio Lucas.

En la Corte hizo varias copias, entre ellas una del sorprendente Cristo de Velázquez y una Concepción de Murillo, que adquirió el Hospital de Nuestra Señora de los Desamparados.

Sus cuadros, divinamente admirables, están trazados por la mano convulsiva del genio.

Se aspira un soplo de belleza infinita cuando se contempla las columnas ligeras, los arcos ojivales, los entrelazamientos artísticos del soberbio monumento que existe en la catedral de La Laguna.

El ilustrado periódico *El Memorandun*, hace una descripción acabada de aquella bellísima obra, en las líneas que a continuación transcribimos:

> *Consiste el bello monumento a que nos referimos, consagrado a uno de los más extraordinarios misterios de la religión católica, en un majestuoso templo que ostenta todo el ornato*

y galanura del orden gótico. En la embocadura o arco del crucero que mira al presbiterio intestado por ambos costados en la fábrica y elevándose doce metros sobre la superficie de la iglesia, se ve un basamento interrumpido en el centro por ancha escalinata que toca en el pavimento cuadrangular cubierto de rica alfombra.

Cuatro bocelados pilares revestidos de ligero follaje, dejan ver bajo lujoso docelete las efigies de varios patriarcas, que sostienen bordadas repisas, ocultando los capiteles afiligranadas umbelas que a su vez son el asiento de otras estatuas que, colocadas en los ángulos, dividen el segundo cuerpo en tres secciones, ocupando el centro un arco de medio punto y ojivas laterales en el chaflán.

Vástagos y hojas con gracia y ligereza trepan por los boceles del gran arco adornado de ondas en su parte exterior y coronando la superior revuelto follaje. Termina en forma conopial, llenando el espacio una greca de filetes perpendiculares con lacería angrelada en el centro. En todo este frente se hallan repartidas diez y seis figuras que representan el Antiguo Testamento, identificado por Moisés, así como en el interior del tabernáculo está señalada la ley nueva por los apóstoles que coronan el tercero y parte del segundo cuerpo. Las primeras hornacinas las ocupan la Esperanza y la Caridad, y la Fe termina el remate del arco ojival que forma centro. Sobre los pilares que dividen los cuerpos céntricos se destacan las figuras de San Pedro y San Pablo, llenando el espacio entre estos algunos apóstoles colocados en celdillas, así como los cuatro ángulos de la parte superior, caprichosas pechinas del mismo carácter arquitectónico. Distínguense los evangelistas San Juan y San Marcos en nichos trebolados ocupando los extremos y en el espesor del arco San Mateo y San Lucas; cubriendo el fondo una gran cortina carmesí.

Descrita la parte que mira al presbiterio y su fondo hagamos una ligera reseña del monumento, observado de la nave de la izquierda.

Nótase a primera vista un arco figurado que por su sencillez no ofrece novedad. Las figuras de San Agustín y San Buenaventura están aisladas y las cubre un docelete de renacimiento: la gran parte de pared blanca que carga sobre el arco produce un contraste de mal gusto; cosa que no resultaría si estuviese decorada y apareciendo como continuación del alzado; porque de esta manera sería más fácil la entrada al santuario.

En el fondo anchurosa, alta y clarísima nave se dilata a través del espacio, decreciendo gradualmente en proporción a la parte que ilumina un rayo de luz.

El señor Infante y Macías, obispo que fue de esta diócesis de Tenerife, encargó a nuestro biografiado el trabajo del referido monumento.

En el palacio de la Capitanía General de estas islas hay también muestras de su talento pictórico.

Los cuadros que adornan aquel recinto vienen a cimentar la fama de su pincel.

Pintó en el año próximo pasado el retablo del Cristo de Tacoronte.

Este trabajo de mérito indiscutible ostenta la severidad religiosa de la escuela española.

El señor Robayna es al mismo tiempo habilísimo escultor.

Sus producciones en este arte provocan aún más nuestra admiración y nuestro entusiasmo.

Al contemplar los contornos suaves y delicados de su grandiosa obra, la estatua de dos metros y medio de altura que representa al famoso maestro Mozart, se confunde el pensamiento en un mareo de belleza y majestad.

Nuestro personaje ha visitado las principales poblaciones de Francia y de la isla de Cuba.

En París tuvo la honra de tratar al eminente Monsieur Lassalle por recomendación de su amigo el sabio don Sabino Berthelot.

En La Habana hizo algunos trabajos que fueron recibidos con aplauso por el público inteligente.

En esta capital y más tarde en la ciudad de Matanzas exhibió por medio de aparato óptico una magnífica colección de cuadros debidos a su pincel que fueron muy celebrados de cuantos tuvieron el gusto de asistir a verlos.

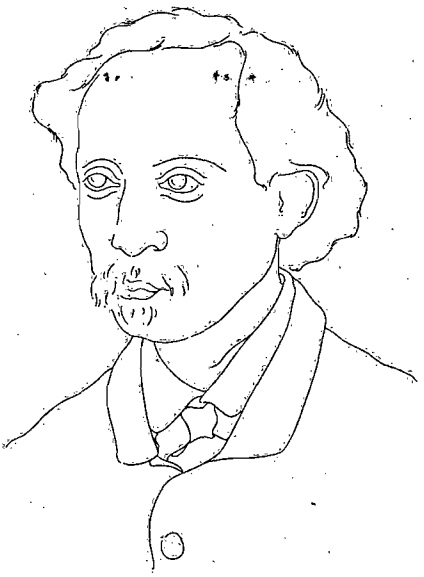
Por fallecimiento de don Pedro Maffiotte, desempeñó en 1871 el cargo de director facultativo de las obras de edificios urbanos en esta ciudad, y en 1874 el de vocal de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Canarias.

Es presidente del casino Círculo de Amistad.

Su carácter es franco y comunicativo.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el 29 de enero de 1829.

Edición de 1888, pp. 137-140.



ANTONIO RODRÍGUEZ LÓPEZ
[1836-1901]

Usa espejuelos y el cabello largo, al estilo del ilustre poeta Zorrilla; escribe en prosa y en verso; hace repartos municipales y da clase en el Colegio de Segunda Enseñanza de Santa Cruz de La Palma, en cuya ciudad nació el 15 de marzo de 1836.

A este inspirado poeta le vienen de molde los conocidos versos de un célebre poeta:

Dichoso aquel que no ha visto
más cielo que el de su patria,
y anciano duerme a la sombra
do pequeñuelo jugaba.

No ha salido jamás de La Palma; no ha experimentado los angustiosos efectos del mareo y las borrascas del mar.

Sus goces los ha tenido siempre en el seno de la familia; un chiquitín que le tira por los bigotes, otro que le pide una gramática para conocer el idioma patrio, y una niña que le acaricia coquetonamente diciéndole que le compre una muñeca.

Sus sueños de gloria no han traspasado nunca los estrechos límites de la roca en donde nació.

Es fanático por el progreso de su patria.

Sus versos han servido para arrullar la cuna en que se meciera el fruto de sus amores.

Envuelto en sus románticos vestidos, se dirige a las tumbas a evocar sagrados recuerdos.

Es el cantor de las tristezas. Sus ritmos tienen tintes católicos.

No es un versificador; es un vate que lleva la inspiración en el alma.

Es autor de dos tomos de versos, que constituyen su verdadera corona poética.

Ha escrito infinidad de dramas; entre ellos citaremos *La rama de roble, El ciprés de la sultana* y *La pena de muerte,* todos en cuatro actos y en verso, estrenados en el teatro de aquella isla. Sus escenas se desarrollan magistralmente y su versificación es robusta y armoniosa.

Su inagotable inspiración sube a la altura de la poesía pagana.

Como poeta lírico, es notable; sus versos cuajados de brillantes pensamientos, son fluidos y cadenciosos.

Como dramaturgo, es fecundo y sigue las huellas del cantor de las *Orientales.*

Fundó *El Time,* periódico que vio la luz en La Palma y ha sido redactor de *La Patria, El Iris,* y otras publicaciones.

Ha colaborado en ilustradas revistas literarias de esta provincia y ultramar.

Sus bellísimas y originales poesías son muy conocidas dentro y fuera del Archipiélago.

El realismo en el arte, oda inimitable que pudiera servir de modelo por su novedad, es muestra de su ingenio.

Se aleja cuanto puede de las luchas políticas.

Es secretario del Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma y de la Sociedad Económica de Amigos del País de dicha ciudad.

En su patria es conocido más por don Antonio Barroso que por don Antonio Rodríguez López.

Ha escrito alegorías dramático-líricas para representar por las calles en un carro, en la fiesta lustral de la bajada de la Virgen de las Nieves.

Su musa, ora resuena bajo las bóvedas del templo católico, ora en el recinto del arte, ya en medio de la turbas populares.

Edición de 1888, pp. 47-49.

Manuel Rodríguez Martínez

[1827-¿?]

Es clarinetista afamado y compositor músico de nota.

Hizo sus estudios en el Conservatorio de París. Allí se distinguió por sus dotes extraordinarias para el divino arte.

Tiene un profundo conocimiento en el clarinete, una cualidad que sólo acompaña al verdadero músico.

Siente estremecer su alma a cada vibración de un sonido.

Por su habilidad en el instrumento que profesa era muy aplaudido del público de esta Capital por el año de 1848, según vemos en las siguientes líneas de dos periódicos que se publicaban en aquella época.

Dice *El Eco de la Juventud*:

Entremos, pues, en el camino de las novedades. ¿Fue la novedad esta noche el baile? Seguramente que no, porque hubo una novedad que le sobrepujó considerablemente. Un clarinete; el señor don Manuel Rodríguez, ese joven que de aficionado ha pasado al puesto de distinguido profesor, nos dio con aquel instrumento la prueba más completa de que se halla colocado en el glorioso terreno destinado a los verdaderos artistas, solamente le encontramos una falta inaudita, y es

que fue corto el tiempo que nos complació con sus deleitables melodías.

Oigamos al malogrado literato don José Dugour en las columnas de *La Aurora*:

> *Uno de los mayores deleites de la noche del 11 fue el de oír a don Manuel Rodríguez en el clarinete. Este aficionado profesor, tanto tiempo apartado de la orquesta por una grave enfermedad, celebró su reunión con sus amigos y compañeros, regalándoles a sus embelesados oyentes, un hermosísimo obligado, que fue acogido con los aplausos más estrepitosos. ¡Qué pureza de sonidos! ¡Qué limpieza de ejecución! ¡Qué sensibilidad en la expresión! ¡Cuántas dificultades superadas! El señor Rodríguez sorprendió, agradó, entusiasmó; pues hasta ahora nadie aquí tenía idea de lo que podía hacerse con ese instrumento. Un sólo deseo formamos; y es el de oírle muchas veces, siempre si es posible.*

En esta capital organizó en el prenotado año de 1848 una orquesta militar de la que fue director.

En el cortísimo periodo de cuarenta días de estudio, ejecutó con precisión, energía, inteligencia y plenitud de sonidos, marchas, valses y pasodobles llenos de combinaciones armónicas.

Al decir de un periódico de aquel tiempo era de admirar la vehemencia que la masa de instrumentos desplegaba en el corte de notas de los fuertes y la suavidad nutrida de sus pianos.

También en la memoria de muchos de los habitantes de Las Palmas han quedado impresos los triunfos de su talento músico.

La orquesta que en aquella ciudad dirigió y sus discípulos, ventajosamente conocidos en esta provincia, entre los que figura el inteligente profesor de clarinete don Mariano Romero y Palomino y otros lauros gloriosos que allí conquistó, hacen su verdadera apología.

Desde hace mucho tiempo está alejado del *mundanal ruido*.

Se ha dejado dormir tanto sobre sus laureles que ya su nombre se lo ha tragado la profundidad de esa mar que algunos llaman olvido.

Nació en esta capital el año de 1827.

Edición de 1888, pp. 131-133.

BERNABÉ RODRÍGUEZ [PASTRANA]
[1824-1892]

No ha buscado una popularidad efímera en el culto de la política.

Lleva por norte en todos los actos de su vida este sagrado lema: *Patria*.

Hombre de vigorosa organización intelectual, abre su espíritu a todas las influencias modernas. Su patriotismo es ariete formidable contra el poder avasallador de reyezuelos, es el paladín de todas las libertades del ciudadano.

Nada más noble que combatir con el pensamiento; nada más grande que abrirse con su amor a la patria un camino entre la multitud.

Desgraciadamente a nuestro personaje le faltó un campo adecuado de acción.

Esta isla debe ser una madre cariñosa para todos los que como el señor Rodríguez llevan la inteligencia en la frente y la llama del patriotismo en el corazón.

Los corpulentos laureles de la *Alameda de la Libertad,* al inclinarse sobre los parques de flores que embellecen aquel encantador recinto, murmuran el nombre de nuestro héroe.

Siendo alcalde de esta capital por el año de 1858 adquirió y trabajó a sus expensas el solar de aquella plaza.

Este rasgo verdaderamente patriótico no lo olvidarán nunca los buenos hijos de Santa Cruz de Tenerife, en cuya ciudad nació nuestro biografiado el año de 1824.

Fundó y preside la Asociación de Socorros Mutuos y Enseñanza Gratuita.

El suntuoso edificio que dicha Asociación está levantando en la plaza de la Constructora, parece reflejar la luz del genio del señor Rodríguez; parece que las flores de sus virtudes cívicas embalsaman el hálito de sus espaciosas galerías.

Sin más recursos que los del patriotismo acomete la ardua empresa de levantar ese soberbio edificio que ha de servir para el desarrollo de la instrucción popular, base inconmovible en donde descansa el porvenir de la patria.

Ha sido presidente del Comité Central Republicano y uno de los más entusiastas propagandistas de las libertades populares.

Hoy vive en el retraimiento en vista del rumbo que han tomado los asuntos políticos en España.

Es demócrata práctico, fraterniza con todas las clases sociales, lo mismo frecuenta la casa del acaudalado que el taller del humilde artesano.

Su trato es amable y cortés.

Edición de 1888, pp. 129-130.

MARTÍN RODRÍGUEZ PERAZA
[1848-1904]

Es licenciado en Derecho Civil, orador y canonista.

En la tribuna satiriza donosa y cruelmente a sus contrincantes.

Tiene fácil y correcta palabra.

En sus discursos chispea la gracia, como el *champagne* en la copa.

Posee ingeniosísimos recursos oratorios y retiene en la memoria infinidad de sentencias y aforismos latinos, que aplica en los debates con bastante oportunidad.

Maneja hábilmente el sofisma.

Su voz, aunque poco voluminosa, tiene timbre simpático.

Su oratoria es sencilla, pero elegante y persuasiva.

Ha sido varias veces diputado provincial y lo es actualmente.

En el seno de la primera corporación de la provincia, se ha distinguido por las brillantes campañas que ha hecho en defensa de los intereses de la isla de Tenerife.

Posee extensos conocimientos jurídicos, administrativos, históricos y literarios.

Es políglota aventajado.

Goza en su país de popularidad y de no escaso prestigio político.

Es socio del Gabinete Instructivo de la capital y de otros centros científicos y literarios.

Su trato es sumamente afable y cortés.

Nació en Granadilla [Tenerife], el año de 1849.

Edición de 1888, pp. 27-28.

AGUSTÍN RODRÍGUEZ PÉREZ
[1845-1922]

Como abogado y orador ha cosechado inmarcesibles lauros.

Es tribuno de palabra fogosa.

Por su actitud se parece a Dantón.

Ha combatido rudamente en la Asamblea Provincial, de la que ha sido miembro distintas veces, a sus adversarios políticos.

Conoce con propiedad el Derecho y es uno de los más reputados jurisconsultos de este Archipiélago.

Se ciñe a la letra escueta de la ley.

Tiene numerosa clientela; su bufete es un continuo oleaje de litigantes.

Siempre ha sacudido con la elocuencia de su enérgica palabra las imposiciones de influencias contrarias a los intereses de esta capital.

Desde muy joven figura en las filas del partido liberal-conservador.

Ha defendido con virilidad y valentía su credo político.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el año de 1854.

Edición de 1888, p. 95.

Juan Rojas y Carta
[1877-1898]

No ha muchos días que, con motivo de la temprana muerte del modesto e inteligente joven, cuyo nombre encabeza este ligero artículo, estuvimos en la casa de su padre, nuestro querido amigo don Francisco, a expresarle —aunque tarde por la distancia del lugar en que vivimos— nuestra condolencia por pérdida tan irreparable como sentida. Y allí, en la casa paterna, en donde aún se alzan sombras de dolor y angustia, pudimos contemplar notables cuadros debidos al pincel del malogrado artista, que nos inspira estas líneas.

Allí admiramos los hermosos lienzos en donde Juan Rojas y Carta, trasladara los cambiantes de nuestro cielo, el añil de nuestro espumoso mar y las umbrías de nuestros bosques.

La tonalidad de la floresta, el pinar, las susurrantes aguas del regato y la blanca luz de la luna, esparciéndose por el paisaje en calurosa noche estival, hicieron vibrar en el artista la fibra más honda del sentimiento, e iluminado por la antorcha de su inspiración, pintó un cuadrito, que atesora esa dulzura de ambiente que nos lleva de un modo innegable a la contemplación de la Naturaleza.

Allí nos llamó también la atención una marina tan *vivida y sentida*, que las negras y puntiagudas rocas de la levantina costa tinerfeña y el viejo torreón que se eleva a orillas del Atlante, cubierto de musgo y azotado por los ciclones y las rugientes olas, nos hablan al espíritu con esa armonía de la forma y del color de aquellos lugares ribereños.

El infortunado joven que nos ocupa, mostró desde sus más tiernos años excelentes aptitudes para la pintura, y sin más maestros que su genio artístico, trabajaba en su estudio noche y día, sólo para satisfacer un deseo de su alma.

Su cuadro representando la huerta de la antigua fábrica de fósforos de su tío, don Juan P. Carta, tiene toques magistrales, en los que resplandecen la verdad del colorido y la clásica elegancia del dibujo.

El cafetal, los descarnados muros, que rodean aquel sitio lleno de tiestos, por entre cuyas flores asoman el plumaje el mirlo y el *capirote*, y dos mozas que dialogan en medio de una hilera de árboles frutales, todo este bello conjunto está copiado al aire libre, a la plena luz del sol.

Es un paisaje, quizás fantaseado en algún detalle, pero que al mirarlo viénense a las mentes el nombre del dueño de la citada fábrica y las epigramáticas frases, que aparecen estampadas en sus cajas de cerillas.

Juan murió cuando apenas contaba veinte primaveras; si hubiese vivido siquiera otros cuatro lustros más, y tomado lecciones de inteligentes maestros, hubiera dado días de gloria a su patria y a su familia.

Contrastaba encantadoramente la facilidad y elegancia de su estilo pictórico con lo aniñado de su figura.

Su paleta rica en matices, tenía algo parecido con la de su primo, el afamado paisajista Valentín Sanz.

Diario de Tenerife, 10 de octubre de 1898, p. 2.

Roque Sáenz Peña
[1851-1914]

No es como el tirano de Colombia, aquel vesánico doctor Rafael Núñez, cuya refinada perfidia puso muchas veces de manifiesto.

El poeta Núñez consagraba a la democracia los mejores cantos de su lira, y sin embargo perseguía con inaudita saña a los defensores de los principios liberales, a los discípulos del grande Rojas Garrido, porque combatía en la tribuna y en la prensa su odiosa y odiadísima dictadura.

Aquel tigre disfrazado con la piel del cordero ahogó con sangre el grito de la juventud liberal de aquella república, en una calcinada playa atlántica.

Diógenes, Arrieta y otros intelectuales, nuevos Casios de las libertades de su patria, exhalaron su postrer aliento en tierra venezolana, a donde tuvieron forzosamente que refugiarse después de los desastres de las batallas de Donjuana y Garrapata, en las que las huestes conservadoras que defendían los intereses de la mano izquierda en frase del filósofo, afianzaron el entronizamiento de la dictadura en aquel país.

No es tampoco el personaje que nos ocupa, como el gran cacique de Venezuela, que se llamó Guzmán Blanco y también

ilustre americano por los histriones del poder, que entregado a la «orgía del bronce» que dijo Hugo, se hizo erigir estatua en la culta ciudad del Guaire y persiguió hasta en sus nidos a hombres de gran valía intelectual, como Rómulo Guardia y Diego Jugo Ramírez, el poeta, autor de *Arpegios*.

El doctor Sáenz Peña es la antítesis de esos modernos calígulas de levita y sombrero de copa.

El primer magistrado de la Nación argentina, se nos ha revelado en esta hermosa frase, hija, genuinamente cristiana, como un *super homo*.

Ha dicho: *América para la humanidad*. Y estas bellísimas palabras que se esculpirán en el bronce de la historia, son la síntesis de un programa de gobierno diametralmente opuesto a la egoísta doctrina de Monroe, quien lanzó un insulto al rostro de la Humanidad, al decir con fanfarria quijotesca: *América para los americanos*.

El doctor Sáenz Peña, a quien no le asustan las ideas por atrevidas y avanzadas que éstas sean, colocó al frente de una cátedra de la Universidad de Buenos Aires al *leader* de los socialistas argentinos, al grandilocuente tribuno, doctor Alfredo Palacios.

Los adversarios de los ideales que sustenta el sabio abogado e insigne pensador, pusieron el grito en el cielo y valga el tópico vulgar, al verle nada menos que formando el alma de la juventud argentina, para los futuros combates de la vida, pero nuestro primer magistrado hizo caso omiso de aquellas vanas declamaciones que flotan *supertranseuntes aquas* del olvido, y Palacios continúa en su honroso puesto, esparciendo entre sus alumnos la brillante luz de la ciencia, querido de sus comprofesores y discípulos.

El doctor Sáenz Peña conserva como el histórico Metelo, la pureza de las leyes y del caudal público, saneando la atmósfera política de su patria. Su gobierno señala una gloriosa etapa de moralidad administrativa y su acertada gestión le dignifica, la aplauden sin reservas mentales, propios y extraños.

A pesar de sus ribetes de católico fervoroso, pero sin fanatismo ni mojigaterías, el insigne estadista, a quien consagramos estas líneas, no pone trabas ni cortapisas a la emisión del libre pensamiento. La prensa y las cámaras legislativas de la Argentina son cátedras abiertas a todas las ideas.

Su política de altura es legítima garantía de orden y de paz para que esta nación pueda llegar en no lejano día al pináculo de su grandeza, marchando como marcha activamente por la senda de insólito progreso.

Algunos de sus mal intencionados detractores, dirigen censuras, por cierto injustificadas, al doctor Sáenz Peña por vivir con el boato y magnificencia que corresponden a su excelsa jerarquía y a los timbres de su alcurnia.

El que ocupa el solio presidencial de una nación opulenta, grande como lo es la Argentina, tiene forzosamente que mantenerse a la altura del esplendor y de la dignidad del país cuyos destinos rige. Y a propósito recuerda el que estos renglones traza, que allá por los años de 1878 conoció en una modesta zapatería al presidente de la República de Santo Domingo, general Damián a donde había ido a que le lustraran los botines.

Pero entre el inculto militar cuyo nombre queda consignado y la conspicua personalidad del eximio doctor Sáenz Peña, media un abismo.

El diplomático eminente, el estadista concienzudo que es todo un carácter, y el orador elocuentísimo de fama mundial, no puede adoptar el mismo sistema de vida que el ignaro machetero de la ciudad del Ozama, so pena de menoscabar su propio decoro y el de su patria.

En Suiza, Francia, España, Italia, en los Estados Unidos del Norte de América, en una palabra, en los distintos países que ha visitado, o en donde ha ejercido el elevado cargo de ministro plenipotenciario de su patria, el doctor Sáenz Peña es celebrado y aplaudido por un ojo clínico experimentado de diplomático hábil y concienzudo.

Es demócrata práctico, no obstante pertenecer a una de las más aristocráticas familias del país, cuya casa solariega radica en el solar castellano.

Jurisconsulto de la talla de Cortina o Martos, ha alcanzado en el Foro brillantes triunfos.

Es hablista castizo y correcto. No ha inferido jamás un agravio a la gramática.

El nombre del doctor Sáenz Peña es ya viejo, porque hace tiempo que viene sonando; él todavía es joven y aún puede dar a su patria muchos días de gloria.

El jefe supremo del Estado argentino, cuyos perfiles más característicos hemos dibujado, es teniente general del ejército peruano.

El doctor Sáenz Peña trocó la pluma por la espada, y en los campos de batalla supo dar gallardas pruebas de intrepidez y de sus vastos conocimientos en la milicia.

A su persona varonil, a su corazón magnánimo y a su genio dulce y tolerante, puede agregarse la habilidad y el acierto en el manejo de la cosa pública.

No ha muchos meses, haciendo uso de la prerrogativa que le concede la Ley, indultó a un reo condenado a la última pena. Las lágrimas de regocijo que, al saber tan fausta noticia, derramó aquel desgraciado que debe su vida la piedad de un corazón magnánimo, abrillantan las perlas de la corona moral que ciñe la frente de la augusta señora esposa de Sáenz Peña, que embalsama con el perfume y con los carismas de sus virtudes cristianas, el hálito de su hogar.

Nuestro héroe heredó de su padre la honradez, la caballerosidad, y sobre todo, un vehemente amor a su patria.

Su padre también ocupó el solio presidencial de la república y descendió de tan alto puesto, dejando una estela de moralidad administrativa, que el poder de los tiempos respeta.

El doctor Sáenz Peña, honrando la memoria de su progenitor, no se desvía ni un ápice de la senda trazada por aquél.

De tal palo tal astilla.

Nunca ha sido tan bien aplicado como ahora ese aforismo.

Nuestro personaje nació en Buenos Aires.

Su cuna es opulenta.

Él tiene una mente millonaria de creaciones portentosas.

Edición de 1911.

Francisco Salar

Su biografía está en blanco, que dijo Larra.

Como su honrado padre, el distinguido profesor de Instrucción Pública, que pagó su tributo a la madre común Naturaleza en argentina tierra, nuestro personaje es más liberal que Riego y tan patriota como Tinguaro, el héroe de la batalla de Acentejo, en Tenerife, cuando la conquista de aquella isla por las huestes del Adelantado Fernández de Lugo.

Salar vio la luz primera en La Orotava, pero hace muchísimos años que vive en esta capital, dedicado a las transacciones mercantiles.

Es inteligente tenedor de libros y hábil calculista.

Su casa está siempre abierta a todos los canarios desheredados de la suerte.

Personalidades de la talla moral de nuestro biografiado no abundan, ciertamente, por esos trigos de Dios.

Es hombre que tiene lado izquierdo, que decía el vencedor en Alcolea. Su carácter es en extremo bondadoso.

Edición de 1911.

LUIS SANSÓN Y DE LEÓN

Procede de una familia de Canarias, de ilustre abolengo, que siempre se distinguió por su alteza de miras.

Es nieto de aquel eximio jurisconsulto, que se llamó don Francisco María de León, prez y gloria del foro isleño.

Sansón en su primera juventud se dedicó al periodismo, redactando, entre otros diarios, que vieron la luz en Santa Cruz de Tenerife, *La Clave*, órgano del partido reformista, que acaudilló el malogrado hombre público, don Francisco Romero Robledo.

Cursó el bachillerato en el colegio de la Capital de Canarias, habiendo obtenido las primeras notas en los exámenes.

Más tarde, obedeciendo a las inclinaciones de su carácter audaz y aventurero, emigró a la Argentina, fijando su residencia en la progresista y culta ciudad del Rosario.

Allí también emborronó cuartillas para *El Municipio*, colaborando, a la vez, en otras importantes publicaciones de la citada población

Su estilo vibrante y su lenguaje florido y castizo, le conquistaron tanto en el terruño patrio, como en esta República, alta

nombradía como periodista atildado y de combate. En la candente arena de la polémica periodística, nuestro héroe ha sabido responder digna y virilmente a sus apellidos, símbolos de fuerza e hidalguía.

Algunas veces Sansón, dejándose arrastrar por sus arrebatos de doctrino convencido, ha rebasado los límites en que debe encerrarse toda contienda inspirada en ideales políticos.

Más que a convencer, sus escritos se dirigen a inutilizar al contendor.

En el Rosario trabajó para el foro, alcanzando brillantísimos triunfos en asuntos civiles y criminales.

Contrajo matrimonio en la prenotada ciudad con una distinguida señorita.

Desde hace tiempo tiene abierto un estudio jurídico en esta capital, en donde cuenta con numerosa y selecta clientela, siendo apoderado de las más acreditadas casas de comercio del país.

Se distingue por su laboriosidad y por la protección decidida que presta a aquellos de sus compatriotas que arriban a estas playas en busca de más amplios horizontes, para desarrollar sus fecundas iniciativas.

Ha recibido nuestro biografiado ataques desleales de algunos de sus coterráneos, pero Sansón prosigue arrojando en el surco humano la semilla del bien, sin hacer caso de esos escarabajos peloteros que se revuelcan en la infecta charca de la maledicencia.

Ama a su roca nativa. En los distintos viajes que ha hecho a Tenerife, ha contribuido, con verdadera largueza, a socorrer las necesidades de la clase proletaria de aquella peña atlántica. Cuenta allí con valiosos elementos políticos que han llevado su nombre a las urnas electorales.

Debido a los actos coactivos, realizados por los rábulas del poder oficial, Sansón no ha tomado asiento en los escaños del Congreso español, pero su nombre salió moralmente victorioso en los comicios.

Si se conservase incólume la pureza del sufragio, si el voto del ciudadano fuese libérrimo, Sansón hubiese ceñido, ha tiempo, la investidura del cargo de diputado, y entonces Tenerife no se encontrara, como actualmente se halla, entregado al cunerismo.

En reciente viaje por Europa visitó al rey don Alfonso XIII y al Sumo Pontífice Pío X, quien le recibió en audiencia privadísima.

Por el empuje vigoroso de su voluntad indomable, ha llegado Sansón a conquistarse una posición social distinguida en la Argentina, habiendo tenido por única divisa este principio axiomático *Labor omnia vincit*.

Edición de 1911.

Elías Santos Abreu
[1856-1937]

Es distinguido hijo de Esculapio, músico y caricaturista.

Estudió el bachillerato en La Laguna, y más tarde pasó a Sevilla, concluyendo la carrera de Medicina en cuatro años, en la que obtuvo siempre las primeras notas.

Fue uno de los fundadores de *El Eco Médico Escolar* de la expresada ciudad andaluza y en dicha revista publicó un notable tratado de dermatología, con arreglo a las explicaciones del doctor Sota y Lastra, que mereció el beneplácito de todos sus profesores.

Fue también socio fundador del Ateneo hispalense.

Posee conocimientos bastante profundos en botánica.

Lo mismo puede hablar de la *Datura* de Linneo que del *Recinus communis* y de aquella espléndida floripundia centroamericana, que en el léxico castellano se conoce con el nombre de floripondio, y de la cual dice el inspirado vate salvadoreño, Juan Diéguez, describiendo el aspecto de sus campos nativos en la época primaveral:

Se ostentan las pomposas floripundias,
que cual ebúrneas campanillas penden;

de albura ricas y de olor trascienden
y el trébol y las flores de la cruz.

En el despacho del señor Santos Abreu hay una buena colección de la flora del país, la cual es visitada por los extranjeros naturalistas que llegan a La Palma.

Laborioso en grado sumo, en el cortísimo tiempo que le deja libre su numerosa clientela, se dedica a escribir inspiradas piezas musicales y a caricaturizar a algunos curas amigos suyos, para lo que tiene rara habilidad y gran primor.

Su biblioteca de escritores clásicos es de gran mérito, tanto por el número de volúmenes, cuanto por las curiosidades que encierra.

Es además literato, pero por sus múltiples ocupaciones ha producido poco.

Es escritor satírico, que derrocha la sal de su ingenio.

Su lenguaje es elegante, claro y correcto.

Escribió la zarzuela titulada *Los Antifaces*, que con feliz éxito se estrenó en Madrid. La prensa de aquella capital tributó calurosos elogios a nuestro personaje por la graciosa y juguetona música de la citada obra, y al conocido poeta, don Antonio Rodríguez López, autor literario de la misma.

Fundó la Sociedad Filarmónica de Santa Cruz de La Palma y es director del aludido centro.

Ha escrito, sin haber estado en conservatorios, numerosas y brillantísimas composiciones para orquesta, que le han valido los aplausos de las personas inteligentes en el divino arte.

Sus maestros predilectos son Meyerbeer y Wagner, sobre todo el primero.

Conoce con igual propiedad cualquiera producción de ellos, que los últimos descubrimientos del Instituto Pasteur y de Kaposi.

No debe tener muchos enemigos.

Quizá sea el único palmero que no haya votado en los comicios.

Nació en la Villa de Los Llanos el primero de mayo de 1856.

Edición de 1898, pp. 159-161.

VALENTÍN SANZ Y CARTA
[1849-1898]

Desde muy niño la pintura era su sueño dorado.

Se entretenía en trazar caprichosas figuras con lápiz en las blancas paredes.

Su natural inclinación al arte pictórico le dominaba por completo.

El primer cuadro que salió de su pincel, respiraba frescura y belleza.

Siguió pintando noche y día, porque su alma se abrasaba en el fuego de la inspiración.

Más tarde, subvencionado por la Diputación provincial, pasó a Madrid donde estudió los distintos géneros del arte.

Sus producciones se distinguen por la gracia en los contornos y la brillantez en el colorido.

Su estilo es *sui generis*.

La paleta de nuestro notable pintor tiene toques llenos de luz como la de los grandes maestros.

Como paisajista es notabilísimo.

En la época en que estaba estudiando en Madrid, presentó un cuadro en la Exposición de pinturas y alcanzó uno de

los primeros premios. Este fue un verdadero triunfo para el artista.

No sólo trabaja por la gloria sino también para satisfacer perentorias necesidades de la vida.

Ha viajado por Europa y América, visitando los grandes museos y a eminentes artistas.

Hallándose en la capital de Cuba, salió a oposición la cátedra de Dibujo de paisaje de la Academia de San Alejandro, y sin recomendaciones de ningún género tomó parte en aquellos ejercicios. Ganó en propiedad dicha plaza en honrosa lid contra varios contrincantes.

Vive actualmente en La Habana al frente de su destino, estimado de sus numerosos discípulos y de sus comprofesores.

Su carácter es excepcional; le gusta hablar poco; ronca como un lirón sin hacer caso del aura de gloria que murmura en sus oídos.

En prueba de gratitud regaló un magnífico cuadro a la Diputación provincial.

Muchas veces en sus arrebatos de artista prescinde del pincel y pinta con los dedos.

Nació en Santa Cruz de Tenerife, el 7 de noviembre de 1850.

Edición de 1888, pp. 57-58.

Claudio F. Sarmiento [Cabrera]
[1831-1905]

Su nombre es popular en este Archipiélago. Muy joven todavía comenzó a publicar composiciones amatorias. Atildado en el estilo, puede decirse que las exigencias del metro ahogaban su inspiración; algo de lo que le sucedía a Martínez de la Rosa. Hoy escribe en prosa y verso con bastante elegancia y brillantez. Es autor de la notable y conocida leyenda *La venganza de un desamor*, trabajo inspirado en la conquista de Granada; los versos de este precioso libro están sembrados de cadencia y armonía; tiene estrofas dignas del dulce cisne griego, del inmortal Píndaro.

Ha escrito y publicado dos buenas novelas, cuyos títulos son *Miel y acíbar* y *Justicia de Dios*; ambas están magistralmente escritas y prueban que su autor posee un talento descriptivo nada común; si hubiera continuado cultivando este género de literatura, hubiese abierto horizontes a la novela canaria.

Fue director de *El Guanche*, periódico de intereses materiales en un principio y republicano después. Suspendidas las garantías constitucionales en 1869, por la campaña enérgica y

viril que hiciera *El Guanche* en pro de la democracia, su director fue desterrado a la isla de Gran Canaria.

Es autor de la letra de la zarzuela en un acto *Un Clavo*, cuya música es del maestro don Juan Padrón; últimamente escribió la opereta en dos actos titulada *El Quinto*, cuya versificación es robusta y fluida, y cuyas escenas son verdaderamente dramáticas. La parte musical de este ingenioso trabajo es debida a la pluma de don Mariano Navarro. Ambas obras fueron estrenadas con brillante éxito en el teatro del casino Círculo de Amistad de esta capital, del que ha sido presidente distintas veces el poeta cuya biografía trazamos.

Ha desempeñado el señor Sarmiento los cargos de secretario y contador de la Diputación provincial, destino este último ganado por oposición en Madrid y del cual fue lanzado ilegalmente por sus ideas políticas. Así mismo fue secretario del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y administrador principal de Correos de esta provincia, en cuyo destino cesó por consecuencia del golpe de Estado del 3 de enero de 1874.

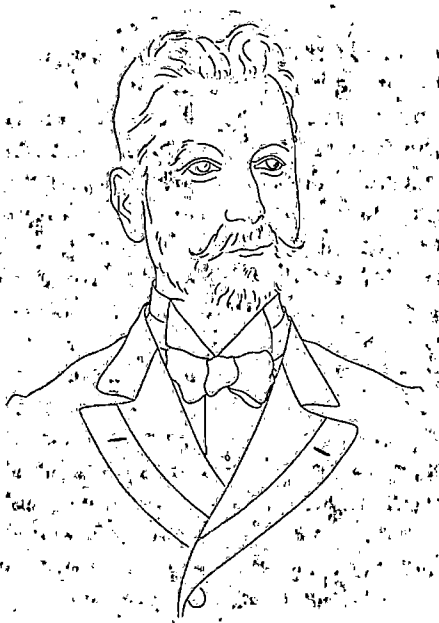
En la actualidad es escribiente mayor de la jefatura de Obras Públicas de estas islas.

A pesar de estar ya viejo, escribe versos con el entusiasmo de un joven.

Es socio del Gabinete Instructivo.

Nació en esta capital el año 1831.

Edición de 1888, pp. 25-26.



IMELDO SERÍS [GRANIER Y BLANCO]
MARQUÉS DE VILLASEGURA
[1849-1904]

En los momentos en que nuestro personaje se encontraría tal vez con varios amigos alrededor de una mesa sobre la terraza que del *Café Plombier* da al Boulevard de los Italianos, charlando con ese *esprit* endiablado del alegre *Quartier Latin* o en una *soirée* de la aristocrática sociedad parisiense, en las calles más céntricas de su pueblo nativo, abigarrada multitud de ciudadanos, ardiendo en patriótica ira, protestaba contra el inaudito despojo de uno de sus más sacratísimos derechos, sin intimidarla los sablazos de la Guardia provincial ni las bayonetas de la soldadesca.

Santa Cruz de Tenerife, al ver que arteramente se le arrebataba el organismo más importante de su capitalidad, como leona herida en su cubil, se defendió de sus encarnizados adversarios con ese arrojo y heroísmo con que lo hiciera en las postrimerías de la pasada centuria contra las huestes británicas, sosteniendo incólume la gloriosa bandera que adornó su cuna.

Aquellos hombres inermes, sudorosos, agitando los brazos, gritando como energúmenos, apostrofando con cívico frenesí a los que al despojo añadían sangrienta burla, mostraban algo de

lo que la imaginación entrevé que ha de suceder cuando lleguen los días apocalípticos de la tan temida revolución social.

En aquel memorable día en que el tañer de las campanas con acentos plañideros despertó al pueblo tinerfeño para hacerle comprender la magnitud de su desgracia, todos los hijos de Nivaria fijaron sus miradas en el lejano horizonte, fuera de los linderos patrios, pronunciando con delirante entusiasmo el nombre del compatriota ausente en extraños lares; y como entre tierra y cielo no hay más poder que la omnipotencia popular, salió triunfante de las urnas la candidatura del señor Serís para senador por esta provincia, al mágico conjuro de aquellas voces que pedían la reivindicación de sus escarnecidos derechos.

Entonces Tenerife, tras su noche de tinieblas, que parecía inacabable, vio asomar en su oriente los celajes de una nueva aurora.

Nuestro héroe, que en su buque de combate supo luchar con las borrascas del Océano, sintiendo el silbar de las balas enemigas, entre el crujir de mástiles y jarcias y entre el hervor de encrespadas olas, ha demostrado que es brioso paladín en las lides parlamentarias, en las que muchos bizarros soldados de la patria han caído envueltos entre las mallas de la red sutilísima del sofisma, viendo eclipsadas sus épicas glorias por la belleza de flores retóricas.

Es el señor Serís carácter de acerado temple, una de esas raras personalidades que se distinguen por la ecuanimidad de sus talentos, una de esas almas prismáticas que descomponen la luz del ingenio en todos los colores, y tienen irradiaciones, reflejos y visos de diamante.

Es orador fecundo y elocuente, cuyos discursos, sembrados de felices imágenes, están sacados de los mejores moldes del habla castellana.

Artista de la palabra, ésta obedece a las impresiones de su espíritu.

No resistimos al deseo de copiar este hermoso párrafo de la notable oración que pronunció en la alta cámara con motivo de la horrible catástrofe del crucero *Reina Regente*:

> *Es preciso, señores Senadores, haber sido alguna vez testigo presencial de algo parecido a esas tragedias espantosas del mar, para sentir entre el crujir de los mástiles, entre el silbato espeluznante de la maniobra, entre las espantosas sacudidas del buque, que a cada momento parece abrirse, aislado de todo auxilio de esa tierra bendita de la Patria, por esa inmensa mole que forman gigantescas y amenazadoras olas, las que al chocar contra el costado del buque parecen plagiar*

a cada golpe el sonido fúnebre de la campana que les señala la fosa común donde no ha de llevar, señores Senadores, alma cristiana, ni deudo, ni pariente, una sencilla flor, ni un epitafio querido, ni siquiera el tributo sublime de la cruz símbolo sagrado de nuestra religión.

El cuadro está trazado con tal viveza y colorido que lo envidiaría el pincel del insigne Salvattore Rosa.

Ni desde el pináculo de su grandeza ha olvidado el señor Marqués de Villasegura el lugar de su nacimiento.

En el augusto recinto de las leyes ha evocado los gloriosos recuerdos de su querida roca, describiendo con galana frase y patriótico candor, propio de las grandes almas, los sitios en donde, cuando niño, *lentus in umbra*, tendido a la sombra de los añosos árboles, *dulce ridentem*, que dijo el poeta, sonriendo dulcemente con sus amigos, después de trepar por riscos y vericuetos, se embriagaba con el murmullo del Océano, en cuyas azules aguas más tarde al servicio de la patria, realizó actos que le valieron honrosas condecoraciones, que ostenta con legítimo orgullo.

El señor Serís, hablándonos de aquellos lugares, que viven en su memoria rodeados de encanto y poesía, cautiva y deleita el ánimo de los que amamos de veras el terruño, en cuyo tibio ambiente parece que aún vibra el eco de nuestro primer vagido.

Siempre se le ve en lo alto, la cabeza erguida, el ojo audaz, el ánimo resuelto, la voluntad templada a fuego.

Al estallar la actual insurrección cubana, so pretexto de aprehender prófugos, la guardia provincial en cumplimiento de órdenes superiores penetra en el santuario del hogar, arrancando a jóvenes imberbes —que aún no se hallaban comprendidos en la dura Ley de quintas— de entre los brazos de amantísimas madres para embarcarlos con destino a la Gran Antilla.

El señor Serís, por iniciativa de varios amigos suyos, de la capital del Archipiélago, levantó su voz en el Senado para protestar contra aquella leva, que llevó la consternación y el luto al seno de muchas familias.

También probó por a+b que la isla Perejil, desde fecha remota, pertenece a España.

Periódicos nacionales y extranjeros se ocuparon extensamente de nuestro biografiado por la valentía con que sostuvo la tesis, respecto al derecho de propiedad que ostenta la Nación española a aquella peña africana.

Su luminoso discurso, pidiendo la reposición de los juzgados de La Laguna y La Orotava, suprimidos con beneplácito de

los flamantes diputados cuneros por Tenerife, señores Moret y Arroyo, mereció los más entusiastas elogios de las personas ilustradas y amantes de la justicia.

En el citado, concienzudo trabajo, traza el señor Serís, digámoslo así, el plano topográfico de la isla en donde levanta su altiva frente el viejo Teide, y presenta cuadros estadísticos de gran mérito para demostrar lo absurdo de aquel famoso decreto, que invocando economías —las del loro— llevó un ministro venal a la firma de la regia señora.

Batallador infatigable, no ha cesado en pedir para el pueblo que representa, carreteras, faros, puertos, líneas telegráficas y otras mejoras de suma importancia.

Tenerife, demostrando que sabe agradecer cuanto por él ha hecho el señor Marqués de Villasegura, le confirió su representación en la cámara popular en las elecciones de la última etapa conservadora.

Al señor Serís, que ha sacrificado en aras de los intereses de su patria todos los placeres que su envidiable posición le brindara en la elegante ciudad del Sena, no le ha faltado quien por odios políticos, o movido por otras bastardas pasiones, haya osado, en vano, empañarle, con la sombra de calumnias groseras, el limpio cristal de su incorruptible patriotismo.

Cumplido caballero, conoce con igual propiedad los formulismos de la etiqueta palatina, que los nombres técnicos de las piezas de un acorazado.

Ocupa puesto distinguido en nuestra Armada.

Es juez competente en materias histórico-geográficas.

Su trato es en extremo afable y cortés, y lleva estrechas relaciones amistosas con hombres de Estado, nacionales y extranjeros.

Nació en Santa Cruz de Tenerife el año de 1849.

Edición de 1898, pp. 123-128.

Un viaje a Teguise
[Los Spínola]

Después de andar en pies ajenos dos leguas guapas llegamos a la histórica villa, a la antigua corte del magnánimo Zonzamas, a ese pueblo, patria del arte lanzaroteño, cuyos horizontes tienen para nosotros la santidad del recuerdo.

Al pisar las silenciosas calles de Teguise, mi compañero de viaje, don Aquilino Fernández, con su natural gracejo, y como aficionado a los estudios históricos, me llamó la atención de aquel desartillado castillo que se eleva sobre una prominencia, y el cual sirvió de albergue a los vecinos de la villa, cuando las hordas del África salvaje incendiaron el pueblo que nos ocupa.

Cruzamos por una vía estrecha, cuyos edificios nos trajeron a la mente un pasado lleno de grandeza.

Viviendas de opulentos señores o de míseros hidalgos, albergues que se cuartean, que se desmochan, que se caen, que se apoyan unos en otros, y que a la manera de ancianos fieles a su tiempo, conservan la indumentaria peculiar de la época de su construcción, únicamente arrugada por los siglos.

¡Qué hermoso es esto! Nos atreveríamos a llamar al viejo pueblo que nos inspira estas líneas, La Laguna de Lanzarote.

Adelante, amigo Aquilino, hasta encontrar en la simpática villa el hombre que nos hable del espíritu innovador y reformista que informa la vida de los pueblos modernos.

Dice Voltaire: *Si Dios no existiera sería necesario crearlo*, y nosotros parodiando la frase del ilustre pensador decimos que, si los Spínolas no existieran en la villa, sería necesario inventarlos.

No anda el viajero una cuadra sin que tropiece con un miembro de esa familia, que, al decir de un literato regional, tiene en su alma la floración del ensueño, de ese ensueño semi-divino del arte.

Do quiera tendamos nuestra mirada, percibimos las huellas de ilustres abolengos, de tradiciones gloriosas, de leyendas románticas propias de los tiempos medievales.

Esos edificios vetustos, esas hornacinas arcaicas nos traen remembranzas de pretéritos tiempos, de extinguidas generaciones, que supieron grabar en la dura piedra el sello de lo sublimemente artístico.

Dijimos que buscábamos un hombre de espíritu innovador, y todos los habitantes de Teguise —debemos consignarlo así en honor de la verdad— aman el progreso, porque saben sentir e interpretar la belleza, ya en el pentagrama, ora con el pincel, trazando en el lienzo místicas imágenes que acuden a su fantasía, matizándolas con los colores de su cielo siempre azul.

En la hora crepuscular, en que el Sol al ocultarse teñía de grana las nubes, en que el toque del *Ángelus* reclamaba una oración a los fieles, en esa hora, decimos, llena de poética melancolía, nos dirigimos al templo en donde a la sazón se celebraba la fiesta consagrada a la Madre de Aquel que expiró en el Gólgota, perdonando a sus enemigos; y al penetrar en aquella casa de recogimiento piadoso, aspiramos los aromas celestes de férvidas oraciones, que brotaban de pechos verdaderamente cristianos; percibimos cánticos entonados por voces femeniles, que allá en el coro, entre las armonías del órgano, semejaban a un concierto de célicos querubes.

Ese templo, de cruz latina, con sus tres naves artísticamente labradas, con su presbiterio de plateresco estilo y con su capilla de San José; —suponemos que éste sea su nombre por un cuadro que hay en ella, de gran mérito, debido a pincel anónimo, representando a aquel Patriarca— todo ese conjunto de obras que tienen la característica de ese delicado gusto, que tanto distingue a los hijos de la Villa, nos transportó, en esa

noche a que aludimos, a las regiones suprasensibles de la religión y del arte.

Cuando la noche tendió sus negros paños sobre la extensión vacía, que diría el poeta, y en el momento en que la gente salía del templo, que a grandes rasgos hemos descrito, la animación y el bullicio reemplazaron al silencio y al quietismo habituales en Teguise. Las ventanas se vieron adornadas con los naturales encantos de rostros de mujeres verdaderamente hermosas. Pululaban por las calles jóvenes, cuyo alegre charloteo prestaba vida y movimiento al cuadro.

Mi citado amigo nos trajo la agradable noticia [aunque para un viejo como nosotros es un verdadero suplicio de Tántalo] de que don Francisco Spínola daba en su casa una reunión de carácter familiar, a la que tanto el señor Fernández como nosotros, fuimos atentamente invitados por dicho caballeroso señor.

Pasamos a la residencia solariega del amable matrimonio de los señores de Spínola, y allí pudimos ver confirmado plenamente nuestro acerto, en lo que respecta al arte teguiseño.

La señora de la casa arrancaba al piano delicadas notas, a cuyo compás bailaban preciosos rigodones, polkas y valses y en cuyo sarao se distinguía por su belleza, verdaderamente meridional, la encantadora Lola, hija del citado matrimonio. Nosotros, como viejos, no nos hubiéramos fijado en ese tipo de elegancia y hermosura clásica, pero el joven Fernández, que rinde culto a todo lo bello, nos llamó la atención respecto a los rasgos fisonómicos de la señorita Spínola que tiene [y esta es una flor de viejo *amateur*, también a pesar de la edad de los encantos femeniles] en sus ojos la aureola del candor y por cuya frente despejada cruza el relámpago de la inspiración.

En sendos corceles regresamos a la moderna ciudad de Arrecife, en las altas horas de la noche, debiendo consignar en estos toscos renglones, que no sólo llaman la atención del viajero los antiguos edificios de Teguise, sino también el carácter hospitalario y agasajador de sus cultos habitantes.

Diario de Tenerife, 31 de mayo de 1902, p. 2.

Emilio Suárez Calimano
[1884-1949]

Impresionistas, místicos, parnasianos, simbolistas, todos los escritores que han recogido las migajas de iris en que va contenida la belleza que se desparramaron cuando se rompió el kaleidoscopio del romanticismo, cayendo del Parnaso, tremolan con arrogancia, distintas enseñas donde aparecen grabados sendos lemas representativos de los grupos en que se divide el modernismo en el arte.

Suárez Calimano pertenece a esa entusiasta juventud que proclama *urbi et orbi* las excelencias de la novísima, innovadora escuela.

Poeta discreto, fecundo e inspirado, derrama bellísimos pensamientos entre las filigranas de una forma policroma y multisonante. Su lirismo no es *rococó* ni su estilo es barroco.

Su lenguaje es sonoro como la linfa que serpentea por entre guijas y juncias. Su prosa tiene el buen tono y pulimento característicos de las letras aristocráticas.

Desde niño escribió para la prensa de su país.

Suárez Calimano nació en La Laguna [Canarias]. *El Imparcial* y *La Lid* de su ciudad nativa, *El Cosmopolita*, de Las Pal-

mas y *La Opinión* de Santa Cruz de Tenerife, dieron cabida en sus respectivas columnas a notables artículos de nuestro héroe, sobre crítica de arte.

Esos trabajos, apreciables por muchos conceptos, merecieron calurosos elogios del público, en general, y especialmente de los más reputados literatos de aquellas Islas oceánicas.

En esa fecunda labor periodística, nuestro joven escritor dio gallardas muestras de sus vastos y luminosos conocimientos en Preceptiva Literaria y en achaques de crítica.

Conoce los clásicos españoles. Sabe de memoria trozos del *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza, y de las doce novelas ejemplares, de Cervantes.

Está familiarizado con los líricos castellanos del siglo de oro. Estudió náutica en su patria, pero su familia se opuso terminantemente a que conociera las borrascas del océano, desde la cubierta de un buque. Sin embargo, andando el tiempo, Suárez Calimano se vio a bordo de un trasatlántico, no en calidad de piloto, sino de emigrante, con rumbo a América.

También cursó varias asignaturas de la carrera de abogado, mas no pudo continuar sus estudios jurídicos, porque le llamaba con insistencia su vocación al periodismo.

Al poco tiempo de pisar tierra argentina formó parte de la redacción de *El País*, de esta capital. Para este diario escribió durante tres años artículos editoriales y sucedió a Roberto G. Jiusti en la sección de crítica teatral de dicho periódico. Más tarde colaboró en *Última Hora*, *El Nacional*, *Buenos Aires Social* y *Nosotros*. En aquellas publicaciones, Suárez Calimano hizo un verdadero derroche de ingenio y de cultura crítica.

Tiene dos libros en preparación, que titulará: *Canciones de Amor y Melancolía*.

Nuestro héroe por su poca carne y mucho hueso, y por su faz angulosa, se parece a Don Quijote.

Su prosa es diáfana como la sutil envoltura de su esquelética humanidad.

Es tan flaco y delgado
que corta andando
como naipe el viento

que dijo Zorrilla, fotografiándose a sí mismo.

Edición de 1911.

FERNANDO SUÁREZ Y GONZÁLEZ-CORVO
[1874-1911]

Lo que nunca ha sido, ahorrador, se quita apellidos, y se firma a secas Fernando Suárez Corvo, si bien es cierto que este nombre lo resguarda para los momentos de *oficio*, usando entre tanto el de su popular y simpático pseudónimo *Emilio Saavedra*.

Vayamos por partes: ¿qué ocurrencia tuvo nuestro amigo para adoptar ese pseudónimo ? Sencillamente, que ha tomado su segundo nombre, Emilio, y el segundo apellido paternal, Saavedra, resultando en definitiva una firma que es gloria, prez y lustre de las letras de Canarias.

Uno de sus catedráticos de literatura, el tantas veces laureado vate, Antonio Zerolo, quien se vió puesto en berlina por su discípulo, dijo a éste un día, en el café de Pozuelo, ante los doctores Dolkowsky y Pedreira: *Como más me gusta Vd. es como crítico; leo en Vd. como si leyera en* Clarín; y Benito Pérez Armas, uno de los escritores más fecundos de aquellas islas, dijo de Suárez Corvo, que «era el *Clarín* Canario, expresión que vale muchísimo arrancada expontáneamente de un autor de tal índole.

El doctor Bethencourt del Río escribió de Suárez: *Unico crítico de verdad que tenemos por estas Islas*, a lo que le respondió el doctor Figueroa *es el crítico literario que prefiero, por más que algunas veces sea injusto y excesivo en la crítica*, contrarreplicando el doctor Beyro, todo un señor sacerdote: *El fecundo y galano publicista, Fernando Suárez*, juicio que corroboró Delgado y Barreto al decir: *Es un monstruo*, que aplaudió Perera y Álvarez, escribiendo: *Es la más lisonjera esperanza de Tenerife*, y que acentuó nuestro antiguo y querido Estévanez, cuando en una revista en que no se admitían pseudónimos, dijo al ver el de *Emilio Saavedra*: *Adelante: ésto ya no es pseudónimo. La popularidad y talento le da carta franca.*

Fernando Suárez hizo su *debut* literario a los doce años, en un periódico que publicaba el autor de estas semblanzas en la isla de Lanzarote. Podemos, pues, asegurar, que somos el padrino bautismal del escritor, a quien ahora rendimos homenaje. A los trece años era Director en la isla de Tenerife del periódico *El Diablo Mico*, periodiquito que tanto y tanto agradó; que, para dar fuerzas a su infantil director, colaboraron en él, con colaboraciones inéditas, el gobernador civil de aquella provincia, el veterano, don Juan de la Puerta Canseco, el ilustradísimo don Miguel Maffiote y La Roche, etc., etc.

Después, Suárez Corvo, se dió con un inmenso afán a los libros; estudiaba hasta el punto de que su bondadosa madre le retirara de noche la luz, para que no prosiguiera con tan continuo trabajo; y al fin, contando la edad de quince años, se fue a España, a estudiar la carrera de abogado, porque el rigorismo de la militar, que había emprendido con Julio Fuentes y Federico Cruz (hoy respetabilísimos jefes del ejército español) no cuadraba a su carácter refractario a todo ordenancismo.

Muchos de sus biógrafos señalan en él este episodio digno de recordación: cuando estudiaba el bachillerato (de los doce a los quince años) solía no asistir nunca a clase. Un catedrático, el doctor Francisco Ruiz, apuntaba rayas y más rayas, frente al nombre del inasistente. Llegó éste un día a clase, y el doctor Ruiz Macías, al verlo tan pequeño, le dijo andaluzamente: *tan chiquito y no cabe en lista*, a lo que inmediatamente respondió Suárez: *Me sé la asignatura, señor.* Le preguntó el catedrático, y cómo serían las contestaciones, que el profesor dijo: «Borro a Vd. todas sus faltas, como si constantemente hubiera acudido a clase», añadiendo luego: *Pero ¿dónde puede Vd. estar mejor que en clase?* A lo que respondió el pequeño Suárez, con gran inocencia: *Estudiando en la biblioteca, señor.*

Cursó su carrera de Derecho, obteniendo el título con nota de sobresaliente, y con la particularidad de haber cursado en la última convocatoria *siete asignaturas*, una especie de biblioteca que mereció a Suárez, por parte de Bethencourt del Río, el epíteto de «traga-textos». El doctor Leopoldo Pedreira, honra y gloria de España, dijo de él, casi simulando al notable orientalista doctor Simonet: «Madera de hombre», y el doctor Dolkowsky, el médico ruso, el sabio burgués que tanto ha combatido las prerrogativas de la burguesía, escribió a Suárez: *No extraño su triunfo, joven amigo, porque me lo esperaba.* Además, su catedrático, el doctor Pascual Santacruz, una de cuyas hermosísimas producciones acaba de publicar el *Cuento Semanal*, le dedicó un párrafo de su magnífica obra *La España Moderna* con la siguiente dedicatoria: *A mi joven discípulo, el inteligentísimo alumno, mi futuro compañero, Fernando Suárez y González Corvo.*

Recién salido de la universidad, fue Suárez nombrado delegado fiscal de S. M. el Rey, y si como fiscal obtuvo un completo éxito, como defensor lo obtuvo mucho más grande, pues no llegó a perder ninguna de las causas que defendió.

Un periódico, enemigo de él en política, *La Región Canaria*, publicó a raíz de su primera defensa el siguiente párrafo: *En el juicio oral que tuvo lugar en esta ciudad el día 29 de septiembre último en causa seguida contra Modesto Delgado, por el delito calificado de lesiones graves, hizo su debut profesional el joven letrado, señor Fernando Suárez y González Corvo.*

Al dar nuestra enhorabuena al señor Suárez y G. Corvo por la elocuencia y fuerza de argumentación, con que en brillantes períodos defendió al procesado, hacemos constar, rindiendo culto a la verdad, que puso de relieve en dicho acto disposiciones no comunes para la delicada profesión a que ha dedicado sus aptitudes, y que seguramente, con la práctica en las luchas jurídicas, llegará a ser honra del foro canario.

De delegado fiscal y tras una brillante actuación, a la que renunció, porque no es Fernando de los que le gustan acusar, pasó a ser juez, y en este cargo tuvo que sostener tantas luchas contra un caciquismo tan imposible, que renunció también para poder *batir sus alas en lo alto*, como dijo al explicar su renuncia en el *Círculo Liberal*, del que era presidente honorario y efectivo.

Todo lo más *granado* de la literatura canaria se reunía en su amplísimo despacho. Allí encontramos muchas veces a *Ángel Guerra*, Miguel Maffiotte, Patricio Estévanez, Benito Pérez Armas, José Tabares Bartlett, Manuel de Ossuna, Adolfo Cabrera Pinto,

etc., etc., sin contar a los íntimos de aquel bohemio literario, o sea los Pereras [Patricio y Guillermo], Domingo Juan Manrique, Adolfo Morales, Bethencourt del Río, Gundemaro Baudet, Vicente Bonnet, Emilio Calzadilla, Rodolfo Cabrera, Leoncio Rodríguez... y todos los del gremio. Una amalgama riquísima, a donde nuestra imaginación acude con la más ansiosa de las nostalgias.

Una vez se encontraba Suárez Corvo entregado de lleno a una causa criminal, cuando de pronto ve entrar en su oficina reservada a su hermano, acompañado de Cándido Domínguez, el director del diario de su oposición. Se levanta nerviosamente, pero de inmediato invita a sentarse a los visitadores; y volviéndose a Domínguez le dice:

—¿Qué tanto bueno lo trae a Vd. por casa?

—¡Felicitarlo, amigo, por sus tremendos artículos!

—¿Y nada más?

—Sí: y pedirle me escriba algo sobre el *Día de Difuntos*. No tengo editorial...

A los pocos días, todos los periódicos de las Islas reproducían el artículo de fondo que el diario de Domínguez había publicado....

Era un soberbio artículo.

***

Resumamos:

Fernando Suárez y González-Corvo, fue director de *El Diablo Mico, El Liberal de Tenerife, El Imparcial de Canarias, El Siglo XX, Alerta, Tenerife*, etc., etc., y ha colaborado en casi todos los periódicos de España, y en algunos [bastantes] del extranjero.

Su campeonato siempre ha sido liberal. Lleva diez y ocho excomuniones sobre su alma, y en busca de otras más dirigió aquí en Buenos Aires el periódico *El Paladín* y fundó y dirigió *La Semana Liberal*, periódico que mereció los unánimes aplausos de la prensa argentina y uruguaya, de la española y de en cuantos lados tuvo ocasión de ser presentada.

El Libre Pensamiento de Montevideo, *O Tempo* de Portugal, *El País* de España, *Le Figaro* de Francia, etc., tributan grandes aplausos a *Ernesto Lunges*, el *abate Faria, Emeterio Delgado, Demócrito, Texcoco, Felipe Fontaña* y tantos otros nombres que encubren el consagrado de *Emilio Saavedra*, o séase: Fernando Suárez Corvo. Por acá centenares de periódicos han reproducido o dado a estampa sus artículos y versos. Entre las revistas, están las más importantes: *P B T* y *Caras y Caretas*.

Hace tiempo que escribió su estudio filosófico *El Concepto de la Patria*.

Luego un drama, *Felipe Hamilton*, que en breve será representado.

Después... cientos de artículos y poesías.

Más tarde un sinnúmero de apuntes científicos.

Ahora la obra que él llama «su predilecta», *Blanqueando lo gris*, dedicada al distinguido y querido tinerfeño, Manuel Morales Casanova, cuya semblanza publicamos en *Vidas Ajenas*.

¿Queréis oir algo de la nueva obra de Suárez?

Escuchad a la figura tan pequeña y que más merecimientos tiene.

«No le des limosna al pobre; le suprimes el valor de que se mate o que robe». «¡Nunca me cantes ternuras! ¡Cántame siempre altiveces fidedignas de tu hechura!». «Fue a pistola el desafío en los árboles cantando siguieron los pajaritos». ¿Véis? ¿Véis que risa tan macábrica?. Ese es nuestro poeta.

El amigo y compatriota ilustre, cuyo saber es ya un timbre de honor para aquellas apartadas playas del Atlántico.

Edición de 1911.

JOSÉ SUÁREZ GUERRA
[1825-1913]

Por su industriosa actividad es muy conocido dentro y fuera del país este distinguido licenciado en Farmacia.

Nació en Cádiz el año 1827, pero vino muy joven a Tenerife.

Ha consagrado su vida a la ciencia y a la industria.

Vive en su laboratorio situado en la calle de San Francisco en esta capital. Sus goces más íntimos están en medio de retortas y alambiques.

Es autor de recomendables específicos para la salud.

Ha contribuido poderosamente a dar a conocer en el mundo industrial el nombre de esta provincia.

No obstante sus muchas ocupaciones profesionales, trabaja como el primero por el triunfo de la Democracia y de la República, a cuyo partido pertenece.

Es de antiguo presidente del Comité Central Republicano de este Archipiélago y uno de los más entusiastas amantes del progreso del mismo.

Si se hubiera dedicado al teatro hubiese sido un actor de nota; entre los aficionados nadie le ganó la palma.

Alcalde de la capital, distintas veces en situaciones azarosas, reveló grandes condiciones de autoridad. Ha dado siempre elocuentes pruebas de energía de carácter y espíritu de rectitud.

Goza de verdadera simpatía entre sus correligionarios y de gran consideración en la generalidad del público.

Tiene trato afable.

Edición de 1888, pp. 55-56.

JOSÉ TABARES BARTLETT
[1860-1921]

Es de alta estatura, fornido y de anchas espaldas.

Como el ilustre autor de los *Trofeos*, parece a primera vista un hombre avezado a las borrascas del Océano.

Y sin embargo es tan marino, como el insigne José María de Heredia. Que entiende tanto de cosas de mar, como un yanqui de hidalguía y de honor cívico.

El señor Tabares es un verdadero poeta. Sabe arrancar a su lira dulces y regalados tonos.

Sus producciones tienen sabor marcadamente clásico. Leyéndolas, creemos percibir el charloteo de pájaros enamorados entre el follaje de los copudos árboles, que sombrean las veredas y los caminos del suelo tinerfeño; el susurro de las aguas, cuyos cristales copian el rostro de las zagalas y la hermosura de las rosas del espléndido Aguere; sentimos los cánticos del pastor, que resonando de cañada en cañada, se mezclan con los rumores de los pinos, que se elevan en las crestas de nuestras riscosas montañas y con el melancólico toque del *Ángelus*, en esa hora en que las tintas violáceas del crepúsculo, despiertan en el alma dulces y tristes remembranzas de ilusiones desvanecidas.

El vate que nos ocupa siente el campo como Virgilio.

En bellísimas estrofas, en donde campea un estro vigoroso, describe gallardamente las pintorescas aldehuelas, los idílicos valles de su roca nativa y las casas que, desperdigadas, surgen en la fértil y deliciosa llanura de la comarca lagunera.

Esos cuadros, primorosamente trazados, son fotografías, pero con aire y con sol de los campos y de los pueblos de la gentil Nivaria.

En los versos del personaje que biografiamos, se nota la tendencia místico-bucólica, que se observa en el notable lienzo, titulado *La vuelta al hato*, del pintor sevillano González Bilbao.

Cuando canta a la vieja ciudad de los Adelantados, cuna de artistas y semillero de sabios, nuestra mente evoca figuras y nombres venerandos: Anchieta, apóstol y santo, que ilumina con la purísima luz del Evangelio las obscuras y enmarañadas selvas de la dilatada región sud-americana, tremolando la sublime enseña de la Cruz; los Bencomo, que abarcan los conocimientos teológicos de su época; Guillén del Castillo, que en el mar de las Indias realiza épicas proezas, que constituyen brillantes páginas en su historia de marino intrépido; Morales Fiesco, hábil cartógrafo y concienzudo estadista; Nava y Grimón, cuyas raras virtudes cívicas hacen brotar plantas y flores extrañas en el incomparable Taoro; Viana, que avanza en el cultivo de la ciencia médica y en el de las musas, y nuestro contemporáneo, el inolvidable Pinto que, al trasponer prematuramente las cumbres de la vida, nos deja rasgos de luz y oro de su peregrino ingenio.

Esta digresión, es como un saludo a la ciudad clásica del arte y del heroísmo, en estos momentos en que las odiosas y execrables mesnadas de una nación pérfida y envilecida, tratan de hollar las preciadas cenizas de aquellos esclarecidos patricios, que tanto lustre dieron al país de sus amores, ora con la pluma, ya con la espada, defendiendo la integridad del territorio patrio.

Nuestro vate nos subyuga cuando canta las hazañas de aquellos bravos insulares que, combatiendo con igual altivez que los héroes de Homero, detuvieron la osada planta del invasor británico, viendo ondear triunfante en los fuertes de la capital del Archipiélago canario, la inmaculada bandera de la España legendaria.

¡Qué mágicos acentos, qué arranques patrióticos tiene la lira del señor Tabares al evocar aquella inmortal epopeya!, cuyos laureles, al cabo de una centuria, acaso vea reverdecer el invicto pue-

blo que abatió el orgullo de aquella raza, cuyos bastardos descendientes, haciendo rodar por los suelos de la *Freedom* —esa augusta ninfa, que guía las relaciones de los pueblos y de los hombres por el sendero de la justicia— en su brutal desenfreno y canallesco libertinaje, han atropellado todas las leyes, escarneciendo las conquistas de la moderna civilización.

***

El señor Tabares hasta hace pocos años vivía bajo una atmósfera perfumada y dulcísima.

La dicha le sonreía en la placidez de su hogar; pero aquella pasa pronto, ya lo dijo el clásico, no es más que el heno a la mañana verde, seco a la tarde.

La muerte implacable vino a herir su corazón de padre.

Un hijo idolatrado paga, en edad aún temprana, su tributo a la Naturaleza.

Entonces el atribulado cantor vierte acerbas lágrimas, que debieron gotear sobre el papel, en que trazara con mano convulsa aquellos esculturales sonetos, cada uno de cuyos versos es un grito desgarrador del alma.

Es también nuestro biografiado un periodista de fibra.

Maneja la polémica con suma habilidad y discreción.

No ha estado ajeno a la menuda política de campanario.

En 1893 fue nombrado alcalde de La Laguna.

Desde que tomó posesión de su cargo pensó en atajar los males administrativos, que devoraban aquel municipio.

Normalizó en lo posible la vida del citado organismo, nivelando los presupuestos municipales y abriendo ancho cauce al progreso de aquella localidad, por lo que se captó las simpatías y el aprecio de sus administrados.

En el referido año formó parte de la comisión patriótica, que pasó a Madrid a defender ante el Gobierno del señor Sagasta los legítimos derechos de Santa Cruz de Tenerife, hondamente lesionados por un celebérrimo decreto.

El señor Núñez de Arce ha calificado de notables las composiciones líricas de nuestro poeta, y el señor marqués de Valmar lo ha llamado verdadero literato.

Pertenece a una de las familias más antiguas del país.

Es fanático por los versos y las cacerías.

Le gusta el *confort*.

Es hombre que, después de estar metido entre sábanas, no se levanta aunque toque a fuego.

Pero a pesar del *confort*, que es de la misma naturaleza que su apellido materno, si en estos azarosos días que atravesamos sintiese alarmantes campanas, no le daría tiempo ni a ponerse la camisa para acudir al llamamiento de la patria.

Su hermoso apólogo, titulado *La pluma y el pensamiento*, lo saben de memoria todos los amantes de la literatura regional.

Recientemente ha dado a la estampa un tomo de versos con el título de *Poesías*.

Está condecorado con la Cruz de Carlos III.

Nació en Santa Cruz de Tenerife, el 28 de diciembre de 1852.

Edición de 1898, pp. 181-185.

José Tabares Bartlett

Niño aún, jugando con las cuerdas de su lira, sus primeros arpegios fueron suspiros líricos envueltos en el perfume de una poesía hondamente sentida como la de Pondal, que tiene el aroma penetrante y el enmarañamiento de las selváticas rosas de sus montañas nativas.

Joven, cuando conoció la epístola *ad Pisones*, y nutrió su espíritu con el pan eucarístico de la enseñanza de los escritores del siglo de oro de la literatura española, sus estrofas destilan la miel de la inspiración y toman un tinte marcadamente clásico, de genuino corte quintanesco.

La patria, la libertad, la religión y todos los grandes ideales son sus musas.

Cuando canta a su delicioso Aguere, como en Lozada, el dulce poeta galaico, de las lindas onomatopeyas, nos parece percibir el olor a tierra removida por la reja y el melancólico murmullo del viento entre los copudos árboles de la incomparable campiña lagunera.

Ningún poeta de Canarias ha sabido expresar con mejor gallardía la belleza artística, como nuestro biografiado.

Su musa, que tiene reflejos y visos de diamante y orientales atavíos, nos deslumbra por el esplendor de las imágenes, como prismáticos cambiantes de luz y de color se eleva a los altos cielos de ese *quid divinun* de que nos habla el clásico.

En su primera juventud, nuestro poeta produjo versos tan alegres como las ilusiones de un revolucionario. Su musa juguetona y festiva se complacía en trazar cuadros de felicidad, en pintarnos cielos arrebolados y en conducirnos a lugares llenos de placidez, de encanto y de belleza.

Leyendo las producciones poéticas de nuestro héroe, pertenecientes a la primavera de la vida, parece que sentimos el mandolín del romántico trovero al pie de la ventana, por donde se asoma la dama lagunera, dejando ver la hermosura de su rostro de perfil helénico, y a la vez percibimos el estallar, en el silencio de la noche, de apasionado beso amoroso, idilio que nos trae a la mente el recuerdo de Romeo y Julieta entre los naranjos de Italia.

Cuando en su abundante cabellera apuntaron las primeras canas, que son las flores de las cercanías del sepulcro, entonces de su pluma brotaron versos tan melancólicos, como el caer de las hojas, como el rumor de la brisa, jugando entre los cipreses.

La inesperada y prematura muerte de un hijo de nuestro personaje arrancó al padre amantísimo y cariñoso elegías en las que se siente el lento rodar de las lágrimas, en medio de los ayes más quejumbrosos.

El dolor recortó las alas de la musa del ilustre vate, a quien consagramos estas líneas.

Los sonetos que el señor Tabares Bartlett escribió con motivo de la irreparable pérdida de su idolatrado hijo, seguramente los hubiera firmado con orgullo el celebrado autor de los *Gritos del combate*, tanto por su factura irreprochable, cuanto por su fondo pletórico de sentimiento y de ternura, en el que se refleja el alma del artista que sufre las desgarraduras de tormentos verdaderamente dantescos, y se entrevé la horripilante estantigua de la muerte, arrebatando a aquel pedazo de su gran corazón, abierto a todos los amores.

En el tomo de elegantísimos versos, publicado por el señor Tabares Bartlett con el sugestivo título de *Poesías*, hay entre otras bellísimas composiciones, un notable apólogo que su autor rotula «La pluma y el pensamiento», que es una filigrana de ingenio y un inimitable dechado del buen decir por su corrección métrica y gramatical y por los primores de estilo que atesora. Ese precioso apólogo se conserva con encanto en la memoria de todos los amantes de las letras canarias.

«A Colón», canto hermosísimo, que dedica nuestro biografiado a su caballeroso amigo el culto literato don Bernardo Benítez de Lugo, son unas décimas tan inspiradas, tan magistralmente escritas y de tan atrevidos apóstrofes, que pueden competir en majestad y en valentía con las del «Dos de Mayo», del poeta andaluz, del inmortal López García.

No sabemos qué admirar más en el señor Tabares Bartlett, si su corrección en prosa o sus creaciones originalísimas como poeta.

Entre sus diversos poemas, citaremos *La Caza*, que prologó el eminente dramaturgo Ángel Guimerá, colocando a nuestro vate a la altura a donde sólo llegan los peregrinos del arte. El sabio bibliófilo, Marcelino Menéndez y Pelayo, en carta dirigida a nuestro poeta, tributó calurosos elogios al poema citado, en el que, según frase del insigne prologuista, se talla la estatua del pueblo

guanche. En esas páginas surge rediviva la excelsa figura de Tinguaro, envuelta en las celestes claridades de la inmortalidad.

Nadie, como el señor Tabares, se ha compenetrado del alma de la región canaria. Los héroes legendarios, evocados por él, aparecen dibujados con tanta maestría, que nos imaginamos verlos, luchando como los combatientes de Homero, por la integridad del territorio patrio, en la defensa de sus hogares, dejándonos, al desaparecer bajo el filo de la invasora espada, en las puntas de sus *tabonas*, los gérmenes de santas rebeldías, que flotan a través de los filtros del europeizamiento.

***

La senda que conduce a la gloria literaria está sembrada de tropiezos y de zarzales.

Para llegar a la conquista del apolíneo laurel los pies han sangrado y se han sentido murmullos del pantano.

A los espacios olímpicos, en donde el genio del artista se cierne, como águila caudal, no llegan los regüeldos de los Sanchos, del frío y grosero positivismo, que va royendo las entrañas de la Humanidad, ni los silbidos de las ponzoñosas sierpes de la envidia.

En el señor Tabares no han hecho mella las mordeduras de esos reptiles literarios, que se arrastran por los fangales de su impotencia, y sigue cantando, como en sus verdores, a pesar de esos copos de nieve que, con los años, tornan en blanca la venerable cabeza.

En el repetido poema *La Caza*, sentimos el correr de los jadeantes perros tras los conejos montaraces y saltarines, de avispadas orejas, el cascabeleo del hurón en la morada y los gritos de los cazadores, cuyos ecos alegres y resonantes, llenan las cañadas y los valles tinerfeños.

Hay tanto vigor descriptivo en ese libro y tanta fuerza de colorido en la narrativa, que ante la pupila del lector desfilan, como en película cinematográfica, las montañas, las llanuras, las cavernas y los barrancos hermoseados por la exuberante fantasía del artista.

Su delicado poema *Trompos y Cometas* nos trae a la memoria las dulces remembranzas de la edad infantil. Leyendo aquellas sentidas estrofas nos trasladamos con el pensamiento a los placenteros días en que la vida es un minuto de oro, que diría Hugo.

El señor Menéndez y Pelayo consagra a ese trabajo los mismos elogios que al poema *La Caza*.

El señor Tabares Bartlett ha colaborado en todos los periódicos isleños, en acreditados diarios de Madrid y en ilustradas revistas de Barcelona.

En la Argentina y el Uruguay es ventajosamente conocido por sus producciones literarias. Los grandes rotativos de ambas Repúblicas del Plata han publicado varios de sus hermosos trabajos poéticos.

Ha sido diputado provincial y alcalde de La Laguna.

Es gentilhombre de Cámara, en ejercicio, del rey don Alfonso XIII y está condecorado con la placa de Comendador de número de Carlos III.

Milita desde muy antiguo en las filas del partido liberal.

Es tinerfeño de pura cepa.

Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera con semblanzas y notas biográficas de los respectivos autores, escritas por él mismo.
Biblioteca de Escritores Canarios. Imprenta García Cruz.
Santa Cruz de Tenerife, pp. 17-22.

Un poeta canario.
Don José Tabares Bartlett

El nombre del ilustre vate tinerfeño es ventajosamente conocido en las florecientes repúblicas del Plata.

El gran rotativo bonaerense *La Argentina*, publica con encomio el delicado soneto que, con el epígrafe de *A María*, dedicó el señor Tabares a una linda señorita de Tenerife, que lleva el dulcísimo homónimo de la mujer del cristianismo que el pincel ha inmortalizado en sublimes lienzos.

Vean nuestros lectores lo que dice el citado periódico de Buenos Aires, al insertar la inspirada producción poética del celebrado autor del hermoso poema *La Caza*:

> *El señor Tabares Bartlett es un poeta que honra las letras castellanas. El soneto que hoy tenemos el gusto de publicar, en sitio preferente, por la sonoridad de sus versos, parece pertenecer a los líricos del siglo de oro de la Literatura española.*
>
> *La musa del vate canario tiene orientales atavíos y se eleva a los cielos del Arte.*

La Razón, *El Diario español* y *La Tribuna popular*, de Montevideo, reprodujeron el notable trabajo del señor Tabares Bartlett, tributando a su autor los más entusiastas elogios.

La prensa de ambas orillas del Plata acoge en sus columnas, con aplauso, los versos de Tabares, siempre sembrados de cadencia y armonía, y así nos complacemos en consignarlo en estas líneas, para que se sepa en el terruño patrio, que las más importantes publicaciones de la América latina prestan atención al movimiento literario de nuestras afortunadas rocas, y que nuestros escritores son ensalzados en la gran urbe Argentina y en la patria de Magariño Cervantes y del eximio autor de *Tabaré*.

El perfume de nuestros valles y el encanto de nuestras áureas leyendas halagan la imaginación soñadora de las hermosas hijas del Plata, cuando poetas como el señor Tabares Bartlett saben trasladar al papel, en armoniosos versos, esa poesía viviente de nuestras atlánticas peñas.

Diario de Tenerife, 26 de septiembre de 1913.

ANTONIO ABAD VALIDO

Dotado de una complexión moral privilegiada, de inteligencia y de un constante amor al trabajo, contribuyó poderosamente al desarrollo alcanzado por la razón social «Valido Hermanos». Al dedicarle un espacio en *Vidas Ajenas* le rendimos así un sencillo homenaje inspirado en los preceptos de la más alta justicia, pues ha dejado imborrable recuerdo de su acción benéfica.

La sociedad «Valido Hermanos», de que Antonio A. Valido formaba parte, está colocada en la cumbre de los éxitos, debido a la perfección a que ha llegado en su industria. Elocuente prueba de esto, son los honrosos premios que ha obtenido:

Medalla de Bronce en la Exposición Universal de París, de 1889.

Medallla de Oro, en la Exposición Nacional Argentina en 1898.

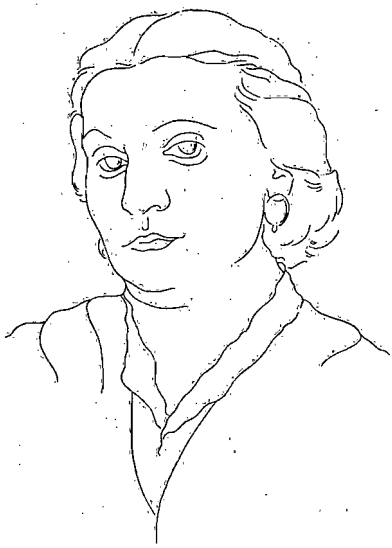
Gran Diploma de Honor en la Exposición Industrial del Centenario, 1910.

Estos triunfos están robustecidos con la hábil y prestigiosa dirección de los hermanos que en la actualidad constituyen la

firma: Francisco, Benito y Esteban, ejemplos de unión y de excelentes cualidades de carácter que elevan el hogar y dignifican la familia.

La brillante posición que tienen los hermanos Valido en la industria y en el comercio, es el resultado natural de la acción plausible y estimuladora del mérito, la honestidad y la perseverancia en el trabajo, del bondadoso progenitor da esta pléyade de obreros del progreso, don Antonio, fundador de la casa en el año 1884. Nació como sus hijos, en la ciudad de Las Palmas [Canarias]. Todos son honra de su país y de la nación en que han desplegado sus energías.

Edición de 1911.



VICTORIA VENTOSO Y CULLEN
[1827-1910]

Nació esta inspirada poetisa en el Puerto de la Cruz [isla de Tenerife], el 21 de noviembre de 1827. Desde niña le conmovían dulcemente los pintorescos paisajes del valle encantador de Taoro. Comenzó a derramar en armoniosos versos el sabroso néctar de su alma; cantó en su juventud como el ruiseñor enamorado de las patrias florestas, esmaltando los primorosos ritmos que brotaban de su galana pluma con las vistosas perlas de la rica vena de su musa.

No es una poetisa superficial y amanerada; es una poetisa de noble y risueña inspiración, que piensa y sabe lo que escribe; comprende ese sublime lenguaje que murmuran las ondas, ese cadencioso lirismo que llevan las aves en su garganta, y por eso en sus ritmos condensa todas las armonías desde el suspiro del aura hasta la caída de la cascada.

En sus composiciones poéticas hay bellezas de inestimable valor literario, que tomarían por suyas poetisas como la Gómez de Avellaneda y otras no menos célebres.

Hace tiempo parece haber abandonado las Musas; en el ambiente canario no resuenan ya las dulces vibraciones de su

lira; pero el nombre de nuestra espiritual escritora, lo murmuran las corrientes que fecundizan las floridas campiñas de su valle natal.

Esposa modelo, es tipo perfecto de la mujer de su casa; madre amantísima, ha guiado a sus hijos por la senda de la virtud, compartiendo los goces y los dolores inherentes a la vida con su esposo, el renombrado operador quirúrgico, doctor don Víctor Pérez.

Edición de 1888, pp. 13-14.

Pilar Verdugo [Carbonell] de Arazoza
[1850-¿?]

Inmarcesibles lauros cosecha como artista y como mujer recoge bendiciones.

Es un carácter; su fisonomía tiene los rasgos del perfil hebraico; en sus ojos vivaces fulgura la lumbre purísima de la caridad que germina en su alma.

Su hermosura verdaderamente ideal la hubiera tomado para modelo de sus cuadros el insigne Murillo.

Ha contribuido con su talento a enjugar las lágrimas de los que gimen en el tugurio de la indigencia.

Su voluntad indomable se manifiesta de una manera prodigiosa cuando se trata de hacer una buena obra en beneficio del prójimo o de la patria.

Para que el lector pueda conocer el corazón de oro y los triunfos artísticos de la señora Verdugo, nos permitimos copiar su biografía que en las siguientes líneas traza *La Ilustración Española y Americana*:

> *Nació Pilar en Santa Cruz de Tenerife [Canarias] el 12 de octubre de 1850, y pertenece a antigua familia que tiene de*

abolengo alteza de miras y nobleza de alma; educóse en Madrid y Barcelona, recibiendo las primeras lecciones del bel canto *de la célebre cantante italiana Luisa Aschieroni, quien se complacía en desenvolver las grandes facultades artísticas de su joven discípula; completó su educación con el estudio de varios idiomas, entre ellos el francés y el italiano, que hoy posee y habla como el nativo; y cuando su padre, pundonoroso militar, fue desterrado del suelo patrio, en 1866, a causa de sus opiniones políticas, ella sola, con su laboriosidad e inteligencia, ya dedicándose a las labores propias de la mujer, ya traduciendo al castellano libros franceses para una casa editorial de Barcelona, cubría con holgura las necesidades de su familia y aún enviaba recursos al pobre desterrado.*

Cuando éste regresó a Madrid con sus hijos, Pilar empezó a distinguirse en reuniones de la sociedad aristocrática, no sólo por su belleza, afable trato y finos modales, sino por sus notables conocimientos en el divino arte de la música, tomando parte en varios conciertos organizados para obras benéficas; y poco después, casada con el señor don Francisco de P. Arazoza, director de la Gaceta Oficial *de La Habana, pasó con su esposo a la capital de Cuba, donde actualmente reside.*

Véase ahora, para comprender la verdad que expresan las primeras líneas de este bosquejo biográfico, el índice abreviado de las principales funciones líricas en que Pilar Verdugo ha tomado parte en La Habana, con nota aproximada de las cantidades en ellas recaudadas y generosamente cedidas para obras de beneficencia:

En 1874, en el concierto celebrado en los altos del Louvre para la creación del Museo indígena de la Isla de Cuba, que produjo la cantidad líquida de 9.263 pesos fuertes.

En 1882, a excitación de la Excma. Señora Marquesa de Victoria de las Tunas, esposa del Capitán general de la isla, en el concierto dado en la Sociedad del Pilar para reunir fondos destinados a reedificar una iglesia parroquial. Producto: 4.500 pesos fuertes.

En 1883, en otro concierto magnífico efectuado en el teatro Tacón, a beneficio de los perjudicados por el violento huracán que asoló y devastó la riquísima comarca de Vuelta Abajo y para adquirir la casa donde vivió la egregia doctora Santa Teresa de Jesús, en Ávila. Producto: más de 8.000 pesos fuertes.

En enero de 1885, en una función lírica organizada por la misma señora Verdugo de Arazoza, y celebrada en el Teatro Tacón a beneficio del colegio de niñas pobres que sostiene la Asociación de Beneficencia Domiciliaria.

En el mismo año, el 8 de diciembre, en una representación de la ópera La Favorita *en el teatro Tacón, organizada también por la señora Verdugo de Arazoza [quien desempeñó la parte de*

Leonor] para aumentar las suscripciones populares que tenían por objeto, a consecuencia del conflicto hispano-alemán con motivo de la posesión de las Islas Carolinas, el aumento de nuestra marina de guerra.

El 28 de febrero de 1886, en otra representación de la ópera La Favorita, *a ruego de las señoras que sostienen el Colegio de niñas pobres de San Vicente de Paúl, de La Habana, y queriendo dar al propio tiempo noble testimonio de aprecio a sus comprovincianos, para remediar los infortunios que socorre en cuanto puede la Sociedad de Beneficencia Canaria.*

En todas esas y otras funciones líricas la inteligente diva ha obtenido entusiastas aplausos, y ha sido obsequiada con magníficos ramos de flores, coronas de laurel y oro, y preciosos regalos, el Casino Español de La Habana otorgóla, por unanimidad, el título de presidenta de honor de la Sección de Recreo y Adorno de la Sociedad; la Junta de señoras de Beneficencia domiciliara, la Sociedad Canaria, el mismo Casino Español y otras asociaciones, le donaron ricas medallas de oro y brillantes en testimonio de admiración y de gratitud.

Se calcula que excede de 50.000 pesos fuertes el producto de las funciones líricas en que ha tomado parte principal la señora Verdugo de Arazoza para obras benéficas.

Edición de 1888, pp. 141-144.

Manuel Verdugo Bartlett
[1877-1951]

Pertenece a una ilustre familia de Canarias, que siempre se ha distinguido por su alteza de miras.

Hijo de un esclarecido príncipe de la Milicia española y de una noble dama de origen irlandés, nuestro poeta vio la luz primera en Manila, pero por la circunstancia de haber sido criado desde muy niño en Tenerife, lo incluimos en la galería de escritores canarios.

Pronto despuntaron en Verdugo las más vivas inclinaciones por el cultivo de las musas.

Sin haber rebasado la edad de las ilusiones, nos canta sus negros pesimismos, empapando con el vino de la orgía sus más lindas flores y repitiendo con el lírico, en la filosofía de su amargura:

Yo me divierto en arrancar del pecho
mi propio corazón, pedazos hecho.

Poeta elegante, de estilo pulquérrimo, sus producciones constituyen inapreciables joyas de la literatura castellana.

Ora su pluma alboroza al lector con regocijados versos en donde chispea el espíritu de la sátira; ya se traslada con el pensamiento a las rientes campiñas de la antigua Grecia o a una colina de Italia pintada por Horacio, o le conduce a la Roma de los Césares, al Janículo y al Aventino o a la vía Apia por donde cruza en hombros de la plebe el cadáver de algún mártir de las libertades ciudadanas.

Nuestro biografiado con su monóculo busca el diamante blanco, al través del cual descubre el realismo en el arte y las plasticidades de la forma literaria, cuya madre es la idea.

Como vate festivo es cáustico y tiene el gracejo de Vargas Ponce en su *Proclama del Solterón.*

Es poeta clásico como Arquíloco y Simónides; pero sus estrofas, semejantes a las túnicas griegas correctamente planchadas, tienen la frialdad del mármol pentélico.

Poeta nascitur. Posee Verdugo imaginación rica y espléndida y la erudición del sabio; pero carece de esa exquisita sensibilidad, tan necesaria, para producir en el leyente el escalofrío sublime, que se llama emoción estética.

El eximio don Juan Valera en sus celebradas *Cartas sudamericanas* dice, que del mismo modo que aceptamos a la cocinera y a la planchadora mediocres, debemos tolerar la medianía en el verso. Ese criterio, respecto a materia poética, está en abierta oposición con lo expresado por el gran preceptista latino en las siguientes líneas de su *Epístola a los Pisones:*

Mediocribus esse poetis
Non homines, non Dii, non concessere columnae.

La poesía rechaza el cálculo frío de la razón, propio para el silogismo o para la ecuación algebraica: sus creaciones son espontáneas y fluyen como las aguas límpidas del manantial.

El vuelo de la fantasía y la brillantez del pensamiento son cualidades constitutivas del verdadero poeta que, al cantar, siente su cerebro sacudido por las ráfagas de la inspiración y su frente iluminada por los relámpagos del genio.

Nuestro personaje es un vate de cuerpo entero, a pesar de que el sentimiento no ha llegado a traspasar el pericardio, que es la frontera de la patria del arte.

El lenguaje de Verdugo está lleno de sonoridades: se desliza sin obstáculos ni asperezas como esos ríos que, desviándose de su cauce pedregoso corren sobre el césped de deliciosa llanura.

* * *

En el Gólgota lo mismo moría el pensador que el bandolero.

La sociedad hipócrita, estulta y venal en que vivimos, de igual manera está dispuesta a clavar en la picota de la afrenta al que roba o mata a sus semejantes, que al doctrino convencido, que se sacrifica en aras de sus ideales o de su amor al prójimo, como un Cristo.

Siempre los escarabajos patateros que se agitan en la infecta charca de la maledicencia intentan —¡vano empeño!— manchar con fango los románticos vestidos del poeta.

El ruiseñor canta en la noche entre la selva, aunque silben las venenosas sierpes enroscadas en los añosos árboles.

A la cumbre del Parnaso llegaron Beranger, haciendo sonar su guitarrillo de cuatro cuerdas y entonando sus sabrosas letrillas; Bello, mandando rezar a su hija, en la *Oración por todos;* Byron, prostituyendo su musa entre el cálido vaho de lasciva carne; el autor de *El Diablo Mundo* y de *El Estudiante de Salamanca,* y el inmortal Zorrilla, no obstante inferir agravios a la gramática y cometer delitos de lesa retórica y poética, incurriendo el primero en esta aliteración imperdonable en su himno «Al Sol» cuando dice:

Y extática ante ti me atrevo a hablarte;

y el cantor egregio de Granada, sin embargo de haber vulnerado una ley fonética de la propia índole, en esta frase lírica:

A mi fe fía.

Verdugo también se halla en la cima de aquel monte poblado de dioses y de mitos, porque, a la manera de Icaza, labra primorosamente el verso como si se tratara de una delicada labor de orfebrería.

La mayor parte de sus composiciones poéticas son tranquilas como una pastoral de Longo, sin embargo desde el fondo de algunas de ellas se escapan los tonantes acentos del *Dies irae.*

Nuestro poeta domina el soneto como Torres Naharro. El metro florentino lo maneja Verdugo con la misma soltura que Garcilaso, cuyas églogas inimitables brotaron a la sombra de los paredones morunos de Toledo.

Por haber sido formado el corazón del poeta que nos ocupa, con arcilla del Archipiélago magallánico, acaso en sus estrofas no haya querido reflejar el alma de la región canaria.

Refresque sus sienes el cantor de Alcibíades, en las márgenes de nuestras fuentes, en cuyos cristales se retratan zagalas y

clavellinas, e inspírese en el lirismo de nuestras aves y en el rítmico lenguaje que murmuran las olas al batir las costas de las patrias peñas, y entonces, sus rimas impregnadas del perfume de nuestros valles, en alas de los pueblos, serán trasmitidas a las futuras generaciones.

Burns, el poeta labriego irlandés, se inmortalizó con su canto a la rosa tronchada por la reja; así es que no es necesario conservar los reatos sujetos al clasicismo helénico, ni es preciso trasladarse a las orillas del Eurotas, para conquistar el apolíneo laurel.

El añil de nuestros mares, los paisajes espléndidos de Nivaria, las fulguraciones de su cielo, el éxodo de nuestros rudos campesinos que dejan desiertos sus hogares, buscando en la hospitalaria tierra de América el sustento que en su país no hallan, son veneros de poesía viviente para un bardo que, como Verdugo, sabe acicalar el verso y ataviarlo con las vistosas galas de su numen fecundo.

Verdugo ha viajado por Francia e Italia y por otras naciones de Europa, tratando de cerca a los intelectuales más conspicuos del viejo Continente.

Nuestro vate colabora en *La Esfera* de Madrid y en otras ilustradas revistas de la Península.

Es autor de un precioso libro de escogidas poesías, titulado *Hojas.*

En la actualidad tiene en preparación otra obra de renglones cortos.

También maneja el tiento y los pinceles: no pinta de rodillas como fray Angélico, sino de pie y a plena luz como Martín Rico.

Es todavía joven, pero tiene la experiencia del anciano, porque ha apurado a grandes tragos la hiel de los desengaños y ha sentido en su alma, atormentada y caliginosa la aleve mordedura de la envidia.

Trabajos en prosa y verso escogidos por Isaac Viera con semblanzas y notas biográficas de los respectivos autores, escritas por él mismo.
Biblioteca de Escritores Canarios. Imprenta García Cruz.
Santa Cruz de Tenerife, pp. 52-57.

BENJAMÍN VICTORICA
[1843-1915]

Este ilustre americano ha contribuido, como el primero, al esplendor histórico de la Argentina.

Robusto roble, ha resistido los rudos embates de ochenta navidades y de formidables tempestades políticas, mientras el funesto manzanillo crece entre las grietas de las peñas, sin ser azotado por el ábrego sañudo.

Yérguese altivo nuestro personaje sobre la cumbre de la república, con esos copos de nieve que toman en blanca la venerable cabeza.

Altos y elocuentes ejemplos de patriotismo tiene dados en su larga vida el bizarro general, cuya espada —no virgen, como la de otros militares que ganan entorchados, doblando el espinazo como dóciles instrumentos de venales gobernantes, o haciendo antesala en los ministerios— ha estado siempre al servicio de su patria y de las libertades públicas.

Grande es la causa que se encarna en esa naturaleza medio griega y medio romana, de la personalidad que nos ocupa, pero son más grandes sus cualidades militares, científicas y literarias. Espíritu noble y privilegiado, a la manera de Ercilla y de Mitre, lo mismo maneja el arma del soldado, que la pluma.

Antes de ceñir a sus sienes el laurel de Marte había alcanzado ruidosos triunfos en el foro argentino, porque nuestro biografiado cursa primero la carrera de Jurisprudencia, que la de las armas.

Partidario decidido, desde su adolescencia, de los principios democráticos, predicó en la tribuna de *El Federal*, de Flores, el evangelio del liberalismo.

Más tarde redactó en esta capital el periódico oportunista titulado *El Padre Castañeda*, en el que combatió briosamente el centralismo, defendiendo con valentía el sistema federativo.

Sucesivamente fue director de *El Uruguay*, en Concepción del Uruguay, y del periódico oficial de la hermosa Paraná. En las citadas publicaciones colaboraron elegantes escritores, como Mansilla, Paz y Bilbao.

La labor periodística del entonces joven Victorica resultó fecunda en beneficios para el desenvolvimiento de la república, pues en aquellos tiempos de turbulencias políticas ponían su estabilidad en peligro, a causa de las desenfrenadas ambiciones de muchos prohombres y de sus concupiscencias y banderías.

Las campañas que con su tajante pluma hiciera nuestro héroe sacudieron las masas populares. Por el perímetro de la nación argentina resonaron los ecos, como toques de clarín guerrero, de aquella propaganda luminosa, y como entre tierra y cielo no hay más poder que la omnipotencia de la opinión pública, la federación se impuso, a despecho de sus contumaces adversarios.

Y a la sombra de la nueva bandera cesaron los crímenes pretorianos, que cometían esos caciquillos de tercera fila que aspiraban a ser señores de horca y cuchillo, parapetados tras los bastiones de un centralismo irritante.

El general Victorica ha sido decano y vicerector de la Universidad de Buenos Aires, y desde hace bastante tiempo es vocal de la Academia de Jurisprudencia, de la misma ciudad.

El intrépido vencedor en Santa Rosa, Río Negro, el Chaco y en cien combates, tiene brillantes páginas en su historia de guerrero insigne.

Ante ese veterano, verdadera reliquia de pretéritas glorias, inclina su frente el pueblo argentino y le tributa sentido homenaje de cariño y admiración.

Su ilustre ascendencia que le honra, la intrepidez del ánimo que arrebata, la humildad del espíritu que cautiva, la ternura del corazón que socorre, la energía de la voluntad que corona las más arriesgadas y difíciles empresas, todas esas cualidades que le enal-

tecen aquilatan el mérito del general Victorica, quien, en estos momentos, acurrucado en su nido de laureles, está recogiendo las bendiciones de paz y la ovación delirante de todos sus compatriotas, sin excepción de matices políticos.

Necesitaríamos los acordes de la lira de Tirteo, para cantar las hazañas del héroe de los Andes y del Chaco, cuyas vírgenes selvas nos imaginamos ver saltar de gozo, como los montes de la escritura, lo mismo que las ondas del Plata, en estos instantes en que todas las clases sociales del pueblo argentino, celebran la apoteosis del genio militar, que colocó muy alto, con su espada, el nombre de su patria, coadyuvando a elevar el nivel intelectual de la misma, con los recursos de su preclaro talento.

El general Victorica desempeñó la cartera de Marina durante la presidencia del distinguido hombre público y militar veterano, Julio A. Roca, y según expresión del inmortal Mitre, ha sido aquella la única vez que en esta república ha habido un ministro de Marina, de cuerpo entero.

Las reformas del general Victorica en el departamento del expresado ramo, son dignas de un Patiño.

La apología del venerable anciano, en su fiesta conmemorativa de haber cumplido ochenta años de su nacimiento, la hizo el ilustre general Roca, en sentidas y elocuentísimas frases.

El aura de gloria que vivifica su espíritu, le lleva hasta las reconditeces de su hogar venturoso, los ecos de los parabienes y de las preseas que le tributa el pueblo honrado, que le aclama y le bendice.

El general Victorica ostenta en su frente, la que muchas veces se ha visto envuelta entre el humo de la metralla, la triple aureola del soldado valiente, del sabio jurista y del escritor erudito.

Edición de 1911.

MIGUEL VILLALBA HERVÁS
[1837-1899]

Se distingue por la claridad de sus escritos; es entusiasta admirador de Tácito, y tiene privilegiada memoria. Posee vastos conocimientos históricos y literarios. Desde joven trabajaba para el foro con gran aceptación: sus escritos los autorizaban jurisconsultos de nota.

En 1874, vigente aún la libertad de enseñanza, en públicos exámenes probó todas las asignaturas del bachillerato y la licenciatura. Algún tiempo después revalidó su título en Sevilla, obteniendo las primeras notas.

Perteneció al primer comité liberal creado aquí antes de la Revolución de Septiembre, y fue director de los importantes periódicos de oposición *El Progreso* y *La Federación*.

Muy joven ingresó en el partido republicano. Las primeras producciones de su pluma despertaron en el pueblo canario el sentimiento democrático. Es un verdadero apóstol de la democracia.

Fue diputado provincial y, durante el tiempo de la República, gobernador civil de esta provincia. Ha sido también dipu-

tado a Cortes por la circunscripción de Tenerife. Actualmente ostenta esta honrosa investidura. Ha alcanzado brillantes triunfos parlamentarios. Desde los bancos de la minoría republicana ha defendido con tesón los intereses de sus representados. Sus atinadas interpelaciones en el Congreso son siempre escuchadas por el Gobierno con verdadero interés. Sus discursos llevan el sello de irresistible lógica, de la verdad jurídica. Es orador de dialéctica algebraica, que bien pudiera llamarse suya. Ha colaborado en los principales periódicos isleños, así literarios como políticos y en acreditadísimos de Madrid.

Los escritos de este eminente publicista están cincelados al estilo de los grandes maestros. Es propagandista infatigable de las ideas republicanas. En el bufete, en la tribuna, en la prensa y en la tertulia, siempre resplandecen sus incorruptibles virtudes democráticas.

En Derecho Civil está a la altura de los mejores abogados de España.

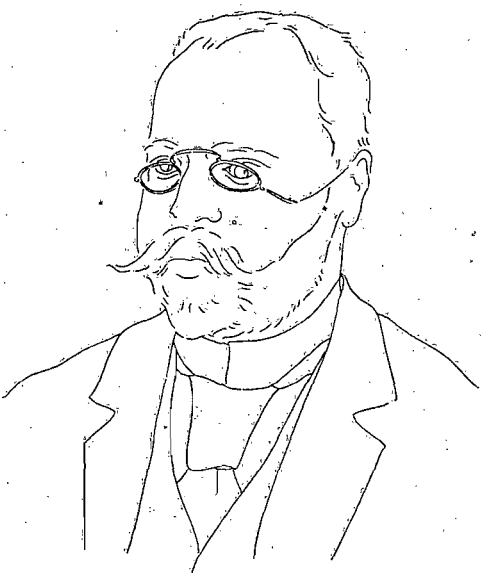
En el trato social habla con mucha sencillez. Le gusta la comunicabilidad con sus amigos, a quienes trata familiarmente.

Pertenece a varios centros científicos y literarios de Santa Cruz de Tenerife y de Madrid y lleva estrechas relaciones amistosas con eminentes republicanos españoles y extranjeros.

Ha sido varias veces presidente del Gabinete Instructivo de la capital de la provincia, en donde ha librado brillantes batallas literarias. Es latinista consumado.

Nació en la villa de La Orotava, el 12 de diciembre de 1837.

Edición de 1888, pp. 5-6.



ANTONIO ZERÓLO [HERRERA]
[1854-1923]

Es joven, de figura simpática, usas gafas, escribe versos y da clase en el Instituto provincial de La Laguna.

Para su musa hay tanta poesía en el crepúsculo como en las sombras; en el arroyo como en el océano; lo mismo canta el sonoro rumor de la fuente que serpentea en el espléndido valle de La Orotava, que las glorias guerreras de la patria.

En sus veros severos, a la par que fluidos, resalta esa poesía viviente de la Naturaleza y se descubre la vida exuberante del porvenir.

Escribe con mucha puridad ceñido a las reglas de la metrificación castellana. No es el cisne del dolor que juega con las cuerdas de su lira; es un poeta que copia exactamente con la paleta de su fantasía las batallas de la vida intelectual, recorriendo esa escala brillante de los colores más vivos hasta los matices más tenues.

En prosa su pluma tiene contornos suaves, pinceladas tranquilas y serenas que nos recuerda a los escritores de nuestro siglo de oro.

Nació en Arrecife de Lanzarote, el año de 1855 desde donde, aún niño, se trasladó con su familia a la isla de Tenerife, en la que bien pronto comenzó a dar pruebas de su ingenio; más tarde pasó a Madrid a estudiar la carrera de Filosofía y Letras, en cuyos estudios se distinguió notablemente por su claro talento.

Es una personalidad literaria que tiene estilo propio.

Algunos de sus trabajos en verso han sido premiados en varios concursos y reproducidos en la prensa extranjera y nacional.

La nota lírica de su musa es el orgullo que tiene en ser cantor de las grandezas canarias. Sus estrofas tienen cortes brillantísimos y aunque no es un espíritu iluminado ni sus ritmos posean esa armonía de Lamartine, no por eso es digno de creérsele un versificador; es un vate que derrama bellísimos pensamientos.

Es autor de un primoroso monólogo titulado *¡Madre!*, ese trabajo lleno de frescura y de belleza, revela al poeta de fácil y rica vena. La musa dramática también lo ha inspirado; su drama en un acto *Después de un año*, que se representó con extraordinario éxito en la ciudad de La Laguna, está lleno de vis cómica; tiene escenas dignas de los mejores dramaturgos.

Entre sus infinitas producciones líricas, descuellan las tituladas *El telégrafo eléctrico* y un *Himno a Canarias*; en ambas poesías hay imágenes brillantísimas y campean entre delicadas formas atrevidos pensamientos.

Edición de 1888, pp. 53-54.
Publicado, con una variante en el primer párrafo, en *La Semana*, del 8 de junio de 1905.

TOMÁS ZEROLO [HERRERA]
[1851-1910]

Muy escasas serán las personas en esta provincia, que no conozcan la prodigiosa vida del ilustre hijo de galeno.

Su carrera ha sido tan rápida como laboriosa.

Espíritu escudriñador, todo lo analiza.

Es uno de los más amantes del progreso de su patria.

Trabaja sin cesar, abriendo dilatados horizontes a la ciencia, de quien es ferviente devoto.

En la historia de su existencia hay páginas de oro.

El señor Zerolo es digno de presentarse ante los ojos de nuestra juventud, como modelo, a quien todos debiéramos imitar.

Su constancia, la fuerza de su voluntad y su fe inquebrantable, le llevaron desde los bancos de la carpintería al puesto que hoy ocupa en la ciencia médica.

Sin embargo del absorbente trabajo de su profesión, ha pronunciado brillantísimos discursos en el Gabinete científico de esta capital y en veladas literarias.

Como orador se distingue notablemente por su palabra correcta y su acción acabada.

Vive en La Orotava; a su clínica acuden muchos enfermos de esta isla.

Es especialista en enfermedades de la boca y de la vista.

Abierto concurso por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, para otorgar los premios del doctor Garí, sobre el tema «dada la naturaleza de la tuberculosis pulmonar y teniendo en cuenta las principales formas clínicas que reviste señalar qué puntos *en las diversas regiones de España, islas Baleares y Canarias* podrían utilizarse como sanatorios para tísicos».

El señor Zerolo se encerró a escribir en su despacho.

Allí se entregó a eruditas elucubraciones.

Dentro de poco tiempo su Memoria se redactó y fue a Barcelona.

Debido al trabajo y al talento del ilustrado facultativo, honra de nuestra patria, la provincia de Canarias se vio dignamente representada en aquel certamen.

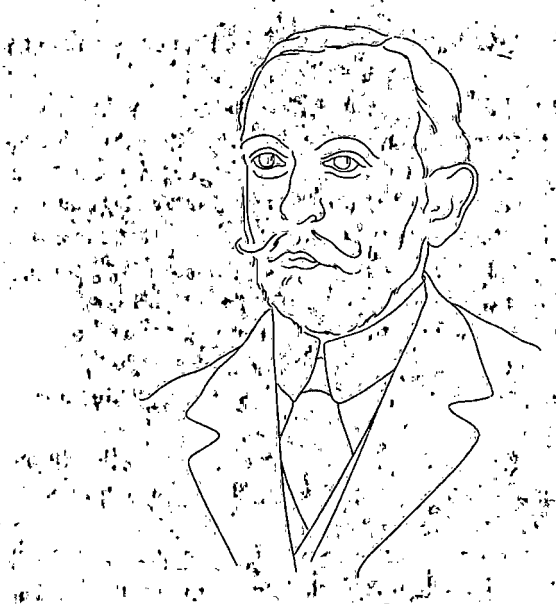
Nuestro héroe fue nombrado socio corresponsal de aquella docta corporación, habiéndosele adjudicado el accésit de 750 pesetas.

Nos permitimos copiar los siguientes párrafos del dictamen de la referida Academia, referente a la Memoria de nuestro personaje.

> *En la tercera parte hace la selección de los datos anteriores en una serie de cuadros interesantísimos y pasa a estudiar luego particularmente los puntos que han resultado aptos como sanatorios para los tuberculosos, e indicando de paso para cada sanatorio las formas clínicas en que están indicados, llamando mucho la atención, por ser un estudio muy superior a los demás, el que hace de las Islas Canarias, particularmente de Vilaflor y Orotava, en Tenerife, y terminando la obra con un plano del este último Valle, de indudable valor.*
>
> *Tampoco es posible dar una idea más detallada de esta Memoria que la que acabamos de apuntar, dada su riqueza en estadísticas y en cuadros meteorológicos.*
>
> *Baste con lo apuntado y baste también con saber que la Comisión cree que si ésta Memoria se hubiese presentado sola al Concurso le reconoce mérito bastante para que se le hubiese concedido el premio.*

Nuestro biografiado, cuyo trato es en extremo afable, nació en Arrecife el año de 1851.

Edición de 1888, pp. 109-111.



ANTONIO R. ZUÑIGA

Procede étnicamente del tronco eúskaro, aunque es genuino criollo, por haber nacido a orillas del Plata.

Se distingue por la firmeza de su carácter indomable, como aquella raza que pobló la tierra vasca, ante cuyas montañas de hierro detuvo su planta el orgulloso romano y las que jamás hollaron los briosos corceles de los hijos del desierto.

Zúñiga sabe trazar, como Tácito, hermosas páginas de sabor castizo. En sus escritos se nota un escogimiento sintáxico hecho con pinzas de oro. Su prosa tiene brillanteces velazquianas. Ha cultivado con feliz éxito todos los géneros literarios, desde la novela picaresca hasta el drama histórico. Ha escrito más que el Tostado. Sus producciones se distiguen por la pureza de la frase y por la elegancia del estilo, que deslumbra con el esplendor de la forma.

Nuestro biografiado goza en el país una popularidad de que disfrutan pocos. Su nombre, envuelto en resplandores de gloria, ha traspasado todas las fronteras. Ha cantado en estrofas dignas del autor de *La Araucana*, ilustre ascendiente de nuestro héroe, las grandezas épicas de su patria. Antes le inspiraba el vago rumor de la brisa, jugando entre los cipreces; ahora su

musa es generalmente epigramática y festiva. Su nervio poético es valentísimo cuando canta a los héroes de la Independencia Sud-Americana. Las bizarras figuras de San Martín y de Bolívar, que se destacan gloriosamente en los horizontes del Nuevo Mundo, surgen redivivas al conjuro de la *varita mágica* de Zúñiga, quien, al dibujarlas en el papel, le da tan vigorosa entonación al cuadro, que parece que en este se mueven aquellos capitanes, irguiendo sobre las cumbres de los Andes, la altiva frente, radiosa como el bello amanecer de un nuevo día, en el que la libertad fulgura como constelación de gloria, en el hermoso cielo del continente, en donde Dios colocara el ave del Paraíso.

El personaje que nos ocupa, sabe combinar artísticamente las letras del alfabeto, para producir peregrinas y lindas onomatopeyas, a la manera de Martínez Monroy, a quien Castelar y el eximio autor de *Los Amantes de Teruel* colocan entre la primera fila de los poetas hispanos.

Conoce con igual propiedad *Las Partidas* y la *Instituta* que la epístola *Ad Pissones* de Horacio. Su obra *Cristiana* es verdadera joya de la literatura nacional. En ese libro, Zúñiga se revela un analista de cuerpo entero. Como Dickens, traza un tipo con cuatro rasgos de pluma rápidos y definidos. Su última producción *Ébano vivo*, que no dudaría firmarla el distinguido antiesclavista y eminente jurisconsulto, Rafael María de Labra, es a nuestro juicio, la que viene a consolidar la reputación literaria de Zúñiga, conquistada gallardamente en las lides del pensamiento, en las batallas de la vida intelectual de la Argentina. Por esas páginas corre un vaho de carne caliente hacinada en las inmundas bodegas de aquellos barcos, que conducían del continente negro, a aquellos infelices esclavos, a las playas de América, en donde les esperaban el látigo, el cepo y el grillete, como premio a su trabajo de miserables bestias.

El prologuista de la citada obra, Nicolás Augusto González, que parece haber heredado la lira de Olmedo y la pluma cervantina de Juan Montalvo, ese otro ecuatoriano inmortal, nos dice que Zúñiga es un psicólogo como el autor de *Otelo* y un crítico como Taine.

Nuestro biografiado es también orador. En la hábil trama de sus discursos, se van descubriendo las filigranas de su ingenio. Su figura bizarra y su acción tranquila, reposada, verdaderamente académica, y su elocuencia, demostina, subyugan al auditorio. Su verbo tiene las fulguraciones del rayo, cuando ataca a los enemigos de la democracia. Entonces el público está pendiente de los labios del tribuno, como el rocío de las flores.

Ha escrito mucho y bueno para el teatro: sus obras escénicas están llenas de *vis cómica*. Actualmente se ocupa en planear una zarzuela, cuya letra y música ha escrito Zúñiga, demostrando que es tan inspirado vate, como compositor de grandes vuelos. Hay riqueza de colorido en esa música vivaracha, juguetona, de tinte marcadamente criollo. El estreno de dicha obra será un acontecimiento artístico.

Revistas nacionales y extranjeras se disputan la colaboración del poeta que, desde niño, escribía renglones cortos. En esos versos de incipiente trovero, se percibe el olor a tierra removida por la reja, el penetrante perfume de las rosas selváticas de sus montañas nativas y el melancólico murmullo del viento, rizando la bruñida superficie del Plata caudaloso.

Arma virunque cano, dice Zúñiga con Virgilio, o canta *lentus in umbra* tendido a la sombra del añoso ombú, las leyendas áureas de su patria.

Edición de 1911.

Índice

Introducción
Francisco García Talavera
p. 7

Proemio
Javier González Antón
p. 9

Notas para una bio-bibliografía de Isaac Viera Viera
Carlos Gaviño de Franchy
p. 13

Claroscuro de Isaac Viera
Eliseo Izquierdo
p. 57

El joven Isaac Viera [1883-1887]
José Eduardo Pérez Hernández
p. 71

Vidas ajenas
p. 79

Álvarez [Domínguez], Severino
[1873-¿?]
p. 81

Amestoy, Juan
p. 83

Antúnez [Monzón], Luis
[1843-1915]
p. 85

Arozena [Arozena], Mario
[1872-1940]
p. 89

Arozena Lemus, Sebastián
[1823-1900]
p. 93

Ballester [Remón], Juan M.[iguel]
[1851-1927]
p. 95

Baño, Francisco
p. 97

Benítez y González, Eduardo
[1850-1901]
p. 101

Benítez de Lugo [y del Hoyo], Bernardo
[1853-1946]
p. 103

Béthencourt, Francisco
p. 107

Béthencourt Alfonso, Juan
[1847-1913]
p. 109

Bianco, José
[1870-c?]
p. 113

Bove, Vicente
p. 117

Cabrera Cruz, Domingo, *Carlos Cruz*
[1886-1979]
p. 121

Cacuri, Vicente P.
p. 125

Calzadilla [Calzadilla], Rafael
[1848-1920]
p. 131

Calzadilla y Sáyer, Carlos
[1862-1915]
p. 133

Camacho Lorenzo, Víctor
[1834-c?]
p. 135

Cámara [y Cruz], Manuel de
[1848-1921]
p. 137

Cao [Luaces], José María
[1862-1918]
p. 127

Cayol [Cabrera], Agustín A.
[1843-1891]
p. 129

Chil y Naranjo, Gregorio
[1861-1901]
p. 149

Conforti, Carlos
p. 139

Cosmelly y Sotomayor, F.[rancisco]
[1863-1925]
p. 141

Cuevas Camacho, Augusto
[1848-¿?]
p. 143

Cullen [y Sánchez], Darío
[1832-1898]
p. 145

Cumella [y Monner], Juan
[1818-1898]
p. 147

Díaz Quevedo, José
p. 151

Domenech, Juan
[¿?-1950]
p. 153

Domínguez Alfonso, Antonio
[1849-1916]
p. 155

Domínguez Alfonso, Eduardo
[1840-1923]
p. 157

Dugour [Ruz], Alfonso
[1844-1892]
p. 159

Escola, Pedro
p. 161

Espinosa [de los Monteros Rodríguez], Miguel B.[uenaventura]
[1838-1898]
p. 163

Estévanez [y Murphy], Nicolás
[1838-1914]
p. 165

Eulate [y Sanjurjo], Carmela
[1871-1961]
p. 169

Fajardo Cabrera, Leandro
[1851-1896]
p. 171

Falcón [Manly], Federico
[1889-¿?]
p. 173

F.[ernández] de Béthencourt, Francisco
[1851-1916]
p. 175

Fernández Ferraz, Juan
[1849-1904]
p. 177

Fernández Ferraz, Valeriano
[1831-1925]
p. 179

García Beltrán, Lorenzo
[1853-1902]
p. 181

García Guerra, Tomás
[1848-1911]
p. 185

García Hervás, Candelaria
[1832-¿?]
p. 187

García-Ramos [Bretillard], Rosendo
[1837-¿?]
p. 189

Gil-Roldán [y Ríos], Ramón
[1839-1891]
p. 191

Gómez, Casimiro
p. 193

González de Chávez [y Rojas], Andrés
[1878-¿?]
p. 195

González Díaz, Manuel
[1867-1917]
p. 199

González [Hernández], Ireneo
[1842-1918]
p. 201

González Méndez, Manuel
[1843-1909]
p. 203

González Perera, Pedro
[1852-1910]
p. 205

González [Tola], Nicolás Augusto
[1858-1918]
p. 209

Guigou [de Castillo], Francisco
[1838-1897]
p. 215

Guimerá [Castellano], Agustín E.
[1833-1903]
p. 217

Hardisson [y Espou], Maximiliano
[1868-1953]
p. 219

Hardisson [González], José
[1859-¿?]
p. 223

Izquierdo Azcárate, Gabriel
[1846-1900]
p. 225

Jordán [y Franchy], Francisco
[1886-1963]
p. 227

Lavalle [Correas], Dolores de
[1831-1926]
p. 231

Lentini y Lindo, José B.[uenaventura]
[1835-1862]
p. 235

León y Castillo, Juan de
[1834-1912]
p. 239

Lorenzo García, Rafael
[1821-1910]
p. 243

Macías Fuerte, Antonio
[1862-¿?]
p. 245

Maffiotte y La-Roche, Luis
[1862-1937]
p. 247

Maffiotte y La-Roche, Miguel
[1848-1917]
p. 249

Manrique [y Saavedra], Antonio María
[1837-1906]
p. 251

Martínez de Escobar [y Luján], Amaranto
[1835-1912]
p. 253

Mazzini [Bricala], Ángela
[1821-1894]
p. 255

Medina, Donato
p. 257

Menchaca, Ángel M.
p. 259

Mendoza Morales, Manuel
[1812-1898]
p. 261

Millares Torres, Agustín
[1826-1896]
p. 263

Miranda León, Miguel
[1827-1922]
p. 265

Molina Pérez, Gonzalo
p. 269

Mora y Berüff, José
[1838-1911]
p. 271

Morales, Domingo
p. 275

Morales, Esteban
[1870-¿?]
p. 279

Morales Casanova, Manuel
[1879-¿?]
p. 283

Naón, Pedro J.
p. 287

Padrón [Rodríguez], Juan
[1847-1896]
p. 289

Pagano, Cayetano
p. 291

Parravicini de Melo, María Celina
p. 293

Parrilla, Felipe
p. 297

Parrilla Pérez, Justo Pastor
[1838-¿?]
p. 299

Pérez Armas, Benito
[1871-1937]
p. 301

Pérez Galdós, Benito
[1843-1920]
p. 305

Pérez Zamora, Feliciano
[1819-1900]
p. 309

Poggio y Álvarez, Pedro
[1863-1929]
p. 311

Puerta Canseco, Juan de la
[1827-1902]
p. 313

Puerta y Vila, Rodrigo
[1854-1931]
p. 315

Pujato Crespo, Mercedes
[¿?-1954]
p. 319

Pulido [Álvarez de la Fuente], José Manuel
[1845-1900]
p. 323

Quevedo, Juan
[1835-1891]
p. 327

Ramírez Vega, Rafael
[1853-1924]
p. 329

Ramos, Francisco
p. 331

Reyes Martín, José
[1840-1938]
p. 333

Reyes Martín, Juan
[1842-1926]
p. 337

Robayna [Lasso], Gumersindo
[1829-1898]
p. 341

Rodríguez López, Antonio
[1836-1901]
p. 345

Rodríguez Martínez, Manuel
[1827-¿?]
p. 347

Rodríguez [Pastrana], Bernabé
[1824-1892]
p. 349

Rodríguez Peraza, Martín
[1848-1904]
p. 351

Rodríguez Pérez, Agustín
[1845-1922]
p. 353

Rojas y Carta, Juan
[1877-1898]
p. 355

Sáenz Peña, Roque
[1851-1914]
p. 357

Salar, Francisco
p. 361

Sansón y de León, Luis
p. 363

Santos Abreu, Elías
[1856-1937]
p. 367

Sanz y Carta, Valentín
[1849-1898]
p. 369

Sarmiento [Cabrera], Claudio F.[rancisco]
[1831-1905]
p. 371

Serís [Granier y Blanco], Imeldo
[1849-1904]
p. 373

Los Spínola
p. 377

Suárez Calimano, Emilio
[1884-1949]
p. 381

Suárez y González-Corvo, Fernando
[1874-1911]
p. 383

Suárez Guerra, José
[1825-1913]
p. 389

Tabares y Bartlett, José
[1860-1921]
p. 391

Valido, Antonio Abad
p. 401

Ventoso y Cullen, Victoria
[1827-1910]
p. 403

Verdugo de Arazoza, Pilar [María Ana Antonia]
[1850- ¿?]
p. 405

Verdugo y Bartlett, Manuel
[1877-1951]
p. 409

Victorica, Benjamín
[1843-1915]
p. 413

Villalba Hervás, Miguel
[1837-1899]
p. 417

Zerolo [y Herrera], Antonio
[1854-1923]
p. 419

Zerolo [y Herrera], Tomás
[1850-1910]
p. 421

Zúñiga, Antonio R.
p. 423

Vidas Ajenas
de
Isaac Viera

Se terminó de imprimir en los talleres de Negami S.L.,
en los primeros dias del mes de septiembre de 2008,
cuando se cumplen CL años del nacimiento
de su autor